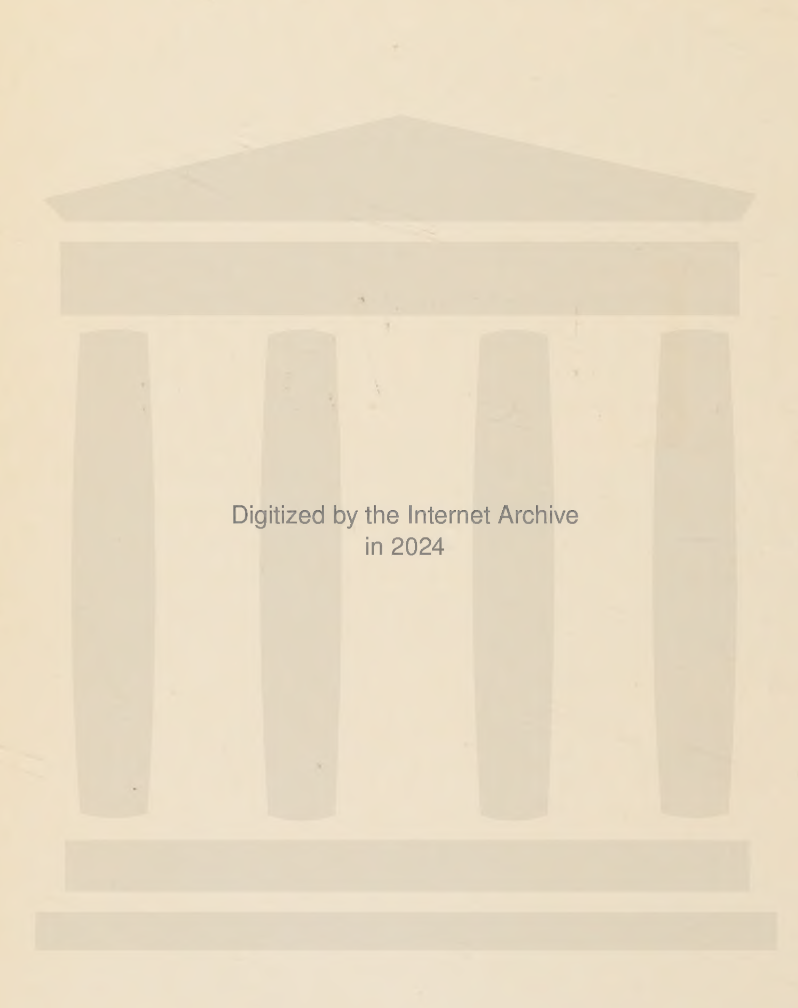
CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

6





Fíjese en el hombre que los fuma!



Le invitamos a probar

Lord's

El cigarro más fino que se fabrica en cualquier país... ¡A cualquier precio!

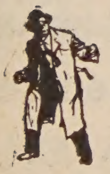
Los Tabacos Más Finos y Más Caros del Mundo
Estuche Protect-o-Pack
La Ultima Palabra en Filtros
Boquilla Blanca • Tamaño Señorial

De lo que gusta a un hombre... Lord's da más!



$ 3⁰⁰ cajetilla

El estuche Protect-o-Pack pone fin al mal trato de los cigarros



Vea a Mike Hammer, el explosivo personaje de Mickey Spillane, en los canales 4 y 7 de televisión, todos los martes de 21.30 a las 22 hs.



BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORI



UNA GIGANTESCA BIOGRAFIA DE LA HUMANI

La BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, más que una Historia Universal al uso, es una gigantesca biografía; la primera y única biografía de la Humanidad escrita hasta la fecha.

Un núcleo de sabios, impresionante por el número y por su jerarquía en los más diversos ramos del conocimiento, han aportado su ciencia para la realización de esta obra. En ella, la claridad de exposición y la singular maestría de sus autores, hacen que el lector asista a una maravillosa proyección en la que se hace visible la estupenda aventura humana, desde la aparición del hombre sobre la Tierra, hasta nuestros días.

El largo camino recorrido aparece íntegro ante los ojos del lector en una visión que deslumbra por su inmensidad, que apasiona por su dramatismo y que asombra por la fabulosa capacidad de creación del Hombre.

● TITULOS PUBLICADOS ●

LA TIERRA ANTES DE LA HISTORIA
LA TIERRA Y LA EVOLUCION HUMANA
LOS GERMANOS
LA CIVILIZACION BIZANTINA
CARLOMAGNO Y EL IMPERIO CAROLINGIO
EL PENSAMIENTO GRIEGO Y LOS ORIGENES DEL ESPIRITU CIENTIFI
DE LOS CLANES A LOS IMPERIOS
LAS INSTITUCIONES DEL IMPERIO BIZANTINO
EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO Y LOS COMIENZOS DE LA EDAD MEDI
VIDA Y MUERTE DE BIZANCIO
LA CIVILIZACION EGEA
LA ROMA IMPERIAL Y EL URBANISMO EN LA ANTIGÜEDAD
ISRAEL, DESDE LOS ORIGENES HASTA MEDIADOS DEL SIGLO VIII
EL ARTE DE LA EDAD MEDIA Y LA CIVILIZACION FRANCESA
LAS CIENCIAS DE LA VIDA EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII
LA CIUDAD GRIEGA
EL IRAN ANTIGUO (ELAM Y PERSIA) Y LA CIVILIZACION IRANIA
LA INDIA ANTIGUA Y SU CIVILIZACION
ORIGENES DE LA ECONOMIA OCCIDENTAL. ECLIPSE Y DESPERTA
VIDA URBANA (SIGLOS IV-XI)
LUIS XIV Y EUROPA
EL LENGUAJE (INTRODUCCION LINGUISTICA A LA HISTORIA)
LOS HITITAS
LOS CELTAS Y LA EXPANSION CELTICA HASTA LA EPOCA DE LA TE
LOS CELTAS DESDE LA EPOCA DE LA TENE Y LA CIVILIZACION CEL
EL MUNDO ROMANO
LA SOCIEDAD FEUDAL. LA FORMACION DE LOS LAZOS DE DEPENDE
LA FORMACION DEL IDEAL MODERNO EN EL ARTE DE OCCIDENTE
LA ERA ROMANTICA. EL ROMANTICISMO EN LA LITERATURA EUROP
LA ERA ROMANTICA. LAS ARTES PLASTICAS
LA ERA ROMANTICA. LA MUSICA

ENVIE HOY MISMO ESTE CUPON

EDITORIAL GONZALEZ PORTO Apdo. 140-Bis M

Sírvanse remitirme el folleto descriptivo de
TECA DE SINTESIS HISTORICA, dándome a c
condiciones de pago

Nombre ______________________

Domicilio ______________________

Localidad ______________________

Estado ______________________

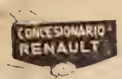
GRANDES FACILIDADES DE PAGO

DISTRIBUIDORA EXCLUSIVA **EDITORIAL GONZALEZ PORTO**

AV. INDEPENDENCIA 10 • AVENIDA 5 DE MAYO 31-C APDO. 140-BIS - MEXICO, D. F

AUPHINE es el carro
seguro del mundo

¿Cual de los dos frena mejor?

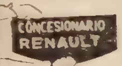


ADQUIERALO EN :

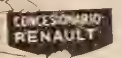
AUTOS EUROPEOS DEL NOROESTE, S. A.
Ave. Miguel Alemán No. 33 Ote.
MAZATLAN, SIN.



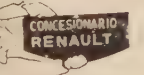
AUTOS EUROPEOS DEL BAJIO, S. A.
Corregidora No. 6
CELAYA, GTO.



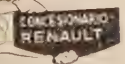
AUTOMOVILES FRANCESES, S. A.
Ave. Faustino Ceballos No. 152
GUADALAJARA, JAL.



CIA. MERCANTIL DEL ISTMO
Heroes de Chapultepec
OAXACA, OAX.

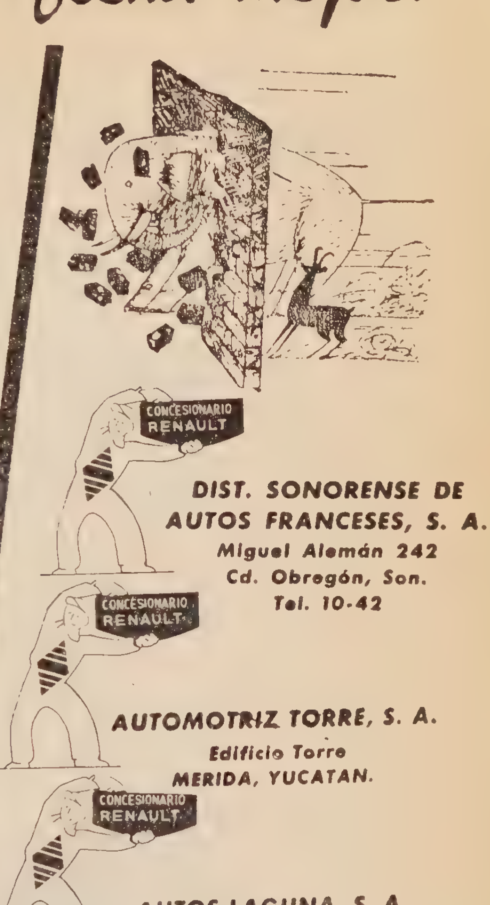


AUTOMOTRIZ FARRERA, S. A.
Av. Central 238
TUXTLA GUTIERREZ, CHIS.



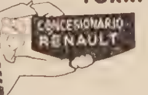
AUTOMOTRIZ DEL SOCONUSCO, S. A.
Calle Central Oriente 28
Tapachula, Chis.





DIST. SONORENSE DE AUTOS FRANCESES, S. A.
Miguel Alemán 242
Cd. Obregón, Son.
Tel. 10-42

AUTOMOTRIZ TORRE, S. A.
Edificio Torre
MERIDA, YUCATAN.



AUTOS LAGUNA, S. A.
Av. Juárez 323 Pte.
TORREON, COAH.

MOTORES MODERNOS, S. A.
Morelos No. 639 Ote.
MONTERREY, N. L.



AUTOS FRANCIA, S. A.
Av. Cuauhtémoc No. 393
México, D. F.

¡ EL MEJOR SERVICIO DE REFACCIONES Y TALLERES, ATENDIDO POR EXPERTOS RENAULT !

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XVIII VOL. CVII

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE
1959

MÉXICO, 1º DE NOVIEMBRE DE 1959

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MÉXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Noviembre-Diciembre de 1959 Vol. CVII

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

PRESENCIA DEL PASADO

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Nuestro Tiempo

LECTURA DE LA ACTUALIDAD ARGENTINA

Por *Ezequiel MARTÍNEZ ESTRADA*

Datos indispensables para un esquema

La actualidad política argentina tiene ya muchos años. Mutatis mutandis era la de ahora en 1810 y siguió siéndolo en 1839, 1852, 1862, 1880, 1890, 1905, 1916, 1930, 1943 y 1955. La actualidad coetánea no puede ser comprendida cabalmente si no se advierte que es el último brote de un periódico reveno de los intereses imperialistas latentes, cuya manifestación exantemática es la quiebra de los valores inconsistentemente fundados. Los intereses económicos pueden deteriorarse; los morales se corrompen. La gravedad de la crisis actual dimana de la flexuosidad de las reglas morales en los hombres públicos, verdaderos educadores del pueblo.

Cada una de las fechas que señalé marca un descenso en la curva de la conducta cívica de los gobernantes, y se acusa como perturbación periférica de la línea continua de la historia. No debemos aislar los fenómenos complejos de la crisis actual de los otros sin que pierdan el sentido de unidad histórica de la vida social entera. La "revolución" de 1810 contiene los gérmenes que explican la asunción de Rosas al poder dictatorial; 1839 contiene en potencia la organización nacional que se inicia en 1852; 1862, data del primer gobierno federal estable, con la presidencia de Mitre, es corolario de la penosa y accidentada era preconstitucional que culmina con el unicato oligárquico de Roca, en 1880, y él lleva inevitablemente a la bancarrota de 1890, que promueve a su vez el lógico estallido de la segunda malograda revolución democrática de 1905, cuya victoria durable se confirma en 1916, con el triunfo en comicios libres de la Unión Cívica Radical y la presidencia de Yrigoyen. Esta experiencia desdichada condujo inexorablemente a su derrocamiento por la

asonada de 1930. Con los episodios circunstanciales, el golpe de Estado de 1943 restituye el mando a las verdaderas fuerzas organizadas de la política de fondo argentina, esta vez señoreadas por el Grupo de Oficiales Unidos (el G.O.U.) y prepara la reacción del ala conservadora y ortodoxa que se libera honorablemente de la oclocracia castrense de Perón en 1955. El año 1958 prolonga hasta nuestros días un intermezzo civil y constitucional que podemos interpretar como capitulación decorosa por el ejército de los comandos de la economía y la política nacionales.

Quizá contribuya a subvalorar las condiciones de líder del jefe del Estado actual la circunstancia de que ha terminado ya la época en que era posible imprimir a la acción de gobierno el sello del carácter personal, como ocurrió en las de Roca, Yrigoyen y Perón; y que en esta nueva fase de la política de obediencia no cuentan la cualidad del hombre de acción sino las del hombre de empresa.

Las circunstancias que han creado el status social y político que hicieron necesaria la personalidad del líder como título habilitante, las mismas que estructuraron jurídicamente a la Nación y al Estado, son las que hoy determinan su reestructuración económica. La fuerza inerte con que perseveran en su estado las instituciones anacrónicas ya, tiene uno de sus sostenes estáticos en la enseñanza superior, la única fuente de cultura orgánica que el ciudadano de la clase media tiene a su alcance. E inevitablemente debe considerarse este instrumento al servicio de los intereses patrimoniales del Estado como factor cardinal de la deficiente conciencia del pueblo acerca de sus derechos y deberes humanos y cívicos; como consecuencia, de su estado endémico de adinamia moral por falta de ideales claramente republicanos y democráticos para su vida. Su mentalidad está condicionada por la enseñanza de la historia militar y política que se imparte en las aulas y se predica diariamente con el énfasis que se da a los actos de gobierno que tienden a demostrar que los promotores del progreso social son los mismos que antaño lucharon con las armas por la libertad. Una enseñanza, en fin, que perpetúa en el desarrollo de la vida republicana y democrática los dogmas de obediencia del régimen colonial. La ciudadanía se halla así compelida por dos corrientes ideológicas incompatibles, merced a dos modeladores sociales antagónicos como si coexistieran dos pueblos en dos naciones. Para sim-

plificar, podemos admitir como hipótesis de trabajo la observación de Echeverría, adoptada por Sarmiento, Alberdi y Mitre, de que en Argentina están en conflicto dos países, dos políticas y dos concepciones dinámicas de la realidad. Una, la colonial, de tenor conservador, centralista, defensora del *status quo* y del *laissez faire*, que se prolonga desde 1776, cuyos prohombres son representativos de una clase que monopoliza la riqueza, la cultura y el poder conjugados y organizados; la otra, republicana y democrática, de carácter progresista, federativo y legalista. Representantes de la primera estructura son todos los gobernantes militares de escuela; de la segunda los gobernantes civiles, y también los militares revolucionarios o heterodoxos, Alvear (Carlos), Dorrego, Rosas y Urquiza. Hallamos en seguida que los primeros representan al partido Unitario (de Rivadavia) cuyo lema es el mismo de Rosas y Roca: "paz y patacones" (orden y progreso), con sus inherentes incongruencias y los segundos el del partido Federal que propicia un gobierno igualmente centralizado fundado en la voluntad popular, pero demagógico más que democrático, personalista más que deliberativo.

Dentro de esas dos grandes secciones que se diferencian como dos naciones, dos historias y dos políticas, aparecen rasgos espurios e híbridos que dan a los reaccionarios aspectos progresistas, y viceversa; como asimismo la fusión de tendencias aparentemente antagónicas, como ser el liberalismo y la autocracia, el ejército y el pueblo, el capitalismo y el socialismo, cuyas líneas dinámicas se entrecruzan y confunden en pugnas y avenencias eventuales. Toman relieves groseramente palpables en los gobiernos de Yrigoyen y Perón. Se trata, ciertamente, de conglomerados compuestos de muy heterogéneos ingredientes, aunque cobran cariz orgánico y distintivo, acusado más que por la naturaleza de los intereses en juego por la personalidad de los líderes. Porque hemos de reconocer que perseveramos aún en la era de los hombres representativos que personalizan vastos sectores de la opinión pública y a cuyo arbitrio paternalista se confía la suerte y el destino de la nación entera. Los nombres de Rivadavia, Rosas, Roca, Yrigoyen y Perón representan esa forma personal de manejar la república, y le es muy dificultoso al ciudadano vulgar concebir una forma democrática de gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, según la fórmula de Lincoln. Tenemos hoy otra y no la última variante de ese personalismo que

sólo se distingue de aquellos arquetípicos que mencioné por la menor fuerza aglutinante del líder, que permite entrever que están en acción otros factores y otros intereses. Otros, que son los que efectivamente determinan la conducta del jefe de Estado, reducido a administrar los bienes ajenos. Pues, a mi juicio, esos factores e intereses son los mismos de siempre, hoy más compulsivos.

Coeficiente de la ofuscación de la opinión pública que sigue atribuyendo a la voluntad del Gobernante la conducta que le imponen los estados mayores de la economía mundial, es la ignorancia del pueblo en asuntos relacionados con la situación real del país. Su educación típica ha sido la más adecuada para convertir esa ignorancia en obediencia. Dos hombres que intentaron despertar en el pueblo la conciencia de esa situación real, Leandro N. Alem y Lisandro de la Torre, pagaron la transgresión con sus vidas. Esa ignorancia mantenida cuidadosamente por los poderes públicos mediante sus órganos de educación, se opone al triunfo de cualquier política de gran envergadura y deja a la ciudadanía a merced de los conductores de muchedumbres.

Enseñamos a desconocernos

Pues también la enseñanza concuerda con las demás formas de la vida institucional: tiene los mismos orígenes bastardos, adolece de los mismos males y halla las mismas resistencias para una reforma de fondo. Un síntoma clínico es éste: la opinión pública es partidaria de la enseñanza laica, pero ni tiene cómo expresarse sino con el lenguaje oficial de las escuelas, ni posee una conciencia clara de que se trata de un problema de formación de la personalidad y no del gobierno de la cultura. Necesariamente lo identifica con los asuntos de Estado y lo inserta en las corrientes generales de la política militante de partido. La enseñanza laica es para el grueso de la opinión pública sinónimo de socialismo, anticlericalismo y masonería educacional. Toda la vida espiritual del educando gira en torno de la política sectaria en sus dos grandes hemisferios: reacción y revolución. El hombre de la calle tanto como el de la universidad busca líderes en los maestros, y los nombres de los grandes educadores, como Sarmiento, Juan Ma. Gutiérrez, Joaquín V. González y Agus-

tín Álvarez, son considerados también como gonfalonieros de un indisciplinado batallón de insurgentes intelectuales. La Reforma Universitaria, en fin, a los cuarenta años de puesta en marcha ha tomado el rumbo de los comicios, hacia la izquierda de los partidos liberales o hacia la derecha de los partidos conservadores.

Los defectos y vicios ingénitos de la educación popular no han sido corregidos porque no han sido tomados en consideración por ninguno de los grupos reformistas. No se trataba de programas ni de método, de orientación ideológica, laicismo o jesuitismo docente, como lo puso de manifiesto la promulgación de la Ley Domingorena de libertad de enseñanza. Se trata de que nuestra enseñanza media y superior no coadyuva a la formación de una conciencia nacional en el educando.

Si la enseñanza oficial no ha contribuido a formar en el ciudadano la conciencia verídica del mundo en que vive, tampoco la literatura ha contribuido a ello. Dando espaldas al pueblo para realizar su obra, el escritor se retrajo a consumar su obra lo mejor que pudo abandonando la masa ciudadana a las trapacerías de los políticos y a la estulticia de los periodistas. Un pueblo sin otros maestros que los amaestradores de civilidad está desamparado también en su vida espiritual. No podemos reprocharle las culpas ajenas ni hacerle pagar las deudas de sus expoliadores de la inteligencia, como le hacemos pagar los desfalcos con su hambre y su sed.

En lo que respecta a la vida intelectual, la situación general no es muy distinta de otras de sus producciones. No hemos logrado la independencia intelectual, que fue la base del programa de organización nacional para los jóvenes del Salón Literario, en 1837. La dependencia colonial en este sentido se ha prolongado, también en continuidad histórica hasta nuestros días. Los gobernantes no han tenido auxiliares en las letras, ni los han necesitado. Tampoco han tenido opositores de jerarquía intelectual. A este respecto, ningún gobernante ha demostrado tanta indiferencia como el actual. Habla un lenguaje de gerente de fábrica, emplea el lenguaje de los vendedores de automóviles y se dirige a oyentes que están acostumbrados a los artículos de fondo de los grandes rotativos y a las audiciones de música folklórica.

Llamamos Economía Política a otra cosa

La política económica de reparación y reconstrucción enunciada y seguida desde su primer día de gobierno por el presidente Frondizi ha sido reconocida por los economistas de cátedra y por los expertos en Finanzas como eficaz. Se admite que la economía fiscal está desquiciada por factores mecánicos inherentes al sistema, y no por un régimen tradicional de depredaciones y malversaciones del Tesoro. Tómase para este dictamen académico el criterio de que era perentorio y sin reserva adoptar medidas heroicas que contuviesen el desastre financiero y económico que hizo crisis en las postrimerías del Gobierno de Perón. Durante el lapso de doce años que soportó la Argentina su tiranía constitucional, con tolerancia de la Justicia y la Legislatura, se aguzaron los problemas que sin resolverse vienen transmitiéndose desde 1827, año de la renuncia de Rivadavia y del comienzo de una deprimente era de exacciones y arbitrariedades.

La situación hereditaria que el gobierno de Perón agravó malversando la hacienda pública en su afán de reparar un desastre con un cataclismo, y de realizar manu militari el engrandecimiento disciplinado de la Nación, culmina en 1955, cuando se han agotado los fondos y reservas de las cajas, los bancos y las posibilidades de nuevos créditos sin garantía segura. La tradicional ausencia de escrúpulos en el manejo de la Renta y la falta de un plan racional de administración permitió el saqueo de las Cajas de ahorros y de jubilaciones y de los bancos oficiales, la dilapidación de las ganancias que el Estado obtuvo de su situación neutral durante las dos Guerras mundiales y el envilecimiento de las clases trabajadoras, a las que inculcó la noción de una justicia social de bandidos. Contribuyó, pues, a colocar al país en situación de deudor insolvente y de población a la que había de gobernarse con la policía. Además de esa economía de feudo familiar siguió aplicándose en aquel lapso de prosperidad artificial, la táctica del despojo y el saqueo con guante que reemplazó a la de los caudillos de montonera. A los ojos del pueblo esa opulencia espectacular significaba que prácticamente los recursos del Fisco eran inagotables y lícitas todas las acciones que se invocaba para obtener su bienestar. De esa forma insensata además que inmoral sacaron provecho los que durante el gobierno de Perón y tras su caída, habían de asumir el papel de

libertadores y de reconstructores de la vida económica y moral del país. Este reproche se refiere a los hechos y no a las personas, pues todo gobierno de casta necesariamente ha de mantener los privilegios en cualquier forma conquistados.

La caída de Perón retrotrajo al país a la misma situación, por analogías, en que lo encontraron los libertadores y reconstructores de los años 1930 y 1943. Y la misma situación halló Frondizi al asumir la presidencia de la República, con el agravante de los compromisos no declarados. cuya índole y alcance sólo podemos conjeturar. El estado actual de las finanzas y de la economía es similar, además, al que originó la renuncia de Juárez Celman en 1890 y los derrocamientos de Yrigoyen y Castillo en 1930 y 1943. El cuadro se iluminaría de manera inequívoca si el poder público pasara, por cualquier accidente, a manos de quienes lo detentan positivamente. Se verían entonces algunos de los hilos que mueven a los títeres de esta comedia de malentendidos. También podría verse que la causa de la crisis actual es de dos naturalezas: que los productos básicos de la riqueza nacional (la carne y el trigo) no tienen el mercado favorable de antaño, por lo cual se necesitan nuevas fuentes compensatorias de recursos, y que esencialmente la fractura se ha producido en el punto más débil de la estructura del Estado, que es la moral pública y la dignidad judicial.

Los peritos en economía y en finanzas pueden reparar la quiebra, pero en tanto la justicia se avenga por razones de Estado al prevaricato y el peculado de los funcionarios, la recidiva será inevitable. En nuestra historia judicial no se conoce el castigo a los magistrados que incurren en delitos comunes, y la lección que el pueblo recibe es que, cometidos en gran escala, merecen el encomio de las cámaras y la recompensa de sinecuras diplomáticas. La cura moral traerá aparejada la salud física de la Nación, pues su complexión es robusta y no se la puede quebrantar sino corrompiéndola.

Tanto la naturaleza de nuestros males materiales como la índole de nuestros vicios morales son endémicas. Todas las crisis se configuran por una misma etiología y presentan idénticos síntomas. La terapéutica, en síntesis, consiste en dejar hacer a la naturaleza, que providencialmente repone con cada cosecha y cada cría los bienes que se sustraen.

Además de esos males que podemos designar como propios de un organismo metabólicamente descompuesto, hay

otros de estructura o constitucionales: la vastedad del territorio en dos terceras partes sin aprovechar, y la despoblación por falta de alicientes para el trabajo y por absorción de la mano de obra en las grandes ciudades en que se hacina. Es el problema de la tierra y el hombre, que vieron y denunciaran Echeverría, Sarmiento y Alberdi, aún no resuelto. La población de las llanuras, más numerosa en el litoral del Río Paraná, se ha asentado sin un plan inmigratorio previo, por lo cual puede decirse que las gentes se guiaron por su instinto de encontrar las tierras más feraces, tal como hizo siglos antes el ganado. La política seguida por Urquiza y Roca, fieles al precepto de Alberdi, de que "gobernar es popular", condujo a la actual situación anómala en que a la estructura económicamente desarticulada del territorio se superpuso la estructura desarticulada de su población. El aforismo complementario de Sarmiento, de que "gobernar es educar", se aplicó con el mismo criterio con que se pobló, y de ese modo vino a resultar un sistema de educación desarticulado en que las cosas que se aprenden tienen poca relación con las cosas que se viven.

Otra vez cumplió Roca la misión de organizar la explotación de los campos, pero poniéndola al servicio del capital invertido en frigoríficos, ferrocarriles y obras públicas, de abandonar las industrias ligeras y el comercio a sus propias iniciativas, sin otros frenos que los del código penal, y de crear una guardia pretoriana para la defensa del Estado. Esta guardia pretoriana se formó, en sus tres más sólidos soportes por la Justicia, el Ejército, la Enseñanza, que impusieron su cuño a todos los valores nacionales que se moldearon a su imagen y semejanza. Otro rasgo de esa política civilizadora a ultranza, fue allanar los lugares que habrían de ocupar el Trabajo y el Capital importados, para lo cual se emplearon los métodos de violencia más extrema: se extinguió al indígena sin piedad y sin perdón, y sus tierras y ganado fueron negociados al mejor postor. El habitante blanco ocuparía el lugar del indio, sus ocupaciones serían más o menos las mismas, se lo educaría para mantener las consignas de paz y riqueza, y el país llegó a ser lo que había pronosticado Sarmiento: "la pradera que produciría el alimento de otras gentes y el batallón de pastores encargados del cuidado y faenamiento de las haciendas". Este esquema es el que forma el canevás de la situación actual, perfeccionadas las técnicas, entre ellas las que

conciernen a las formas de asegurar al capital extranjero sus inversiones y sus dividendos sin zozobras ni molestias. Que la policía tenga hoy una función prominente, es también una peripecia lógica en el proceso histórico nacional.

Dos declaraciones categóricas en el sentido de que el país mantendría su estructura de colonia bien defendida hizo Perón en sus discursos en la Bolsa de Comercio, asegurando que durante el gobierno de la República que estaba seguro de obtener, no se lesionarían los intereses del Capital, y en la Universidad de La Plata, en 1946, anunciando que el Estado se reorganizaría como un cuartel, adoptando públicamente el catecismo de los teóricos de la guerra total, von Clausewitz, von Bernhardi y von Schlieffen. Pensaba entonces que un Estado Totalitario merecería la aprobación de las naciones vencedoras del totalitarismo italogermano, y en eso acertó, según se va viendo.

También se ve claro que el sistema aparentemente contradictorio de Roca y Juárez Celman, del liberalismo económico casado con el despotismo político, es una línea larga de la historia institucional argentina, y que con retoques y reajustes sucesivos llega hasta este momento. La configuración mixta de liberalismo y despotismo corresponde simétricamente al tipo tradicional de gobierno, ni castrense ni civil por completo, debiéndosele considerar en todas sus evoluciones circulares como gobierno gendarme, o gobierno delegado si se estima demasiado rigurosa la denominación más correcta de gobierno de ocupación. Tal fisonomía tiene en la realidad el Estado argentino desde sus orígenes; se perfila en la administración de Sarmiento que coloca las piedras sillares para su construcción, y se modela con sus rasgos actuales en las dos presidencias de Roca (1880/1886 y 1898/1904). Durante setenta y nueve años el trabajo de juristas, economistas, estadistas y pedagogos se aplicó a obras de reparación del edificio y a reforzar los contrafuertes para asegurar su absoluta estabilidad. Es comprensible, pues, que aun en el caso, sin ninguna duda cierto, de que Frondizi hubiera tenido el propósito de desmantelar o desguarnecer esa fortaleza, no lo ha podido. Y no lo pudo porque antes que convertir a un país cuartel-dehesa-factoría en nación de vida independiente y sana, ha tenido que atender de urgencia a evitar su derrumbe bajo el peso de una mole superior a sus fuerzas. No le será posible otra tarea que la de escoger entre la ocupación militar del

país, como base para operaciones de otra naturaleza que las estrictamente económicas, o fortalecer aún más la arquitectura totalitaria del Estado. ¿Cuenta con alguna fuerza efectiva que no esté comprometida desde hace mucho tiempo en mantener la Soberanía nacional a costa del Patrimonio que estamos enajenando progresivamente? Se cree que esa fuerza está en el pueblo. Pero si el presidente, hombre de probidad intachable y de entrañables convicciones democráticas, no lo cree así, debemos suponer que esa fuerza del pueblo es ilusoria, y que, sometido como lo está a la misma impotencia de todos los otros pueblos, inclusive el estadounidense y el soviético, debe acatar su destino, al menos hasta que encuentre la manera de recobrarse sin exponerse irremisiblemente a sacrificios de vida inútiles.

Nuestro pueblo no tiene ningún privilegio sobre otros mejor organizados y con mayor espíritu de solidaridad que fueron y son abatidos. No ha sido educado para la libertad; y su formación cosmopolita ha hecho de él una masa boyante, sin arraigo en la tierra, sin ideales por los cuales valga la pena vivir y morir. Manejado por mayorales de rebaño, esquilmado y burlado, buscó el amparo de quienes supuso que podían defenderlo. Como se entregó a la potestad de Rosas, se entregó a la de otros caudillos, Yrigoyen o Perón, y su última experiencia ha sido la decepción definitiva, puesto que ha comprobado que no puede contar sino consigo mismo, y que el poder del más fuerte y el más querido de todos sus ídolos no existía para defenderlo sino para dominarlo. ¿Existe alguna fuerza organizada más poderosa que la del ejército, y existe alguna fuerza específicamente más hostil para el pueblo? Perón disipó su desesperada fe en que sobre el poderío de sus expoliadores y el de sus defensores parlamentarios existiera otro que, llegado el trance supremo, se pondría de su parte y le haría justicia; ahora mira con desconfianza y desdén a quienes tantas veces lo han traicionado, sometiéndolo con las mismas armas que puso en sus manos para defenderlo. El descrédito que el ejército padeció en la persona de Perón cubre ahora a la institución entera y es inevitable que éste aumente su poder en proporción a la pérdida de su prestigio. Lo que no podrá recuperar es la buena fe del pueblo y, si el gobernante debe decidirse tomando partido por una de las fuerzas antagónicas ahora, es lógico que opte por aquellas que sirven a los mismos intereses que él. Por el Estado con-

tra el pueblo y, llegado el caso, por la fuerza contra la ley. En este drama bíblico la "ancilla Dei" es el pueblo, y el sacerdote del sacrificio el jefe del Poder Ejecutivo.

No puede negarse que el ejército está desempeñando actualmente una función policial, no sólo en el sentimiento del orden sino en la custodia de los capitales invertidos últimamente, cuyo fiador parece ser.

Resguardo de las propiedades ajenas

CUALESQUIERA sean los matices regionales, los gobiernos de los países subdesarrollados son, de hecho, gobiernos delegados. El nuestro lo es desde que con los grandes empréstitos contraídos para obras públicas e insumidos en las guerras civiles y del Paraguay, quedamos como deudores hipotecados de Inglaterra. La necesidad de mantener en el pueblo un permanente estado de fervor patriótico por las autoridades gubernamentales y sus órganos de educación, concurre a que ese estado de cosas no se perciba y a que la fe y la confianza del pueblo se localicen, cada vez más, en los hombres investidos de poder y no en las instituciones. Como se ha visto en Argentina, desde la expulsión de Yrigoyen, la más poderosa de esas instituciones del orden adquirió, por ejercicio incontrolado, el manejo de la cosa pública, y a Perón le fue cómodo, en 1943, encabezar un pronunciamiento que contaba con el beneplácito de los jefes del ejército, los dirigentes políticos y la mayoría de la masa ciudadana.

Un gobierno delegado que actúa en esas condiciones absolutamente favorables es el enemigo más peligroso a la salud de la nación, porque se encubre con los símbolos de la soberanía y no puede ser combatido. Su táctica de mantenerse en el poder con el apoyo de la opinión pública sofisticada, consiste en hacer concesiones a los grupos de presión internos y a los directores de la política internacional de dominio. El cuadro se ve a plena luz en los países aparentemente autónomos hasta hace poco del Cercano Oriente, y de la América Latina. La ocupación por las tropas es un enojoso compromiso que deben y pueden evitar. Además, existen las convenciones internacionales.

Un sistema de gobierno de esa curiosa especie necesita apoyarse en una de sus columnas más estables, y esto explica

por qué periódicamente se anuncia la poda de las ramas estériles de la burocracia a la vez que se crean nuevas dependencias que son nuevos zarcillos. Sarmiento implantó el sistema, Roca lo perfeccionó consolidándolo con la participación del ejército en el gobierno. Yrigoyen lo adaptó a su gobierno de clase media, Perón lo transformó en su milicia funcionaria, sincronizadas con sus fuerzas de asalto (C. G. T. Confederación General del Trabajo) y Frondizi usó de la alarma de que la burocracia sería reducida a plazas indispensables, con lo que agregó un ingrediente de pánico a la pócima de intimidación, farmacéuticamente dosificada.

Sobre esta estructura dinámica se ordenan las instituciones del país entero, como sobre su anómala estructura de inmenso territorio despoblado y de población irracionalmente distribuida, su debilidad para resistir el avasallamiento desde el exterior y la anarquía en el interior. El país es una frontera en que conviven en tensión diversos y numerosos grupos de enemigos comunes contra el Estado, la nación y la prosperidad del pueblo. Resulta lógico entonces que su equilibrio sea inestable y que cada presidente llega al poder con una sentencia de muerte. Evidentemente lo sostiene el conflicto de las fuerzas que trabajan sin coordinación para derrocarlo, y su habilidad acrobática consiste en sacar ventajas de su debilidad. Frondizi se mantiene actualmente porque sólo tiene en su favor la fuerza de sus enemigos. En primer término de las Fuerzas Armadas, su más considerable adversario hasta que se enunció claro el aparente poderío de la conjunción de las fuerzas populares. Aparente, porque esa conjunción no tenía otra amalgama que los intereses inmediatos de los partidos políticos, en primera fila del peronismo desilusionado. Puesto en el apremio de optar, se decidió sin hesitaciones por la fuerza mayor, y con ese paso dejó de ser personaje del drama doméstico de la política interna y adquirió la impopularidad de personaje histórico en la tragedia mundial y en la economía imperialista. En estos momentos los dados fueron echados y su suerte decidida. Falta sólo levantar el cubilete y entonces se verá que su juego está perdido. Después del levantamiento del general Toranzo Montero, que lo confirma en el poder, podemos considerarlo un prisionero de guerra.

Pasamos a ocupar nuestro puesto en la fila

No es atrevido, pues, afirmar que la soberanía política consagrada en 1816, ha sido una fórmula más jurídica que positiva, cuyo resultado práctico fue que pudieran realizarse las guerras de independencia por una nación soberana y que más tarde se ofreciera la explotación de minas y de servicios públicos al capital extranjero, cuya tarea se la encomendara a Rivadavia (1824-1827). El país termina el coloniaje español e inicia el inglés. Como ahora, no había entonces otro camino que aceptar nuestro "destino manifiesto". Admitida esa tutela económica, las crisis de diverso género y fuero que se producen entre 1852 y 1955, aparecen como el "conflicto y la armonía" de las razas y de los intereses extranjeros, y tienen su campo de acción en la marca inmigratorio o litoral y en el pueblo mestizado: escena y personajes de un drama del que participamos sin entender a fondo su argumento. Es el drama de nuestra nacionalidad. Puede asegurarse que en el lapso de 1945 a 1955 se transfieren los comandos de todas las fuerzas vivas de la nación a sus acreedores hipotecarios, el demiurgo secreto del drama. Tal acontecimiento de gabinete, silencioso y tranquilo, tiene varias facetas, de la que sólo es una, si bien importantísima, la pérdida del control de la cosa pública con la menos una relativa práctica honorífica de la soberanía. Los intereses alienígenas que Perón no supo o no pudo concertar con los de la nacionalidad, concurrieron a su caída, cuando aún no se había encontrado la fórmula de poner la economía, y subsidiariamente la política, en manos de los accionistas privilegiados. Perón era la persona que pudo cumplir esa misión con suficiente solvencia, pues obtuvo su poder prácticamente autónomo en su calidad de militar conspicuo, que se comprometió a realizar el programa de "reestructuración" de la nacionalidad sobre la base de un fascismo inteligentemente adecuado a la indiosincrasia del Estado y del Pueblo Argentinos. Con la cooperación de su esposa, la "amiga de los pobres", aumentó las prerrogativas del uno y restringió las libertades del otro, facilitando la operación de transferencia de los comandos como se pudo hacer más tarde en dos tiempos: la revolución "libertadora" y el gobierno popular y constitucional de Frondizi. En vano ambos gobernantes declararon que las concesiones del petróleo y el ingreso en el Fondo Monetario Internacional eran hechos fatídicos e inevitables a que

conducía el estado de las finanzas desquiciadas. No se comprendió que nos hallábamos en la situación del último tercio del siglo XIX, cuando Avellaneda declaró que los recursos fiscales estaban agotados y que se ahorraría con el hambre y la sed del pueblo, y que se enviaba a Londres el último peso del Tesoro para cumplir las obligaciones de los empréstitos (palabras de Pellegrini). La estructura de Argentina en su rol de país semicolonial, o subdesarrollado como ahora se dice, no sólo se acusa en la organización económica dependiente siempre de una metrópoli; sino también en su organización judicial, y política en consecuencia. La Constitución nacional, bosquejada por Alberdi conforme a los planes de colonización de Urquiza (sancionada en 1853, vigente hoy con modificaciones de ajuste) es tan liberal que permite las más elásticas interpretaciones, que han servido generalmente para ir fortaleciendo el Poder Ejecutivo y debilitando la acción de los partidos democráticos y de los gobiernos provinciales. Es una constitución, inspirada en la de Virginia, que revela la naturaleza del país como "frontera", según el concepto que ahora tienen las regiones así caracterizadas en los "Estudios de Areas". Sarmiento pudo decir que la Nación se había constituido como albergue de inmigrantes. De inmigrantes cuyos jefes de empresa eran los capitales importados para ordenar la colonización y garantizar sus inversiones. Nuestra crisis es, típicamente, la de todo territorio de confluencia de fuerzas antagónicas al que imponen sus normas de conveniencia las leyes y los códigos. Nación constituida por modeladores jurídicos más que de conducta, tuvo necesariamente que conducir a una organización de poder que no necesita tomar en cuenta la moral pública cuanto la eficacia de los instrumentos habilitados para mantener en "estado de derecho". Tal estado de derecho es un estado real de fuerza, y la Constitución no reconoce a la ciudadanía otra persona que la que está configurada jurídicamente en los códigos. En cada caso el Estado decide el arma que ha de usar para mantener el orden y conservar la paz, con lo que el hombre declina a ciudadano y el ciudadano a súbdito. Una organización jurídica tan ajena a los intereses sociales y humanos coarta el juego de la democracia republicana en cuanto la somete a normas rígidas previstas en las leyes, con lo que da lugar a que los Poderes Públicos se conviertan en dictatoriales dentro de la Constitución, y a que la ciudadanía no tenga otro recurso que la se-

dición. Se explicarían entonces, grosso modo, el estado de permanente pronunciamiento, militar y jurídico, que Sarmiento advirtió después de 1880, como el estado normal de la vida institucional argentina. La Suprema Corte ha encontrado siempre un recurso legal para cohonestar tales pronunciamientos, y los movimientos de agitación contra la acción política de los gobiernos han podido juzgarse como atentados contra la seguridad del Estado.

Cuándo se quiebra verticalmente la nación

¿Por qué hemos llegado a una situación económica angustiosa? No sólo hemos vivido exentos de las calamidades de las guerras y de los problemas de exceso de población y falta de tierra que agobia todavía a los países pobres de Europa, sino que hemos sacado provecho de ello. Los factores geográficos, demográficos e históricos que dan carácter de naturaleza e irremediables son también, por lo contrario, sumamente propicios en Argentina. Sus calamidades y sus problemas de complexión y desarrollo son imputables al hombre; en primer término a los que desde la existencia de la República, incuestionablemente penosa, asumieron la responsabilidad de su gobierno. Prohombres bien inspirados, patriotas y con suficientes conocimientos de las ciencias políticas como se conocían a la sazón, recibieron una herencia de administración groseramente extractiva y depredatoria. El resultado de haber querido estructurar la nación con arreglo al modelo de Francia y de los Estados Unidos puso el acento de todos los esfuerzos en crear un gobierno democrático fuerte, una educación popular adecuada a nuevas empresas y a remediar la pobreza y el abandono en que nos dejó España por el método seguido en adelante, de entregar la explotación de las riquezas a la Banca, la Industria y el Comercio extranjeros. Son los temas y los problemas que estudian y tratan de resolver Rivadavia, Mitre, Sarmiento, Avellaneda y Roca, hasta que este último decide aplicarle un plan de medidas drásticas, con lo cual desaparecen tales problemas como asunto de la vida económica y política interna pasando a depender de los intereses extranjeros. La Nación recibe un pulso subitáneo, insospechado para los estadistas que graduaban la cantidad de progreso que recibían con la cantidad de soberanía que entre-

gaban, hasta hacer de nuestra tierra de promisión una tierra de aventura. Como esqueleto de esta nueva nación opulenta, engrandecida por lo que podría llamar un método de engorde, quedaba subsistente la organización colonial de un territorio mal poblado, con una población que se guarecía atemorizada de las irrupciones del indio hostigado y enfurecido, y así lo tenemos en nuestros días, sin que las nuevas ciencias geopolíticas, los estudios de áreas y de regiones y los ejemplos de los Estados Unidos (el Valle del Tennessee) y de la Unión Soviética hayan merecido la atención de nuestros gobernantes y economistas. Como depositaria de la riqueza, la seguridad de toda la Nación, la ciudad de Buenos Aires llegó a ser lo que he llamado repetidas veces la vitrina en que se exhiben las joyas falsas pero no las miserias auténticas de las provincias. Una nueva metrópoli para el destino de la Nación, la cabeza decapitada de un gigante y asimismo, el *trompe-l'oeil* de los hijos de inmigrante, que llegan al poder e ignoran su antiguo, cierto y quizá ineluctable destino de factoría. Con el modelo del gobierno del Segundo Imperio Napoleónico ahora, y no de los Estados Unidos de 1776 y de Francia de 1789, que inspiraron a nuestros patricios, ¿cómo podemos asombrarnos ni quejarnos de que hayamos llegado a ser lo que éramos y no los que creíamos ser? Frondizi conocía esta doble fuente de nuestra moral y nuestra política, que yo le he expuesto en pláticas privadas y le confirmé en una carta que él dio a publicidad y yo incluí, sin destinatario, en mi libro "Cuadrante del Pampero". Nada hizo hasta hoy que induzca a pensar que no considera al país como todos sus predecesores, que pone en práctica sus mismos métodos y que también en este sentido marca un tramo del camino iniciado por Roca y continuado en línea recta por Juárez Celman, Pellegrini, Figueroa Alcorta y Perón. (Yrigoyen, en esta genealogía de seguir la política de Guizot, de Cavour y de Disraeli debe ser descartado; su genealogía, ya lo insinué es la de Rosas a Perón, que lo continúa, y Roca es el cruce de esas dos líneas). Para iluminar el cuadro que examino con una luz lateral, necesito detenerme un instante otra vez en la primera presidencia de Roca, que, con las correcciones que las exageraciones de su sucesor y concuñado Juárez Celman le aconsejan, da su forma adulta y su fisonomía descarada a la política gubernamental argentina. Es evidente el paralelismo Rosas-Yrigoyen-Perón, y por otro rumbo el de los gobernantes

que continúan la línea de Rivadavia-Roca-Sáenz Peña. Acusan una idéntica similitud formal. Pero cada vez el molde da un ejemplar menos puro, más híbrido y mezclado. Se bastardea con elementos del otro tipo, resultando para cada una de las series un producto más heterogéneo y espurio. Roca es llevado a revalidar en su época y con los medios a su alcance, la tentativa civilizadora de Rivadavia, lo que López denominó (Groussac dice que con injuriosa inexactitud) "la aventura presidencial de Rivadavia". En 1880 no era posible rehabilitar las tácticas políticas de Rosas, pero Roca hallaría la forma de que la economía privada que éste implantó para impulso de sus saladeros la ejerciera un grupo de terratenientes y estancieros a los que enmaridó, para asegurarse indefinidamente el poder, al ejército. Lo cual fue, evidentemente, la táctica de Rosas. El examen de esta situación de una clase dirigente, llamada la oligarquía con justa palabra, es otro tema. Baste señalar el hecho de que bajo una u otra forma de gobierno, sean los militares de facto o los democráticos de jure, el manejo de la cosa pública no ha sido adquirido por personas contrarias a esos intereses, y si las hubo en tanto hicieron propaganda para llegar al poder, una vez obtenido se plegaron al servicio de esa clase, de los intereses de esa clase: terratenientes, ganaderos, militares, y ahora agentes bancarios y económicos extranjeros.

La situación de la república en 1880 es la de cualquier época anterior y posterior: necesidad de poblar el territorio, de incrementar las industrias, de crear un clima de trabajo honrado y justamente retribuido, de educar para la justicia y la libertad, de explotar intensivamente las riquezas naturales allegando capitales extranjeros, de sanear la administración pública, la justicia y la milicia, de limitar el derroche de la Renta, etc. Roca realiza lo que no pudo Rivadavia, que tenía dificultades inmensamente mayores, dentro y fuera del país, pero a la vez consolida el sistema colonial de dejar en manos de los ociosos y aprovechadores las fuentes de producción y el dominio del pueblo, ajustando toda clase de arbitrariedades al formalismo legalista. Quiero decir que permite que al amparo de la Constitución y las leyes, en el ejercicio del derecho, el país sea presa de los especuladores inescrupulosos y que la enseñanza, la justicia y los textos vivos de educación cívica, sean embustes para acogotar al pueblo.

Tácticas de represión

El hecho cierto es que existe una deuda pública de tal magnitud que el Fisco no podrá atender ni en el pago de los intereses, ha servido, hábilmente usado, como otro de los recursos de intimidación. El presidente declaró en el primer mensaje, y lo repitió en otras ocasiones, que la penuria del Erario era tan grande que a fines de 1958 no se podrían pagar los sueldos de la administración pública. Ello permitió someter al país sin resistencias eficaces, a un régimen de "austeridad", ya conocido desde Avellaneda como "ahorro con la sed y el hambre del pueblo". Meses después le fue posible someter a la porción más desvalida, la de los jubilados, a un régimen de miseria y humillación. Con el mismo pretexto permitió la libre empresa, que consiste en el enriquecimiento del rico y el empobrecimiento del pobre, esforzándose por congelar los salarios y fomentar el alza de los precios. El lenguaje de los financistas, juristas y economistas pedagógicos, en todos los casos la conducta del gobierno se ajusta a los cánones científicos que preceptúan medidas drásticas de ese tipo como único medio interno de evitar el desastre económico. Concordantemente otros para explotar científica y exhaustivamente las riquezas fiscales. Con el lenguaje del hombre de la calle, esas medidas financieras, jurídicas y económicas representan para los genuinos intereses nacionales, junto con la inflación estimulada por la fabricación de papel moneda, sendas estafas en escala astronómica. Personajes del gobierno, Poderes públicos, instituciones y técnicos se le aparecen como actuando en calidad de asesores manejados a distancia, sin patriotismo y sin dignidad. ¿Cómo puede, entonces, lograrse su tributo de hambre y vergüenza, sino por medio de la fuerza, y cómo se puede evitar que el desdén y la desconfianza que ya tenía contra ellos se exacerbe y en la desesperación llegue a la violencia? Porque el pueblo ha salido a la calle y se ha negado a trabajar en esas condiciones, no en procura de mejores jornales ni de reducción en su horario de trabajo, sino en defensa del patrimonio y de la dignidad nacionales. ¿Y es el pueblo otra vez el que ha de pagar con su sudor y sus lágrimas los delitos de los depositarios infieles, y con su sangre los delitos de lesa patria? Porque si las leyes de estado de sitio declaran sus actos fuera de la ley sólo es esto posible y explicable porque el Estado se ha colocado fuera de la ley, o sea dentro de

un sistema de ilegalidades consentidas. ¿Responde la táctica de represiones a una finalidad de largo alcance, de la que el esfuerzo a ultranza del gobierno por mantenerse en el poder es sólo apariencia? Sin ninguna duda; se puede afirmar categóricamente que un hombre de condiciones democráticas, de entrañable amor al pueblo y de conducta intachable, jamás se habría prestado a consagrar, si no a decidir, esas represiones. Este es el síntoma más irrecusable entre todos, la incongruencia inexplicable de la personalidad moral de Frondizi y de su acción en el Gobierno, para que debamos admitir que actúa como gobierno colaboracionista de ocupación sin tropas. Sin ambages, su situación es la de Petain.

La almáciga de los desórdenes y los escándalos

En presencia de un gobierno democrático-dictatorial como el de ahora, no debemos olvidar que el gobierno tiránico de Perón fue también jurídicamente constitucional, con la concordancia absoluta de los poderes Legislativo y Judicial. En este sentido fue, como ninguno de los otros, típicamente expresivo de lo que se denomina, y puede denominarse, un estado de derecho. Un Estado dentro de un estado jurídico que, como sistema, puede colocarse fuera de la ley. En el lenguaje de Laski, un gobierno de forajidos, si se ha creado su estado de derecho, como lo hizo el nacionalsocialismo, cuyos actos más vandálicos estuvieron convalidados por las leyes y hasta por una filosofía social, jurídica y política ad-hoc. Suprimidas las exageraciones vesánicas de ese régimen, el gobierno de Perón conservó sus características estructurales, y, atemperadas las aberraciones del peronismo, el gobierno actual mantiene las líneas tectónicas del Estado que configura la Constitución. Por estas razones, no debieron haberse canvalidado los golpes de estado sino con fundamentos de índole social y moral, ni puede atacarse la actual política del gobierno radical intransigente sino fuera de los preceptos jurídicos y de los intereses económicos. Sus anomalías resultan de la configuración exclusivamente técnica del Estado y de la ciudadanía, y así como con ellas se puede colocar al estado bajo el control de poderes exóticos, se puede colocar a la ciudadanía bajo el control de la policía federal.

El régimen de violencia fiscal legalizada es un fenómeno

normal en la vida institucional, desde que se juzgó indispensable oponer un gobierno fuerte a los desmanes de los caudillos de provincia. Tanto los teóricos cuanto los realizadores prácticos de la doctrina democrática, tuvieron que concertar los preceptos de los tratadistas franceses y norteamericanos, tomados sabiamente por modelos y equivocadamente por guías, con un estado de cosas que hacía muy difícil cualquier sistema de gobierno regular. Nuestros más capacitados gobernantes llegaron a convenir en que el país todo era indócil y renuente a cualquier forma de Estado democrático y representativo, admitiendo que había de emplearse la fuerza para gobernar en paz, ya declarada, ya encubierta bajo el imperio formal de las leyes. Este desesperado recurso ha hecho posible la filtración de las ideas totalitarias y el desánimo en los ciudadanos capaces de gobernar bien. En consecuencia de tal dictamen, se le concedieron al gobernante intrépido facultades adicionales para que pudiera mantener la paz y el orden. En el más tumultuoso período de la nacionalidad, Rosas asciende al poder investido por la Legislatura, y ejerce por plebiscito la Suma del poder Público (1839). A la sazón no se halló otra fórmula más eficaz ni otra persona más capacitada para ello. Desde entonces, en grado más o menos atenuado, todos los presidentes de la República han tenido que ejercer un poder discrecional, a pesar de lo cual muchas veces fueron derrocados por pronunciamientos y conspiraciones de cuartel. Efectivamente, cada vez que sus facultades adicionales se debilitaron. Con ello entendíase evitar los desastres de la anarquía.

También desde entonces, y más o menos subrepticiamente, el régimen de la violencia fiscal se hizo normal, ora ejercido por gobernantes de facto que luego emplearon las armas de la nación para mantenerse en el poder, ora por medidas de coacción o compulsión que obligaron a la ciudadanía a padecer una obediencia disciplinaria. Hasta 1930 (desde 1853) se efectuaron sesenta y cuatro intervenciones federales en las provincias, y en 1955 las asonadas o golpes de estado pasaban de la treintena. Se las llama "revoluciones".

No se ha estudiado la relación existente entre esa supuesta índole sediciosa del pueblo y la de los que emplearon medios represivos de acción sin necesidad, ni tampoco qué carácter debe asignársele a esa manifestación inarticulada del descontento de la ciudadanía contra el atropello sistemático

a sus derechos constitucionales. Pues los movimientos sediciosos nacieron en los cuarteles y han tenido por objeto consolidar el régimen en el poder más que deponerlo. La historiografía ni la literatura se han ocupado de ese tema, y como únicas voces del descontento campesino poseemos los poemas gauchescos, documentales para el caso. Se los lee por la dosis de ingenio que contienen y no por su veracidad. A ese proletariado rural se dirigió Perón para inculcarle un catecismo de justicia social que no es otro que el de los bandoleros de Sierra Morena. Contra esa noción glandular de la justicia tiene que luchar ahora el gobierno, en los campos y en las ciudades.

Los antecedentes de este curioso episodio se hallan en la historia. El trato arbitrario que siempre se dio al paisano (el gaucho de los poemas populares) provocó la sublevación de los caudillos, quienes formaron sus milicias (montoneras) con su reclutamiento en masa; y con esos ejércitos de ilotas militarizados se lanzaron en 1820, y después, contra Buenos Aires, considerándosela, con justa razón, la nueva metrópoli tiránica, heredera de los privilegios de Fernando VII. Este antecedente no es meramente político sino social, y subsiste en sus efectos bajo formas alotrópicas y atemperadas, sin otros defensores del infeliz que los poetas gauchescos, ya desaparecidos. Invoco su testimonio para explicar cómo hemos llegado, a lo largo del tiempo y a través de penosas dificultades, a considerar como normal e insustituible el gobierno de fuerza, lógicamente ejercido en épocas de agitación por el ejército. La anomalía, en consecuencia, ha sido el gobierno civil y constitucional con su forma clásica de la división de poderes y en dinámica arcaica de dictadura personal. De las variedades castrenses de gobierno civil que hemos experimentado desde Rosas, las más representativas fueron las de Roca y Perón, sus simétricos derivados constitucionales.

Rosas el primero, concilia los intereses de la alta burguesía patricia con los de la plebe, y da a su acción un carácter oclocrático, que tiene principal apoyo en sus milicias policiales, formadas con peones de sus estancias, disciplinados militarmente. Con ellas convirtió al país en un feudo ganadero sometido al terror feudal. Y para asegurar la explotación pacífica del territorio bajo su dominio, emprendió dos campañas contra el indio montaraz que asaltaba periódicamente sus estancias y entraba a degüello en las aldeas. Esta obra civilizadora se

consuma cuarenta y cinco años después, con tropas de línea y armas automáticas bajo la jefatura del general Roca y en las postrimerías de la presidencia de Avellaneda. Sarmiento es quien más profundizó en el análisis de la textura social y política de ese acontecimiento, y todavía no se ha configurado una comprensión unánime que permita correlacionar aquella tiranía de ganaderos y militares con las que sucesivas e intermitentemente se han producido. Roca, como Rosas, asegura a los ganaderos (nuestros industriales-tipo) la explotación pacífica de sus empresas, las mismas anteriores, con dos diferentes: el capital extranjero llegado en empréstitos e inversiones para obras de adelanto edilicio y monumental, y la mano de obra abandonada al azar de la demandada, entran en conflicto; y el déficit fiscal acumulado permite el control de la riqueza desde el exterior. A este hecho puede también definírselo como enajenación del patrimonio nacional en su soberanía en un grado que ahora hace crisis. Por ese proceso mecánico modifícase el panorama de las fuerzas vivas en acción, sorteándose desde entonces con mayor o menor pericia, los escollos que resultan de las mismas condiciones aleatorias con que el Capital y el Trabajo pugnan recíprocamente sin lograr un sistema estable de cooperación, sistema que gradualmente fue relajándose. En tal estado los halla Perón, quien rehabilita, casi con los mismos caracteres típicos de tiranía económica, política y castrense, la política paternalista de Rosas. La situación actual del país está encuadrada lógicamente en el marco de ese proceso histórico de colonización capitalista. De no tenerse conciencia de esta continuidad y congruencia de las crisis con el proceso normal de desarrollo de la nación, los acontecimientos de los tres últimos lustros son incomprensibles; vale decir, susceptibles de ser explicados por la voluntad de los gobernantes o por propósitos venales que no siempre son valederos. La participación del ejército en el proceso de enajenación de la soberanía, se aclara teniendo en cuenta la función de árbitro arbitrador que siempre tuvo.

El modelador de la conducta cívica

El ejército ha sido la única institución de orden en el caos de las guerras civiles (1820-1874), y esto explica, y acaso justifique en cierto modo, la existencia de gobiernos militares

bien intencionados, como los ocho que tuvimos desde 1810 hasta 1868. Max Weber reconoce que la institución tipo de las organizaciones técnicas posteriores ha sido el ejército. Ese fenómeno normativo se presenta con relieves violentos en nuestra historia, en cuanto no existían entonces —ni probablemente ahora— otras instituciones organizadas capaces de ordenar y mantener en forma la vida nacional. El democrático Sarmiento tropezó con grandes dificultades para gobernar sin su auxilio, y convino en que era absolutamente impostergable la formación de militares y marinos de escuela a quienes se inculcara la conciencia de sus deberes profesionales. Al efecto, creó durante su presidencia, la Escuela Náutica y el Colegio Militar. Más tarde se llevaron instructores prusianos, que le infundieron el espíritu desaprensivo hacia el pueblo que todavía mantiene. Convino en esa necesidad apremiante, a pesar de su inculpación ilevantable del desorden que introdujeron en la vida civil las asonadas y pronunciamientos de militares de grado, que sublevaron muchedumbres para incautarse del poder. Comparados esos desórdenes con los de la vida institucional regular, y las demasías de los gobiernos militares con las de los de jure, debe reconocerse que es natural que este cuerpo disciplinado, reclutado en la capa social superior y educado bajo preceptos morales de deber patriótico, haya llegado a formarse una conciencia de casta a la que le está reservada providencialmente la misión de rectificar, y sancionar, los excesos de los gobiernos civiles, colocándose en el papel histórico de reparador, instructor y modelador de las instituciones desquiciadas. Yo no puedo decir, en conciencia, si, hecho un balance ecuánime, la responsabilidad de los gobiernos civiles es menor que la de los castrenses. En cualquier caso aquéllos deben merecer condenación más acerba que éstos, por haber dado motivo al avasallamiento de las jurisdicciones constitucionales. El general Paz, con Belgrano y San Martín de los muy pocos militares probos e inteligentes que hemos tenido, dijo que los políticos seducían a los militares sacándolos de los cuarteles, cuando sus yerros y demasías no tenían compostura legal, o cuando invocaban razones de moral pública contra preceptos de derecho público. De ser cierta la opinión de Paz, como creo que lo es, el juicio condenatorio a la torpeza e ignorancia de la función pública por los políticos civiles y democráticos debiera ser inapelable. Y tal es mi veredicto.

Admitiendo que los militares y los políticos profesionales son igualmente inhábiles para las funciones de gobierno, necesariamente debemos hallar la causa en la falseada instrucción que reciben en los institutos de enseñanza superior, sobre todo del Derecho, y a esto me referiré luego. Las escuelas militares y las facultades humanísticas son instrumentos transmisores de males que parecen específicos, cuando solamente lo son endémicos y de contagio. No se puede afirmar que la subrogación de funciones por los militares haya significado siempre un empeoramiento y un paso atrás. Los golpes de Estado de 1930, 1943 y 1955 obtuvieron el beneplácito de la opinión pública sana, y sus actos de gobierno el más categórico repudio.

Por lo regular el ejército ha intervenido siempre en forma saludable, excepto cuando ha intentado gobernar, y mucho más imprimirle a la ciudadanía un código disciplinario de cuartel, regimentándola como tropa de fajina. Esto indica que el proverbio "a grandes males grandes remedios" entraña una brutal verdad, pero a condición de que no se prosiga la cura heroica durante la convalecencia. La intervención del ejército en el gobierno civil ha demostrado, sin excepciones, la necesidad de rectificar por la fuerza las anomalías que, bajo la estructura falaz de un estado de derecho, hizo posible la comisión de delitos calificados en el Código Penal. La justicia obsecuente ha hecho plausibles, pues, actos antijurídicos por excelencia, y ha permitido, por receso de sus potestades, que el ejército hiciera lo que ella debió hacer y no hizo. Esta circunstancia, que no se debe ocultar, también se le computa en su crédito. Se ha llegado al exceso de convalidar, por acordadas de la Suprema Corte o por omisión, los decretos-leyes, como se ha llamado a los bandos con que los gobiernos de facto hicieron de la ley un bill de indemnidad para sus atropellos. En fin, la amnistía en globo, especie de absolución papal que el presidente Frondizi proclamó enfáticamente al asumir el poder, ha convalidado de jure los actos del gobierno de facto, inclusive fusilamientos en masa, destitución de los miembros de la Suprema Corte, jueces y camaristas, actos inauditos sobre los que ya no es posible abrir juicio legal.

Tales situaciones reales han creado en las Fuerzas Armadas la conciencia errónea de que su misión y función tienen otra jurisdicción que la castrense y, consiguientemente, el concepto falso de que el pueblo no puede ser gobernado sino

con la espada. Reconocidos los hechos, la opinión común del hombre de la calle, de que el sistema democrático no es operante en Argentina, trae como consecuencia lógica admitir que los gobiernos de fuerza expurguen la arbitrariedad y el despojo, la incapacidad y la concusión que constituyen los vicios hereditarios de los gobiernos de jure. ¿No hay posibilidad, por los recursos del régimen democrático, de remediar nuestros males? Naturalmente no, si los órganos afectados son precisamente los institucionales creados para preservar y mantener la salud cívica. Es decir, si continúan considerándose intangibles las investiduras, aun cuando los magistrados hayan caído en condición de reos de penas comunes, y a pesar de que el desprestigio los señala como réprobos. Esto es lo que acaece actualmente, cuando el pueblo, que siempre fue crédulo en la buena fe de sus superiores, advierte con estupor que se lo entrega maniatado a jueces militares que lo juzgan y condenan según código de honor que él desconoce en su honrada norma de vivir de su trabajo. El pueblo, pues, descree de sus jueces y de sus instructores. Esto es cuanto, en conciencia, creo que se puede alegar como atenuantes de los excesos que el ejército comete, y que en lo sucesivo estará propenso a cometer, con el consiguiente repudio popular. Como militar, Perón, igual que Rosas y Roca antes, soldó en una sólida pieza la función del ejército y de la administración pública.

Estamos viviendo, pues, una fase ulterior del peronismo, que marcó el clímax de un proceso lógico y coherente del estado de hechos que encontró la emancipación de 1810, en calidad de reajuste violento del sistema desquiciado. Perón era, a su vez, la etapa final de una serie de desajustes automáticos, o, simplemente, una coyuntura entre un régimen económico-político y otro. Por supuesto, no considero aquí sus fastuosos alardes de sátrapa.

Conjeturas indulgentes

En resumen, la situación es complejísima de por sí, agravada por las tácticas de ocultación practicadas por todos los gobiernos entre los que figuran el escamoteo de datos fidedignos a la opinión pública. Nos hallamos en la confusión del paso de un sistema caduco a otro insospechado, sin infor-

mación y sin estudios estadísticos, sin conocimiento de la historia auténtica y carente de obras de sociología dignas de crédito. Imposible, pues, seguir el curso de los acontecimientos que convulsionan a la nación desde sus mismos orígenes y de los que emergen como islotes, en 1943, 1955 y 1958, colinas cuyo sistema orográfico se oculta a nuestra vista bajo una planicie de aguas agitadas.

Para terminar, ¿qué situaciones podemos conjeturar que han forzado al presidente a poner en vigencia el plan político y económico de sus opositores, a convertirse en el ejecutor de ese plan?

Debo sentar estas premisas, por deducciones y por el conocimiento de aquel contexto de la realidad cuya lectura es de por sí difícil:

1.—La acción del gobierno de Frondizi, inexplicable y en muchos casos contradictoria, presenta una primera facie maquiavélica, en que parecería estar actuando con algunos de estos fines; a) transigir con las exigencias desmesuradas de las fuerzas armadas, hasta que por exceso de codicia se ciegue y pierda la devoción de la masa ciudadana. (Hasta que cumpla su ciclo natural y consume su propia ruina, según la sentencia de Toynbee: el poder, el ensoberbecimiento y la muerte en una orgía catártica (Koros, Hybris y Até); b) Igualmente su transigencia con las fuerzas económicas puede responder a la necesidad de que, en libertad de acción, prueben a los ojos del más incrédulo que sus intereses de empresa son antagónicos con los de la nación; c) que en la necesidad de desmontar la maquinaria política que el peronismo implantó en los sindicatos, sus dirigentes pongan de manifiesto que ante todo pretenden recuperar el poder político que han perdido, actuando como fuerzas de choque y de confusión que preparen el regreso del líder o de sus coadjutores; d) que en la necesidad de revelar por los medios permitidos a su investidura, quiénes son los verdaderos enemigos de la libertad económica del país, su táctica de concesiones y regalías encenderá en el pueblo el repudio de la plutocracia imperialista acerca de cuyo poder corruptor y avasallador sólo tenía vagas ideas; e) que como primera etapa de su acción de gobierno necesita que por sí mismas, sin otro control, las instituciones declaren su solvencia moral.

2.—Otra facie de su conducta en la presidencia podría ser: a) que se encuentra apresado por fuerzas de presión in-

terna y externa, que lo cohiben de actuar como jefe del Estado sin que unas u otras de ellas asuman de facto el gobierno político y la administración del país. Esas fuerzas podrían pactar un modus vivendi que resultara prácticamente imposible de contrarrestar con las defensas de que dispone la nación; b) que sólo se le ha permitido realizar en el gobierno aquellas medidas que no afectan a los intereses de los verdaderos propietarios del poder, sostenidos desde fuera.

3.—a) Que ante un estado de cosas que desconocía, por haberse desarrollado la vida política de la nación en forma secreta, se halle impotente para oponerse a las fuerzas en acción, limitándose a actuar, eligiendo en cada caso el mal menor; b) que era inevitable que la vida nacional, sostenida artificialmente por sobre el rango que naturalmente le correspondía en relación con otras naciones de su tipo, bajara a su nivel natural, con lo que adquiriría una función más adecuada a sus recursos y posibilidades. Y más fuerza.

4.—a) que era indispensable obtener el mayor provecho de las riquezas naturales explotándolas por los medios más propicios, sin tener en cuenta otros conceptos de la utilidad pública. Para lo cual sería preciso asegurar por cualquier medio el desarrollo de las empresas contra cualquier resistencia en el orden interno; b) que, con criterio realista y pragmático, antepone a cualquier sentimiento patriótico de clan el interés patriótico de la mayor potencia de la Nación, el mayor bienestar del pueblo.

El presidente Frondizi sabe, pues, cuáles son las fallas básicas de la organización del país; si no toma la iniciativa de su reforma puede afirmarse, por deducción, que es porque no trata de corregir los defectos configuracionales que traban su desarrollo, sino de mantenerlos como condición de que persevere en su status quo, permitiendo que se extraiga de ellos el mayor provecho con el menor riesgo y los menores gastos de explotación. En cualquiera de las hipótesis enunciadas, opera como ejecutor responsable de intereses que son extraños y que sin duda repugnan a su índole moral. Porque para esta misión no era él el hombre indicado, aunque pueda ser el hombre históricamente predestinado. Cualquier militar pudo realizar la capitulación con mayor perfección técnica. Asimismo se hallaría un síndico liquidador de esa especie dentro del estado mayor de los partidos políticos: Balbín, Alsogaray, Solano Lima o Repetto.

Cualquiera de sus rivales en la candidatura a la presidencia lo hubiera hecho mejor y con menos violencia, sin exasperar el encono de todos los sectores de la opinión pública, como se ve en la tolerada ascensión al ministerio de Economía, e interinamente al de Trabajo, del más antípoda de sus adversarios: Alsogaray, quien está dando forma concreta al tránsito de una economía dirigida a otra intervenida, y de una política de equilibrio entre el ejercicio condicional de la soberanía y la cesión de los comandos económicos, a otra de represión en que la Policía Federal tiene jurisdicción autónoma de los Poderes Públicos.[1] Si ese tránsito requirió tan doloroso y afrentoso sacrificio al sano e ingenuo patriotismo del pueblo, y si hubo otro método gradual más atemperado que el perentorio puesto en práctica modus militari, es asunto que juzgará la historia.

[1] Decreto-ley créandola, organizándola y reglamentándola bajo jefatura militar, del 30 de abril de 1958.

REALIDAD Y ESPERANZA EN LA POLÍTICA CUBANA

Por *Loló DE LA TORRIENTE*

A Eduardo García del Coto

Y al corazón de mucha gente sencilla que se pregunta qué pasa en Cuba.

- I -

Realidad

LA noche de San Silvestre —1958— se desplomó, en la Habana, una de las dictaduras más oprobiosas que ha sufrido América. Los meses anteriores habían sido de gran tensión y la Navidad, tan triste, que era difícil, por las noches, encontrar un alma en las calles. En la madrugada del 1º de enero Fulgencio Batista y Zaldívar abandonaba el mando y huía del país acompañado de un séquito sanguinario que había colaborado en su carrera de crímenes y latrocinio asesinando y saqueando al pueblo sin distinción de edad, sexo o raza. Habían sido siete años consecutivos de violencia, terror y muerte pero en realidad la influencia del funesto ex sargento taquígrafo, sobre nuestro destino, venía gravitando desde más lejos cuando en 1933, a raíz del derrocamiento del régimen de Machado, se posesionó del mando por medio de una oscura maniobra que tuvo su base en el campamento de Columbia la noche del 4 de septiembre. Desde entonces, de una u otra manera, Batista había sido "mano fuerte" en la política nacional llenándose de una arrogancia altanera en la que hallaba la expresión de su autoridad y que le llegaba, no de un interior impulso superior, sino por virtud de circunstancias

externas que se nutrían en su natural disposición para servir intereses opresores y malvados.

Desde entonces su audacia y agresividad, ambición y "estrella", lo habían llevado de aquí para allá manteniéndolo en planos cimeros. Todo se le hacía "fácil" y el coro que lo rodeaba lo endiosaba, como un "predestinado", entorchándole los galones. Así, entre "guatacas", viles y débiles, mantenía su influjo sobre grupos económicos que sólo miraban por sus intereses, sobre militares que habían sido favorecidos, sobre políticos corrompidos y sobre sectores populares que dependían económicamente de las nóminas de los viejos Partidos Políticos Tradicionales. Era la atmósfera en que se desarrollaba el hombre que durante más de veinte años iba a convulsionar nuestra codiciada Isla. Ligado a los grandes *trusts* y *monopolios* de Wall Street, complaciente con las empresas extranjeras y generoso con Embajadores, comisionados y agregados, Batista fortalecía su Poder a través de una tupida red de intereses que cada día se hacía más negra y oprobiosa para el pueblo que la sufría en abierta y sostenida rebeldía.

Tras la batalla del "Hotel Nacional" fue que el mando batistero se consolidó Batista era entonces un hombre con toda la fuerza y temeridad que da la juventud. Contextura vigorosa, de rostro encendido por ojos relampagueantes y dentadura afilada y fuerte como de fiera en acecho. Con una natural inteligencia para intuir las situaciones y conocer a los hombres se rodeó de consejeros áulicos, verdaderos *alter ego,* que trataron de pulirlo, educarlo y convertirlo en "gran señor de América". Crecido artificialmente se colgó (o le colgaron) las estrellas de General Jefe del Ejército dándose inmediatamente a la tarea de reorganizar los antiguos mandos colocando en los puestos claves a servidores y amigos, concediéndole a clases y soldados prerrogativas que hasta entonces jamás habían tenido. El *khaki* se adueñó de Cuba y en campos, plantaciones, fábricas y talleres, en oficinas públicas y privadas, sus deseos fueron órdenes. Era la casta militar extendiéndose como baba. La política nacional era la patronal que se estructuraba en Columbia y cuyos dividendos fueron ríos de oro para el aprovechamiento General y sus acólitos.

Los negocios se repartieron entre unas pocas familias beneficiarias (entre las que la de Batista encabezaba la lista) y la absorción fue tan rápida que en pocos meses la impopula-

ridad del régimen era completa alcanzando la oposición tonos sombríos. Eran dos fuerzas en combate. De un lado la fusta y el rifle. Del otro cuanto quedaba de una Cuba digna y noble que había peleado siglo y medio por su libertad ofrendando la sangre generosa de sus hijos. En 1936 la huelga general revolucionaria estremeció al país. Las cárceles se llenaron de prisioneros y los panteones de cadáveres. Antonio Guiteras, hombre de acción, que había sido líder natural del Gobierno Provisional del Dr. Grau San Martín (1933) cayó asesinado en una emboscada junto a su lugarteniente Carlos Aponte mientras cientos, miles de profesionales, obreros, estudiantes se veían forzados a tomar el camino del exilio. Entre tanto Batista y los suyos tramaban el asalto final, hacia la trinchera del Poder Político, con amañados comicios que presidiría, desde Palacio, un abogado mediocre y complaciente, pero que en realidad se "fabricaban" en los cuarteles bajo la complicidad del Estado Mayor.

En 1940 Fulgencio Batista era dueño absoluto de Cuba. Había hecho y deshecho a su antojo y nada parecía detenerlo. Era como potro salvaje que se encabritara ahuyentando con su bravura a cuantos trataran de domesticarlo. Los hombres que parecían más dignos se le dieron. La austeridad nacional pasó a ser sinónimo de idiotez y el Congreso, Poder Judicial y gran parte de la prensa cedió a sus caprichos y determinaciones sin oponer resistencia. La guerra mundial amparaba los negocios y muchos de sus amigos y protegidos se enriquecían con él. De manera imprevista y peligrosa nuestra vida económica crecía. Atada Cuba a Estados Unidos por el Tratado de Reciprocidad Comercial de 1902 su peso abrumador se había dejado sentir con alzas y bajas del azúcar pero, sobre todo, con la demoledora tarifa Hawley-Smoot que arruinaba nuestra industria básica obligándonos, al mismo tiempo, a reaccionar y pensar en la diversificación agrícola e industrial que en 1927 había emprendido tímidamente el Gobierno de Machado tropezando con la crisis mundial de 1929-1934 y la Revolución Cubana de 1933.

Una nueva guerra (1939-1945) iba a poner de relieve la especial importancia estratégica de la producción cubana y otra vez el azúcar y, además, minerales, fibras, cueros y algunos productos aislados inyectaban una vigorosa savia monetaria a la economía. Fue este el período que le tocó gobernar

a Batista como "hombre fuerte", dueño de vidas y haciendas, realizador de las más caprichosas modificaciones de nuestro tradicional estilo político que había sido casi paternalista (más que democrático), como en casi todos los países de Hispanoamérica, con marcados ribetes caudillistas que retrasadamente nos habían servido el guajiro José Miquel y el mayoral Mario G. Menocal. Al cerrarse la tercera década del siglo teníamos sentado en la silla de "doña Pilar" a un General de factura casera que había "jurado" la novísima Constitución del 1940 firmada en una magna asamblea de cubanos, libremente elegidos, en la histórica sabana, seca, fértil y agradable, de Guáimaro.

A la par que nos entraban dólares nos salía cuanto de cubanos habíamos ido salvando. Nuestra vida cambiaba de manera ostensible. Se perdían aquellas normas de discreción, trato afable y sincero, para caer en un estilo ampuloso, falso e hipócrita. Se menospreciaba el intelecto y se reducía la espiritualidad para dar máxima vigencia a la bolsa y la apariencia social. Era visible que se perdía cuanto habíamos heredado de los hombres buenos de la Colonia sin retener los entusiasmos patrióticos de los primeros repúblicos. Se comenzaban a levantar rascacielos fastuosos, se corrían autos charolados y se creaba una casta cívico-militar que chapoteaba en el lodo glorificando a meretrices de lujo que se vestían en París para desnudarse en las calles de la Habana y, con ellas, una cohorte de militares enchapados, empresarios bribones, testaferros opulentos, gangsters temidos y afeminados exhibicionistas. Esta plebe creció como la verdolaga floreciendo, como estiércol, en la frescura del "air conditioned".

Todo se cotizó. Los puestos de la administración pública tuvieron su precio y al exterior, a representarnos, salieron los tipos más anodinos o los personajes más abyectos. Las aulas de intrucción pública se vendieron y el magisterio se desmoralizó permeabilizado por la corriente corruptura de la improvisación contra la vocación y el mejor expediente. La cultura, el espíritu nacional, se batió en retirada sin encontrar una mano amiga que la ayudara, instituyera y elevara. El poder del dinero lo corrompía todo y se obtenía, no por el trabajo útil y productor, sino por los medios más sucios e ilícitos. Cierto que el proceso de crecimiento económico, hacia dentro, de nuestra hacienda no había adquirido (ni adquirió después) la intensidad que tuvo en otros países latinoamericanos (Mé-

xico, por ejemplo) pero es indudable que nuestras arcas se llenaban alcanzando el ingreso nacional, —que en 1934 había sido de 500 millones de dólares anuales— hasta 2,000 en 1952 no obstante las deficiencias de nuestra política económica, siempre imprevista, que limitaba la intervención gubernamental, mantenía el trato preferencial con Estados Unidos sin estimular la demanda interna y permitiendo la fluctuación del ingreso global en consonancia con lo que imponía la demanda externa.

Aquel aumento de rentas, que debió tener enorme resonancia con el bienestar general del país por lo que hubiera representado como oportunidad para cada ciudadano, alcanzó —tan sólo— a unos cuantos operando limitadamente en las capitales de provincia y en zonas azucareras pues en el resto del país, sobre todo en el campo y pueblos del interior, los medios de vida se hacían más miserables y las masas se empobrecían y diezmaban como resultado de una política opresora y absorbente que explotaba, sin método, las fuentes de riqueza nacional agotando las reservas. Las condiciones de la familia campesina durante los últimos veinte años casi nada había progresado con respecto a lo que investigó, —en 1935— la Foreign Policy Association y que publicó en el volumen "Problemas de la Nueva Cuba". La insalubridad y el hambre eran azote del niño campesino que vivía sin escuela, ni hogar, ni medios de orientar su vocación mientras el analfabetismo, la ignorancia, la superstición y la esclavitud se enseñoreaban en comarcas fértiles que habían cobijado los ideales más puros de nuestras guerras redentoras.

- II -

Visión Retrospectiva

PARA los que hayan detenido la vista en las páginas de la historia el panorama no resulta ni novedoso ni privativo de Cuba. Abarca toda América Hispana y tiene sus raíces profundas en la conquista y colonización realizadas en forma inhumana y cruel. Poetas, escritores, políticos denunciaban los hechos llamando a la rectificación pero se prosiguió, como en los albores de la Colonización, agotando la naturaleza del

nativo y las reservas de la Isla en beneficio de unos pocos. La extracción del oro, en ríos, con arena y tierra, y el proceso de separación, lento y difícil, en las casas de fundición, disgregó a la familia provocando un notable decrecimiento de la población. Después la agricultura, con cosechas cortas y escasas, y la ganadería, fomentada por los encomenderos para el comercio de carnes saladas (y otros productos) con los buscadores de oro que recorrían las rutas marítimas de Yucatán y el Caribe, crearon un desesperado estado de opresión agravado por la falta de probidad de las autoridades, el juego y los frecuentes crímenes.

La colonización, que era fundamentalmente agraria, costaba millares de vidas pues familias enteras se suicidaban ahorcándose o envenenándose o huyendo a los montes donde morían. Sin embargo, en poco tiempo, Diego Velázquez, al que no puede citarse entre los conquistadores más crueles, registraba DIEZ Y NUEVE estancias de su propiedad y, con larga experiencia en los asuntos de Indias, había sabido ganarse la amistad de los funcionarios asignándoles haciendas de tierras magníficas así como al Rey originándose los *propietarios absentistas* al par que muchos colonos se establecían y enriquecían rápidamente arraigándose unos en la Colonia, para determinar su vida de acuerdo con las condiciones del medio, mientras otros, de espíritu más inestable, se aventuraban por los rumbos del Nuevo Mundo.

De enseñanza nada se promueve. Sólo la explotación inicua que levanta protestas y rebeliones sin impedir que la propiedad vaya creciendo adquiriendo nuevas modalidades de acuerdo con las relaciones económicas que van estableciéndose entre las clases. En cultura se produce, en la Colonia de Cuba, el mismo fenómeno que en muchos lugares de Europa en los que se fundaban Universidades, en la Edad Media, cuando la enseñanza primaria estaba por instituirse. Los hombres que vinieron con Velázquez, algunos conocían las leyes para burlas o aplicárselas a su favor, pero los más inteligentes y cultos marcharon a México o tomaron el camino de Perú sin que quedaran, en nuestra Isla, oídos abiertos a las demandas de vecinos generosos y misioneros justos (Pedro de Rentería, Manuel de Rojas, Bartolomé de las Casas) que mediante aportaciones económicas solicitaban protección y aulas para los hijos de los nativos. Todavía en 1723, al establecer la im-

prenta, y en 1728, al fundarse la Real Pontificia Universidad de San Jerónimo, que como es natural contribuyeron poderosamente a la difusión de los conocimientos, la enseñanza primaria era prácticamente inexistente. Los pobladores tenían que enfrentarse a sus propias necesidades y, sobre todo en la Habana y puertos concurridos, la estancia de la flota y el cruce de navíos, así como las guarniciones de los soldados constituían causas de desorden, inquietud y corrupción.

No fueron motivos distintos a los que habían determinado las encomiendas las que dieron lugar a la introducción de negros esclavos que ya en la época del descubrimiento eran abundantes en España. De excelentes condiciones físicas, fuertes y muy robustos, los africanos podían adaptarse fácilmente a los rigores de un clima tropical como el nuestro. La economía había sufrido algunas transformaciones en su estructura tradicional de la propiedad agraria, como consecuencia del desarrollo de la agricultura y comercio iniciado a mediados del siglo XVIII exigiéndose brazos nuevos sobre los cuales descargar el cultivo cañero donde podían observarse los primeros síntomas del latifundismo que aún persiste entre nosotros. En las regiones occidentales, hacia Cabañas, y al este, hasta Matanzas, los cultivos se habían intensificado y desarrollado aunque se mantuviera, en las zonas orientales, la vieja estructura de corrales, hatos, vegas y sitios de labor. En pocos años el cultivo de la caña absorbe grandes extensiones y los ingenios *concentran y determinan* las poblaciones. Aparecen los hermosos cafetales y surgen industrias conectadas con el tabaco y la azúcar. Todo esto determina grandes cambios en las exportaciones básicas del país y el desorbitado comercio negrero que adquiere proporciones de inusitado tráfico.

La corriente esclavista se vio siempre hostigada por bloques de opinión liberal que a ella se oponían. Encomenderos (negreros) y autoridades favorecidas la justificaban, al comienzo, por la disposición real (20 de junio, 1500 que jamás había sido observada fielmente) que reconocía como "súbditos libres" a los indios a los que estaba prohibido someter a servidumbre. Resulta difícil precisar cuando entró, —en Cuba— el primer esclavo negro aunque se sabe que 1555 fueron numerosos los que apoyaron a Juana de Lobera en la defensa de "La Fuerza" contra el corsario Jacques de Sores. Nativos indios y esclavos negros hicieron fecundar nuestra tierra y die-

ron vida económica a la Colonia de Cuba. Sobre ellos pesó la explotación, la opresión y la miseria. Nunca tuvieron nada y las luchas independentistas se nutrieron de los anhelos de aquellos hombres mientras a la República pasaban virtudes y vicios de la Colonia.

La tierra —como muchos años después escribiera José Martí— "es la gran madre de la fortuna". Trabajándola los hombres van directamente a ella dependiendo de su cultivo y defensa la independencia de los individuos y, con ellos, la grandeza de los pueblos y, nuestra Isla, desgarrada por la codicia, forjó un destino sobre una tierra colorada, húmeda y caliente, que fructificó la simiente. La vida social se estableció en torno a ella no demorando en diferenciarse los españoles nacidos en la península de los que habían abierto los ojos bajo el fulgor del trópico. Se establece, en Cuba, un núcleo social que diferencia de los viejos residentes determinando su existencia en relación con el medio, el clima, la economía y otras concausas. A este vivir propio, preocupado e inquieto, es a lo que acertadamente se ha llamado "personalidad americana" del que emerge el mestizaje, negro e indio. No son notables, al comienzo, las diferencias entre los viejos residentes y los nuevos inmigrantes. La unidad racial y la "personalidad nacional" van propiciando un nuevo existir y pronto los hábitos, la mentalidad y los prejuicios de los nuevos inmigrantes entran en conflicto con las formas de vida americana.

En Cuba estas rivalidades no surgen tan temprano como en otras partes de América aunque ya desde mediados del siglo XVI un canónigo (Miguel Velázquez) se atrevía a hablar de Cuba como "triste tierra esclavizada y de señorío" y vecinos de San Cristóbal de la Habana afirmaban que "nacimos libres" y que el Cabildo era "un cuerpo compuesto por amigos y servidores del Gobernador". No obstante estas manifestaciones aisladas no puede hablarse todavía de *nacionalidad* aunque entrado el siglo XVIII la hispanidad va perdiendo fuerza. Como suspendida en un medio espeso y lleno de contradicciones, pero que permite a los criollos distinguir entre "lo propio" y "lo ajeno", se encuentra *la cubanidad*. Se van echando las bases de la nacionalidad que aflora en el ideal de independencia material y moral y que se manifiesta, remotamente, en la toma de la Habana por los ingleses cuando muchos ve-

cinos de la Ciudad se distinguen peleando contra las fuerzas invasoras.

Al comenzar el siglo XIX la aspiración nacional es más concreta. Se marcha hacia una existencia propia aunque se tropiece con dificultades al parecer insolubles. En 1837 José Antonio Saco escribe ("Paralelo entre Cuba y Colonias Inglesas") respecto a la necesidad de "una vida independiente si fuera posible tan aislada en lo político como lo está en la naturaleza" aunque el ambiente. caldeado y denso por polémicas, intrigas y persecuciones, se ensañaba en el pesimismo que sembraba la frase de Arango y Parreño ("enjambre de negros que nos rodea") respecto a la posibilidad de levantar la conciencia nacional y unificar los ideales cubanos. No desmayan los más valerosos pero se resisten los escépticos. Saco enciende la polémica anexionista y clama por una patria "de libertad" para las generaciones futuras que debían emplear todas sus fuerzas en extirpar los males que corroían y que cebaban en la esclavitud negrera, el vicio del juego y la vagancia. Combatió la anexión tras algunos períodos fecundos de dudas, vacilaciones y estudios, porque estimaba que ella nos haría perder *la nacionalidad* y Cuba no sólo debía ser rica, poderosa, ilustrada y moral sino que también debía ser CUBANA. Acertó a comprender, el ilustre bayamés, que nuestro país se acercaba al momento crítico en que lograría su total desarrollo alcanzando las condiciones esenciales para una total transformación política.

A medida que maduran las ideas se enriquece el patrimonio espiritual del pueblo cuya cultura escrita nace al influjo del romanticismo aunque en algunos textos antiguos hayan querido encontrarse elementos de "una cultura nacional" como en "Espejo de Paciencia" (1602), que anota nombres de frutos y animales y el término "gente de la tierra" con el sentido criollo que lo usó el Inca Garcilaso en los "Comentarios Reales", o en "Historia de la Isla y Catedral de Cuba" que escribiera el Obispo Morell de Santa Cruz y utilizara José María Félix de Arrate en su "Llave del Nuevo Mundo y Antemural de las Indias Occidentales". No obstante estos elementos la preocupación más sostenida y alerta por los motivos nacionales y destinos patrios, en nuestras letras, aparece con la tendencia romántica de la que el poeta Heredia y el prosista Domingo del Monte son precursores. Se siente —enton-

ces— un marcado empeño por definir y orientar las esencias de lo que ha de constituir la conciencia de la Nación y poetas, ensayistas y novelistas tallan en el perfil de la vida cubana para crear una literatura revolucionaria que no se circunscribe a los estético sino que desborda en lo social.

Como en el resto de América se siente algo que se quiere expresar ("Es algo que se quiere ser, para dejar de ser lo que se ha sido". Leopoldo Zea) algo que se quiere ganar con las propias alas. El "tema nativo", tímidamente abordado por Zequeira y Rubalcaba, alcanza peso con Del Monte y sus discípulos que colorean de costumbrismo el proceso romántico exaltando el paisaje. Pero no sólo lo descriptivo de nuestra naturaleza exhuberante. También el ideal separatista y la inquieta búsqueda de lo autóctono. Justamente en el medio siglo XIX se ha desarrollado, en nuestro suelo, una generación de criollos capaces que marcan un punto álgido en la batalla de las ideas. Por su agudeza, sensibilidad, valor y acometividad Enrique José Varona, muy inteligentemente, la llamó de la "nueva era". En ella se expresaron pensamientos tan vivos como el de Félix Varela, Heredia, José de la Luz Caballero, José Antonio Saco, Domingo del Monte y otros.

- III -

Bajo el signo martiano

ESCRIBO en el noveno piso de un hotel de la ciudad de Santa Clara. Ante mí una mesa pequeña y un gran ventanal. Aunque detesto estos rascacielos impersonales que restan carácter a la vida provinciana éste en que estoy trabajando me recompensa con la maravillosa vista que ofrece del paisaje exterior. Allá, no muy lejos, y casi como si fuera posible rozar con las manos, la suave pendiente de la Sierra del Escambray que fue nido de guerrilleros. Matizan los verdes clarísimos y los verdinegros y, entre espesuras sutiles, la gama esmeraldina de los helechos y malangas que cobijan el oculto camino de las violetas en las vertientes del río. La palma es real y no sabe de otra cosa que de dialogar con las nubes y al atardecer, entre los secretos de la noche que llega, la dulzura

y la paz reposan el espíritu a pesar de la inseguridad y el olvido humano.

Estoy tranquila en medio de tantas cosas que he visto pasar por mi lado. Años de opresión y angustia, de esperanzas frustradas y anhelos perdidos. No puedo negar que muchas veces me preocupó la imprevisión de la generación joven que baila agitadas danzas y se intoxica con bebidas y narcóticos entregada a una superficialidad sensualista y trivial que le impide encontrarse a si misma pero he reaccionado, ante el deprimente espectáculo, compenetrada con grupos valerosos y conscientes que han podido percibir el reloj del tiempo apreciando los cambios fundamentales que demanda el mundo americano. Esta conducta juvenil ha aportado inapreciables juicios sazonados a través de la observación y la experiencia y sustanciados con misteriosos designios que aclaran muchos enigmas abocados a la puerta de las épocas. Tener la conciencia de que está naciendo un mundo nuevo ha sido lo único que me ha recuperado de la pérdida de tantas vidas de miles de jóvenes de sangre ardiente y fecunda que fueron secuestrados en la oscuridad, torturados y asesinados por hombres impíos como jamás los había sufrido nuestra sociedad. Pero al crimen y al terror se respondía serenamente y el corazón en alto expresaba la frase profética de Volodia Teibelboim:[1] "La vida no termina. No tienen fin... Los pueblos continúan..."

¿Cuál había sido el delito de aquellos jóvenes asesinados? Era algo intangible. Un soplo. Un aliento. Cálido ensueño que agita a los hombres más nobles y que va por dentro, escondido, sin exhibirse pero que da a la naturaleza su fortaleza y calidad. Se manifiesta en el cumplimiento del deber, en la propia conducta y en el trato social y se dirige más a los deberes que a los personales derechos. Este concepto ético eleva al hombre como dueño absoluto de los inagotables recursos que la naturaleza le ofrece para la alegría y la felicidad. No en balde Martí comparaba al ser humano con una corriente de agua que nacía como arroyo murmurante, crecía airoso como río abierto para dilatarse —después— y encresparse remanzándose luego y, en generosa calma, verter su caudal al mar. Fecunda la campiña que atraviesa y su humedad refresca la atmósfera y alivia la resedad del subsuelo. Así, nuestras gene-

---

1 *Hijo del Salitre.*

raciones asesinadas perfuman el ambiente dejando surcos humedecidos en una tierra llamada a fecundar.

No es necesario mirar muy atrás ni explorar muy hondo para encontrar el horizonte del ideal cubano. Está en la conducta y la obra de José Martí. Su apasionado vivir, su vehemencia, su inteligencia viva y afable y su generosa comprensión, atributos son del carácter isleño hecho a la comunicación abierta del mar y a la alucinación de los cielos espléndidos. Su prédica, cimentada en los principios más puros, es nutridora de las mejores esperanzas y sintetiza cuanto de grande y verdadero puede colmar el espíritu humano obligándolo, sin presiones externas, a reflexionar para superarse y vencer. Su ideario, por ser esencia misma del pueblo, unifica y madura las conciencias proyectándolas hacia el futuro. Es llama que alumbra. Fuego que va alumbrando la Nacionalidad. Aliento oculto que se respira muy dentro en un desesperado esfuerzo por redimir al ser llevándolo a cumplir su destino. Este fascinante hechizo era el que animaba a los jóvenes compatriotas asesinados o desaparecidos en los últimos treinta años de lucha nacional.

Todo el ideal martiano es un sostenido anhelo de libertad que se concretiza en el Manifiesto de Montecristi el documento más real y efectivo que produjo la gesta emancipadora y que suscrito por Máximo Gómez y José Martí —en 1895— unificó al pueblo para una "guerra justa" bajo las banderas del Partido Revolucionario Cubano. Sólo la guerra podía producir la independencia y una República que desarrollara una "política grandiosa" considerada, por el mártir de Dos Ríos, como el "primer deber" frente a "lo mezquino" que era "vicio nacional". Soñaba con un "pueblo grande" en su acepción más humana que no era, precisamente, el de riqueza desigual y descompensada que produce hombres crudos y sórdidos y hembras egoistas y venales, sino que entendía por "pueblo grande", cualquiera que fuera su tamaño, aquel da hombres generosos y mujeres capaces de resistir la prueba de la civilización que exige una humanidad de superior calidad.

El Manifiesto de Montecristi tendía a la clarificación de los problemas del momento pero tiene vigencia hasta nuestros días (y la tendrá siempre) porque fija el pensamiento y la acción a que Cuba iba a someterse en la magna empresa de la construcción republicana explicando los propósitos de

aquella contienda "justa", la forma "culta" de realizarla y la importancia universal que revestía por ser la Isla "el crucero donde han de reunirse los caminos y el comercio del Continente". De aquí que cuando caía, en Cuba, un combatiente caía por el mayor bien del hombre y por abrir esos caminos para todos los pueblos del mundo. Estaban los hombres del 95 conscientes de su responsabilidad y, por tanto, no trataban de lograr el insano triunfo de un Partido sobre otros o la humillación de un grupo equivocado de cubanos. Se trataba —tan sólo— de la "voluntad soberana" de una pueblo harto probado en la guerra y decidido a lanzarse en un conflicto que sólo terminaría con "la victoria o la muerte". Era, por tanto, la guerra decretada "producto disciplinado de la reunión de hombres enteros que en el reposo de la experiencia han resuelto encarar los peligros que conocen". No había pues "heroismo irreflexivo" sino que presentes estaban las preocupaciones de los fundadores de pueblos.

Analiza el Manifiesto las condiciones de Cuba en aquellos momentos. Son las de un pueblo democrático y culto", conocedor celoso de su derecho y del ajeno, que poseía moderación en el campesino, bondad en el mambí y laboriosidad en el artesano. Tierra feraz no faltaría el trabajo para todos sin exceder la disociación ni la parcialidad de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cría o provoca el rencor ofensivo de unos cuantos caídos de sus privilegios. Pero la parte más intensa del Manifiesto y, seguramente, la menos comprendida en su justa interpretación por las generaciones republicanas es la que se refiere a la discriminación racial. Enfoca el problema con claridad meridiana, sin prejuicios, y cita como "pretexto" la "prudencia" con que se quiere tratar el asunto y como "cobardía" la insensatez con que los beneficiarios del régimen de España levantan el "peligro negro" sólo para infundir el miedo a la Revolución. "Cubanos —subraya el documento— hay en Cuba de uno u otro color olvidados, para siempre, del odio con que los pudo dividir la esclavitud" —y, añade— "la novedad y aspereza de las relaciones sociales consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor de hombre libre y el amable carácter de su compatriota negro". Añade que nadie puede "dudar" de la capacidad del cubano

para gobernarse y que sólo los que odian al negro ven en el negro "peligro" traficando con ese "miedo" para sujetar las manos que pudieran erguirse para lanzar al ocupante corrupto.

La pelea era muy dura. No es sencillo organizar la Revolución del decoro, el sacrificio y la cultura. No es fácil organizar una guerra inferior a la cultura del país aunque a la extranjera le parezca "incivil por riesgosa" pero la Revolución sabía lo que quería y no rehuía responsabilidades. Tenía Martí gran respeto por la dignidad del hombre e iba a su rescate. Vislumbraba el porvenir y sentía confianza. Todo lo previó. Hasta la muerte que implacable no le permitió terminar la tarea. El país —decía— tiene el firme propósito de progresar. De adelantar. Va por buen camino si piensa más en la agricultura que en la política. Hoy aquel pensamiento cobra fuerza excepcional. La palabra martiana se oye en el ámbito nacional como la de aquel soldado herido que no quería quedarse atrás, en las empinadas cuestas de Guantánamo, y decía a los compañeros: "No amigos. . . no estoy muerto." Escuchadas y anotadas por Martí, en su diario, son toque de diana que despiertan el corazón compatriota.

- IV -

El pasado mediato

En 1944, al producirse lo que Eduardo Chibás calificó de "jornada gloriosa", poco quedaba en pie de la soñada república martiana. Mediatizada por la Enmienda Platt había naufragado entre complacencias y diatribas, entre ambiciones y egoismos. Se exigía, para salvarla, un gran esfuerzo rectificador. No importa cuantos homenajes fríos y oficiales se le tributaran al Apóstol. No importan las veladas oratorias, los concursos para monumentos consagratorios, ni las biogragías u obras completas publicadas. Lo que importa es el espíritu que se debilita en una vida tumultuosa entrampada en lo gansteril, politiquero y abyecto. Batista abandonaba Palacio dejando tras sí una ola de odios y rencores, de oposición a sus métodos y personas, sin que esto le preocupara lo más mínimo conocedor —como es— de que una chequera bien llena abre muchas puertas, proporciona nuevas oportunidades

y hasta prohija, muchas veces, la "rehabilitación" a los ojos ciudadanos y la suya era tan fabulosa que al sustanciarse el divorcio, en la Habana, entre él y su esposa Elisa Godínez ésta quedó tan favorecida, con los gananciales, que una publicación de Estados Unidos no tardó en incluirla en la lista de "las mujeres más ricas del mundo".

El triunfo del Partido Revolucionario Cubano ("Auténtico") y la instalación en la Primera Magistratura del Dr. Grau San Martín tenía, sin duda, la importancia de representar la voluntad soberana del pueblo y, con ella, el reinicio de los derechos democráticos garantizados por la Constitución. Era una victoria del pueblo que estaba perdiendo su vertebración y roto la continuidad civil, que regresaba, no obstante las deficiencias del régimen, al funcionamiento de las fuerzas políticas dentro del libre juego de los Poderes del Estado cosa esta que ya reclamaba un país harto de estrellas, khakis, fustas y ametralladoras. Con todo lo malo que vendría después se había eliminado la Enmienda Platt y —ahora— se ganaba una gran batalla saludándose un período nuevo en la vida nacional. El pueblo renacía en esperanzas y tenía enorme fe.

Sin embargo, durante casi los ocho años que el Autenticismo retuvo el Poder, la corrupción administrativa y el escándalo social no pudieron detenerse. Antes al contrario crecían y se engordaban avorazando el inflado presupuesto, complaciendo el contrabando y autorizando, con la "vista gorda", contratos ilícitos, adjudicaciones extralegales y comisiones cuantiosas. Era una carrera loca y desaprensiva hacia el enriquecimiento y los millonarios de nuevo cuño florecieron en pocos meses de cultivo a la sombra protectora de los Ministerios. Todo, naturalmente, dentro de un marco "legal" que permitía, al Congreso, "hacer oposición", "interrogar" a los Ministros y funcionarios venales y desechar proyectos de leyes que sólo encontraban camino abierto mediante "perchas" o concesiones. Fue así, entre pugnas, tardanzas, contradicciones y ambiciones que se aprobaron las leyes complementarias de la Constitución y las que crearon instituciones como el Banco Nacional y el de Fomento Agrícola e Industrial (BANFAIC).

Para mitigar el descontento popular se hablaba (demasiado) del "respeto a las libertades públicas" pero aquella

tolerancia era, más que "respeto", cínica dejación de toda autoridad y envilecimiento de una política provocativa que oscilaba entre la anarquía, la desvergüenza y el libertinaje. La indisciplina más disipada y dañina permitía todos los excesos en una colectividad que iba a la quiebra económica y al desajuste moral. Era evidente que los gobernantes se ocupaban de otorgarle al pueblo sus "derechos cívicos" para tener manos libres para el atraco, las imposiciones y el nepotismo. Recuerdo con cierta amarga adversión a los amigos que habían sido mis condiscípulos en las aulas estudiantiles, y compañeros en las luchas del 1927 al 1936, a quienes había conocido en una pobreza digna y creadora, y a los que encontraba —en mis frecuentes viajes a la Habana desde México— convertidos en grandes terratenientes, poderosos industriales o ricos propietarios todo obtenido, vertiginosamente, a través de una política turbia, marrullera y extraviada. Algunos de aquellos "compañeros" me rehuían, me sacaban el cuerpo, casi me desconocían si por casualidad nos encontrábamos en algún acto de planchados *smokings* donde las damas lucían sus constelaciones diamantinas. Era evidente que casi se avergonzaban ante mi mantenida pobreza que no me permitía lucir los brillantes que llevaban sus estrenadas esposas y no faltó un "buen amigo" que me encontró en el Ministerio de Educación y, después, invitándome a almorzar en su espléndida residencia, me mostró los CIEN cheques (oficial clase quinta) que "le pertenecían" mensualmente. Cuando vio mis tamaños ojos me haló por los hombres y me dijo: "Oye tú. . . ¡despierta! Estás en la luna. . . Tu inteligencia se te ha ido a los calcañales. . . !" En verdad no supe qué contestarle y me quedé callada. Atónita. Creo que vacilante. Sudando mi incomprensión y mi incompetencia.

Lo que sí comprendía era que en aquella danza frenética agonizaban los ideales de la generación del 30 pisoteándose el cadáver de los hombres del 68 y el 95. Los políticos tradicionales, maestros de la intriga, dueños de la técnica electoral, eran llamados con sus grupos y partidos (de bolsillo) para formar nuevas coaliciones o agrupaciones que coparan en las elecciones y sólo algunos líderes valientes, que se habían mantenido puros (Eduardo Chibás), levantaban la bandera de la rebeldía organizando, o tratando de organizar, un Partido nuevo que barriera con "la basura" y que al *slogan*

de "vergüenza contra dinero" penetrara en la conciencia pública obligándola a reaccionar, contra aquel estado de cosas, y elegir a los hombres que representaban la dignidad nacional. Pero Chibás era delirante. Unico. Excepcional en nuestro medio. Mesiánico, no se detenía mucho en los programas o estructuración política que la desarrollaba por medios agitativos y orales. El pueblo, que gusta siempre de lo impulsivo y extremo, lo seguía. Los hombres de su propio partido, más conservadores que él, más cautos y menos espontáneos, jamás acertaron a comprenderlo. Un domingo trágico, ante el pavor de los tímidos, Chibás se desgarró las entrañas. Cuando murió, pocos días después se comprendió que había muerto "el último espartano", "el adalid" y quien —desde su tumba— iba aún a determinar muchas cosas en el sombrío espesor de la política cubana.

Hombres ajenos al rumor de la calle, que encierra el secreto del éxito político, desconocedores —los más— de las necesidades públicas, los dirigentes del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) no pudieron preveer lo que venía ni enfrentarse a sus consecuencias. El cadáver de Chibás aún estaba caliente cuando se alternaban mítines y peregrinaciones al Panteón y se echaba, sobre la mesa, la candente cuestión de la "postulación" presidencial planteada, *sotto voce,* en ambientes acomodados y oficinescos. Buscar al hombre capaz de sustituir a Chibás era una aventura cómica sino hubiera sido por lo dramático que pintaba el porvenir. Todos los chibasistas estaban prestos a recoger "la herencia" cotizable en actas de senador, representante, alcalde, ministro, embajador... en un gobierno nuevo ("inmaculado") que crearía, en Cuba, un apacible clima político de "bombines", "casacones" y "togas" para santones trasnochados. Pocos, poquísimos, eran hombres "de la calle" y se contaban, con los dedos de la mano, los que habían sufrido el fuego graneado de las luchas cubanas o estudiado, a fondo, los trascendentales problemas económicos, políticos y sociales del país.

Hombres de gabinete, aislados en su mundo libresco, habían disfrutado del "respeto" a través de la consideración que otorga la burguesía a los que pueden llevar una existencia "honorable", por asegurada, y "útil" sin sacrificios ni riesgos. Hombres así —en su mayoría— sin mácula y sin obra eran los que se consideraban "herederos legítimos" de Chi-

bás, los únicos que podían hablar de "pureza", capaces de "salvar" a Cuba olvidando que al noble esfuerzo de salvarla Chibás había entregado su fortuna y su vida unificando a la juventud y llamando al pueblo en una cruzada heroica de profunda raigambre nacional. Durante años había mantenido una agitadísima campaña contra los *monopolios* y *trusts* en particular contra la Compañía Cubana de Electricidad y la Telefónica. Era evidente que nuestro Continente había pasado (o pasaba) por tres etapas diferenciadas de la primera de las cuales arrancando del pasado llegaba hasta la Revolución Mexicana (1910) en la que dominaba una minoría "liberal" que gobernó con constituciones arcaicas calcadas, de manera paradógica, de las más modernas del mundo. Era la farsa de los terratenientes "cultivados" que fueron abatidos con el lema de "conquista de la tierra" y "lucha agraria". Es decir que el espejismo de la independencia *parecía* abandonarse por el *ideal social* que en los años más recientes suscitaba "dictaduras sociales" contra los "señores de la tierra" en nombre de los "señores de la industria". De esta batalla nacía (o se formaba) un hombre nuevo (Vargas, en Brasil, Cárdenas, en México) que desarrollando las industrias consolidaba el poder económico y, por tanto, político de la burguesía criolla creando el proletariado hispanoamericano.

En Cuba este proceso se desarrolla más lentamente. Los hombres de Chibás no lo perciben y se les va de las manos el pueblo que los encuentra vacilantes y confundidos. Batista no se había atrevido a tocar a los latifundistas ni era —tampoco— un "dictador" de carácter social capaz de desarrollar y consolidar la burguesía como clase dirigente. Antes al contrario, entregado a los intereses extranjeros, que lo sostenían en el Poder, se coloca de espaldas a la parte más progresista y liberal de la burguesía para mantener la factoría y, con ella, nuestra condición de país subdesarrollado. Carlos Prío, quien acaso pudo representar un papel más airoso por su juventud y extracción social humilde, se alió a los políticos tradicionales y corrompidos frustrando sus posibilidades como Gobernante. Sólo Chibás pudo preveer algo pero el líder ortodoxo no era —propiamente— un antimperialista. Era —eso sí— un combativo líder de la parte más progresista, más dinámica y más oprimida de la burguesía. Por esto desplegaba

sus banderas por el saneamiento de la política nacional sin insistir tenazmente en el programa de la liberación económica.

Ni antes ni después de la muerte de Chibás los Ortodoxos aciertan a comprender que los pueblos de América están tomando conciencia de su poder, derechos y obligaciones, y que listos a hacerse respetar lo que entablan es una lucha tremenda por la reconquista de las riquezas y el establecimiento de un nivel de vida acorde con la capacidad humana de cada pueblo. Inadvertidos de la proyección social de la lucha política americana se entretienen en polémicas estériles, agitaciones sin programa y aspiraciones sin base. Entre tanto, Batista (que no tenía electorado) observa. Era una taimada vigilancia establecida sobre los despojos aglutinantes del líder ortodoxo. El Partido de Gobierno ("Auténtico"), del que se había desprendido la rama chibasista, buscaba en sus quebrantadas filas un "hombre honrado" e 'invulnerable". Seleccionarlo era muy difícil y, al final, después de interrogaciones y dudas se escogió a un ingeniero graduado en Annapolis, hombre moderado y discreto, pero sin madera política ni gancho popular. Las masas *auténticas*, defraudadas, trabajaban sin entusiasmo y las perspectivas eran dudosas tanto para Batista —que no tenía nombres para llenar la columna de senadores— como para los *auténticos* que tenían en el candidato un congelador. Sólo los Ortodoxos, paseando en andas el nombre de Eduardo R. Chibás, desbordaban la emoción popular.

Sin embargo, los jerarcas del Partido de Gobierno tenían poderosos recursos de los que echarían mano a su debido tiempo mientras Batista tocaba tuercas que parecían aherrojadas. Los "auténticos", con una organización viva y bien alimentada, esperaban hasta el último momento para engrasar su maquinaria y echar a la calle "la Pastora".[2] Era sistema infalible que al Dr. Prío Socarrás le había resultado espléndido. Batista, en sigilio, celebraba extraños conciliábulos, verdaderas "misas negras" de una religión artera que tenía en Columbia su altar mayor. Pero aquella tolerancia de que hablamos antes, aquel "respeto a las libertades públicas", servía de pretexto cuando en realidad lo que se hacía era *utilizar* a Batista como "coco" dividiendo y obstaculizando la campaña

2 Se dice en Cuba al dinero que se toma del Presupuesto Nacional y se echa a la calle, entre los electores, para ganar las elecciones.

política nacional. En verdad su partido de bolsillo no tenía capacidad para ganar ni una elección de barrio pero lo que al "hombre fuerte" le interesaba no eran aquellos comicios que sabía perdidos sino el asalto al Poder, su entrada, por la Posta 6, para sorprender, dormidos o briagos, a los jefes militares y civiles de una Cuba defraudada y traicionada. Era el 10 de marzo de 1952. El futil pretexto que el impostor alegó nadie lo creyó. Ni el Dr. Prío, ni sus hombres, pensaban en Golpe de Estado. El pueblo, engañado, sin fe, se replegó a sus hogares. Las calles se quedaron vacías. Nadie aplaudía pero nadie tampoco condenaba. La victoria pretoriana se recreaba sobre un escenario de escepticismo.

—V—

La noche alucinada

El 26 de julio de 1953 se producía, en Santiago de Cuba, un hecho insólito. Un grupo de jóvenes había tratado de tomar el Cuartel Moncada fortaleza, en la indómita provincia, de la dictadura batistiana. El asalto había sido organizado y dirigido por un joven abogado cuyos arrestos eran conocidos pero al que no se consideraba, hasta aquel momento, tan "peligroso", decidido y valiente. Procedente de las filas estudiantiles, en las que había desarrollado agitadas y largas campañas, había terminado militando, junto a Chibás, en el Partido del Pueblo Cubano bastante equidistante de la alta dirección y más ligado, con la juventud, a la base popular del Partido en cuyas entrañas latía una salida más revolucionaria a la crisis que enfrentaba el país. Aquel joven de aspecto arrogante y atractivo, de varonil estampa, talla gigante y rostro afable y malicioso, como el de un chiquillo terrible, era Fidel Castro Ruz cuya trayectoria iba a ser rápida y brillante como la de los meteoros que cruzan las grandes constelaciones.

El asalto al Cuartel Moncada tuvo repercusión capital en el curso de los acontecimientos políticos nacionales determinando muchas cosas. La primera, que despertó a la ciudadanía. La estremeció, señalando el inicio de la cruenta lucha por la recuperación de los derechos humanos frente al régimen

de oprobio que representaba Fulgencio Batista. La segunda es que conducido el Dr. Castro, como acusado, ante un tribunal de excepción se revela como un verdadero líder, conocedor de su pueblo y de las esencias martianas que lo inspiran. Produjo el acusado, en aquella ocasión, un alegato,[3] (sosteniendo su propia defensa) valiente y preciso, que fijó claramente la proyección de su pensamiento y lucha política dándole contenido ideológico al movimiento que organizado inmediatamente se conoce por "26 de julio" y, tercero, que aquel alegato esclarece de una vez por todas como la Revolución Cubana carece, por completo, de "orientaciones extrañas" siendo —tan sólo— el producto de un ideal martiano fragante y vivo en el Dr. Castro y los bravos muchachos que con él corrieron la aventura de la muerte al asaltar el inexpugnable cuartel. El análisis que el Dr. Fidel Castro desarrolló, en la vista de defensa, y la tesis que dejó establecida, prueban hasta qué punto la Revolución trata de *cubanizar a Cuba* reintegrándole las riquezas que le pertenecen, haciéndola dueña absoluta de su suelo y responsabilizándola con su dinero. Es decir, instaurando un estilo político que la haga absolutamente soberana sin intervencionismos extraños. Una política, en fin, más que de "nacionalización" de "cubanización".

Después del asalto al Moncada el Dr. Castro fue relegado a la Prisión Nacional de Isla de Pinos de donde salió en virtud de una amnistía política trasladándose a distintos países y, finalmente, a México donde trabajó activa e incansablemente hasta reunir y organizar un pequeño cuerpo expedicionario que embarcado en el yacht Gramma tuvo el coraje, después de días de tempestad en el Golfo, de desembarcar "en un lugar de la costa oriental de Cuba", próximo a Niquero, y cerca de las estribaciones de la Sierra Maestra. La noticia del desembarco volvió a estremecer a Cuba. La noche alucinante templada de estrellas que señalaban el oriente de Cuba. Era fines de noviembre y un invierno áspero y borrascoso presagiaba la tormenta. En la Habana, en su vieja casona frente al mar, agonizaba el último prócer[4] del 95 cuyas gestiones en paz se habían frustrado llevándolo a la tumba. Ante la obsecación y el empecinamiento de los usurpadores ha-

---

3 "La Historia me absolverá". Impreso en modesto folleto en 1959.

4 Don Cosme de la Torriente.

bía sentenciado ("Vendrán males mayores") sin que sus advertencias fueran atendidas.

En diciembre de 1956 los "partes oficiales" eran lacónicos y concedían poca importancia al desembarco asegurando que los expedicionarios estaban cercados, que serían aprehendidos y conducidos a la capital. El pueblo estaba expectante y poco se filtraba, a través de la estricta censura, que permitiera un conocimiento aproximado de la realidad aunque era evidente que los bombarderos del Ejército castigaban las zonas ocupadas y que Fidel y sus hombres —reducidos a un grupo de 12— se veían obligados a separarse en pequeñísimas unidades para hacerse fuertes en posiciones estratégicas que iban ganando al enemigo. El nombre de Fidel Castro crecía en el silencio de la clandestinidad ganando el corazón de las muchedumbres. Poco tiempo después sectores urbanos y rurales, el estudiantado, las mujeres, profesionales y hasta sacerdotes de ideas liberales, se incorporaban a las filas de la Revolución o "subían a la Sierra" dando, a las directivas del líder rebelde, la forma viva y dinámica que exigían para su penetración profunda en las capas populares y poner en marcha el programa de la emancipación nacional que tenía su nido de águilas en el Campamento de la Sierra pero que necesitaba vehículos propios para nutrir subterráneamente todo el país.

En poco más de dos años de "guerra justa" Fidel Castro demostró sus formidables condiciones de estratega. Batiéndose, con escasas armas y limitado número de hombres fue ampliando su radio de acción frente a un Ejército bien pertrechado y muy superior técnica y numéricamente. Era Fidel un guerrillero invencible. Por su moral, su espíritu combativo y la justeza de la causa que defendía mientras el Ejército de la Dictadura estaba viciado en su origen. Era el producto de un golpe de Estado y hechura de hombres sin moral corrompidos en la función pública. Estaba, por tanto, falto de disciplina y sin cohesión en sus cuadros impreparados para la guerra y hechos al ocio de los cuarteles. Además, y esto tuvo enorme importancia durante los dos años que duró la insurrección armada, los soldados del Ejército de la Dictadura *no querían pelear* comprobada la falta de moral de la oficialidad y alto mando que se enriquecía con los "créditos", "asignaciones" y "comisiones", sin destinar los dineros para

los renglones a que se disponían, repartiéndolos entre los Jefes con una voracidad que no ha tenido precedente.

Las derrotas sufridas por el Ejército de Batista frente a las guerrillas de Fidel obligó al Gobierno al reclutamiento de nuevos números que pronto fueron conocidos por "casquitos" nombre que revelaba la facilidad con que "se los comían" en la Sierra que jamás pudieron escalar. Entre tanto los grupos insurrectos se nutrían de campesinos sencillos y valerosos que participan en la campaña sostenida con rigor pero ajena a la crueldad que la guerra impone. Fue así como se formó el Ejército Rebelde que contó con una red extendida por toda la provincia oriental con un Segundo Frente, comandado por Raúl Castro, mientras los Comandantes Ernesto Guevara y Camilo Cienfuegos se preparaban para la invasión llevando la guerra, desde la extrema región oriental, hasta Columbia y la Cabaña fortalezas situadas en el corazón mismo de la capital cubana. No resistió tanto la Dictadura. Oriente, prácticamente, era "territorio libre" con gran número de ingenios azucareros, plantaciones e industrias que tributaban a la Revolución. Las comunicaciones estaban en manos de los guerrilleros. Las carreteras cerradas. Camagüey no resistía el empuje invasor. Los crímenes, torturas, persecuciones y arbitrariedades lejos de arredrar a la población sumaba adictos a la causa de la liberación mientras los "batallones suicidas", en pleno campo, sin antiaéreas, se enfrentaban a los bombarderos y avionetas que ametrallaban pueblos indefensos obligándolos, en masa, a refugiarse en los montes hasta donde llegaba la saña asesina de los genocidas.

Cuando la provincia de Santa Clara, centro geográfico del país y emporio de grandes riquezas, fue ganado por las guerrillas la Dictadura se tambaleó seriamente mandando a sus hombres "más probados" en un tren blindado con un fabuloso armamento mecánico que no había sido estrenado. Todo en vano. En la Universidad Central "Marta Abreu", en las orillas mismas de la Ciudad, estaba acampada la tropa insurrecta del Comandante Guevara disponiéndose la batalla decisiva. Con una escopetita, que parece de juego, espera la proximidad del pertrechado tren y lo asalta poniendo en fuga a los oficiales mientras las clases y soldados se rinden sin pelear. En seguida toma el armamento disponiéndose el envío de buenos refuerzos al Comandante Cienfuegos que en Ya-

guajay está batiéndose contra severo enemigo. Rinde la plaza y, entre tanto, Santa Clara —completa— ha cedido a los guerrilleros. Es entonces que el Dr. Castro, listo para tomar Santiago de Cuba, dispone que se marche sobre La Habana.

Batista no espera este momento. Reunido, en Columbia, con su familia y más íntimos colaboradores aborda cuatro aviones que ponen proa hacia Santo Domingo. Por La Habana corrían rumores pero nada concreto se conocía. Se cerraba la más negra página de la historia de Cuba. La noche alucinante se abría en un amanecer de esplendor. Era el 1o. de enero de (1959). Cuando, pocos días después, Fidel arriba a la Capital millones de compatriotas lo esperan para verlo pasar. Las mujeres lloran. Los niños lo vitorean. Llueven flores sobre él y sus hombres. Nunca, otro recibimiento, tuvo carácter más espontáneo y caluroso. Dicen los que los presenciaron que sólo cuando el "viejo" Máximo Gómez entró en La Habana se vio júbilo igual pero ahora nuestra población ha crecido y nuestra Ciudad es otra más ancha, más ruidosa, más cosmopolita y heterogénea. Toda esta multitud se lanza a las calles. Hay música, banderas desplegadas, regocijo popular. Fidel no sólo era un ídolo del pueblo cubano. Fidel era un libertador americano y, de pronto, saltaba a los planos de la historia universal.

Renacía la esperanza en el pueblo. Volvía la fe. Al hablar Fidel a los habaneros desde el polígono de la Ciudad militar de Columbia [5] clarificó su posición política humanística basada en los principios martianos que habían dado calor a su ideario. Sobre el hombro del líder se posó la blancura de una paloma que desplegaba las alas. Era el símbolo de la paz.

—VI—

Los ojos en vigilia

Cuando el Dr. Castro llegó a la capital había promulgado y puesto en vigor, en territorio de Cuba Libre, las leyes fundamentales de la Revolución que se refería a la devolu-

[5] Entregada el 14 de septiembre (1959) al Ministerio de Educación Pública para la instalación de un Centro Tecnológico.

ción, al pueblo, de su soberanía reconocida en la secuestrada Constitución de 1940, a la Reforma Agraria, recuperación de bienes malversados, castigo a los culpables y cómplices de crímenes, torturas, fraudes y saqueos. Además, terminada la contienda armada y previo estudio minucioso se emprendería otra serie de leyes importantes como las referentes a la reforma integral de la enseñanza y revisión y estudio para un mejor servicio y una ganancia más equilibrada, de los contratos y concesiones de los *trusts* eléctrico y telefónico. Bien pronto inició la reorganización y depuración de las fuerzas armadas a las que impartió el sentido de unidad y moral que habían hecho de su tropa campesina una fuerza inexpugnable y, sobre estas bases, planteó una nueva política internacional de solidaridad con los países democráticos del Continente así como una revisión de las formas que menoscababan nuestra soberanía.

Era necesario inaugurar un nuevo estilo diplomático que acabara con el convencional "guante blanco" que sentaba a la mesa, con idénticas consideraciones, a las democracias honestas y laboriosas con las satrapías oligarcas y corruptas. Claro que todo este nuevo planteamiento de política internacional atrajo la ira de los enemigos convirtiendo a Cuba en blanco de intrigas, difamaciones y calumnias. Sin embargo, al mismo tiempo, en el frente interior, se consolidaba el apoyo popular que neutralizaba la feroz campaña de oposición de los sectores conservadores y reaccionarios del mundo que pagaban una prensa amarilla y falaz. Ningún gobierno, en ninguna época, había sufrido (en nuestro Hemisferio) embestida más injuriosa y bastarda. El mismo líder revolucionario lo había advertido. A medida que las leyes de la Revolución vayan cobrando vigencia los enemigos serán más y los ataques peores. Hay que estar preparados para resistir. El pueblo debe unirse más, responsabilizarse más y trabajar mejor.

Y este pueblo, laborioso y humilde, es el apoyo de Fidel quien asegura que abandonará el Poder tan pronto sienta que ese pueblo le falta. Hay en sus palabras tal acento de sinceridad, responde todo su planteamiento político a anhelos tan largamente sentidos por la Nación que —por el momento— Fidel Castro no tiene opositor serio que pueda amenazarlo ni conspiración, por la fuerza, capaz de vencerlo. El y el pueblo forman un bloc. Se comprobó en la gigantesca marcha de

más de un millón de habaneros solidarizados con su política de castigo a los culpables y criminales de guerra y, porteriormente, en el millón de campesinos, llegados a la Habana desde las más remotas zonas rurales, que manifestaron su adhesión al Gobierno de la Revolución y su regocijo por las leyes de Reforma Agraria. Fue una fiesta de solidaridad nacional que estrechó la amistad entre guajiros y habaneros compenetrados con la aspiración de una nueva Cuba. No ha visto, ninguna Ciudad americana, desbordamiento más jubiloso que aquel que presenciamos los habaneros el domingo 26 de julio bajo la radiante luz del trópico. Las familias recibieron, en sus hogares, a los huéspedes que disfrutaron de cálida acogida, invitación y regalos para ellos y sus familias. En realidad se estaban echando las bases de un entendimiento que limaba prejuicios. Cuba estrenaba un estilo político desconocido pero acorde con la sensibilidad, el temperamento y el carácter generoso de sus hijos.

Si nos preguntaran que fue lo que más que nos conmovió de aquella concentración guajira no habríamos de referirnos a la entrega que el Ministerio de Recuperación de Bienes hizo, al Dr. Castro, de un cheque por $20.000.000 de dólares para la reforma agraria pero si habremos de recordar la sencillez, alegría y trato montuno de que hicieron gala aquellos invitados insólitos que dejaron en el alma de sus compatriotas capitalinos la fragancia y encanto que el campo aporta a la vida nacional. Aquellos guajiros olvidados, relegados, humillados y explotados jamás habían gozado la satisfacción que la consideración humana produce. Nadie los había estimado. Nadie les había dado relevancia ni proporcionado la sencilla alegría de ser comprendidos. La capital era —para ellos— allá en sus lomas ásperas o en sus inmensas llanuras o en la humedad florecida del valle, el "sitio prohibido", "coto vedado" en el que jamás podrían cazar. Ahora se les ofrecía. Abría, para ellos, los cauces de la emoción callejera y podían conocerla, sentirla, admirarla con el sentimiento de lo propio que no se escatima que al fin "La Bana" también es Cuba.

Fidel conoce bien a su pueblo. La verdad nacional. Vivió en las bravas serranías orientales y en ellas advirtió muchos problemas pero, con anterioridad, sabía que más de la mitad de las mejores tierras de producción, cultivadas, están en manos extranjeras, que mientras hay más de *doscientas mil fami-*

lias carentes de una vara de tierra para sembrar una vianda y dar de comer a sus hambrientos hijos hay en cambio más de *trescientas mil caballerías* de tierras productivas que permanecen sin cultivar y que mientras el *ochenta y cinco por ciento* de los pequeños agricultores pagan rentas y viven bajo la amenaza perenne del desalojo en Oriente, la provincia más ancha, las propiedades de la United Fruit Company y de la West Indian unen la costa norte con la costa sur estableciendo un opresor imperio frutero. Si la grandeza y prosperidad de Cuba, como apuntó Martí, —depende de la agricultura, si poseemos un campesinado laborioso, apto y arraigado a la tierra, si nuestra Constitución manda que se proscriba el latifundio señalando el máximo de extensión que cada persona o entidad puede poseer, —¿es legítimo —se preguntaba el Dr. Fidel Castro ante sus jueces— que tal estado de cosas persista?

Somos una factoría. Entregamos materia prima y sólo unas pequeñas industrias han podido desarrollarse en conexión con la madera, los alimentos o los textiles. El resto de lo que producimos lo exportamos: azúcar para comprar caramelos, cueros para tener zapatos, hierro para importar arados . . . Hablamos de industrialización —dice Fidel—, pero ¿dónde está nuestra metalurgía, nuestros productos químicos, nuestra transformación industrial de los sobrantes del bagazo o derivados de otros productos? ¿dónde nuestra técnica para mejorar los cultivos y aumentar científicamente las crías? ¿dónde el auge que nuestro turismo, como fuente de riqueza, pudo tener tras largos años de "corporaciones", "institutos" o especulaciones en torno a la debatida cuestión? Nos hemos cruzado de brazos y cerrado los ojos al progreso nacional. Hemos danzado en las condiciones más miserables de hambre procreando millonarios que han tratado de envilecer a nuestro pueblo. Haz —en Cuba— *doscientos mil bohíos y chozas,* más de *cuatrocientas mil familias* campesinas viven hacinadas en barracones y en pueblos y ciudades en vecindades, cuarterías y solares. *Dos millones doscientas mil personas* de nuestra población urbana pagan alquileres que absorben entre un quinto y un tercio de sus ingresos mientras *dos millones ochocientos mil* de nuestra población rural y suburbana carecen de luz eléctrica. A este cuadro se añaden la insalubridad, el analfabetismo, la superstición y la ignorancia.

Si el cauterio que la Revolución está aplicando para desaparecer estos males se asimila, por los interesados o mal intencionados, a "doctrinas exóticas" al líder cubano lo tiene sin cuidado y, al pueblo, también. La realidad es que "el comunismo avanza sobre estómagos hambrientos" —dijo el Dr. Castro en el corazón mismo de Manhattan— y las agitaciones e inestabilidad política que conmueven a Latinoamérica no tiene otro origen que la miseria, el hambre, la explotación y el yugo espiritual impuesto a los empobrecidos pueblos que ven aniquiladas sus riquezas y reservas por usurpadores extranjeros. Hay un despertar de conciencias. La época es de transición. Los pueblos quieren sentirse cómodos, libres, seguros en el hermoso paisaje de la tierra que habitan. No es un fermento exótico el que nos baña. Es la fuente propia que fortalece el árbol y madura el fruto. Nuestro Hemisferio ha vivido preocupado por sus problemas desde hace siglos. Esta actitud defensiva se siente en los cuatro puntos cardinales y no deja de ser comprendida por los mejores hombres, los más progresistas y generosos, que se han dejado ganar por la transparencia de los valores morales.

El Dr. Fidel Castro ha dado sentido propio a la ideología revolucionaria. El la nombra "*humanismo*". Su alcance y contenido tal vez no se haya divulgado suficientemente porque el adoctrinamiento de los grandes sectores cubanos todavía resulta deficiente cuando no completamente nulo. *Humanismo* —según lo expresa el líder del "26 de julio"— no es un lujo ni un refinamiento de estudiosos que gastan el tiempo en frivolidades disfrazadas de satisfacciones espirituales. *Humanismo* quiere decir *Cultura*. Comprensión del hombre en su obra. Compenetración con su vida, sus necesidades y aspiraciones. Valorización de lo que es bueno, lo que es bello y lo que es útil a la existencia. Es una fijación de normas que rigen el mundo interior y exterior, afán de superación que nos conduce —como en la frase del filósofo— "a igualar con la vida el pensamiento". Esta es la virtud del humanismo al hacernos cultos y esta la tarea espiritual que Fidel Castro parece haberse impuesto. La reforma agraria, la industrialización y el desarrollo técnico de nuestros países han de estar sobrepesado por el sentido de responsabilidad ciudadana y concepto ético de la convivencia social. La técnica nos hace fuertes pero no mejores y sólo el espíritu aportará la armonía y

el equilibrio que reclama este mundo mecánico de tuercas, cohetes, ambiciones y egoismos.

Fue un humanismo esplendoroso el que engrendró el mundo moderno. El que en el orden intelectual nos lanzó a la búsqueda de la verdad, el que nos abrió el libro de las opiniones contradictorias y tangentes, el que nos hizo observar las leyes y costumbres propias para conocer a nuestros semejantes y el que haciéndonos obrar con firmeza nos invitó a dominar la fortuna ejerciendo la inteligencia único y real patrimonio del hombre. Interrogando a la naturaleza descubrimos lo bello compenetrándonos con la obra humana de todos los tiempos y todos los pueblos. El humanismo nos regresó al espíritu de creación y en la vigilia volvimos a mirar el Universo y recrear en su grandeza que enciende, en nosotros, la aspiración de ser *hombres universales* reivindicando así —en el orden moral— la dignidad superior del ser. Todas estas razones tan olvidadas en el acontecer político de nuestra América están renaciendo, cobrando fuerza, ganando adictos. Nuestros medios de defensa no pueden ser otros que la solidaridad internacional, la unidad interna y la legítima consecuencia en nuestro proceder. Los libros (las artes de la cultura) tienen que ser nuestras armas y los vehículos de divulgación e información no puede ser otro que el pueblo, en pie, en marcha hacia su futuro.

- VII -

Esperanza

La Revolución Cubana tiene la importancia que le da su esencia martiana y su proyección continental. La forma en que se han articulado las ansias libertadoras de los pueblos de América constituye en realidad el "milagro fidelista". Un soñador se entrega a una batalla gigantesca y la gana. La esperanza florece. No es producto de un hombre, ni de una generación, (ni siquiera de un pueblo), pues con todo lo que tiene de epopeya épica la hazaña cubana es tan sólo un capítulo feliz en la historia de América que perdería su esencia moderna y su caudal revolucionario si llegara a frustrarse por la

codicia o la ambición. Un joven gobernante ha de permanecer muy alerta. Tener, —como pedía Martí— las bridas de si mismo en alto y no abandonarlas ni dejarlas llevar por la tempestad. Ha de poseer ojo vigilante para conocer a los semejantes seleccionando a los mejores para las misiones difíciles. El funcionamiento de un Estado semeja una gran maquinaria que impulsa mejor, y produce más, cuanto mejor ensambladas tiene sus piezas. La inteligencia, la capacidad, la voluntad y, *la verdadera* honestidad, (que va más allá del soborno) hacen milagros si se saben administrar. Hacer funcionar estas condiciones corresponde al hombre sereno y reflexivo que ganó la guerra y se enfrenta a la batalla de la paz.

Esta etapa es más espinosa, ardua y difícil. Podrá cumplirse si se sabe mantener aquel coraje, aquella voluntad y aquella disciplina que cobró cuerpo en las estribaciones de la Sierra Maestra. La ciudad es veleidosa y el Poder, amplia y prolongadamente ejercido, degenera en casta. Así han degenerado, desfiguradas o frustradas, muchas revoluciones en América donde juegan, como elementos políticos, los defectos y las virtudes. Son factores humanos (y de ambiente) de compleja asimilación como el exhibicionismo, la vanidad, el halago y la propensión al endiosamiento. En nuestros países estos cultivos se dan en tierra fértil. Existe —además— la precipitación. La premura por llegar pronto, subir en la escala social, a través de "puestos ejecutivos" siempre en el menor tiempo posible y con la mayor incapacidad. El amiguismo y las "relaciones sociales" se prestan para la maniobra. El burocratismo oficial es el que viste más elegante. El que imparte "personalidad". La obra propia, el trabajo y el estudio, sin ostentación no valen lo que un buen "destino" y el ciudadano medio llega a todos los límites por lograr la ansiada posición que lo convertirá en "importante", "respetado" y "admirado".

Todas las Revoluciones, en todas épocas, han visto subir la resaca pero las americanas han contemplado cómo persiste y socava debilitando las bases. No hemos de reincidir en viejos vicios y advertir la verdad, por la experiencia, es la manera de hacer "sólido el talento, firme las virtudes y enérgicos los caracteres". La contrarrevolución acecha y es más peligrosa (por subrepticia) la que florece en los predios domésticos que la que se cultiva fuera. La ambición, el encumbramiento inoportuno, la similación y la adulonería son otras

tantas formas de disociación y debilitamiento del espíritu nacional. Demasiados jóvenes sin aprendizaje se sienten suficientes, demasiados adultos se han visto (por casualidad) convertidos en personajes, demasiados rondan impacientes por tomar asiento entre los "elegidos" y no faltan escritores mediocres y periodistas sin criterio dedicados a la tarea del endiosamiento desconocedores de que las grandes personalidades sirven de cimientos, en la afirmación de los pueblos, no de ídolos para los altares.

Todo esto que parece intrascendente reviste singular importancia por lo que revierte en nuestro medio. La conducta personal ha de ser base ejemplar para la colectiva. Estamos en el deber de cuidar nuestra Revolución fortaleciéndola en el trabajo productivo y la solidaridad internacional sin olvidar que cada pueblo tiene su faz propia y que la nuestra debe ser americana y, en lo más entrañable, cubana. Sólo con nuestra conducta, nuestro esfuerzo creador, podremos destruir las insidiosas calumnias de la prensa pagada por los bloques económicos del imperialismo. La unidad del pueblo defenderá sus conquistas que sólo retendrá dentro de una esfera de esperanzada labor en la que presentes estén el estímulo, la comprensión y reconocimiento a todos los valores ciudadanos. Que la gloria es —al cabo— "de quien la merece".

EL GOLPE MILITAR EN ARGEL Y LA LITERATURA DEL 13 DE MAYO

Por *Marcel SAPORTA*

MUCHAS veces, desde hace un año, los amigos de Francia se han preguntado cuál era la situación en este país y si el peligro fascista era una realidad o una mera ficción creada por los comunistas. Ahora bien, esta situación es exactamente la siguiente: *aún* no hay fascismo en Francia ni amenaza directa de fascismo por parte de De Gaulle. Los eventuales abusos, las torturas o las amenazas contra la prensa empezaron durante la Cuarta República —y precisamente esa pereció por haber dejado desarrollarse en Francia un clima de violencia y de represión policíaca esporádica con el consiguiente desaliento de los más fieles partidiarios de la democracia en el país—; no se puede decir que dichos abusos hayan cobrado más amplitud desde la llegada de De Gaulle al poder. Todo sigue como antes, desde este punto de vista. Ni más, ni menos.

Por lo tanto, si el peligro fascista existe, también existía antes de la Quinta República —y buena prueba de ello es que pudo desarrollarse con éxito el pronunciamiento político-militar del General Massu y de Jacques Soustelle en Argel en el mes de mayo de 1958.

Pero sobre este pronunciamiento existen varias teorías, y para entender la situación presente es preciso examinar cómo se inició y por qué, dicho pronunciamiento, y cómo acabó.

Éste será el objeto del presente artículo.

Pero hay algo más. El mismo pronunciamiento constituye, en sí mismo, un hecho nuevo que ha modificado la situación anterior. Por una parte, los militares han comprobado que podían más que la autoridad civil. Por otra parte la nueva constitución francesa que confiere poderes considerables al jefe del Estado (De Gaulle, por ahora), y la posición preeminente de elementos que se suelen considerar peligrosos —como

Soustelle (presentemente ministro de De Gaulle)— constituyen un factor inquietante para la evolución futura de la política francesa.[1]

Volvamos pues al 13 de mayo de 1958. Este acontecimiento ha suscitado ya unos cuantos libros que conviene analizar para tratar de entender lo que pasó durante esta jornada histórica y los días siguientes. En realidad, los diversos autores tratan de demostrar tesis contradictorias y sus relatos reflejan tantas divergencias que resulta casi imposible dilucidar la verdad histórica sin recoger, por lo menos, una parte de cada demostración.

En primer lugar se trata de saber si hubo un complot contra la República o un movimiento espontáneo y popular. También hay que averiguar si la manifestación de fraternización franco-musulmana y el alarde de "integración" que siguieron fueron movimientos auténticos o representaron tan sólo una maniobra dilatoria pre-fabricada. Por último es necesario comprobar si la llegada de De Gaulle al poder representó el fracaso de una intentona fascista (quizás provisionalmente) o, al contrario, el éxito de una revolución destinada a renovar las instituciones republicanas.

De paso, en el curso de este estudio, se planteará una cuestión —la más importante— que evocamos al principio de esta carta es decir: ¿Constituye el nuevo régimen un retroceso de la democracia en Francia, o al contrario una salvaguardia para la misma democracia? La respuesta vendrá por sí sola.

---

1 Naturalmente estos elementos que se consideran peligrosos proclaman su fidelidad a la democracia. Pero los lectores de "Cuadernos Americanos" recordarán que, hace algunos años ya, cuando indicamos que Malraux se había vuelto reaccionario, Soustelle —que formaba parte del mismo equipo político— había dirigido a la Revista una "aclaración" denegando tal aserción y basándose en el papel desempeñado por Malraux cuando éste era un antifascista convencido y activo — sin decir palabra de su cambio posterior. Ahora bien, el mismo Soustelle había pertenecido a comités antifascistas antes de la guerra, y esto no le impidió correr a Argel para dar el apoyo de su experiencia y prestigio al pronunciamiento. En definitivas cuentas, Malraux y Soustelle se repartieron después de la llegada de De Gaulle al poder, los servicios de propaganda del nuevo régimen. (Por lo demás, Malraux como buen intelectual no representa ningún peligro en sí mismo; ni mucho menos: incluso se podría probablemente contar con él para tratar de servir de freno o moderador si sus amigos quisieran ir demasiado lejos...... pero es dudoso que en tal caso su intervención resultaría eficaz.)

Hemos de plantear ahora el marco de lo que se llama ya la "literatura del 13 de Mayo".

Recordemos en primer lugar cuatro hechos materiales:

I) Desde hace años dura en Argelia una guerra sangrienta entre el "Frente de Liberación Nacional" (F. L. N.) dirigido desde el año pasado por un "Gobierno Provisional de la República Argelina" formado en el exilio —por el lado de los rebeldes— y el ejército francés apoyado por elementos indígenas —por el lado de los colonos.

El primero quiere lograr la independencia de Argelia donde viven algo como nueve millones de musulmanes y un millón de Franceses. El segundo quiere mantener la presencia francesa en Argelia, considerando especialmente la situación de este millón de Franceses. Por ambos lados se ha dicho y repetido que se cometieron muchos crímenes. Nadie sabe exactamente hasta qué punto cada bando es responsable de ellos. Basta saber que hay algo de verdad en estas afirmaciones y que, en tal materia, este algo siempre es inmensamente demasiado.

II) Desde siempre, el gobierno francés había tratado de llegar a solucionar el problema de Argel por tres medios sucesivos o concurrentes: la pacificación militar, la integración política (es decir la igualdad absoluta entre franceses y musulmanes) y las reformas económicas.

Muchos observadores piensan que la integración fue sistemáticamente saboteada durante años por los colonos. Esos colonos lo desmienten y, desde los acontecimientos del 13 de Mayo, se declaran partidarios de una política de integración. Es imposible saber si, esta vez, son sinceros. Lo cierto es que el F. L. N. cuyos líderes (y hasta su mismo jefe Ferhat Abbas) habían reclamado en vano dicha integración hasta la guerra, se niegan a creer en meras promesas y reclaman ya la independencia absoluta. No se puede olvidar sin embargo que sólo se lanzaron en la lucha armada con miras a la independencia por haberles fallado sus esperanzas de integración.

III) Ahora bien, al ver el éxito de la rebelión, los colonos empezaron a temer por su vida y sus bienes en caso de que el F. L. N. lograra su objetivo y exigieron una pacificación militar total. Los crímenes cometidos por el F. L. N. desde el principio de la lucha parecían justificar este temor, cualquiera que fuera la responsabilidad inicial de tales atrocidades.

Por lo tanto, el 13 de mayo de 1958, cuando el Parlamento se preparaba a elegir como primer ministro al líder católico Pflimlin, los Franceses de Argel, temiendo que dicho primer ministro tratara de acabar la guerra dando satisfacciones importantes al F. L. N. y quizás la independencia, asaltaron el Ministerio de Argelia en Argel, y formaron una junta revolucionaria bajo el nombre de "Comité de Salut Public", con la participación de altos jefes militares. Su amenaza de desembarcar en Francia y desencadenar la guerra civil, impuso la llegada al poder del General De Gaulle, el Libertador del Territorio durante la Segunda Guerra Mundial, que resultó elegido primer ministro al cabo de tres semanas angustiosas durante las cuales nadie sabía si al día siguiente los paracaidistas coloniales no iban a saltar encima de París.

Es de añadir —porque esto es muy importante— que las masas permanecieron en su mayoría indiferentes en Francia misma. Los gobiernos de la Cuarta República se habían desacreditado por haber dejado la tortura, los escándalos y la represión llegar a tales extremos. Y como decía Jean Paul Sartre aludiendo a un famoso ministro que había sido uno de los partidarios más encarnizados de la represión "Nadie querría morir por Guy Mollet". Desgraciadamente, la imagen de la República había llegado a confundirse en el espíritu de mucha gente con unos parlamentarios incapaces. La prensa más democrática, como el semanario "L'Express", había contribuido a esta resignación del público, atacando semana tras semana a esos parlamentarios. En resumen, el pueblo francés, aún indignado por el pronunciamiento militar, no querría "morir por Guy Mollet". Sartre con su lucidez acostumbrada había logrado escribir la fórmula más exacta.

Según algunos, la revolución de Argel había sido cuidadosamente preparada por unos fascistas, o, según otros, por los militares; también los hay que ven en ese acontecimiento el efecto de una acción espontánea de las masas argelinas francesas.

El hecho es que, durante tres semanas, el Gobierno de París fue incapaz de hacerse obedecer por el ejército y la policía (que aun en el territorio metropolitano hizo causa común con los militares) y no se atrevió a armar a la población civil tanto por miedo a un putsch comunista como por temor a una guerra civil.

En definitivas cuentas, la llegada de De Gaulle al poder,

como árbitro, pareció a algunos consagrar la victoria de la junta de Argel y del ejército, mientras otros —confiando en la gran figura del Libertador— pensaban que De Gaulle iba a salvar a la República contra los insurrectos. De Gaulle mismo no quiso jamás exponer de antemano sus proyectos de modo que consiguió —gracias a su silencio y prestigio— reunir la adhesión de la mayoría, incluso de muchos fascistas y republicanos sinceros. Esta ambiguedad sigue pesando fuertemente en la política francesa.[2]

IV) Hasta la fecha la situación es la siguiente: De Gaulle ha hecho cambiar la Constitución y, a pesar de los inmensos poderes que le confiere la nueva Constitución, jamás ha hecho nada que permita llamarle un dictador.

Sin embargo las nuevas instituciones permitirían una dictadura si De Gaulle cambiase de actitud o —mucho peor— si al cabo de su mandato, o después de una muerte prematura (tiene cerca de setenta años) algún cacique de la derecha le sucediese, con o sin el consenso popular.

Sin el consenso popular, decimos, ya que, en el fondo, bien parece ser que los militares no acatan completamente la autoridad de De Gaulle. El éxito del pronunciamiento les ha demostrado que podían rebelarse sin peligro y pueden sentir la tentación de hacer algún motivo nuevo "13 de Mayo" cualquier día. Muchas anécdotas parecen demostrar que el Estado Mayor se atreve a ignorar algunas órdenes de De Gaulle en su política argelina, pero naturalmente nadie sabe a ciencia cierta lo que hay de ello.

El único remedio a esta situación sería acabar con la gue-

---

[2] Un hecho es significativo: antes del 13 de mayo no había apenas gaullistas en Francia. Mientras no existía amenaza y se votaba libremente, los diputados gaullistas formaban una ínfima minoría en el Parlamento, y el mismo De Gaulle había disuelto su partido político, el llamado R.P.F. ("Rassemblement du Peuple Francais" que no constituía un verdadero partido sino un "Movimiento", y ya se sabe lo que esto puede llegar a significar.)

Después del 13 de mayo, sea por miedo a la guerra civil, o sea por conformismo o convicción, 80% de los electores plebiscitaron a De Gaulle, votando la nueva constitución que iba rodeada, bien es verdad, por una publicidad oficial imponente. (Es difícil saber si puede considerarse libre esta votación bajo la amenaza de la guerra civil, aun cuando no hubo la menor coacción física, en el territorio metropolitano por lo menos.)

rra de Argelia que da demasiados poderes al ejército al mismo tiempo que es ruinosa para la economía del país.

El dilema sigue siendo el mismo: cómo conceder una autonomía suficiente a los Argelinos para satisfacerles sin poner en peligro la vida y los bienes de un millón de franceses expuestos a la venganza de poblaciones ex-colonizadas. Algunas secretas, otras abiertas, las negociaciones e "iniciativas" siguen su curso.

Después de haber esquematizado así objetivamente la situación, examinemos uno por uno de los libros que acaban de salir sobre el famoso 13 de Mayo, para ver si nos aclaran un pocos las ideas.

Según los autores, encontraremos tres tipos de opiniones: En primer lugar, algunos dicen que el 13 de mayo fue obra de las masas, insistiendo sobre el papel de unos pocos jefes locales (algunos improvisados), o admitiendo que había en Argelia, un complot contra la república, complot que no influyó casi nada en los acontecimientos. En esta categoría se sitúa la opinión de los que explican cómo el ejército fue obligado a tomar la dirección de los movimientos de masas para disciplinarlos según la teoría de un jefe militar que solía decir: "El que quiere mandar tiene que seguir a sus soldados".

En segundo lugar, otros sostienen que hubo un complot en Argelia y que este complot debía entregar el poder a unos cuantos fascistas y coroneles. Según ellos el desorden y el medio fracaso de la intentona desembocó en la llamada de los conspiradores a De Gaulle para que el General los salvara de la propia guerra civil que ellos mismos iban a desencadenar.

Por último existe otra opinión según la cual desde el primer momento el complot, o por lo menos uno de los complots existentes, buscaba la llegada de Gaulle al poder, y logró pleno éxito (los hay que añaden que ésta transición permite al fascismo instalarse poco a poco en Francia). ¿Dónde está la verdad?

En el primer grupo se sitúa el libro de Alain de Serigny (La revolution du 13 mai) uno de los más encarnizados defensores de la presencia francesa en Argelia y el director del diario más avanzado en Argel.

Importa recordar que Alain de Serigny fue, durante la guerra mundial, un partidario incondicional del mariscal Petain y, por consiguiente, un adversario de De Gaulle. Además,

por mucho que pretenda pasar hoy por un partidario de la integración se había opuesto hasta el 13 de mayo al llamado "colegio único" (que otorgaba a los musulmanes los mismos derechos electorales que a los franceses). Pero desde el 13 de mayo considerando que De Gaulle es quizás el único que pueda impedir que Francia abandone Argelia y que el mismo colegio único es —a pesar de todo— mejor que el abandono, se volvió gaullista e integracionista.

Su libro expone cómo él mismo, gracias a sus negociaciones con el ex-ministro de Argelia, Lacoste, y con Soustelle, preparó el 13 de mayo. Bien es verdad que concede a la acción de las masas en Argel una muy gran importancia pero se deduce de su tesis que las notabilidades de Argel y él mismo en particular prepararon el movimiento por sus escritos y proclamas.

Según él, no hubo un complot propiamente dicho sino una reacción de todos los Franceses de Argelia, con sus jefes a la cabeza, entre los cuales desempeñaron un papel importante las notabilidades locales, los líderes de las organizaciones patrióticas, estudiantiles y demás, y naturalmente el mismo Serigny, autor del libro.

El libro de Paul Gérin "L'Algérie du 13 Mai" es seguramente él que más interés tiene entre los relatos de los testigos del drama. Se limita a la relación de lo que pasó el mismo día 13 de mayo, alude poco a lo que ocurrió en los días siguientes y se propone examinar las razones y las consecuencias del movimiento. He aquí su tesis:

En primer lugar, la manifestación que dio origen a la revolución —es decir huelga y protestas contra la ejecución de tres soldados franceses por los rebeldes argelinos— había sido preparada por algunas organizaciones, como la U. S. R. A. F. soustelliana, y el llamado comité de vigilancia que incluía a los delegados de varios grupos, muy diversos (entre los cuales el delegado de los estudiantes Lagaillarde que iba a desempeñar un papel decisivo). En segundo lugar, el asalto al llamado "G.G." (es decir el Ministerio de Argelia que todo el mundo llama Gobierno General en Argel) había sido previsto para unos días más tarde pero no decidido definitivamente aun por unos cuantos conspiradores auténticos.

En tercer lugar, al terminar la manifestación, un grupo de jóvenes —en su mayoría alumnos de segunda enseñanza— de catorce a dieciséis años, se lanzaron al asalto "con la apro-

bación de sus papás y mamás y con aplauso de sus amiguitas", sin que la policía ni los militares se atrevieran a disparar contra estos niños. Apenas si lanzaron unas cuantas bombas lacrimógenas simbólicas. Y la conclusión de Gerin es que, en estas circunstancias, unos cuantos personajes en busca de un autor (es decir los verdaderos miembros del complot que aún no había cuajado) se encontraron de repente ante una situación revolucionaria y la aprovecharon.

Después de insistir sobre el hecho que los militares no habían participado en la preparación del movimiento (subraya que el mismo general Massu no sabía nada) Gerin declara que el Massu decidió, en treinta segundos, tomar la dirección del movimiento para evitar mayores perjuicios. Explica cómo el ejército mantuvo firmemente la disciplina interior y cómo el mismo Massu obedeció siempre las órdenes de su jefe supremo en Argelia, el general Salan, el cual, al cabo de dos días lanzó el primer "Viva De Gaulle" desde lo alto del balcón del G. G. porque no veía otra solución.

Esta es la tesis de Gerin. Se puede resumir en la forma siguiente: hubo complot pero el ejército consiguió desviar el rumbo de la proyectada revolución que, por lo demás, no se había realizado en la forma prevista por los organizadores, por culpa de la impaciencia de los elementos más jóvenes y más irresponsables de Argel.

Al examinar las razones de la actitud del ejército en estas circunstancias, explica cómo los militares franceses, hartos de ser vencidos en Indochina, en Marruecos y en Túnez por culpa —según decían— de los errores del gobierno, se valieron del movimiento desencadenado sin su participación para imponer su propia solución es decir dar el poder a De Gaulle.

Por último, Gerin examina con simpatía la tesis del ejército es decir: la entrega de todos los poderes civiles a los militares y la integración —psicológica, económica y social— de los musulmanes en una sola población franco-musulmana. Es de notar que el libro fue terminado el 5 de julio de 1958 y que desde esta fecha aparecieron varios problemas relativos tanto a la integración como a la administración militar. En este aspecto otros libros son más sugestivos pero no cabe duda de que Gerin trató de enfocar con la máxima imparcialidad el acontecimiento aun cuando sus conclusiones sean parciales.

Henri Pajaud, que publicó (aún antes del libro de Gerin) "La Revolution d'Alger", trata de ir más allá en cuanto a las

perspectivas políticas del "13 de Mayo". Según ese autor, siempre hubo diversos complots en una tierra tan ardiente como Argelia, pero Pajaud se niega a dar mucha importancia a tales complots. Para él todo fue fortuito: si unos policías asustados no hubieran lanzado bombas lacrimógenas sobre los estudiantes, no hubiera pasado nada grave. Pero una vez la muchedumbre enfurecida por esas bombas inofensivas, y el G. G. ocupado por los estudiantes, unos cuantos jefes salieron espontáneamente de la masa y constituyeron el famoso "Comité de Salut Public" cuya presidencia ofrecieron a Massu; este Comité tuvo, a la fuerza, que ejercer todos los poderes en Argelia hasta que se normalizara la situación, y lanzó al gobierno de la República los sucesivos ultimátums a favor de De Gaulle que dieron el poder al General.

Ahora bien, según Pajaud, fue el mismo Comité el que hizo la revolución, y sin querer disminuir la importancia del papel del ejército, no le da tanto relieve como Gerin.

Por otra parte, para demostrar que los complots no tenían ninguna importancia, subraya que el repetido Comité no fue formado por los miembros del complot sino tan sólo por las personas presentes en el Gabinete del Ministro después del asalto y que se encontraban allí casi por casualidad, excepto Lagaillarde, el presidente de los estudiantes (ese formaba parte del "Comité de Vigilancia" que había organizado la manifestación y sabía muy bien lo que hacía al fundar el Comité de Salut Public en aquel momento con los seis hombres que los azares del motín había juntado a su lado durante el asalto).

Según Pajaud, los organizadores del complot habían previsto la constitución del "Comité de Salut Public" pero sin ningún poder efectivo, tan sólo para solicitar y apoyar la candidatura del General De Gaulle como jefe del gobierno. El entusiasmo de las masas y el propio dinamismo del Comité hicieron cambiar el rumbo de los acontecimientos—con arreglo a la versión de Pajaud.

En efecto su tesis viene a ser la siguiente: desde aquel momento se instaló en Argel una revolución permanente, que impuso a Massu y al ejército una actitud política, sobre todo gracias a la presencia de un "representante" de Soustelle, el joven Secretario del Ministro del Ejército, Delbecque (no se ha sabido con seguridad cómo había llegado a "representar"

a Soustelle hasta que éste llegase él mismo a Argel para alentar al movimiento).

Ahora bien, el acontecimiento decisivo de la revolución fue, según Pajaud, el movimiento de fraternización franco-árabe que se desencadenó de repente el 16 de mayo delante del G. G. en la plaza mayor de Argel que llaman el Forum. Según Pajaud, miles de musulmanes voluntariamente venidos de la Casbah se unieron con los europeos y, todos juntos, cien mil franceses y árabes se cogieron de las manos gritando su entusiasmo, y dando comienzo a la experiencia de "integración" reclamada desde hacía mucho por Soustelle; experiencia que los colonos y los rebeldes habían rechazado siempre... por razones diferentes.

Aquí es preciso abrir un paréntesis para recordar que si bien es verdad que los mismos argelinos habían reclamado durante un siglo la integración y la igualdad absoluta con los franceses en una Argelia francesa, la razón de la rebeldía del "Frente de Liberación Nacional" (F. L. N.) fue que esta integración les había sido prometida muchas veces sin resultados. Manifestaron pues los rebeldes que ya no se fiaban en las promesas y que sólo la independencia de Argelia podría devolverles la dignidad humana. La experiencia integracionista hubiera podido evitar la guerra unos cuantos años antes. Cuando se produjo la tentativa integracionista del 16 de mayo los rebeldes ya no quisieron aceptarla y decidieron proseguir la guerra hasta la independencia total.

Este paréntesis era útil para explicar por qué Pajaud considera que la noche del 16 de mayo es el acontecimiento esencial de la revolución de Argel. Y también para explicar por qué desde entonces mucha gente piensa de buena fe que los rebeldes ya no representan al pueblo argelino que consiguió —según dicen— en aquella noche lo que deseaba. Pero también explica por qué, hartos de promesas, los rebeldes se negaron a aceptar esta nueva promesa y prosiguieron con la guerra.

Para Pajaud, después de aquella noche todo estaba hecho. Cuenta cómo llegó entonces Soustelle a Argel para ver el éxito de su teoría y alentar su realización, cómo luego la revolución llegó hasta Córcega y cómo, abandonado por los militares y los policías, el gobierno de la IV República tuvo que ceder el Gobierno a De Gaulle, mientras las manifestaciones integracionistas se multiplicaban en Argelia y se desarrollaban

ante el mismo De Gaulle cuando éste, después de tomar el poder hizo enseguida un viaje a Argel consagrando así el triunfo de la revolución en los primeros días de junio.

En conclusión, para Pajaud un incidente fortuito había dado lugar a la ocupación del G. G., ayudando a los miembros del complot a tomar el poder y a realizar la revolución integracionista empujados por el entusiasmo de las masas tanto francesas como musulmanas. Y, de paso, llevando a De Gaulle, al poder.

En cambio Dominique Pado, bajo el título aparentemente interesante "13 Mai, Histoire secrète d'une révolution", sólo hace una relación anecdótica de lo ocurrido. En efecto la tesis de Pado es que no hubo complot alguno y que nada había sido preparado. Por lo tanto los "secretos" anunciados en el título del libro sólo consisten en anécdotas originales. El autor no demuestra su tesis ni examina siquiera el papel de las sociedades más o menos secretas mencionadas por los demás autores. Tampoco estudia el papel del Comité de Vigilancia ni de las asociaciones de estudiantes. Le basta explicar que al terminar la manifestación del 13 de mayo en honor de tres soldados asesinados, la muchedumbre asaltó el G.G., por pura exasperación, y que el ejército desempeñó un papel moderador en los acontecimientos que siguieron. El también subraya el hecho que los musulmanes y los franceses se congregaron espontáneamente en el Forum el 16 de mayo para abrazarse. Añade que el general Massu lloraba de emoción al ver este espectáculo. Y termina, como Gerin, como Pajaud, expresando la idea de que los árabes demostraron así su voluntad de ser franceses con tal de que se les diera la deseada "integración".

Por lo demás, las anécdotas de Pado son interesantes y significativas. En particular, insiste sobre dos hechos: el primero es que, en caso de resistencia por parte del gobierno de la República, los paracaidistas estaban listos para desembarcar en Francia. Este punto había sido olvidado por los demás autores. El segundo, es que el gobierno de París estuvo paralizado tanto por el miedo a los paracaidistas como por el miedo a los comunistas. Parece ser que el Primer Ministro Pflimlin temía que la confusión general facilitara un putsch comunista, según dice Pado que, en todo caso, no puede ser tachado de parcialidad a favor de la República sino más bien a favor del Comité de Salut Public.

Entre las anécdotas de esta "historia secreta" es intere-

sante el relato de la llegada de Soustelle a Argel. Después de recordar cómo Soustelle había escapado de su casa, en París, disimulado bajo una manta en el coche de un amigo y había logrado pasarse primero a Suiza y luego a Argel, cuenta la entrevista del recién llegado con el general Salan. Esta historia no había sido publicada aún y es importante para situar el ambiente que reinaba en Argel.

Según el autor, Salan y los militares que habían logrado frenar las masas francesas de Argel y buscaban una solución política que les permitiera abandonar decentemente su papel de insurrectos, vieron con mucha inquietud llegar a Soustelle. Temían que éste, inmediatamente saludado como un jefe por los elementos "duros" de la insurrección, lo echara todo a perder. Y cuenta Pado que antes de que pudiera salir del aeródromo, Soustelle tuvo que celebrar un acuerdo con Salan, de no intervenir en la solución negociada por los militares. Esto explica —según este autor— por qué Soustelle no fue elegido presidente del "Comité de Salut Public", lo que hubiera complicado mucho más el problema. Añade Pado que, unas horas más tarde, Soustelle fue acogido ante el G. G.... por los mismos militares que acababa de encontrarlo en el aeródromo y que todos fingieron verse por primera vez con grandes demostraciones de alegría, de modo que el público no sospechara nada.

Este es un ejemplo de los "secretos" revelados por Pado. Pero desde este punto de vista es más interesante el libro de Serge y Merry Bromberger "Les 13 Complots du 13 Mai" que desplaza el escenario hasta París y que examinaremos luego.

Pero antes de estudiar este libro escrito sobre el mismo golpe de estado y sus consecuencias inmediatas, y después de leer cómo todos los autores partidarios de la "integración" se emocionan al ver la manifestación del 16 de mayo, es preciso reseñar al último de los reportajes sobre la revolución argelina. Se trata de un libro escrito por un hombre de izquierdas y esto completará el panorama que se puede sacar de la literatura sobre el 13 de mayo. El libro se llama "L'Algérie des colonels" por A. P. Lentin, y corresponde a los meses de junio a septiembre de 1958.

Su tono es muy distinto del de Pado, de Pajaud o de Gerin. Es cierto que Gerin había hablado abundantemente de la humillación del ejército después de la guerra de Indochina y añadía que muchos oficiales franceses querrían utilizar los

procedimientos de la guerra revolucionaria como lo habían hecho los comunistas de Ho-Chi-Minh o como lo hacían los mismos árabes del F.L.N. en Argelia. Estos procedimientos consisten, como se sabe, en el ósmosis entre el ejército y la población, una presión psicológica y propagandística incompatible con la verdadera democracia, y una organización paramilitar de la población civil.

Gerin, al mencionarlo, discutía para saber hasta donde podía llegar la propaganda y a partir de qué punto se trataba de una verdadera e intolerable "violación de las masas".

Con o sin razón se ha atribuido a los coroneles la responsabilidad de tales teorías y al titular su libro *L'Algérie des Colonels* Lentin subraya enseguida este aspecto de la cuestión.

¿Cuál es pues la tesis de este autor? Para él, el 13 de mayo es un movimiento fascista, realizado por los elementos más derechistas de la colonia con la ayuda de los paracaidistas.

Recuerda largamente que los paracaidistas son los responsables de las torturas en Argelia (torturas que dieron motivo para que Sartre escribiera su famoso artículo "Una Victoria" publicado en el número 99 de *Cuadernos*) y que su ideología es idéntica a la de un movimiento fascista.

Cita conversaciones que tuvo con miembros ricos de la colonia que consideran que la integración, prometida una vez más a los musulmanes, no se podrá realizar nunca y que sólo se trata de ganar tiempo para hacer cesar la guerra. Explica que las manifestaciones de fraternización del 16 de mayo y de los días siguientes habían sido cuidadosamente preparadas y cuenta por ejemplo cómo una de las mujeres árabes que dio el ejemplo de quitarse el velo y lo quemó ante todo el mundo para manifestar su igualdad con sus "hermanas" francesas era una chica medio francesa que jamás había llevado el velo en su vida sino en esta única ocasión.

En resumen, Lentin estima que hubo en Argel un movimiento fascista de tipo militar; que este movimiento logró pleno éxito aun cuando de momento tiene que esperar y digerir su victoria antes de liquidar los restos de la democracia en Francia. Añade que la integración está saboteada por sus mismos partidarios fingidos y que, por lo demás, los musulmanes no quieren integración sino independencia. Insiste sobre el hecho que los musulmanes fueron llevados por los militares a las sesiones públicas de fraternización y no creen en la sinceridad de los colonos, en lo que se refiere a la integración.

Por último Lentin cree que hubo un complot pero que las asociaciones civiles sólo fueron instrumentos entre las manos de los coroneles, los cuales fueron los que ocuparon efectivamente el G. G. con sus tropas después de hacer salir a los estudiantes... que ellos mismos habían dejado entrar, para crear disturbios.

Es de notar que Lentin, como todos los autores, cree firmemente que Massu no estaba enterado de antemano de lo que se preparaba. Sus propios coroneles le impusieron o le convencieron de aceptar la presidencia del "Comité de Salut Public", donde figuraban desde el primer momento tres de ellos.

Si hemos examinado tan largamente el libro de Lentin, no es tan sólo porque es el único libro escrito por un hombre violentamente hostil al 13 de mayo mientras los demás eran obras francamente favorables al "Comité de Salut Public". También es porque este libro, aun siendo terrriblemente parcial —tan parcial como los de Pado y Pajaud, y quizás en ciertos aspectos más parcial que el libro de Gerin en sentido contrario— parece más madurado y mejor escrito que los demás. Se encuentra en él una documentación importante y nueva, cuya ausencia es muy de lamentar en los otros libros dedicados a la situación en Argel.

Además, el autor examina los resultados del 13 de mayo en vez de limitarse a relatar lo que pasó. Es cierto que sería preciso leer también la opinión de un partidiario de la integración para saber cómo ha progresado ésta desde el 16 de mayo. Lentin sólo cuenta las conversaciones que él mismo tuvo con varios musulmanes y Europeos —y hasta con paracaidistas— pero no basta una muestra para enjuiciar una situación tan compleja.

Aun con todas estas críticas este librito parece mucho más interesante y mejor hecho que los tres otros juntos. Hay que leerlo con cautela y reservas pero hay que tenerlo en cuenta.

Entre los que sostienen la tesis del complot —y aun de un complot organizado en el territorio metropolitano—, uno de los más curiosos es Antoine Dominique (bajo este nombre se disimula uno de los más atrevidos resistentes que organizaron atentados y guerrillas contra los Alemanes durante la guerra).

Antoine Dominique ese el autor de unas cuantas novelas policíacas que tienen mucho éxito y cuyo personaje central se llama "El Gorila". Este Gorila que aparece en muchas de sus novelas es un agente secreto y Antoine Dominique ha escrito recientemente una novela más sobre las aventuras del Gorila "Le gorille en revolution". Aparentemente es una novela sin más, pero mucha gente le concede el valor de un documento importante ya que se cree saber que el autor fue uno de los responsables de la organización insurreccional que querría tomar el poder para dárselo a De Gaulle, después del 13 de mayo, en el mismo territorio metropolitano de acuerdo con la Junta de Argel. Las aventuras del gorila revelan que, en la Costa Azul, en el Sur de Francia, varios grupos de antiguos resistentes y unos cuantos aventureros habían organizado un movimiento armado que había de estallar si De Gaulle no recibía el poder, con la complicidad de varios generales y altos funcionarios del Gobierno de la República. La influencia de tales grupos fue decisiva sobre la actitud del presidente de la República que prefirió llamar a De Gaulle para evitar la guerra civil. El famoso gorila se atribuye una buena parte de la responsabilidad del movimiento y desvela cómo el gobierno, en el momento decisivo, fue traicionado por los servicios secretos y la policía, y no pudo luchar contra la insurrección.

Naturalmente, tratándose de una novela policíaca, es muy difícil saber hasta qué punto refleja una parte de la verdad, aun cuando muchos de sus elementos se vieron confirmados más tarde por el libro más completo publicado hasta la fecha sobre el 13 de Mayo "Les 13 complots du 13 Mai" por Serge y Merry Bromberger.

La tesis de los autores es la más interesante y se apoya en tantas anécdotas que parece reflejar una gran parte de verdad. Es de notar que este libro publicado desde hace seis meses no ha sido objeto de ningún mentís.

¿Qué dicen los hermanos Bromberger? que no hubo un complot sino trece complots distintos y a veces opuestos. Algunos tendían a instalar en Francia un modo de fascismo. Otros buscaban tan sólo llevar al poder a unos cuantos elementos derechistas de la Cuarta República, aun dentro del marco de la misma, mediante una simple presión política. Otros querrían entregar el poder a los militares y los últimos sólo confiaban en De Gaulle para restablecer la situación en Argelia —ya que el objetivo de todos estos complots era, ante todo

salvar la presencia francesa en Argelia e impedir que el gobierno de París abandonara Argelia como había abandonado Indochina, Marruecos y Túnez. Pero también es verdad que en estos complots se encontraban hombres dispuestos a aprovecharse de la situación para modificar radicalmente el régimen en Francia, aun sin tener personalmente interés en la permanencia francesa en Argel. La guerra de Argel fue para ésos sólo un pretexto y una buena oportunidad.

Y entre estos hombres estaban muchos gaullistas, aquéllos que formaron parte del R. P.F. antes de su disolución y que seguían soñando con traer de nuevo al general a la cabeza del gobierno. Pero el mismo general —según nos aseguran los Bromberger— no querría volver al poder por la fuerza. La táctica de sus partidiarios era, por lo tanto, hundir a la Cuarta República, para que el general no tuviera más remedio que intervenir para evitar un fascismo total.

Por lo tanto la tesis de los Bromberger, que bien parece contener una gran parte de verdad, es la siguiente: mientras se desarrollaban una decena de complots de tipos diversos en Argel fracasando unos, subsistiendo otros, los gaullistas se unieron a los conspiradores para llegar a hacer triunfar sus propios proyectos.

Hasta tal punto que cuando Lagaillarde, un activista jefe de los estudiantes, se percató del hecho, lanzó a sus tropas al asalto del G. G. unos días antes de la fecha prevista por los gaullistas, para impedir que esos se aprovecharan de la revolución... preparada en común pero con objetivos diversos. Pero la intervención de los jefes militares empezó a estropear el plan (en este aspecto, los Bromberger no elucidan claramente la parte efectiva de los coroneles en los acontecimientos y parece ser que dejaron de lado algunos factores de su intervención que, sino, es poco explicable) y antes de que terminara de constituirse la Junta revolucionaria los gaullistas consiguieron con suma habilidad introducir a sus propios hombres dentro de dicha Junta.

Por todo lo cual, los activistas y fascistas se encontraron al poco tiempo desbordados por los militares que confiaban más en De Gaulle que en los caciques locales y por los gaullistas que sólo querrían llamar a De Gaulle. He aquí, más o menos, como explican los Bromberger que el pronunciamiento haya desembocado en el gaullismo. Pero hay que leer este libro para darse cuenta de la complejidad de las intrigas ini-

ciadas tanto en París como en Argel por los diversos conspiradores de los trece complots, obrando muchas veces cada uno por su cuenta y unos contra otros al mismo tiempo que contra la república.

El papel de las masas, lo reducen los Bromberger a un mero instrumento de ejecución. Todo estaba arreglado de antemano —aun con bastante desorden— y la muchedumbre convenientemente preparada por discursos explosivos, o cantos patrióticos, y bien manejada por los jefes de sus asociaciones (ex-combatientes, asociación de estudiantes etc.), que todos formaban parte de algún complot hizo exactamente lo que quisieron los conspiradores.

La historia más dramática del libro es la de las negociaciones entre el gobierno de la IV República y De Gaulle para que el cambio de régimen se hicieran con todas las garantías electorales (en realidad vimos que De Gaulle fue auténticamente plebiscitado luego) mientras todos sabían que los militares se impacientaban y reunían sus tropas en los aeródromos de Argel para el asalto de la capital.

El libro de los Bromberger deja muchas cosas en la oscuridad pero tiene el mérito de demostrar que la IV República fue traicionada por muchos de los que tenían que defenderla. Al desacreditarse, desacreditaron las mismas instituciones que el pueblo ya no quiso defender.

En resumen ¿qué es lo que se puede sacar de esta reseña de libros?

Que la Cuarta República pereció por haber renunciado ella misma a lo que era su esencia, es decir la generosidad para con los pueblos colonizados y la democracia "pura y dura" (en este aspecto, es de notar que los presos liberados recientemente por De Gaulle y los condenados indultados eran todos víctimas de la IV República). De modo que los vencidos hasta la fecha, no fueron los rebeldes ni los colonos sino los ministros republicanos que no supieron imponer a ambos bandos una paz justa y humana. No se puede olvidar que las torturas y otros abusos aunque fueran obras de estos mismos militares y policías que abandonaron luego a la República, fueron tolerados por los gobiernos sucesivos de la Cuarta República.

Por otro lado, los abusos continúan. Los militares siguen, según ciertos rumores, dispuestos a renovar su experiencia del 13 de Mayo. Y elementos peligrosos —como decíamos— se han acercado al poder. De Gaulle parece dispuesto a no usar sus

prerrogativas sino para calmar las impaciencias derechistas: la paradoja actual es que un país como Francia, con tradición democrática larga y firme, está ahora protegido contra el fascismo. . . por un general revestido de los plenos poderes. La pelota sigue en el tejado.

Aventura del Pensamiento

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA Y LA PAZ

Por *Juan CUATRECASAS*

Introducción

El problema de la guerra y de la paz está estrechamente ligado al de la psicología pedagógica. Es preciso abordarlo desde un ángulo biológico para no dejarse arrastrar por los prejuicios secularmente arraigados en las mentes empapadas de la impotencia aparentemente fomentada por el fracaso de los buenos propósitos de los partidiarios del progreso. Pero el desarrollo del progreso cultural es paralelo al de la evolución social del hombre, con un ritmo variable y disociado de la evolución somática. La cultura representa una autocreación del mundo propiamente humano, con la capacidad ilimitada para combinar los elementos del pensamiento y de la acción.

Las posibilidades de evolución cultural de las sociedades humanas escapan todavía al reconocimiento de los mentecatos. Y por desgracia entre estos se cuentan incluso grandes estadistas, que no creen en el auténtico progreso de la humanidad, y por ello no hacen nada para alcanzarlo, aún cuando algunos pasos estuvieran en sus manos. El progreso humano no ha tenido lugar solamente en el plano somático. Las causas de la barbarie humana no residen precisamente en la pervivencia de los instintos primitivos o en las fuerzas biológicas animales, como muchos creen. La brutalidad humana desencadenada en las guerras y otras manifestaciones fratricidas aparece agudizada por factores evolutivos que aparentan *regresiones involutivas,* más que en verdad significan desviaciones culturales o espirituales, simples fases transitorias de la evolución cultural o de las transformaciones de la mentalidad colectiva.

J. Nehru es uno de los pocos grandes estadistas que ha visto con criterio científico este fenómeno. Así escribe en su libro "El descubrimiento de la India" que "los males sociales, la mayoría de los cuales pueden ser eliminados, son atribuidos al pecado original, a la *inalterabilidad de la naturaleza humana,* a la estructura social, o como en la India, al inevitable legado de encarnaciones anteriores. De este modo, uno se aparta hasta del intento de pensar racional y científicamente, y busca refugio en lo irracional, la superstición, y los poco razonables y poco equitativos prejuicios y prácticas sociales". Es verdad que el enfoque del problema es muy árduo; pero lo importante es liberarse del prejuicio, entre los múltiples factores que condicionan las posibilidades progresivas.

A veces se atribuye la causa de las guerras a la persistencia de los instintos salvajes o primarios; y la realidad ofrece el contraste de pueblos salvajes que exhiben un grado de ternura o de sentimentalismo superior al de otros pueblos que llamamos civilizados. O bien el de que la belicosidad florezca agudamente por el choque de culturas distintas. Y a veces, la decisión fratricida deriva de una concepción rígida de la vida impuesta por una mentalidad dogmática o por una creencia fanatizada, fases de sedimentación fragmentaria de una cultura. No podemos confundir al progreso de la humanidad con los sucesivos esfuerzos filosóficos o psico-sociales de los grupos humanos, que pueden considerarse todavía como balbuceos de la evolución social.

El propio Nehru observa que hay un infinito número de relaciones que intervienen e influyen los acontecimientos históricos en muy diverso grado. Y añade que "ello no obstante, podemos intentar la separación de las fuerzas dominantes y mediante la observación de la realidad material externa, el experimento y la práctica, la prueba y el error, abrirnos paso a tientas hacia un conocimiento y una verdad siempre más amplios".

Cabe reconocer que la apologética lírica y patética de la paz no ha dado grandes frutos. De ello deducen muchos espíritus timoratos y escépticos que la guerra es un mal inevitable. Y otros llegan a afirmar que es un *mal necesario.* Y de ahí a añadir que es una realidad histórica útil, va un paso. ¿Es realmente necesaria la guerra? ¿Es una inevitable manifestación de la bestialidad ancestral del hombre? ¿Es una ten-

dencia innata e irresistible del ser humano? ¿Es posible que el hombre llegue a despojarse algún día de su tendencia a la brutal agresividad?

La guerra, institución humana

En general, los filósofos ven una *oposición fatalista* entre los ideales humanos y la realidad biológica. Así decía Kant que "el hombre quiere la concordia, pero la naturaleza sabe lo que mejor conviene a la especie y quiere la discordia". "Y J. Proudhon (en "La guerra et la Paix") la guerra es un "hecho divino" propio de la humanidad, a la cual da carácter de grandeza (!). Tal es el resultado del enaltecimiento de la historia guerrera que ha extendido extremadamente la noción de que el progreso se ha forjado a través de las guerras. Grave error, que la verdadera historia de la civilización desmiente. Y los apologistas de la guerra, como el citado Proudhon, llegan a reconocer que los lobos, los leones y los animales en general no se destrozan dentro la misma especie: la guerra es motivo de sátira para la especie humana. Y añade: "Filántropos, que hablais de suprimir la guerra: cuidad de no degradar al género humano".

Esta misma tendencia filosófica a valorizar la guerra persiste en autores contemporáneos. Así, Raymond Aron (en L'opium des intellectuels, 1957 pág. 76) dice que "ningún hombre se siente bastante desposeído de razón para preferir la guerra a la paz. Y este concepto de Herodoto debiera hasta aplicarse a las guerras civiles . . . Nos preguntamos si el mito de la Revolución no termina finalmente en el culto fascista de la violencia". Y al final se pregunta: "¿el reino del hombre no será el de la guerra?".

En efecto: la sociología animal nos demuestra que en general los animales ignoran la guerra (dentro de una misma especie). Sólo en casos excepcionales se devoran entre sí. Y son los mamíferos más próximos al hombre los animales más *pacifistas*. No es verdad, pues, que el hombre haya heredado de los antropoides el lastre de la guerra. El hombre la ha inventado, como lo hicieron algunos animales muy alejados de nosotros, (en el extremo de la otra rama dicotómica del reino animal) los *insectos sociales*. Las termitas y las hormigas, organizadas en rígidas sociedades de trabajo, practican

la guerra para apropiarse de los depósitos nutritivos de otros grupos. En la escala animal, la guerra surge conjuntamente con estos tres fenómenos: la jerarquía, el trabajo organizado y la propiedad. (Bouthoul).

En el hombre, sin embargo, no aparece la guerra por avidez nutritiva. Siempre la *jerarquía* social es indispensable para la guerra. Un jefe que dé órdenes y que tenga la iniciativa bélica es necesario. Pero las guerras en los pueblos primitivos tienen un origen sexual (Helena de Troya) o bien un origen estético y deportivo; solo más adelante aparecen las guerras religiosas y las económicas. Hoy, parecen estar de moda las teorías económicas de la guerra; y son muchos los que creen exclusivamente en sus defectos. Tanto más motivo para considerarla artificial, ya que la organización económica de las sociedades humanas es un fenómeno convencional y mutable. Las guerras púnicas tenían ya móviles económicos. Pero siempre mezclados con muchos otros factores. Bouthoul dice, con razón, que "profundizando en sus motivaciones las guerras económicas se nos aparecen como guerras psicológicas". La misma guerra fría actual, que amenaza convertirse en guerra atómica, se presenta falsamente como guerra económica, cuando es psicológica. Los belicistas orientales sostienen que el "capitalismo" es la causa de la guerra, y que solo ésta podrá suprimirse cuando desaparezca el sistema económico capitalista. Y a la inversa achacan los belicistas de occidente al comunismo el peligro guerrero. Son *slogans* que ocultan el ansia de poder geopolítico propio de estadistas de mentalidad belicosa. Cerebros que, a pesar de su etiqueta moderna, llevan grabada en su interior la leyenda de los cañones de *Luis XIV*: "Ultima ratio regis": la guerra es el último argumento del rey. Decía Montesquieu que las civilizaciones mueren por la exageración de sus principios.

A veces es el hambre que por desesperación conduce a la violencia. Pero otras veces es la *superabundancia* de los poderosos que despierta la ambición de nuevas posesiones. Mas se manifiesta esta tendencia en los reyes que en los financieros. Se menciona a los banqueros Rothschild, (del siglo pasado) como ejemplo de grandes capitalistas que pusieron su influencia en favor de la paz. Las condiciones económicas son medios que pueden ser utilizados en sentido distinto según la mentalidad de los hombres. Aquí reside la esencia del fenó-

meno bélico. Las organizaciones sociales *rígidas* basadas en el mito económico como las comunistas, comparables a las sociedades de insectos, podrían tener tendencia a la guerra no precisamente por la economía sino por la concurrencia de los tres factores mencionados antes: la jerarquía, el trabajo organizado y la propiedad. Pero como la guerra se hace, no individualmente, sino por la sociedad, cuanto más rígida es esta sociedad, más predispuesta se halla para la guerra. Los totalitarismos predisponen a la guerra porque están los pueblos a merced de las desviaciones belicosas de sus jefes. Los monarcas absolutos, pasaban del capricho de una guerra al de disfrutar del incendio de Roma o de las caricias de un harén. Volvemos siempre el cáriz psicológico.

Sigmund Freud atribuía la guerra a los *instintos agresivos* del hombre. El creador del psicoanálisis admite la existencia de un *instinto destructor* unido a la vida afectiva más primaria del hombre. Aunque reconoce que tales tendencias destructoras pueden ser modificadas por la evolución y por la educación. Por este mismo motivo, Freud destaca que no es la apetencia nutritiva (ni la economía) el origen de la guerra. "Dicen que en regiones muy felices de la tierra —escribe Freud— donde la naturaleza ofrece pródigamente cuanto el hombre necesita para su subsistencia, existen pueblos cuya vida transcurre pacíficamente, entre los cuales se desconoce la fuerza y la agresión. Apenas puedo creerlo, y me gustaría averiguar algo más sobre estos seres felices. También los bolcheviques esperan que podrán eliminar la agresión humana asegurando la satisfacción de las necesidades materiales y estableciendo la igualdad entre los miembros de la comunidad. Yo creo que esto es una ilusión. Por ahora, están concienzudamente armados y mantienen unidos a sus partidarios por el odio contra todos los ajenos". Los hechos posteriores darían en este aspecto la razón a Freud. La guerra entre países que tiene régimen comunista no queda excluida. Yugoslavia sufre la enemistad y la amenaza soviética, y los países satélites de Rusia, lo mismo.

En cambio, Ruth Benedict descubre tribus primitivas que desconocen la guerra; es decir, grupos sociales donde la matanza mutua no se produce. Interrogando a los indios misioneros de California, no se consigue hacerles comprender lo que significa la guerra como fenómeno social. Los esquimales

tampoco conciben la guerra. Comprenden el crimen pasional individual; el homicidio como alarde de fuerza, aún sin una sanción social. Pero no conciben que una población de esquimales se organice contra otra población de esquimales. La matanza colectiva es tan repudiable como la individual. No hay una distinción basada en una *pauta cultural.* Por ello, Ruth Benedict ("El Hombre y la cultura" 1939) llega a la conclusión siguiente: "la guerra, y hemos de admitirlo por fuerza aun frente a su inmenso lugar en nuestra civilización, *es un rasgo asocial.* En el caos que siguió a la guerra mundial, todos los argumentos que exponían sus estímulos al coraje, al altruismo, y las invocaciones de valores espirituales, sonaban a falso y ofensivo estrépito. La guerra en nuestra civilización es buen ejemplo de las magnitudes destructoras a que puede llegar un rasgo cultural dado. Si justificamos la guerra, es porque todos los pueblos siempre justifican los rasgos que poseen, no porque la guerra pueda afrontar el examen objetivo de sus méritos".

La guerra es, pues, una realización *asocial,* una *invención* de la mente humana en sus tentativas de organización social. Fruto del fanatismo y de la ignorancia, degeneración enfermiza del impulso hacia la voluntad de poder llegó a ser una *institución* social como la del totemismo, la antropofagia, o la *ley del talión. La ley del talión* sirvió a la estructura de ciertas sociedades tribales y fue el origen de las modernas instituciones de justicia. Pero a la luz de la razón y de la justicia, la ley del talión es inaceptable. Y no podemos afirmar que sea inherente a la humana naturaleza. Lo mismo diríamos de la *institución de la guerra,* de origen irracional sirviendo a diversos mitos que han desempeñado un cierto papel aglutinante en la historia de ciertos pueblos. Y por ello es difícil suprimirla por decisión racional; y por ello muchos la creen inseparable de la naturaleza humana. Pertenece, en verdad, a la "segunda naturaleza" creada por la civilización en la mentalidad humana. Este es el secreto de su pervivencia y de su posibilidad de evaporación; como se evaporan o se *disuelven* por el progreso cultural muchas de las fantasmagorías infantiles de la sociedad humana. Así lo ve Santayana cuando dice: "Si en la época actual dos o tres gobiernos poderosos pudieran olvidar su origen irracional al punto de renunciar al derecho de piratería ocasional y se unieron para

imponer las decisiones de algún tribunal internacional, este tribunal se constituiría en el órgano del gobierno universal y tornaría imposible la guerra entre los estados responsables".

Evolución y pedagogía

HAY dos formas de apologética de la guerra: la de aquellos que ven en el fenómeno guerrero una "*festiva y ostentosa representación*" del "heroismo nacional", de la triunfante conquista o de los laureles que adornan la apolínea figura de un soldado; y la de los que considerando la guerra como un flagelo y hasta como un crimen, la atribuyen a los *malos instintos* de la naturaleza humana y la definen como un *mal inevitable.* Estos son los que tratan con ironía compasiva a los que luchan con fervor por la desaparición de las guerras.

La guerra sería un fenómeno derivado de la *voluntad divina* o de la *naturaleza humana.* Quienes la combaten serían herejes o utópicos. En el terreno filosófico John Dewey ha afrontado valientemente este problema con la siguiente interrogación: ¿cambia la naturaleza humana? Y contesta que la naturaleza humana cambia, situando el problema dentro de los límites de la realidad práctica. John Dewey aplica el conocimiento relativista a la filosofía del fenómeno bélico. La manifestación formal de las actividades propias de la naturaleza humana no pueden confundirse con esta propia naturaleza. Así por ejemplo hoy creemos que el comer carne humana es antinatural y los antropófagos creen lo contrario. Aristóteles creía que la esclavitud existía por naturaleza; y la esclavitud ha podido ser eliminada de la vida social y jurídica hace ya muchos años. También Aristóteles creía en la jerarquía natural de las razas y de los pueblos. De la guerra decía que su fin era la paz del mismo modo que el fin del trabajo es el reposo (!).

Dewey señala el hecho de que hoy se envían a los campos de batalla a médicos y enfermeras con la misma naturalidad con que se mandan ametralladoras o material balístico. En las guerras modernas, la ira y el odio *son efectos y no causas* de la acción bélica. Para hacer una guerra debe excitarse a toda la población mediante propagandas que insumen grandes gastos, y grandes iniciativas. Este solo hecho indica que cada día resulta más difícil llegar a precipitar una guerra. El

desarrollo artificial del miedo y del odio depende de las costumbres de un pueblo, de sus condiciones psicológicas, culturales y económicas. He ahí que, según Dewey, las guerras derivan más bien de circunstancias artificiales que de la *condición invariable* de la naturaleza humana.

Deseo transcribir unos párrafos de John Dewey a este respecto: "Los esfuerzos en pro de una paz duradera, a menudo se han combatido con la afirmación de que el hombre es por naturaleza un animal combativo y que esta fase de su naturaleza es inalterable . . ." ". . .La guerra existe no porque los hombres tengan instintos combativos, sino porque las condiciones y las fuerzas sociales han empujado, y casi forzado, a tales instintos en esa dirección". Se las ha hecho creer artificialmente que el triunfo guerrero es la base de la estabilidad y de la riqueza.

Como dice J. Santayana ("la vida de la razón" 1954) "la victoria no trae necesariamente frutos provechosos para el pueblo cuyo ejército resultó victorioso." "Es la guerra la que dilapida la riqueza de una nación, entorpece sus industrias, mata lo más granado de sus hombres, limita sus simpatías, la condena a ser gobernada por aventureros, y deja a los enclenques, deformes y poco viriles para que engendren la siguiente generación". El hombre se fortifica físicamente en su lucha contra la naturaleza, mientras que en la guerra los más fuertes suelen perecer. "Llamar a la guerra el suelo nutricio del valor y la virtud es como llamar al libertinaje el suelo nutricio del amor".

Había dicho Lee Dantec: "existir es luchar, vivir es vencer". Así los panegiristas de la guerra creen que la lucha brutal es la existencia del hombre. Pero olvidan que el hombre no es una ave de rapiña como falsamente dijera O. Spengler. La periódica sangría de la humanidad tampoco beneficia a la especie. El hombre es un animal simbólico, pensante, y su lucha se realiza en un nuevo plano. Las fuerzas impulsoras de la vida son los instintos, los afectos, canalizados por un cerebro complicado y sorprendente que transforma la irracional impulsión reproductora en romántico amor, idealizado por los poetas; y el hambre en sensaciones estéticas, y las imágenes visuales del mundo en geometría abstracta y en edenes fantásticos. No es de extrañar, pues, que este mismo cerebro humano sea capaz de transformar los impulsos de agresividad en subli-

maciones afectivas dotadas de una alta espiritualidad. Ello será la obra de la cultura.

Se considera a la *agresividad* como inseparable del hombre. Taine esculpió una frase célebre: "el hombre es un gorila lúbrico y feroz". Pero la antropología moderna no ha confirmado esta visión del filósofo. E. Devaux ha dicho que *el Hombre es un antropoide afecto de infantilismo.* J. Bolk comprueba que el hombre adulto conserva ciertos caracteres del antropoide joven o fetal. Esta sería la fase profética del Hombre. Chauchard afirma que el hombre es la única especie que tiene una larga infancia seguida de una adolescencia larga. Este período está reservado a la educación. Por ello, al contrario de la tesis literaria de Taine, *el Hombre viene a ser un embrión de antropomorfo* (o un antropoide fetalizado) con todas las ventajas de esta larga embriogénesis, con el disfrute de una plasticidad biológica que permite un aprendizaje y una transformación psíquica de los instintos.

El fenómeno social humano es evolutivo. Hasta los sociólogos lo reconocen, buscando su origen en la rudimentaria afinidad social de los animales superiores. Así Waxweiler, sociólogo belga, decía que "el ser humano ha llegado a ser el único animal cuyo *instinto* primario es inherente a la capacidad y a la inclinación de aprender . . ." La naturaleza mucho más compleja del organismo humano ha conducido a fenómenos cuya diferencia es sorprendente . . ." "La receptividad física al estímulo social ha alcanzado tan eminente desarrollo en el ser humano, que la afinidad social se evidencia ya en una necesidad efectiva de otros individuos de la misma especie. En suma, el ser humano *transmuta la afinidad social en espíritu de asociación*".

Y esta transmutación hoy es explicada por la biología, porque la evolución del Hombre ha llegado a crear dos modos íntimamente relacionados aunque en dos planos distintos: el orgánico y el cultural. En el plano orgánico a pesar de la divergencia de razas ramificadas, ha mantenido la capacidad de acrecentar la especie procreando en toda su extensión. La compleja humanidad mantiene nexos instintivos que unen con la reproducción lo que otros factores separan.

En el plano cultural, el hombre ha integrado grupos compactos, que se comportan como una organización integrada y *hereditaria.* Pero como advierte Haskins, "la manera en que

las *ideas-mutaciones* de la sociedad de cultura se propagan por la estructura social son independientes en gran parte de los procesos relativamente lentos y restringidos de la herencia biológica ordinaria." Y este hecho es de un significado extraordinario porque explica la posibilidad de una innovación cultural en la historia de los pueblos.

Las formas del pensamiento primitivo están latentes en el hombre moderno. Y las instituciones sociales se sedimentan y se suceden. Así, por ejemplo, ciertas instituciones sociales de las islas de Oceanía son equivalentes al feudalismo de la Edad Media europea. En el transcurso de una generación, la mentalidad de un pueblo puede hacer grandes progresos o caer en la atonía. Las *características consideradas inmutables* pueden ser substituidas plenamente, quedando *sepultadas* en los estratos profundos de la mente arcaica.

Y la agresividad humana ha surgido como excrecencia colateral de la orientación instintiva, llegando a poderse considerar patológica. Para unos sería consecuencia del *sentimiento de frustración*; para otros, del *deseo de seguridad* o *voluntad de potencia*. Para Bouthoul, la agresividad representa una *forma extravertida de la conquista de la seguridad*.

Si comparamos los dos tipos de culminación social en las dos grandes ramas de la escala animal (Protostomía y Deuterostomía) reconoceremos *la extrema juventud evolutiva del hombre*. Los insectos sociales han llegado a una cristalización colectiva a base de especializaciones y de la *desindividualización*, llevando millones de años en el mismo estamento social. El hombre, en cambio, ha desarrollado la *individualidad* y ha avanzado poco en la especialización orgánica social. Las sociedades humanas tienden a una *integración* en el plano psíquico; y la evolución en este sentido se desarrolla en el estrato cultural. En el aspecto biológico, la evolución humana progresa en dirección opuesta a la del insecto; es decir, hacia la formación de individualidades con gran plasticidad y capacidad de adaptación.

La biología demuestra que la evolución del organismo no es obstáculo para el progreso espiritual, como muchos admiten. La evolución humana se desarrolla en el plano *psíquico*, que es un nuevo plano humano. Pero la vida en su categoría pensante, no puede subsistir si no es avanzado. Teilhard du Chardin, antropólogo y teólogo lo dice muy gráficamente:

"Optimismo o pesimismo absoluto. Y entre ambos, ninguna solución intermedia, porque el progreso, por naturaleza, *es todo o nada.*" Y con toda su autoridad, Teilhard du Chardin añade: "Los desesperados dicen que nada cambia bajo el sol. Pero entonces, Hombre, Hombre pensante, ¿cómo crees que has podido un día surgir del seno de la animalidad? Y entonces, ¿Hombre del siglo XX, como crees que te has podido elevar hacia horizontes y peligros que tus padres no hubieran jamás conocido?"

El extraordinario poder mecánico de los instrumentos que hoy sirven al hombre, aún para la guerra, no impide que los mismos trabajadores de la belicosidad se hayan encaminado hacia la aventura de conquistar el espacio. Hoy se vaticina que dentro de pocas décadas el hombre se dedicará a viajar por el espacio, visitará estaciones lunares en grandes naves espaciales, quizás conocerá la luna y varios planetas; y las guerras serán imposibles. El militarismo, que hace pocos años parecía una nefasta perpetuación del impulso guerrero, se está transformando en un baluarte de empresas aeronáuticas. Tenía razón Julián Huxley cuando hace poco afirmaba que "no hay razón ninguna para suponer que el hombre *llegará a unas condiciones de existencia mecanizadas y estables* por lo menos durante largos millones de años en que todavía le quedarán muchas cosas por descubrir, nuevos placeres que disfrutar y nuevos cambios que realizar, mediante los cuales podrá mejorarse la vida de la sociedad y del individuo".

No hay posibilidad de comparar la sociedad humana a la de las hormigas. Aun cuando algunos se empeñan en imitar a los insectos, el hombre da grandes saltos con su psiquismo y no se somete a mecanizaciones organizadas. La biología humana cuenta con el fenómeno de la *invención psíquica* que crea inesperados progresos en todos los órdenes de la vida humana. Y así como el mito de la esclavitud fue borrado de la conciencia del hombre, lo será también el mito de la guerra.

La resistencia a adoptar nuevas formas de cultura es un hecho indiscutible. A veces, millones de hombres han preferido la muerte a un cambio de cultura impuesto. Pero circunstancias complejas han señalado (en períodos críticos de la historia) grandes transformaciones. A veces se hacen por acciones espontáneas. Como afirma Nadel, "la acción espontánea puede

hacerse recurrente y permanente —*institucionalizada*— como la Danza de los Espíritus de los indios de las Llanuras, o cualquier otro ejemplo de cambio cultural efectivo." El papel de las *instituciones* en la estructura social es generalmente pragmático, y sujeto a interacciones que en las etapas críticas determinan su metamorfosis. Por más estables que parezcan, la evolución las transforma.

Hoy la guerra se sirve de dos grandes técnicas: la física atómica y la psicotecnia para propaganda. Ambos medios se volverán hacia direcciones distintas a las propuestas. Frente a la psicoterapia belicógena inspirada por los cultivadores de la guerra, la psicopedagogía influye en el mejoramiento del espíritu humano. Así también logrará extender su acción hacia las esferas más eficaces. Y en este sentido, la UNESCO representa un paso trascendente. En la Declaración universal de los derechos humanos, se afirma que "el respeto a la dignidad inherente a todos los miembros de la familia humana y de sus derechos iguales e inalienables, constituye el fundamento de la *libertad* de la *justicia* y de la *paz*". Es esta la paz auténtica, asociada a la justicia y a la libertad. Y sobre todo a la *libertad*, que es el factor que permite una armonía equilibrada entre el individuo pensante y la sociedad.

La paz como valor

Al hablar de paz, muchos se refieren a un estado opuesto al de la *guerra*. Es decir a los intervalos que separan las guerras o a los silencios que las subsiguen por la impotencia de los vencidos. Este concepto negativo de paz se extiende también a la que a veces se observa como compensación de fuerzas bélicas equivalentes. Hay una *paz de los sepulcros*. Hay una *paz* que hoy se llama ya *guerra fría*. Más el verdadero sentido filosófico de paz es el que se refiere a la armonía entre los hombres. La *paz como valor* (Bruera) es un equilibrio sutil y dinámico de la sociedad humana que le permite disfrutar de sus grandes creaciones estéticas, culturales y científicas.

El mundo de hoy, aparentemente convulsionado, está empeñado en alcanzar el equilibrio por una organización superestatal que parece la realización de las proyecciones de un auténtico progreso democrático. Algunos de los hombres que manejan la organización mundial se hallan empapados de otro

espíritu. Más, no importa. Nuevas generaciones educadas en los nuevos principios universales, vibrarán a tono de la solidaridad intelectual y moral de una humanidad mejor. Hagamos nuestras aquellas palabras de Michelet: "creo en el porvenir porque yo mismo lo estoy haciendo". Y las que pronunció Stettinius al inaugurar las Naciones Unidas: otras aventuras mucho más fantásticas que la iniciada con la ONU han sido realizadas por el espíritu americano. Y yo añadiría que no solo el espíritu americano; el espíritu del hombre ha alumbrado el progreso de la humanidad con grandes saltos. Cada uno de ellos fue una aventura, cual la invención del lenguaje, el descubrimiento del fuego, la práctica del psicoanálisis, la vacunación jenneriana, la filosofía aristotélica o la matemática einsteniana. Aventuras del pensamiento y de la acción; de las cuales no conocemos las muchísimas que habrán fracasado. Mezcla de intuición y de azar condicionan el camino de la progresión del espíritu humano en su misterioso devenir.

Pero hoy el hombre ha llegado a tener conciencia de su destino. Tiene en sus manos técnicas quizás desproporcionadas a su responsabilidad. Ha dicho Aquiles Ouy que el "hombre actual tiene un cerebro de niño dominado por un vocabulario de especialistas". Está más que nunca necesitado de orientación. Pero está siempre abierto a una más elevada formación filosófica y ética. En estas horas de crisis histórica, el esfuerzo espiritual debe ser intenso y bien orientado. No olvidemos la idea cartesiana de que la civilización es una creación continuada. Por primera vez en la historia de la humanidad una institución universal, en el mundo político, proclama que la familia mundial de naciones democráticas, es la familia humana. Hace falta que esta institución se interiorice en la mente de todos los hombres.

MERCADO COMÚN DEMOCRÁTICO

Por *Luis EMIRO VALENCIA*

Es muy importante plantearse con claridad, desde el punto de vista de los pueblos, los *objetivos de fondo* de iniciativas tan trascendentales como el denominado *mercado común latinoamericano.* Tesis de tal magnitud histórica requieren un inventario previo, no solo de los medios y de los objetivos generales, sino de las repercusiones inmediatas y mediatas sobre el desarrollo y destino de nuestras naciones y nuestros pueblos. *Somos una nación de repúblicas,* anotaba Simón Bolívar refiriéndose a nuestra América Latina, y precisamente métodos modernos de *integración económica,* como el mercado común latinoamericano, mantienen en vigencia el pensamiento bolivariano de conquistar la *unidad real* de nuestros pueblos, en función de elevar y dignificar su destino, mediante la superación del panamericanismo declamatorio y las técnicas encubiertas de subordinación colonial.

Estas sumarias consideraciones con el objeto de insistir en que la concepción del mercado común latinoamericano no debe partir de la base única de ampliación de consumos para reducir costos, con el simple objetivo inmediato de alimentar una progresiva acumulación de capitales, expresada en una industrialización forzada y falsa sin retribución social a los consumidores, a los trabajadores, a los sectores campesinos productores de materias primarias y alimentos y al pueblo en general. El proceso no puede determinarse asidos a las viejas formas políticas y filosóficas que tan sólo tratan de ampliar las bases de su sistema de explotación, manteniendo las seculares relaciones de producción, que justamente son las causantes del retraso económico-social de nuestros pueblos. Esta orientación nos llevaría a la formulación de Silvio Frondizi de que: la tendencia de la integración mundial de tipo capitalista no lleva a la descolonización, sino a la modificación del actual sistema colonial, es decir, a la sustitución de un sistema colo-

nial, en el que el país dominante cede en un aspecto —el político— para ganar en otro —el económico—.[1]

Lo fundamental en los planes de desarrollo no puede quedar en el simple marco de lo económico sino que debe trascender a lo social y lo humano. La elevación de los niveles de bienestar, seguridad, libertad y cultura de nuestros pueblos no puede aceptarse como un producto marginal o complementario del desarrollo económico sino que toda su programación debe permanecer estrechamente vinculada a lo social como causa esencial y no como efecto derivado o circunstancial subproducto del mismo. Esta tesis básica no consiste en un simple acto literario y formal sino que tendrá relación íntima con las formulaciones del desarrollo y el establecimiento de prioridades en la inversión y el reparto equilibrado de los valores creados en el proceso de la producción. Muy poca profundidad social tendría, por ejemplo, el aumento cuantitativo y matemático de la renta nacional si su reparto continúa siendo regresivo y circunscrito al beneficio de reducidas capas sociales, como en el caso de Colombia.

Por esto creemos que una de las más importantes declaraciones de la I Conferencia de expertos economistas de los partidos socialistas de América Latina, reunida en Santiago de Chile en 1958, respecto al mercado regional, es la de señalar una ruta teórica y social como la siguiente: "Debe tenerse presente, como objetivo fundamental del mercado común latinoamericano, que los beneficios emergentes deberán contribuir en todos los planos a mejorar los niveles de vida de los pueblos de América Latina, en forma directa, *y en ningún momento servir como instrumento de consolidación del capitalismo vigente y sin contenido social* que tan solo propugne por la simple y mecánica expansión de los mercados y los beneficios excluyentes".[2]

El sentido de lo democrático

Las expresiones generales que observamos en las últimas reuniones sobre mercados *subregionales* y *regionales* de Ca-

---

1 *La Integración Mundial, última etapa del Capitalismo,* Silvio Frondizi. Edit-Praxedis, Buenos Aires, 1954, pág. 19.

2 *Problemas Económicos de América Latina,* P. S. L., Santiago de Chile, 1958.

racas y Panamá, celebradas este año de 1959, nos indican una insistencia en lo económico enlazada a la concepción tradicional del desarrollo orientado por la clase capitalista. Naturalmente abonamos los aportes nuevos como la presencia de objetivos enunciados en las "Bases del mercado común latinoamericano" presentadas en la reunión de Buenos Aires y que dice: "Objetivos. El Acuerdo constitutivo del mercado común tiene por objeto contribuir a la aceleración del desarrollo económico equilibrado de América Latina, a su progresiva industrialización y a la tecnificación de su agricultura, y demás actividades primarias, *con el fin de promover la elevación del nivel de vida de sus pueblos. . .*" El fin lo compartimos, pero los medios expresados a continuación de este enunciado, se mantienen atados a las viejas formas en búsqueda de expansión geográfica. También podríamos anotar marginalmente la posición de los Estados Unidos en relación a su simpatía por el mercado común, siempre y cuando se respeten las reglas de la "libre competencia". Es decir, el encuadramiento en la economía clásica, que a lo sumo podría ganarse el título de neoliberalismo económico, sistema que ha demostrado su inadecuación, no solo histórica sino real, para promover un auténtico y armónico crecimiento económico-social para los países subdesarrollados. La próxima reunión de expertos gubernamentales —que expresan el pensamiento de los grupos o clases dominantes en nuestros países— habrá de imprimir un carácter restringido a la formulación de los programas. Por eso creemos que el sentido de un *mercado común democrático,* en su formulación teórica y en su elaboración técnica, exige la presencia activa, sistemática y responsable de varios sectores sociales. Esta tarea no puede quedar a merced de los grupos propietarios de los medios de producción y del dominio político tradicional de nuestros países. Esta práctica no expresaría sino una metodología de imposición y no de discusión abierta a todas las corrientes del pensamiento, de necesidades, de aspiraciones e intereses si no antagónicos sí diferentes. Por eso afirmamos que el sentido de lo democrático lo daría la vinculación real de las masas a estos problemas trascendentales para formar corrientes de opinión que se enfrenten eficazmente a los intereses regresivos o coloniales que tratan de impedir —en lo interno y en lo externo— esos procesos económico-sociales, montándolos sobre simulaciones democráticas y que solo aspiran a aprovecharlos en su exclusivo beneficio.

Es indispensable que los organismos de discusión, análisis y promoción del mercado común latinoamericano o de los mercados subregionales, tengan *representación de los sectores populares* y particularmente de los organismos sindicales y cooperativos que representan intereses y aspiraciones de la clase trabajadora, con el doble propósito de que dicha idea tenga una base sólida de apoyo y estímulo popular y de que sus proyecciones se sitúen dentro de los marcos de una democracia económica y social. Para este fin corresponde a los Estados, y a los pueblos, plantear en términos flexibles el planeamiento e intervención democrático y social de estas tareas, con el propósito de orientar el desarrollo en beneficio de las naciones y los pueblos y no solo de grupos privilegiados de cualquier naturaleza.

No solo el aspecto teórico y la formulación de principios generales serían beneficiados con el aporte de las masas y los sectores representativos del pensamiento popular, sino que se conseguirían algunos condicionantes fundamentales de orden práctico en beneficio de los sectores populares. Por ejemplo, gracias a la presión de organizaciones sociales y partidos de vanguardia, para el mercado común europeo se han logrado creaciones financieras tan importantes como el llamado "Fondo Social Europeo", que tiene por objeto conceder *subsidios a los trabajadores* en caso de paro forzoso (desempleo), readaptación o desplazamiento, causados por la aplicación del mercado común. Estos subsidios serán pagados por el Fondo Europeo y por el Estado interesado. El ejemplo es bien claro y aleccionador.

La coyuntura histórica

Es indudable que el problema de la economía moderna desborda los planteamientos típicamente tradicionales y que el mundo contemporáneo se hace cada día más interdependiente. Pero aquí es donde se halla el gran problema que plantea Antonio García[3] cuando elabora en su extraordinaria tesis del *nacionalismo popular* la necesidad de entender las nuevas formas de *política continental* como un *sistema de cooperación y de integración interamericana* en oposición a la vieja formu-

3 *La Rebelión de los Pueblos Débiles.* A. GARCÍA, Bogotá, 1953, Bolivia, 1955, págs. 99-189.

lación del "destino manifiesto" que supone la *política de subordinación colonial* a través del dominio económico, comercial, financiero, cultural y político de la potencial rectora. Se trata de superar el anexionismo y la subordinación por un principio moderno de cooperación democrática y social. Ni subordinación, ni enfrentamiento, son equivalentes a cooperación internacional. Ni en la esfera nacional clases opresoras y clases oprimidas. Ni en la esfera internacional naciones oprimidas y naciones opresoras.

Los mantenedores del pasado no pueden ser los constructores del futuro anota Paul A. Baran.[4] Es cierto. Por eso que insistamos en la necesidad de incorporar las nuevas fuerzas sociales en la programación de políticas como el mercado común latinoamericano. No puede depender exclusivamente de las viejas fuerzas el nuevo ordenamiento social y económico de Latinoamérica. Porque si el mercado común europeo tiene como elemento cohesionador los intereses de los monopolios y la integración económica de las posesiones coloniales con el sistema metropolitano el pensamiento democrático latinoamericano debe basarse sobre principios básicamente diferentes. Es más, el mercado común europeo debe servir de alerta a nuestra América Latina, para no dejar desperdiciar, una vez más, la coyuntura histórica que le plantea la actual situación mundial.

La coyuntura histórica se ve acentuada si tenemos en cuenta no solo el *neocolonialismo mundial* —comunista y capitalista— sino los determinantes del *crecimiento demográfico.* Hacia 1975 —nos anota Raúl Presbisch—[5] la población de América Latina se habrá aproximado a los 300 millones contra 193 millones actualmente. "El mercado común no es algo que pueda hacerse o dejar de hacerse frente al problema del crecimiento. Hemos llegado a estas conclusiones fundamentales. La América Latina ha tenido una tasa media de crecimiento de 2.7 por ciento en el producto por habitante en el decenio 1945-55 *y esta tasa no ha podido mantenerse posteriormente* (subrayo) por haber desaparecido los factores extraordinarios que la hicieron posible. Para recuperar esta tasa, como mínimo, habrá que realizar un esfuerzo muy intenso de

---

4 *La Economía de los Países Subdesarrollados.* P. A. BARAN, Edit. Prensa Latinoamericana, S. de Chile, 1958. Pág. 17.

5 Exposición en la II sesión plenaria celebrada el 29 de abril de 1959 sobre mercado común latinoamericano. Raúl Prebisch.

tecnificación de la agricultura y avanzar muy resueltamente con el proceso de industrialización, tanto en los países grandes como en los medianos y pequeños. Hará falta un fuerte acrecentamiento en la masa de capital y afrontar en vastas proporciones el problema tan descuidado generalmente de la capacitación técnica en todos los planos del esfuerzo productivo... Sin embargo, aunque todo ello se cumpliese eficazmente, no creemos que pudiera alcanzarse y mantenerse en la práctica esa tasa del 2.7 por ciento de crecimiento del producto por habitante, si el proceso de industrialización sigue operándose dentro de los límites relativamente estrechos de cada mercado nacional y si cada país se propone llegar al abastecimiento completo de sus necesidades de productos agrícolas por elevado que sea su costo para las masas consumidoras. Y anota sobre el proceso de industrialización "que cuanto más quiera avanzarse en esta política tanto más difícil será hacerlo si el proceso sigue cumpliéndose en los veinte compartimentos estancos (subrayo) de los mercados nacionales".

Además de este grave factor de crecimiento demográfico y de regresión neta en el desarrollo económico tenemos necesidad de insistir en que el mercado común europeo tiene un objetivo que según comentario de *"The Financial Times"*, *"equivale en realidad a un acuerdo de mutuas preferencias más que de libre comercio"*. La orientación fundamental está en integrar las economías coloniales al sistema metropolitano con sus secuencias de mayor explotación de las riquezas de Africa. El hecho es que Africa se convertiría en terreno para sus inversiones y robustecimiento competitivo basado en bajos costos de la fuerza de trabajo en comparación con América Latina". Si las seis naciones agrupadas —dice la citada publicación— en el mercado común europeo se concentrasen en las regiones coloniales de Francia, Italia, Bélgica, Holanda y conforme al plan las inversiones gozasen de grandes ventajas, quedaría mucho menos dinero e iniciativa para América Latina". Basta recordar para la economía cafetera latinoamericana que según cálculos, Africa suministrará al mercado mundial una cuota para 1959-60 de más de 8 millones de sacos, es decir, cerca de 3 millones de sacos más que Colombia y la mitad de la cuota brasilera. No solo competirían en la producción de materias primas y alimentos de mercado mundial sino que se recortarían en Europa los mercados para esos mismos productos de procedencia latinoamericana. Estos elemen-

tales argumentos nos deben servir a los latinoamericanos para mensurar con exactitud y con realismo —sin falsos pesimismos u optimismos— la dimensión y profundidad de la coyuntura actual.

Cabría repetir el interrogante del Director de la Comisión Económica para América Latina (Cepal): "Sabrá responder la América Latina al desafío formidable de esos hechos? En esa política de cooperación económica internacional se irá tan lejos como fuere necesario para imprimir fuerte aliento a la política de desarrollo económico nacional? Y podrá llegarse en esta política de desarrollo nacional a superar formas anacrónicas, a vencer resistencias, incomprensiones e intereses hasta conjugar los impulsos vitales de cada país en la consecución de grandes objetivos económicos y sociales?"

Si a estas realidades económicas y políticas del llamado "mundo libre" agregamos el formidable proceso de desarrollo y crecimiento de los países comunistas y a la integración del llamado "glacis" ruso, podremos obtener un cuadro bastante difícil para América Latina si no resuelve emplear las fuerzas populares para enfrentarse a sus propios problemas de desarrollo y liberación nacional. El ejemplo inmediato de la producción mecanizada y racional de café, cacao, caucho, henequén, palmera olácea y de muchas especies tropicales en la China Meridional, debe ser motivo de estudio y meditación adecuados para los latinoamericanos. Lo mismo podríamos anotar acerca de los "sobrantes agrícolas" de los Estados Unidos.

Tres fases de un problema

LOGRADO el acuerdo fundamental sobre la creación progresiva y necesaria del mercado común latinoamericano basado en un amplio y profundo criterio democrático —que lo sature de un contenido social y que signifique la superación práctica y real de las viejas y regresivas relaciones de producción— podríamos determinar tres fases fundamentales del mismo problema: *lo nacional, lo subregional, lo regional.*

La tesis sustantiva partiría del supuesto teórico de que sin ser incompatibles las aplicaciones tendientes a la integración económica-progresiva de América Latina a través de técnicas económicas (como el mercado común, las uniones aduaneras, las inversiones conjuntas, la utilización comunitaria de

recursos naturales, el sistema de compensación o clearing monetario, el comercio de trueque multilateral al margen del oro, etc.), son necesarios ajustes previos de orden nacional y de orden subregional. Es decir, que en primer término tenemos que abocar reformas básicas en la estructura económico-social de los países singularmente considerados. En segundo término, realizar las integraciones regionales (Centroamérica, Grancolombia, el sur y el centro de Sur América), con el fin de superar los marcos estrechos de orden nacional que constituyan obstáculo para el desarrollo conjunto y armónico de nuestros países. Y, en tercer lugar, como efecto de las etapas —progresivas y coordinadas— la integración general de América Latina.

Estas tres fases de un mismo problema tienen necesariamente que proyectarse sobre la base de que se trata de realizar —en la teoría y en la práctica— una política de *cooperación y complementaridad* y no de *competencia, exclusión o ventaja.* De lo contrario no tendría ni operancia ni éxito ningún proyecto efectivo de integración económica a escala continental.

Lo nacional

Los países latinoamericanos se enfrentan a problemas similares en el orden estructural. La deficiente industrialización, el régimen monoexportador y dependiente, la orientación colonial de sus economías, la economía de desperdicio, el subconsumo de sus pobladores y sus bajísimos niveles de ingreso, cultura, capacitación técnica, alimentación, higiene, etc. El predominio feudal en el sector agropecuario, la monocultura general, el crecimiento demográfico combinado con una mano de obra descalificada y de baja productividad, la escasez de capitales y el desperdicio o subempleo de los factores de producción: capital, mano de obra, recursos naturales, etc. El predominio oligárquico, de facción o de grupo, en lo económico, lo político, lo social y lo cultural. La existencia y el dominio de prácticas políticas de simulación democrática y republicana que encubren con palabras el sometimiento y servidumbre de las grandes masas obreras, medias y campesinas a sistemas, pensamiento y cultura ajenas al medio imitativas, coloniales y sin substancia nacionalista y auténticamente popular. La falsa industrialización que en vez de liberar al pueblo y a la nación

los hace más dependientes al extranjero. Los falsos conceptos de importaciones de capitales que tienden a robustecer inversiones especulativas en el comercio, a competir desventajosamente con el trabajo nacional o saquear los recursos naturales sin compensación social y económica adecuada a los países, etc. Estos y otros factores regresivos constituyen un común denominador para América Latina que guarda diferencias de grado pero sin alterar específicamente su morfología social.

Para este cuadro de problemas no puede plantearse como solución positiva el empleo de viejas formas y viejo pensamiento que a través de más de un siglo demuestran su fracaso histórico. Tampoco pueden aceptarse, sin adecuación y exámen, las formulaciones del desarrollo económico enraizadas en las experiencias de las grandes potencias, en cuanto la situación histórica de su desenvolvimiento es completamente diferente de la nuestra. El coloniaje ideológico —de la izquierda y la derecha— no están en capacidad de producir la "fórmula latinoamericana" para enfrentarse eficazmente a su problemática específica.

Si aceptamos en términos generales estas realidades tendremos que aceptar sus consecuencias. Esto supone el proceder a efectuar en nuestros países una auténtica revolución nacional, fuera de las ortodoxias clasistas de cualquier naturaleza. Esta revolución nacional supone el empleo de fuerzas sociales identificadas en un sano y constructivo *nacionalismo popular* articulado al problema común latinoamericano. Pero quedaría como un enunciado vacío si no procedemos a efectuar, con ese criterio revolucionario, a liquidar todas las formas que impiden el desarrollo de las fuerzas económicas y sociales en nuestros países. El *nacionalismo burgués* entreguista y empalmado con el colonialismo o la *lucha de clases y de naciones*, al servicio de cualquier potencia, no son conductores adecuados a la magnitud de esta tarea, por depender siempre de intereses y estrategias ajenas a nuestro común destino histórico.

En lo nacional sería necesario proceder a romper todas las formas del feudalismo y su moderna expresión latifundista con sus sistemas de relaciones de servidumbre en el campo. Es decir, la reforma agraria democrática, pero profunda, que altere las relaciones actuales de producción en beneficio del desarrollo nacional armónico. El planeamiento o planificación económica —flexible y democrática— a escala nacional, que elimine la "economía de desperdicio" orientando las inver-

siones y la producción con el criterio de prevalencia del interés de la comunidad y de la nación sobre el estrecho interés privado y de clase privilegiada. El comercio abierto y sin desventaja o imposición con todos los países del mundo. La correcta aplicación del proteccionismo económico condicionado para el beneficio de los consumidores, los productores de materias primas y alimentos, los trabajadores. Es decir, en beneficio de la nación y no de limitados, excluyentes y privilegiados manufactureros, que limitan su acción a ganar, para sí, las ventajas arancelarias sin suficiente compensación social. El abrir un amplio compás de educación básica y técnica para el pueblo con el fin de capacitarlo culturalmente para el ejercicio de sus derechos democráticos y para la promoción del desarrollo como resultado de una productividad amplia resultante de su elevación cultural. El pleno empleo de los recursos naturales en provecho de la nación y no de los capitales foráneos y la racionalización en la explotación que elimine la monstruosa destrucción de recursos no renovables como el petróleo, la minería, la tierra, etc.

Pero todos estos ajustes de fondo suponen la necesidad de poner en marcha al pueblo —clases medias, obreros, campesinos, estudiantes para enfrentarse a la tarea formidable de transformación nacional. Las viejas y desgastadas "clases dirigentes" no se hallan en capacidad técnica ni sociológica de formular una nueva programación que rompa los viejos moldes, para sustituirlos por un nuevo orden democrático, por la tremenda limitación que produce la concesión voluntaria del privilegio y los intereses en beneficio del mañana de nuestros pueblos.

Quizá, esta primera etapa de *lo nacional,* sea la más ardua y difícil. Pero sin cubrirla no podremos llegar a formas superiores de organización económica y social.

Lo subregional

NATURALMENTE América Latina debe comprender sus limitaciones y también sus posibilidades. No se trata de organizar la *autarquía,* ni desplazarse como un bloque agresivo, ni mucho menos de aislarse de la interdependencia mundial. Se trata de organizarse mejor y de aprovechar al máximo sus posibilidades y potencialidad para elevar los niveles de bienestar, seguridad, cultura y libertad para sus propios pueblos,

con el fin de prestar un concurso abierto al progreso general de la humanidad.

Dentro de estas ideas generales cabe a la segunda fase de integración subregional, de organización de bloques regionales dentro del área, un papel fundamental en las preliminares de integración latinoamericana. Pero ya anotábamos que todo hace parte de un proceso y que no son excluyentes sino complementarias entre sí las diversas fases del problema.

Hechos algunos ajustes sustantivos en el orden nacional sería mucho menos difícil el cubrimiento de las creaciones de integraciones subregionales. Las federaciones orgánicas regionales avanzan indudablemente en nuestro continente. Las experiencias de la Integración Económica de Centroamérica, su evolución y perspectivas, son altamente significativas y alentadoras. Precisamente la reciente Conferencia de Caracas, llegó a la conclusión final de recomendar a los Gobiernos a Colombia, Ecuador y Venezuela —sin perjuicio de considerar cuando sea oportuno su incorporación al mercado común latinoamericano— algunas bases preferenciales de integración progresiva subregional. Recomendaciones como las del desarrollo industrial integrado teniendo en cuenta las diferencias de desarrollo, y las consideraciones del Grupo de Trabajo del Mercado Regional Latinoamericano celebrado en México durante febrero de 1959; la eliminación de derechos y restricciones aduaneras para nueva producción que requiera más amplios mercados en función de mejor productividad; sustitución de importaciones con base en aprovechamiento de recíprocas importaciones dentro del área subregional; ajustes arancelarios para producción industrial actual que permita atender los consumos y mejorar la respectiva producción nacional; integración con base en descomponer algunas fases del tratamiento industrial cuando sea económica y geográficamente recomendable; liberar derechos aduaneros para producción agrícola especializada para mejor aprovechamiento de recursos productivos, etc. Estas formulaciones de una nueva política de integración y coordinación económica subregional constituyen ingredientes de primera magnitud en esta segunda fase de un mismo problema: la integración económica latinoamericana.

Por eso creemos recomendable elevar a la categoría de meta continental el robustecimiento de acuerdos subregionales. Los países del Plata; los países del sur y el centro de América del Sur; Centroamérica; los países gran-colombianos; la

federación del Caribe, etc., podrían ser elementos constitutivos, dinámicos, de este sistema de federaciones subregionales tendientes a la integración regional posterior.

Las *uniones subregionales* demuestran su eficacia como el caso del *Benelux* en Europa que sin perjudicar a los países con costos industriales elevados puedan gradualmente reducirlos mediante una progresiva elevación de la productividad basada en la expansión de la producción y los mercados y el pleno empleo de los factores.

En esta etapa, las uniones regionales que tiendan a fomentar el intercambio y la solidaridad en el desarrollo económico-social, constituyen eslabones formidables para las tareas ulteriores de integración latinoamericana. De la misma manera pasos preliminares —dentro de la actual estructura— como las federaciones empresarias y de inversiones tales como flotas mercantes, aéreas, igualdad de trato portuario, bolsas de valores comunes, etc., serán piedras sillares en la construcción de una nueva economía continental.

Lo regional

La *cooperación* y *complementaridad* como sustituto de la *competencia* exigen de la planeación económica del área latinoamericana en sus tres fases: nacional, subregional y regional. El desarrollo integrado permitirá el crecimiento adecuado de industrias básicas como la siderurgia, la petroquímica, las industrias metal-metálicas, etc., lo cual supone el enfrentamiento a la producción de bienes de capital superando la etapa de producción de bienes intermedios y de consumo. Es decir, la toma del camino definitivo hacia la *industrialización articulada* con la economía agropecuaria, elementos reales de liberación económica latinoamericana. Pero esta tesis del *desarrollo integrado* exige el dar a la economía un tratamiento ajeno a la *espontaneidad y ajuste natural* para conducir dicho desarrollo de una manera *guiada y dirigida por la voluntad consciente* de la sociedad organizada. Es la sustitución de lo irracional por lo racional. Esta formulación evitaría la duplicación de inversiones y permitiría la creación de nuevas industrias de desarrollo y mejor aprovechamiento de los recursos naturales del área.

Dentro de este marco de ideas se ajusta el pensamiento

de muchos inquietos sobre nuestros problemas comunes. Anota Víctor Alba[6] "Muchas gentes, por tradicionalismo, por hábito de pensar con fórmulas, por intereses mal comprendidos, se niegan a ver esta realidad que salta a los ojos: hoy, América Latina vive un momento en que puede sentar las bases que permitan la resolución futura de todos sus problemas fundamentales. Esta situación posiblemente no se vuelva a presentar nunca. Si no se aprovecha ahora, América Latina se habrá condenado a pasar por los mismos errores y las mismas desgracias que agobiaron a otras regiones en tiempos pasados. Será una especie de suicidio por negligencia o por incomprensión.

"Estas personas deberían meditar acerca de unas palabras que el Príncipe Felipe de Inglaterra, el esposo de la reina Isabel II, pronunció durante su visita a Washington, en 1957. Un príncipe consorte británico no puede ser, por definición, un revolucionario. Sus palabras no pueden ser, por lo tanto, una incitación a la subversión. Más bien debe creerse que tienden a evitar toda subversión posible. He aquí estas palabras aleccionadoras:

"Es necesario adiestrar a la próxima generación de dirigentes industriales para que aproveche las lecciones que se desprenden de los errores cometidos en los inicios de la revolución industrial del siglo XIX, muchos de ellos todavía perceptibles a simple vista hoy en día.

"Hay que interesar al mayor número posible de elementos a participar en la vida de la comunidad y en mejorarla. Hay que evitar al mismo tiempo, que el obrero se convierta en una parte de la maquinaria industrial.

"El hombre ha de ser el dueño del monstruo industrial que está construyendo. Hemos de asegurarnos que la ciencia y la industria sean los siervos del hombre y no sus dictadores.

"Si esto es deseable —como parece evidente— no puede lograrse mejor en América Latina, donde todos los elementos de la sociedad del futuro son todavía plásticos, que en cualquier otro lugar donde ya comienzan a estar anquilosados?

"Pero, cómo es esta América Latina —termina diciendo Víctor Alba— que puede realizar un milagro y que no se decide a hacerlo, acaso porque le parece demasiado milagro?

---

[6] *América Latina, un Continente ante su porvenir,* V. ALBA. México 1958 pág. 10.

Acción Latinoamericana

En todo caso, los mejores programas, las mejores ideas, no tienen ningún objeto si no van combinadas con métodos de acción práctica e inmediata. No importa que el camino sea largo y difícil para dudar en emprenderlo. Precisamente por serlo debemos comenzarlo no mañana sino ayer. El aplazamiento decretado en Panamá emplazando a las comisiones gubernamentales de estudio del mercado común debe significar tan sólo una pausa para meditar los mejores medios de acción inmediata. El plazo de 10 años de duración para eliminar los derechos arancelarios sobre la mayor parte de la producción primaria revela que América Latina resolvió superar la etapa de la improvisación para comenzar la tarea seriamente, *sin prisa pero sin descanso.* Es la hora de la acción.

Finalmente debemos insistir en que la tarea de promoción del desarrollo debe depender fundamentalmente del aprovechamiento, conservación y dirección racional de sus propios recursos. No debe formularse la tarea del desarrollo económico de América Latina sobre la espectativa única del aporte extranjero. No quiere decir esto que debamos desechar o subestimar los factores de técnica y aporte de capital foráneo. Lo que quiere decirse es que la base del desarrollo debe proyectarse sobre las propias posibilidades en forma principal.

No cabe en este ensayo un análisis del aporte del capital extranjero, pues las experiencias son demasiado visibles. Si tenemos en cuenta que en muchos casos es más la *desinversión neta* en América Latina de capitales extranjeros tendríamos elementos de juicio absolutamente indicativos de esta tesis. Muchos capitales con competitivos o especulativos y no de desarrollo. Los factores de falsa industrialización han llevado en muchos casos al debilitamiento de la estructura monetaria y al desequilibrio, invisible y visible, del balance de pagos. Además, si tenemos en cuenta datos como los del "New York Times" sobre ayuda extranjera, veremos cómo América Latina no presenta un ejemplo mundial. La ayuda americana con datos, 1958, se descompone así:

	Millones de dólares
Europa Occidental	37,000.000,000
Cercano Oeste y Africa	7,000.000,000
Asia y el Pacífico	13,600.000,000
América Latina	1.700,000

Los recientes debates sobre el condicionamiento político de la política crediticia del Banco Internacional (BIR), especialmente en el caso del Brasil, son una muestra de la peligrosidad de enfocar el desarrollo de nuestros países sobre la ilusión de la ayuda extranjera.

Existen una serie de elementos reales y de desequilibrios de crecimiento en la órbita mundial que hacen posible la existencia de factores negativos para el desarrollo de América Latina si no se basa su política fundamental en el aprovechamiento racional de su propio potencial. Silvio Frondizi[7] anota refiriéndose a la ayuda exterior: Por supuesto que este desarrollo tiene límites perfectamente claros, fijados por el interés del país director. De aquí que la industrialización de los países coloniales o semicoloniales se produzca de acuerdo a un plan de división de trabajo impuesto, y se refiera a productos que no significan una competencia seria con la del país imperialista. Por ello, en casi todos los casos, se excluye la industria pesada". Si tomamos las estadísticas de inversión privada extranjera en América Latina veremos que su mayor índice se concentra en industrias extractivas (petróleo, oro, platino, etc.) y en operaciones de comercio y servicios, presentando una utilización inadecuada de nuestros recursos naturales no renovables y sobresaturando el comercio y los servicios con una competencia que podrían servir los inversionistas latinoamericanos, en estos últimos aspectos.

En estas cuestiones hay factores, como anotábamos, que deben tenerse en cuenta como el presentado por Pablo Sears[8] de que los Estados Unidos, con menos del 7% de la población mundial, están absorbiendo el 60% de la producción mineral del mundo. "Basta solamente calcular —dice F. R. Fosberg— las exigencias en esta sola categoría de recursos si toda la población del mundo hubiera de igualar su nivel de vida disfrutado actualmente por los Estados Unidos, añadiendo además el factor calculado de duplicación de los seres humanos dentro de 40 años, para ver la magnitud del problema. La producción mineral debería elevarse 15 veces más aunque se evitaran otros usos adicionales. Así parece claramente, que el esfuerzo que

---

7 *La Integración Mundial, ob. cit.* S. FRONDIZI, pág. 18.

8 *Problema del Espacio Vital*, PABLO SEARS, pág. 15, 1958, Science, U.S.A.

debemos asentar sobre la base del recurso, es cosa que bien merece la discutamos".[9]

América Latina, como conjunto, tiene necesidad de enfrentarse a problemas fundamentales e inmediatos como el de "neutralizar totalmente el deterioro de la relación de precios de intercambio",[10] ya que el comercio exterior del área refleja un doble y regresivo fenómeno de pérdida neta. Por un lado los precios de las materias primarias, alimentos, minerales, etc., han tenido un marcado descenso. De otra parte, los precios de los artículos importados, especialmente de bienes de capital, han subido en los mercados internacionales. Este problema que conlleva el debilitamiento de los medios monetarios para alimentar su capacidad importadora dificulta la tarea del desarrollo en sus fases de diversificación de la producción y de sustitución de importaciones. Conlleva a los desequilibrios del balance de pagos y al debilitamiento gradual de sus monedas lo que a su vez lleva a la adopción de medidas arancelarias y de aumento cuantitativo del proteccionismo económico, con grave detrimento de los niveles de vida de nuestros pueblos, dado el consiguiente encarecimiento de precios en lo interno y la dificultad no sólo de importar nuevos medios de producción, sino a los de simple reposición de equipo, repuestos y materias primas para su manufactura.

Pero medidas defensivas y de regulación de los precios de las materias y artículos primarios de exportación, del área latinoamericana, exigen políticas conjuntas y de bloque. La insularidad y el aislamiento que significa un mercado de oferta dividido en 20 países enfrentado a mercados de demanda unificados, no conducen sino al mayor debilitamiento económico regional. Es más, América Latina debería convertirse en un elemento impulsor de prácticas como las de creación y organización de un pool afro-asiático-latinoamericano, de defensa y estabilidad en los precios y mercados de sus productos básicos de exportación. Estas y otras prácticas defensivas son vitales si se piensa en serio en el desarrollo económico-social de nuestras naciones y en la liberación real de los países débiles del mundo.

---

9 *Algunos campos de investigación básica significativos en la evaluación de los recursos naturales.* F. R. Fosberg. 1958, Trad. Teresa Arango.

10 *Estudio Económico para la América Latina,* 1956, Naciones Unidas (Cepal). México, 1957, pág. 5.

"Desde el punto de vista económico, el estatus político de división latinoamericana favorece su ensamblamiento en el sistema capitalista mundial en su categoría de proveedora de materias primas —como simples apéndices suyos— restándole toda posibilidad a un orgánico e integral desarrollo "hacia adentro" en función de sus propios intereses y desenvolvimiento con autonomía de sus ingentes recursos naturales, su patrimonio cultural y su destino político.

"Sin embargo, el proceso de integración latinoamericana debe entenderse en términos relativos. De un lado, porque muchos de nuestros países están ya suficientemente caracterizados como naciones o como Estados, como para que fuera aconsejable una integración y unidad absoluta. De otro lado, porque esos mismos países en otros aspectos son todavía subdesarrollados y una integración absoluta —moldes rígidos y uniformes— puede llegar a perjudicar el desenvolvimiento y la diferenciación de cada uno de ellos. Estas dos circunstancias señalan un límite al proceso de integración, pero dejan subsistente una considerable serie de cuestiones que tienen que abordarse en conjunto en interés de todos y cada uno de los países latinoamericanos.

"Estas cuestiones que sólo pueden resolverse conjuntamente en función de nuestro desarrollo, se traducen en otras tantas tareas comunes que deben plantearse progresivamente y que en la medida que se vayan realizando, han de ir creando condiciones para ulteriores avances en el progreso integrador.

"Dichas tareas, enunciadas globalmente en el *plano económico*, son:

a) Promoción de uniones aduaneras y mercados regionales de los países vecinos con miras a estimular el desarrollo industrial en la escala y magnitud que hace posible la tecnología moderna y que se traduce en la producción en serie y el abaratamiento de costos y precios.

b) Fomento del procedimiento de trueques directos entre los países latinoamericanos, sin la intermediación del dólar, con miras al incremento y diferenciación del comercio interlatinoamericano.

c) Institución de un sistema de compensaciones cambiarias entre nuestros países para sus relaciones entre sí y con otras áreas con miras a crear una Unión Latinoamericana de Pagos.

d) Establecimiento de un sistema latinoamericano de protección exportable, ampliación de sus mercados y diferenciación de sus sistemas, y regulación de nuestras importaciones asegurando el equilibrio de la Balanza de Pagos de América Latina con otras áreas.

e) Creación de un sistema bancario latinoamericano de fomento productivo aprovechando las reservas de dólares y divisas de nuestros Estados y los recursos privados que se mantienen en divisas y monedas duras en el exterior.

f) Coordinación y planificación conjunta de las actividades productivas de los países de América Latina, de suerte de asegurar el desarrollo de aquellos rubros de mayor productividad en cada país, favorecer la rebaja de costos y la complementación económica del área, evitándose las producciones concurrenciales y antieconómicas.

g) Concentración de recursos comunes en finalidades comunes en provecho de la economía general, mediante la organización de explotaciones conjuntas de materias primas o de industrias de transformación.

h) Estableciendo de un estatuto internacional latinoamericano de aprovechamiento de productos escasos o particularmente valiosos o de aprovechamiento costoso y complejos, como el petróleo, la energía atómica, etc., superando así las limitaciones de los capitales y de las técnicas de nuestros países, considerados aisladamente".[11]

Estos fundamentos económicos de progresiva integración económica, articulados con políticas conjuntas en el orden internacional, cultural y político, podrán llevar a la América Latina y a sus pueblos a conquistar su auténtica liberación humana.

Para el mejor desenvolvimiento de estos planes de integración e independencia económica de América Latina debemos de buscar una modificación de la política tradicional de los Estados Unidos, respecto a nuestro hemisferio. No podemos adoptar la técnica negativa del verbalismo demagógico o el infantilismo político que confunde y limita el antiimperialismo con el antinorteamericanismo. No. La lucha antiimperialista supone un empleo a fondo de la construcción nacio-

---

11 *Problemas Económicos de América Latina*, Declaraciones de la I Conferencia de expertos economistas de los P. Socialistas de América Latina, Santiago de Chile, 1958, Edit. Alfa, Bogotá, págs. 36/42.

nal, por todos los medios. Sólo la promoción adecuada del desarrollo económico social que impulse a nuestros pueblos podrá producir un cambio de frente de los países colonialistas. En cuanto mantengamos estas estructuras atrasadas y dependientes, con ausencia del pueblo en la conducción de sus propios destinos, el antiimperialismo no dejará de presentar el melancólico aspecto de lo declamatorio o se mantendrá reducido a la pequeña órbita del colonialismo ideológico que tan sólo está en la búsqueda de un nuevo amo disfrazado de protector. Es necesario sustituir la retórica del antiimperialismo por la positiva práctica del desarrollo nacional y regional para lograr, por las vías de la realidad y no del papel, la plena soberanía e independencia de nuestras naciones y nuestros pueblos.

En este aspecto cabe a la América Latina proponerse a desatar dentro de los propios Estados Unidos una campaña de comprensión y agitación de sus problemas básicos. Las bases progresistas, democráticas, sindicalistas y las asociaciones culturales podrían constituir un elemento inicial de primer orden para esta estrategia de aproximación a la realidad. No es posible que insistamos en la entrega incondicional o en la actitud mendicante. Desatemos nuestras propias fuerzas nacionales y aprovechemos racionalmente nuestros propios recursos para así poder exigir un adecuado entendimiento sobre bases de mutuo respeto.

En sectores importantes de los Estados Unidos podemos encontrar aliados a nuestra causa. Por ejemplo Walter Reuther, dirigente sindical norteamericano, ha dicho:

"Favorecemos y defendemos la utilización de planes de largo alcance para el progreso económico y social de América Latina. Consideramos como finalidades principales de esos planes, el mejoramiento de las condiciones de vida y de los niveles de trabajo del pueblo. *Creemos que las reformas de la estructura social y económica* son una parte necesaria de este progreso.

"Creemos que la mayor parte del financiamiento de estos planes de gran alcance debiera provenir de fondos públicos, en forma de préstamos a largo plazo, y a intereses módicos.

"Haremos una apelación a los gobiernos latinoamericanos para que ayuden al financiamiento de estos planes, mediante la movilización de los ahorros locales y otros fondos a fines

de inversión, especialmente a través de reformas legislativas sobre impuestos.

"Pedimos que se den *"garantías concretas y específicas en el caso de empréstitos públicos e internacionales, de manera que sus beneficios vayan en favor de los trabajadores y consumidores.*

"Queremos que los sindicatos obreros latinoamericanos participen en todos los niveles, en la aplicación de estos fondos.

"Las reformas agrarias que incluyen la posesión de la tierra para los trabajadores del campo son necesarias y debieran emprenderse cuanto antes".[12]

Estos planteamientos responden a un líder sindical norteamericano que conduce un conjunto de trabajadores de más de 15 millones de obreros, cifra superior a la población de muchos de nuestros países, lo cual precisa la magnitud e importancia de su tesis. Pero actitudes positivas como las de W. Reuther, Norman Thomas, R. Alexander, H. O'Connor, exigen también de un esfuerzo, aprovechamiento y aproximación de nuestros pueblos. Es paradójico que el sindicalismo norteamericano tenga una posición respecto a las reformas de estructura económico-social en Latinoamérica, a la reforma agraria, al provecho de los empréstitos para el pueblo y no para los círculos del privilegio, etc., mientras que nuestras anémicas organizaciones mantienen una política de ausencia a los grandes problemas nacionales y continentales.

Por eso creemos que sólo en la medida en que el pueblo, los sindicatos, las organizaciones cooperativas, de universitarios y clases medias, se resuelvan a intervenir en la dirección de sus propios destinos, América Latina afirmará su independencia, seguridad y libertad democrática.

12 *América Latina, ob. cit.* V. ALBA, pág. 69.

LA EVOLUCIÓN DIALÉCTICA EN EL ORIGEN DE LAS ESPECIES

Por *Elí DE GORTARI*

LAS ideas evolucionistas surgen en la historia al mismo tiempo que la filosofía. Tanto en los fragmentos de los primeros filósofos griegos como en los manuscritos que se han conservado de sus contemporáneos chinos, se encuentran expresadas claramente algunas nociones fundamentales acerca de la evolución de los organismos vivientes y, lo que resulta todavía más importante, estas concepciones estaban insertadas en su imágen general del universo en transformación y cambio incesantes. En tales formulaciones se advierte una anticipación luminosa del concepto moderno de la evolución biológica; aunque es obvio que se trata de una mera conjetura, desde un punto de vista rigurosamente científico. No obstante, es indudable que dichas nociones ejercieron una influencia orientadora a partir del momento en que se inicia el desenvolvimiento de la ciencia moderna. En efecto, cuando las disciplinas científicas empezaron a generalizar las conexiones descubiertas por medio del experimento, expresándolas en forma de leyes de la naturaleza, también comenzó a desarrollarse el concepto de la evolución, precisándose cada vez más y adquiriendo un contenido amplio y profundo, siempre con base en los hechos comprobados. Sobre estas bases fue que Buffon pudo establecer su hipótesis acerca del origen catastrófico de los planetas del sistema solar y respecto a las modificaciones que sufren de tiempo en tiempo las especies animales, que se encuentra formulada en su *Historia Natural*, publicada entre 1749 y 1804. Igualmente, sólo que en un sentido mucho más general y con un significado de mayor penetración, el concepto de la evolución fue expuesto claramente por Kant en su *Historia General de la Naturaleza y Teoría de los Cielos*, de 1755, obra que difiere radicalmente de su posterior formulación filosófica de la mecánica newtoniana. En este opúsculo de juventud, Kant

establece su hipótesis cosmogónica —más conocida por la formulación tan semejante que hizo Laplace, cuarenta años después y en forma independiente— en la cual se expresa por primera vez, en forma explícita, la concepción moderna del universo considerado como un conjunto infinito de procesos sujetos a transformaciones continuas y múltiples. Esta consideración de los procesos en su desarrollo histórico y gobernados por leyes tiene tal generalidad y tantos alcances, que es actualmente uno de los rasgos característicos más acusados de la ciencia contemporánea, en todos los campos de la investigación.

En el dominio de la biología, las ideas de Buffon fueron examinadas de nuevo por Erasmo Darwin, quien consiguió poner de relieve los muchos cambios importantes que se producen en cada organismo durante su desarrollo individual, tanto a consecuencia de su cultivo o su domesticación, como por los cambios climáticos, los cruzamientos y las mutilaciones accidentales. Estos hechos le permitieron llegar a la conclusión de que las modificaciones que experimentan las especies se deben a los cambios provocados en los individuos por las influencias externas. Por su parte, Lamarck dio mayor riqueza al contenido de esta hipótesis de la herencia de los caracteres adquiridos, demostrando a la vez que los organismos vivientes constituyen un todo único y como tal deben estudiarse, acuñando incluso el término *biología* para denominar este conocimiento unificado. Además, Lamarck introdujo un nuevo elemento que ha mostrado tener enorme importancia en la evolución: la consideración de que el desenvolvimiento de las modificaciones en los organismos, no obstante que produce la impresión de ser un proceso gradual y relativamente homogéneo —debido a la lentitud con que transcurre en las condiciones naturales y con referencia a la duración de la vida humana—, consiste realmente en una sucesión ininterrumpida de cambios bruscos y, por lo tanto, heterogéneos y discontinuos, de tal manera que dichas modificaciones son susceptibles de convertirse en caracteres adquiridos y transmitirse así a los descendientes. Con esto, al señalar que también la herencia se encuentra sometida a transformación, la evolución quedó incorporada al proceso biológico aparentemente más estable.

El desenvolvimiento del concepto de la evolución se reflejó igualmente en los otros campos científicos. En la geología, se puso al descubierto que la Tierra está sufriendo constantes cambios bajo la acción de las fuerzas naturales, y que

esta transformación de conjunto abarca la evolución de su superficie y de los organismos que viven en ella. Particularmente, Lyell demostró la existencia de estratos superpuestos, formados en distintas épocas sucesivas, en los cuales se encuentran depositados los troncos, hojas y otros vestigios de vegetales extinguidos, al igual que los esqueletos, caparazones e improntas de animales que ya no existen. Este descubrimiento fue confirmado y ampliado por los notables estudios de Alejandro de Humboldt acerca del origen de las rocas, la vulcanología y las estrechas asociaciones entre los restos de los organismos y los depósitos geológicos. Por otra parte, como resultado de una interpretación general fundada en sus profundos conocimientos científicos, Hegel estableció en el campo de la filosofía su concepción del mundo en incesante devenir, comprendiendo en esta evolución dialéctica la transformación de la sociedad y considerando especialmente al nuevo régimen económico, político y social que la burguesía en ascenso trataba entonces de consolidar, como la superación del viejo y caduco régimen feudal. A más de esto, el extraordinario desarrollo que dio a estas aportaciones el ímpetu verdaderamente revolucionario de Carlos Darwin, junto con la creciente acumulación de conocimientos acerca de la conversión recíproca entre todas las formas de energía, lo mismo que el desenvolvimiento de la práctica química de transformar en el laboratorio las sustancias inorgánicas en orgánicas y de otros muchos conocimientos que sería prolijo referir aquí, condujeron a la integración científica de la concepción dialéctica del universo en la cual se le considera como un proceso eterno de devenir y de acciones recíprocas, tanto en su conjunto como en sus partes componentes. Y, paralelamente a esta concepción de la naturaleza y en buena parte con su ayuda, se estableció también, principalmente por obra de Marx, la teoría científica del desarrollo y la transformación de la sociedad, poniendo al descubierto que el fundamento de la historia humana se encuentra en el carácter de las relaciones de producción, y esclareciendo las complejas leyes y condiciones que gobiernan la evolución y el cambio revolucionario de las instituciones económicas, sociales, políticas y culturales. Por ello, siguiendo tal vez la destacada preferencia hegeliana por las tríadas, podemos afirmar que el contenido filosófico que tiene actualmente el concepto de la evolución se funda específicamente en las aportaciones hechas por Hegel, Darwin y Marx.

Ahora bien, aun cuando el pensamiento científico sigue un desarrollo peculiar y propio, no por eso deja de estar relacionado íntimamente con todos los otros aspectos del desenvolvimiento humano y, en particular, con el curso de su historia social. En realidad, en el dominio de la ciencia se reflejan imperiosamente las necesidades de la actividad social del hombre, imponiéndole decididamente la búsqueda de soluciones de acuerdo con los medios que esa misma actividad crea y desarrolla. De esta manera, los acontecimientos de la vida política, económica y social influyen definidamente sobre la orientación de las investigaciones científicas, aparte de que condicionan sus posibilidades. Por su parte, los resultados obtenidos por la ciencia, lo mismo que el contenido de sus teorías y las formas que adoptan sus aplicaciones técnicas, tienen igualmente una influencia importante sobre los sucesos económicos, políticos y sociales. Y esta influencia recíproca se mantiene constantemente y se desarrolla de continuo, haciendo que ambos desenvolvimientos sean paralelos en muchos respectos y, sobre todo, que exista una notable coincidencia entre sus ascensos y sus descensos. Por ello, cuando se hizo palpable el fracaso tenido por la Revolución Francesa en el anhelo que le había servido de sustento ideológico, de instituir la *edad de la razón,* se abandonaron muchas de las rígidas convicciones que la habían acompañado y empezó a ganar terreno nuevamente la concepción del desarrollo evolutivo, tanto de la sociedad como de la naturaleza. Sólo que en este resurgimiento de la concepción evolucionista se destacó con vigor la consideración de que el desarrollo gradual y más o menos uniforme de los procesos, es simplemente una etapa necesaria para su maduración y que, cuando ésta se logra se produce una transformación radical de los procesos, que puede llegar hasta el punto de cambiar por completo las condiciones de su existencia y convertirlos en otros procesos. En este sentido, las contribuciones hechas por Hegel, Marx y Darwin representan conspicuamente el nuevo planteamiento de la evolución, en el cual quedaron incorporadas intrínsecamente las transformaciones cualitativas que se producen bruscamente al acumularse los cambios cuantitativos graduales y continuos. De esta manera se encontró el camino racional y real para poder superar el fracaso mencionado antes, a través de la actividad práctica y científica basada en la concepción dialéctica del universo. En este sentido, la evolución de los organismos vivientes repre-

senta un aspecto de la transformación incesante del universo, la cual se manifiesta también en la evolución social del hombre y en la dialéctica de su pensamiento.

Durante las primeras décadas del siglo XIX se hicieron varios avances fundamentales en el dominio de las ciencias biológicas: se descubrió la unidad de la estructura celular en todos los organismos vivos; se pudieron formular algunos de los principios de la embriología; se inició la elaboración rigurosamente científica de la fisiología; comenzó la investigación experimental en la química orgánica; y se ampliaron enormemente los conocimientos acerca de la distribución geológica y geográfica de la flora y la fauna. Con estos procesos se consiguió penetrar profundamente en los procesos biológicos y se encontró así una multitud de hechos que vinieron a extender y verificar las nociones acerca de los cambios y las transformaciones. Pero, se necesitó de la inmensa acumulación de datos que realizó pacientemente Darwin y de su extraordinario talento para llegar a establecer sobre esa firme base sus conclusiones evolucionistas. Más todavía, tuvo que emplear Darwin toda su perspicacia y habilidad, junto con la reputación científica que tenía, para asegurar que la teoría de la evolución orgánica fuera tomada en cuenta como una cuestión fundamental. Como es bien sabido, desde el día mismo de su publicación —el 24 de noviembre de 1859—, el *Origen de las Especies* se convirtió en el centro de una apasionada batalla entre el progreso y la reacción, lo mismo en el terreno científico que en el filosófico y en el político. Sin duda, las ideas de Darwin radicalizaron en definitiva la ciencia entera, y no sólo la biología, al hacer que se indagara el origen o la raíz misma de los procesos para poder explicarlos. Por ello es que, entre todas las grandes conquistas logradas por las ciencias naturales en el siglo XIX, únicamente la teoría de la evolución es la que desempeña un papel comparable por su importancia y sus alcances a la revolución científica desatada por Copérnico. Porque la evolución es uno de los elementos fundamentales de la conversión recíproca entre las cualidades y las cantidades, de la lucha y la interpenetración de los opuestos, y de los cambios y transformaciones incesantes que ocurren en el desorrollo de los procesos, cuyo estudio constituye el rasgo distintivo y medular de todas las investigaciones científicas en nuestro tiempo.

Desde el punto de vista del método lógico, el *Origen de las Especies* es un magnífico ejemplo de exposición bien fundada y convincente para dar a conocer los resultados de una investigación esmerada y fructuosa, ofreciéndolos a la crítica de los otros científicos; y, luego, sobre esos sólidos cimientos construye en el mayor rigor y objetividad su teoría científica de la evolución de los organismos, distinguiendo nítidamente lo que son generalizaciones válidas de hechos comprobados, de las conclusiones que tienen sólo el carácter de hipótesis, y saliendo al paso con toda honestidad a las objeciones ya planteadas o que pudieran suscitarse. De esta manera, Darwin consiguió hacer de la evolución una concepción teórica aceptable científicamente, susceptible de ser sometida a la verificación experimental y, lo que es más importante, capaz de servir de base para hacer avanzar el conocimiento. Para llegar a formular sus conclusiones, analizó una enorme cantidad de datos con la mayor perseverancia, habilidad y fruto, hasta lograr poner al descubierto las numerosas relaciones —muchas de ellas desconocidas hasta entonces, y otras ni siquiera sospechadas— que existen entre los organismos y en su desarrollo, después organizó de manera sistemática y estricta dichas interconexiones y, finalmente, estableció y demostró las generalizaciones teóricas y las hipótesis fundamentales que cambiaron radicalmente las concepciones biológicas y le dieron a Darwin fama merecida. Además, a lo largo de todo el texo del *Origen de las Especies* se muestra reiteradamente, con claridad y rigor, la síntesis dialéctica entre la inducción y la deducción que Darwin utilizó constantemente en sus reflexiones, incluyendo la contradicción, la interpenetración de estos procedimientos metódicos opuestos, su predominio relativo y transitorio en determinadas condiciones, y su mutua conversión cualitativa y cuantitativa. Por otra parte, ninguno de los antecesores científicos de Darwin había propuesto una hipótesis tan simple y comprensiva como lo es la selección natural, para tratar de explicar cómo ocurre la evolución biológica. De manera sumamente breve y basándonos en los párrafos finales de su libro, podemos recordar esquemáticamente el meollo de la teoría darwinista: Los organismos vivientes, que son tan diferentes entre sí y que a la vez muestran tantas semejanzas en sus aspectos primordiales, se encuentran ligados por una multitud de relaciones complejas y activas de dependencia mutua, y tanto su desarrollo ininterrumpido como su origen mismo se

encuentran gobernados por leyes naturales. Estas leyes, tomadas en su más amplio sentido, son: 1. la del crecimiento individual y de la reproducción; 2. la de la herencia, que está implicada en la reproducción; 3. la de la variabilidad de los organismos, por la acción directa e indirecta de las condiciones de su existencia, y por el uso y el desuso de los órganos; y, 4. la del crecimiento de cada especie y variedad en una proporción elevadísima, que conduce a la lucha por la vida y, consecuentemente, a la seleccón natural que impone la divergencia de caracteres, la extinción de las formas menos adecuadas y la aparición de otras formas nuevas. Por todo esto, basta tener en cuenta la transformación fundamental que experimentó la biología con las concepciones revolucionarias de Darwin, para reconocer que la teoría de la evolución es la generalización más importante que se ha hecho en el campo de esta ciencia. Y, más aún, que la introducción de la concepción evolucionista constituye también una de las generalizaciones de mayor importancia que se han efectuado en todos los dominios científicos.

Conviene recordar ahora que Newton se ocupó universalmente del estudio del movimiento, estableciendo la síntesis superior de todas sus formas —tanto celestes como terrestres—, descubriendo sus leyes generales, explicando las variaciones que sufre cada forma de movimiento y dando cuenta de las conversiones recíprocas entre todas y cada una de dichas formas. Pero no se limitó al aspecto estrictamente cinemático de estos problemas, sino que también indagó las causas del movimiento, de sus variaciones y de los cambios entre sus diversas formas. Todo esto lo formuló con el mayor rigor en sus conocidas leyes del movimiento y lo expresó cuantitativamente por medio de ecuaciones matemáticas, constituyendo así la base de la física moderna. De esta manera quedaron explicados científicamente los cambios espacio-temporales de los procesos existentes y, a la vez, las causas que los producen y los modifican físicamente; aunque la consideración de dichas causas las mantiene referidas siempre, dentro de la mecánica newtoniana, a sus efectos de movimiento, o sea, de variación espacial con respecto al tiempo. Como es sabido, la física newtoniana ha conducido a la humanidad a una multitud de triunfos que han tenido grandes consecuencias en todos los aspectos de la vida social; y es todavía con fundamento en ella que se lograron las grandes victorias que nos asombran últimamente en el lan-

zamiento de satélites artificiales de la Tierra, de artefactos que se convierten en nuevos planetas del sistema solar, de cohetes que hacen impacto en la Luna y de satélites que abarcan simultáneamente la Tierra y la Luna y nos descubren su hemisferio oculto. Ahora bien, volviendo a las investigaciones de Darwin, las transformaciones evolutivas de los organismos vivientes representaron la penetración científica en un nivel mucho más profundo de la existencia objetiva. Las transformaciones biológicas no sólo implican cambios espacio-temporales, o movimientos mecánicos, sino también cambios físicos más complejos, reacciones químicas numerosas y complicadas de los organismos, tanto en su interior como con su medio ambiente, y procesos peculiares del nivel biológico de la existencia. Por lo tanto, si la física newtoniana estableció la conexión mutua entre los cambios que sufren los procesos, la biología darwinista aportó muchos elementos para el estudio del desenvolvimiento y la modificación de los procesos, incluyendo su surgimiento y su desaparición. El desarrollo de esta orientación científica —que había tenido ya muchas manifestaciones explícitas en el propio dominio de la física—, aunado a los grandes descubrimientos y a las importantes generalizaciones que fueron acumulando en el transcurso de la época moderna, llevó finalmente al establecimiento del principio de la conservación y la transformación de la energía y la masa. Esta ley fundamental se cumple en todos los campos de la física, incluyendo los de la teoría de la relatividad y de la mecánica cuántica, y, por lo tanto, representa la relación objetiva que sirve de conexión unificadora en la física entera. Pues bien, en el dominio de la biología, el principio de la evolución cumple una función completamente análoga. Por una parte, la herencia representa la conservación y la adaptación hace las veces de la transformación. Mientras que, por otro lado, la evolución conjuga dialécticamente a dichas tendencias opuestas, tal como en la energía se sintetizan la conservación y la transformación. Es más, como sucede con la energía en la física, igualmente la evolución constituye el principio que relaciona y unifica a toda la biología.

Por otra parte, cuando Newton formuló los principios matemáticos de la fisolofía natural, estableció un compromiso entre la ciencia y la religión —semejante a los compromisos contraídos en esa misma época en Inglaterra, entre la monarquía y la república, y entre la burguesía y la nobleza— que

se mantuvo después tácitamente en todo el desenvolvimiento científico, hasta la sexta década del siglo XIX. Este compromiso fue roto finalmente por los trabajos de Darwin, quien se vio obligado a barrer con los prejuicios religiosos sobre la creación, al llevar adelante las consecuencias de sus conclusiones. La teoría de la evolución produjo así un inmenso efecto liberador en la biología, que pronto se propagó a todos los niveles y en todos los campos de la investigación científica. Dondequiera que los hombres de ciencia y los auténticos filósofos científicos asimilaron y desarrollaron el contenido de la obra de Darwin, se hicieron de inmediato grandes progresos. Por otro lado, y esto tuvo igualmente una importancia enorme, la teoría de la evolución introdujo decisivamente el factor histórico en las ciencias naturales, derrumbando en definitiva la versión ortodoxa de la tradición griega y colocando en el archivo de las ideas a las verdades eternas y las especies fijas de Platón y Aristóteles. De este modo se volvió a la versión heterodoxa, más antigua y profunda y también más certera, de los filósofos jónicos y atomistas, según la cual lo que prevalece es el desarrollo, el cambio y la transformación. Luego, en el curso de las investigaciones emprendidas bajo su orientación, la evolución se fue acusando cada vez con mayor rigor como uno de los conceptos fundamentales en todos los dominios científicos; a la vez que se destacó también como uno de los puentes principales entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. Como se puso en claro más tarde, la evolución social tiene su base biológica en el hecho de que el hombre no se encuentra bien adaptado para sobrevivir en las condiciones específicas de un ambiente en particular y, por consiguiente, esta pobreza de su especialización es lo que ha obligado al hombre a adaptarse penosamente, pero con éxito creciente, a una gran variedad de ambientes, siempre por medio de su trabajo. En vez de haber sufrido un descenso a partir del momento de su surgimiento —como se pretende en todas las doctrinas religiosas—, el hombre se ha elevado de una manera muy considerable y se sigue elevando, siempre gracias a su propio esfuerzo realizado en estrecha colaboración social. Por esto es que sólo reconociendo que el hombre es un animal —como lo demostró abrumadoramente Darwin, junto con otros muchos investigadores— es como se puede llegar a comprender cuán diferente es de sus ancestros, en virtud del creciente desenvol-

vimiento de su cultura —entendida en su más amplio sentido— que es la resultante de su actividad social.

Uno de los problemas que adquiere importancia medular dentro de la teoría de la evolución, es el de las relaciones existentes entre las variedades y las especies, incluyendo su mutua transformación. En este sentido, surge de inmediato la cuestión de encontrar un criterio suficientemente riguroso para distinguir entre unas y otras, habida cuenta de que las diferencias manifiestas son múltiples y se presentan en los grados más diversos. Darwin mostró que, en la práctica, cuando el naturalista puede enlazar mediante variedades intermedias a dos formas orgánicas cualesquiera, considera a una de ellas como variedad de la otra y decide clasificar como especie a la que es más común —aunque, a veces, escoge a la que se descubrió primero. En muchos casos, una forma se clasifica como variedad de otra debido a que el investigador supone simplemente que las variantes intermedias existen o han existido antes. Así, el requisito de la existencia de formas intermedias se considera satisfecho, ya sea cuando efectivamente se conocen dichas formas o cuando se tienen razones concluyentes para aceptar la hipótesis de su existencia. Por otra parte, también es necesario que se observen diferencias suficientemente grandes y distintivas, ya que cuando las formas difieren muy poco se les clasifica ordinariamente como variedades, a pesar de que no puedan ser enlazadas sin solución de continuidad. Sin embargo, no es posible determinar con exactitud la magnitud de las diferencias necesarias para conceder a dos formas la categoría de especies; y, por lo tanto, queda indefinido en general el número y la cuantía de las diferencias, aunque esto sí se pueda definir en cada caso concreto para las distintas especies de un mismo género. Sobre este punto, la viabilidad y la fertilidad de los productos de la mezcla entre las diversas variedades de una misma especie, constituye un indicio para distinguirlas de las especies diferentes. Comúnmente las mezclas siempre son posibles y resultan tan fecundas como sus progenitores, mientras que los híbridos —producidos por el cruzamiento de dos especies— cuando llegan a ser viables son frecuentemente estériles. No obstante, el grado de esterilidad no se encuentra asociado estrictamente con la afinidad de las formas, sino que está gobernado por leyes complicadas y todavía escasamente conocidas. Es más, en general, tanto el grado de esterilidad como la influencia predo-

minante de una especie sobre la otra, es diferente —y, a veces, sumamente diferente— en los cruzamientos recíprocos entre el macho de una especie y la hembra de otra, y el del macho de esta última con la hembra de la primera especie. Pero, independientemente de la cuestión de su mayor o menor fecundidad o esterilidad, en todos los otros aspectos existe una semejanza estrecha y general entre la descendencia del cruzamiento de especies y la de la mezcla de variedades. Esta semejanza se muestra notablemente en la propiedad común que tienen tantos los híbridos como los mestizos, de absorberse mutuamente por cruzamientos repetidos y de heredar caracteres de las dos formas de progenitores. Estos hechos son indicativos de que no existe una diferencia radical entre las especies y las variedades, y sugieren claramente la idea de que las especies fueron primitivamente, variedades de otras especies del mismo género.

De esta manera, una variedad bien caracterizada se convierte en una especie incipiente. Y, correlativamente, una especie bien definida constituye la base de la cual se producirán, por diversas modificaciones sucesivas, distintas variedades. Durante un largo proceso de cambios, las pequeñas diferencias características de las variedades de una misma especie tienden a aumentar, hasta convertirse en las diferencias mayores que caracterizan a las especies de un mismo género. Las variedades nuevas y más adecuadas, inevitablemente acabarán por suplantar y exterminar a las variedades más viejas, menos perfeccionadas e intermedias; y así las especies se transformarán, de manera conspicua, en formas definidas y precisas. Las especies son, por ende, simplemente variedades muy señaladas cuya determinación las ha hecho permanentes. Y dentro de esta consideración de que las especies existieron primero como variedades y se convirtieron en especies únicamente cuando llegaron a ser variantes muy acusadas y de gran permanencia, es fácil comprender por qué no se puede trazar una línea de demarcación absoluta o definitiva entre las especies —que todavía se consideraban en la época de Darwin como si hubiesen sido producidas en actos especiales de creación— y las variedades —de las cuales se sabía ciertamente que son el resultado de las modificaciones que ocurren continuamente entre los individuos de la misma especie. En esto se advierte claramente la manera como Darwin se basó en las modificaciones incesantes que se producen entre los especímenes, para establecer la filiación de las diferentes variedades de una misma

especie. Así reconoció plenamente los cambios a que están sujetos constantemente los organismos vivos. Luego, demostró que dichos cambios son susceptibles de producir nuevas variedades, además de las ya existentes. Y después estableció con firmeza que las especies se modifican continuamente y que, cuando se acumulan diferencias suficientemente notables, se producen permanentemente las variedades. Entonces consideró que, del mismo modo en que existe un límite crítico para que las diferencias excedan las distinciones entre los individuos de una misma variedad, para constituir así otra variedad; así también existe otro límite crítico para que las diferencias superen a las existentes entre las distintas variedades de la misma especie, formando entonces una especie diferente. En otras palabras, encontró que los organismos vivos varían incesantemente de una generación a otra y de un individuo a otro, sólo que, mientras estas variaciones no se fijan para alcanzar a producir cierto grado de diferenciación, constituyen simplemente diferencias singulares entre los especímenes. En cambio, cuando las modificaciones sobrepasan cierto límite, se forma otra variedad de la misma especie; y, cuando las modificaciones siguen aumentando hasta alcanzar otro límite de diferenciación más acusada y ésta se hace permanente, entonces se habrá formado una especie nueva del mismo género. Y así continúa habiendo sucesivamente límites críticos que señalan la formación, cada vez por una discriminación más profunda, de los géneros, las familias, los órdenes, las clases y los *phyla.*

Ahora bien, para que en una especie se efectúe alguna modificación considerable, es indispensable que una variedad ya formada varíe nuevamente, o que presente diferencias individuales de naturaleza semejante a las anteriores y que éstas sean conservadas de nuevo, hasta que la prosecución gradual de este proceso hace que las modificaciones se acumulen en magnitud y diversidad suficientes. Dentro de este desarrollo ininterrumpido de los organismos vivos, cabe preguntar por qué no encontramos en todas partes a los organismos en innumerables formas indefinidas de transición y dentro de la más tremenda confusión; en lugar de los distintos grupos bien definidos que observamos realmente en la naturaleza. Esta ordenación regular en que existen los organismos, se debe a que las nuevas variedades se forman lentamente, a que las variedades intermedias son suplantadas y exterminadas por las más

adecuadas, y a que dichas variedades intermedias tienden a modificarse con cierta rapidez. Como lo común es que se conserven las modificaciones que resultan más adecuadas para la supervivencia, tanto la forma madre como las variantes de transición son exterminadas por las formas nuevas, dentro del mismo proceso de transformaciones incesantes que produjo esas formas más adecuadas. En todo caso, el hecho de que no encontremos enterrados en la corteza terrestre los restos de todas esas formas de transición, indica simplemente que el registro geológico es incompleto, porque se ha formado únicamente a largos intervalos, en tanto que las formas intermedias que sirven de enlace entre dos variedades diferentes generalmente existen durante períodos más breves y están constituidas por un número menor de individuos. De aquí que las probabilidades de encontrar en estado fósil a las formas que representan transiciones en la estructura de los individuos, sean siempre menores que las probabilididades de hallar restos de organismos pertenecientes a especies con estructuras completamente desarrolladas. Entonces, se puede considerar como una distinción importante entre las especies y las variedades bien marcadas, al hecho de que estas últimas estén conectadas actualmente por formas intermedias que representan diversos grados de transición; mientras que, en el caso de las especies, estas formas han desaparecido, aun cuando existieron en estado viviente en épocas anteriores.

Las leyes complejas y todavía no bien conocidas que rigen los procesos de formación de las variedades, son las mismas que gobiernan los procesos de formación de especies distintas. Las especies cuyos individuos tienen una gran dispersión son las que presentan comúnmente más variedades; lo cual se explica por el hecho de que se encuentran expuestas a diferentes condiciones y en competencia con diversos conjuntos de organismos. Estas especies más florecientes, que son al propio tiempo las especies dominantes, son las que producen con mayor frecuencia variedades bien caracterizadas o, dicho de otro modo, especies incipientes. En general, cada especie y cada grupo de especies alcanza un nivel de desarrollo máximo —y, por consiguiente, adquiere una posición de dominio— en un tiempo determinado y dentro de territorios también definidos. En una época dada y dentro de cierto territorio, las especies que más varían son aquellas que tienen una dispersión mayor y que pertenecen a los géneros mayores dentro de cada fami-

lia. En el curso de este proceso de variaciones incesantes, las variedades producidas de este modo se convierten finalmente en especies nuevas y distintas; mismas que después tienden a producir a su vez otras especies dominantes. De este modo, cada grupo dominante tiende a crecer y a presentar, al mismo tiempo, mayores divergencias en sus caracteres. Ahora bien, aún cuando las variaciones siguen aparentemente una evolución lenta y gradual, en ciertas ocasiones los cambios específicos se manifiestan bruscamente. Esto es, no obstante que muchísimas especies se han producido por diferencias no mayores de las que separan a las variedades cercanas, sin embargo hay algunas que se han producido de maneras diferentes, como un salto repentino.

Desde luego, lo que sucede entre las variedades y las especies ocurre también con los géneros, con las familias y con los otros grupos más generales. Pero los caracteres específicos son mucho más variables que los caracteres genéricos; del mismo modo que los caracteres genéricos varían más de prisa que los distintivos de una familia, y éstos más rápidamente que los de un orden, y así sucesivamente. En todo caso, los grupos más generales siguen las mismas leyes de surgimiento y desaparición que las variedades y las especies, cambiando más o menos rápidamente y en mayor o menor grado. Y este elemento genealógico —que es la única causa cierta de la semejanza entre los organismos biológicos— constituye el único sistema natural para clasificar los especímenes, señalando los grados de diferencia que poseen mediante las categorías de variedad, especie, género, familia, orden, clase y *phylum*. Todos los miembros de cada grupo están enlazados por una cadena de afinidades y, a la vez, se pueden clasificar siguiendo los mismos principios, en grupos subordinados. Es más, las formas fósiles quedan incluidas en este sistema de clasificación y, en muchos casos, vienen a llenar intervalos enormes entre grupos de organismos actualmente vivientes. Por otra parte, las semejanzas fundamentales entre todos y cada uno de los organismos vivos son tantas y tan comunes, que resulta indudable que todos los organismos se han desarrollado a partir de un origen único. Si consideramos incluso las dos divisiones principales que se tienen entre los organismos, los reinos animal y vegetal, nos encontramos con que ciertas formas menos desarrolladas poseen un carácter tan manifiestamente intermedio, que no es posible decidir inequívocamente a cuál de estos reinos pertenecen

y, más exactamente, lo correcto es considerarlas simultáneamente en ambos reinos. En estas condiciones, resulta muy posible, concluye Darwin, que tanto los animales como las plantas se hayan desarrollado evolutivamente a partir de alguna forma primordial, de la cual desciendan todos los organismos, tanto las formas que actualmente viven como las ya desaparecidas.

Como ya lo dijimos antes, la teoría de la evolución provocó desde un principio una violenta contienda científica, ideológica y política. Por otra parte, tuvo también una derivación reaccionaria, que adoptó en su apoyo el reconocimiento expreso que hizo Darwin de la inspiración que le habían producido las ideas de Malthus. Así, la selección natural fue tomada como una especie de excusa justificativa del dominio de una clase social sobre el resto de los hombres, de la infame "superioridad" racial y del sometimiento de unos países a otros. En realidad, este "darwinismo social" es anterior a Darwin mismo y sencillamente es una de las variantes de biologismo en la sociología. Al igual que el mecanismo, el matematicismo, el quimismo, el psicologismo o cualquier otra tendencia a reducir arbitrariamente la diversidad de las formas de existencia a una sola de ellas, el biologismo representa una desfiguración grave de las leyes biológicas para aplicarlas, sin más, a procesos que se encuentran gobernados por leyes diferentes. En todo caso, lo único que así se consigue es provocar una confusión desconcertante, para dar apariencia científica a ciertas conclusiones que carecen por completo de ese carácter y que, generalmente, sirven a propósitos enteramente ajenos a la ciencia. Por su parte, los filósofos positivistas postularon un progreso que no era evolutivo, en el sentido darwinista, sino simplemente amplificador; ya que la única posibilidad que le atribuían era la de su extensión cuantitativa, excluyendo expresamente a los cambios dialécticos. No obstante, independientemente de todas las tergiversaciones voluntarias o involuntarias que se han hecho en torno a la evolución y de los errores cometidos por el propio Darwin, que comparativamente resultan completamente secundarios, lo cierto es que la ciencia contemporánea se encuentra compenetrada hasta su médula de los concepciones evolucionistas. Y, en la medida en que avanza el conocimiento científico, se enriquece constantemente el contenido de la evolución. Lo mismo en las partículas elementales y en los átomos, que en los objetos celestes y en el universo

entero, cada día se descubren nuevos aspectos de su desenvolvimiento evolutivo. Incluso en los modelos de universo más estacionarios que han podido imaginar los cosmólogos contemporáneos, se tiene a la evolución como uno de sus elementos integrantes. Evoluciona la naturaleza, evoluciona la sociedad, evoluciona el pensamiento, evoluciona el arte, evoluciona la política, evoluciona la ciencia, evoluciona la filosofía; y, así, en todos los niveles y en cualquier condición, se muestra la evolución dialéctica de la existencia.

RESPONSABILIDAD DEL FILÓSOFO EN EL MUNDO ACTUAL

Por *Emilio ORIBE*

La aspiración en el sentido de que el filósofo sea partícipe en mayor o menor grado en los problemas de su época se acentúa con intensidad e insistencia entre las cuestiones fundamentales de hoy. Es indudable que en lo que va del siglo XX se ha llegado a restablecer la figura del Filósofo, en el orden de la sabiduría más exigente y en los mismos ámbitos de las ciencias puras, tal como era dada por el humanismo greco-romano y por el racionalismo del siglo XVII.—La segunda mitad del siglo XIX se empeñó en desacreditar esta venerable sombra o encarnadura de la antigüedad. La ciencia desvanecía al Filósofo en su integral apostura y el saber generalizante y limitado en el recinto de la experiencia, confinó durante muchas décadas al Filósofo dentro del ámbito de las tinieblas dubitativas.

Protágoras logró triunfar sobre Sócrates, y la esplendorosa aureola de la ciencia teórica y aplicada, y la concepción mecanicista y empírica de los hechos naturales, desestimaron aquella fe multisecular con que la humanidad mitologizó a los grandes filósofos. Pero hoy ya no es así. El personaje retorna o resurge en la época actual y por confluencia de varios factores asistimos a la reivindicación de tan extraña figura. Extraña sí, porque su retorno contrasta con la permanencia imprescindible de los creadores y responsables del poderío científico. Mas allá, en el umbral del recinto amurallado de los hombres, no extraña sin embargo el retorno del excluido, por que el Filósofo vuelve con el indumento sencillo de todas las gentes, no diferenciándosele entre la cotidiana multitud de las avenidas y de las universidades. Su prestigio y su irradiación personal se afirman nada más o nada menos, que en el renombre de las obras que publica, en las memorias de los congresos y en las universidades o aulas donde adoctrina, con-

sagrado a una transitoria revelación profesional y casi claustral, que ha reconocido como sacra e invulnerable, para su íntimo pensamiento pragmático.

Hasta en las penumbras humanistas o científicas en donde trabaja, con enormes bibliotecas y archivos a su disposición, con documentación apoyada en revistas rigurosamente especializadas dentro mismo del saber filosófico, el Filósofo moderno entra en conversación, consulta y disputa con el físico, el químico, el fenomenólogo, y todo aquel oficiante de los números y las figuras geométricas. ¿La esfera circundante del Filósofo se amplía para incorporarse los problemas sociales, políticos y económicos que irradian en torno a los estados, los parlamentos, los partidos y los gremios? El Filósofo ha restaurado su prestigio antiguo y en los centros de la más rigurosa seriedad científica se le tolera sin menoscabo, se le consulta y admira, haciéndole partícipe de las conquistas científicas, frente al universo que día a día cede sus emporios cuajados de misterios, ante el embate del saber metódico y sistemático. Desde allí a otros ambientes manifiéstase solidario con ese desplante conquistador, por virtud de la técnica y de la máquina, y así encontramos una evidente revalorización de la filosofía sobre la ciencia. ¿Se podrá decir que lo mismo ocurre con la ingerencia del pensamiento filosófico en la sociedad humana, en la política, en el arte, en la religión o en la historia?

PARECERÍA como más aceptable reconocer que la preeminencia que ha adquirido el Filósofo es definitiva dentro del orden científico. Para siempre su olímpica miseria se yergue en la época moderna, con la misma firmeza que logró en la antigüedad. Pero entiéndase bien, que esa consideración tiene efectividad para el filósofo creador; para el que expone sus teorías y sus problemas en Europa y Occidente, apoyado por su intuición original y auxiliado por una cohorte de profesores, especialistas o discípulos. Lo que llamábamos la escuela de adoctrinados o seguidores, puede existir más allá de los arrabales de su clase, pero no importa si él, no la ve; están las revistas, los congresos, los prodigios técnicos, que se pondrán poco a poco a su disposición y en los medios del universo muy distantes y en los más diferentes idiomas. Esencias sutilísimas de oriundez científica, como el éter, la electricidad, la

luz, el sonido, el espacio y el tiempo, estarán como fieles sirvientes o mandaderos sumisos e inconscientes lacayos de los más difíciles pensamientos que él elabore o invente. La influencia personal directa de su módulo físico puede no existir, la persuación de su personalidad, el halo de su ánima eficiente ya no es imprescindible; su presencia en todas partes donde se trasmitan ideas, le aseguran un auditorio imponderable y prestigioso. Sobre un paradigma como el que se ha delineado, pueden trazarse fisonomías descendentes, que suelen exhibir prestigios parciales, por la erudición o el saber enciclopédico, por la segmentación del emporio filosófico en disciplinas de especialidades. Sobre cada uno de tales personajes, en mérito a la labor y profundidad de sus indagaciones, su utilidad en la docencia y formación de los alumnos de esas colmenas inmensas que se llaman universidades del siglo XX, en mayor o menor grado, se extiende un criterio admirativo de autoridad y respeto, que se acrece con los méritos conquistados en las plazas abstractas del conocimiento científico de todas partes, y que, a veces, por designio de un conjunto de circunstancias llenas de sabiduría, hasta puede ser llevada a una valoración universal.

Sobre estas líneas rígidas, trazadas como aguafuertes bien ceñidas o en caracteres de contornos algo difusos, la humanidad culta y angustiada bebe las no muy claras aguas de este inextinguible pantano de Hipocrene, que se ofrece a través de la publicidad moderna.

La técnica y la industria, que son hijas de la ciencia aplicada, las cuales hoy a su vez crecen sin límites, se colocan dócilmente al servicio de la Filosofía. ¿Qué entiende de los filósofos la muchedumbre de las plazas, se preguntarán algunos? ¿Pero, entendían los helenos a Sócrates en los vericuetos de Atenas? Las respuestas son dubitativas y en el demonio griego anotamos el drama de la historia como respuesta. El final de Sócrates, narrado y sublimado en la Apología que nos trasmitió su discípulo preferido, es bien significativo. Aristóteles se desterró voluntariamente más tarde para evitar el segundo martirio que su ciudad cargaría como responsabilidad ante la historia. Parecería que todos los grandes filósofos de hoy imitasen en eso a Aristóteles: no se mezclan en los quehaceres, conflictos y furias de sus contemporáneos, para no obligar tal

vez a los Estados a proceder contra la Filosofía, en su afán de ser práctica y no teórica, en su riesgo de peligrosidad pública; por ello los filósofos se exilan hacia las universidades. Allí se les acoge, se les publica las obras y hasta se les fortifica lo corpóreo. Con esas salvedades, Sócrates desciende hoy a las plazas de una Atenas, siempre acogedora, invisiblemente conducido por las editoriales e imprentas más ágiles, y eleva su palabra con más eficacia y autoridad que nunca hacia el inmenso océano de las ávidas plebes.

No obstante la oscuridad sigue siendo una de las máscaras de la filosofía y de la poesía. Los textos ininteligibles de los filósofos han sido parcialmente clarificados por los devotos exégetas, los cuales traicionan o potencian o descifran sus ideas. Los mismos mitos o leyendas crípticas que rodearon a Heráclito o Parménides, trasportan, deforman o embellecen los enigmas de Heidegger o Jaspers.

Una avidez creciente de los hombres cultos se levanta hasta la categoría primordial del Filósofo de todos los tiempos. En Oxford, Harvard, Yale, París, Torino, Friburgo, Bolonia, y en otras capillas por el estilo, existen, lo que, orgullosamente y en esta segunda mitad del siglo XX, se denominan Filósofos; sin retaceos merecen la admiración del mundo civilizado. Las editoriales universitarias y las particulares, imprimen en el idioma original y en traducciones de reputada jerarquía, sus voluminosos y condensados escritos. Existen ya, entre algunas grandes ciudades sudamericanas, bien sólidas colecciones filosóficas, muy respetables. Las llamadas Fundaciones, cuando muere un personaje de aquella talla descripta recogen los inéditos, las obras póstumas, los textos clasificados y los fragmentos explicatorios. Todos conocemos y valoramos los documentados estudios que emanan de tales archivos. Parece que los hombres de ahora, no desean que se pierda ni una palabra iluminativa o complementaria del Filósofo. ¿Quién no conoce las ediciones de los poseedores de los últimos escritos de Husserl, de Bergson o de Blondel, que con el título de *Cahiers* o de *Últimos Tratados,* bajo el auspicio de las fundaciones, exhumados con todo celo, son una prolongación más allá de la muerte, de la filosofía pura de esos hombres de irradiación irresistible? Hasta pueden saborearse en algunos órganos bien reconocibles de la prensa mundial, artículos de los más grandes filósofos de hoy.

Sobre la sociedad actual se cierne otra preocupación que no existió con tanta vigencia y dramaticidad anteriormente. Es el problema social-político-económico, que ha adquirido proyecciones gigantescas. Las dos guerras universales, les ofrecieron sus panoramas más trágicos y el humus fecundo para sus crecimientos.

Las miserias del capitalismo voraz, y las doctrinas y revoluciones sociales, se han apoderado de la esperanza y de la imaginación de los hombres. Nuevos mesianismos, reconocibles en doctrinas, parcialidades, clases, masas con profetas, colman el horizonte del mundo moderno y actúan, y como otras tantas mitologías agresivas o exigentes. ¿Qué cometido será el asignado al Filósofo en este escenario? ¿Consejero, guía, protagonista, espectador?

La inmanente problematicidad de la cuestión social contemporánea revela que las intromisiones últimas de los pensadores filosóficos, en los conflictos y luchas de los hombres que fermentan en las crisis y conmociones de la época, no son nada halagadoras. Su pensamiento en general no ha sido comprendido ni tampoco valorizado con respeto, admiración o justicia. Las masas y los sindicatos son aglomeraciones cautas como serpientes, doctas en disciplinas parciales, con militancias y cegueras realmente asombrosas. El caos dirigido o comprometido por los callejones de las estrechas ideas pragmáticas, siente un rencor y una desconfianza torpe hacia la filosofía. Cuando más, la mayoría de aquellas organizaciones obedecen a consignas dogmáticas que trascienden de los teorizantes y santones del materialismo dialéctico. Este mismo, que es una respetable doctrina que reposa en la arcaica concepción materialista del universo y de la historia, y que postula la fatalidad de una lucha de clases con agresivos préstamos a las doctrinas de Heráclito y de Marx, se enciende en ira y en burla contra la tradicional filosofía y rechaza los resurgimientos últimos, porque reposan sobre intuiciones incontrolables y espiritualismos inmanentes, los que defienden en última instancia los principios que siempre han dominado en la humanidad superior de Occidente: el culto de la razón pensante, la admisión de la verdad como norma definitiva, de la ética como valor insustituible, de la libertad humana como fundamento y señorío incontrastable del espíritu y la cultura. Para los energúmenos adoctrinados, esas constantes que persisten en el saber

filosófico de hoy, y que reproducen el modelo del filosofar de los griegos, puede servir a deleznables argucias de las clases dominantes para sojuzgar a los otros hombres, a los explotados de la grey humana, y que no harán más que retardar, ya que no impedir el advenimiento de los totalitarismos del futuro. Con el nombre de miseria de la filosofía, se ha caracterizado y se ha impuesto como vejamen, a toda una tendencia sublime del hombre pensante para interpretar el universo y el enigma y destino prometeico de la criatura humana. ¿Qué deberá hacer entonces el Filósofo empañado por el equívoco que su presencia provoca? Me parece que será más valorada su importancia en el sentido de que logre esclarecer los paralogismos y los sofismas de los conductores, de los doctrinarios de tales tendencias y patentice las radicales aporías de las cuestiones económicas, al enfrentarse con el problema de la felicidad terrenal del hombre.

Uno de los murallones que se han levantado contra la injusticia social, tiene sus cimientos sólidos y dialécticos en el noble término del movimiento humanista de los siglos XIV y XV. Con la denominación de un Nuevo Humanismo, se comprenden esas tendencias que no se resignan a abolir del todo a la especulación filosófica. El Filósofo que se resuelva a resistir el enarbolamiento de las masas, e independizarse de su vértigo, deberá nutrirse con fundamentales conocimientos de los procesos beligerantes de los conflictos de hoy. Deberá conocer tanto las matemáticas y las ciencias como los principios de la economía y de la política, y del mismo arte de conquistar, dominar y sugestionar a las masas. La arrogancia discreta del sabio, la intuición del profeta, el culto sin dobleces por la verdad, la eticidad de la conducta particular y pública, deben completarse con el dominio de las ciencias sociales, de los movimientos y las tácticas de los sindicatos, de los resortes secretos de los procesos económicos y legales, de los mecanismos del estado y las necesidades de las masas que gimen bajo los excesos del capital. ¿La lucha de clases no se le aparecerá al Filósofo como la lucha de dos llamas, igualmente estúpidas, mientras en las entrañas se devoran hombres inocentes o culpables, fuertes o débiles, pobres o ricos? Y él ¿no tendrá la sensación de no poder hacer nada, con todo su inmenso saber, para evitar o interrumpir los conflictos, en su estado de perplejidad e ironía.

Si el Filósofo no posee las condiciones naturales y los conocimientos técnicos, no podrá hacer funcionar los goznes de sus intuiciones metafísicas en la resbaladiza dimensión donde señorean las masas con sus apetencias legítimas o sublimadas; si su sinceridad no soporta el peso o el roce de una máscara histriónica más o menos disimulada, no podrá desempeñarse con holgura en el seno de las muchedumbres ilusionadas. Es mejor que renuncie a su ministerio sacro y se incorpore a la grey de los conductores y de los sostenedores de esperanzas. Para ello debe evadirse de su condición de oficiante del logos y del conocimiento teórico superior.

Pero también le quedará el recurso de volverse sobre el vértice de su destino. Ser, él mismo, lo que fueron Sócrates y Descartes. Lo único que consagrará su poderío, será el deber de dominar alguna de las ciencias con todos sus adelantos, hipótesis y técnicas, para luego elaborar una doctrina que logre sostener las arquitecturas de las nuevas cosmovisiones de nuestro siglo. Deberá resignarse a soportar innumerables sacrificios y limitaciones y placeres; de esa suerte, y tras ese heroísmo y renunciamiento, todo Filósofo puede bien aspirar a encarnarse en un arquetipo: Aristóteles, siempre será posible; Descartes, siempre será probable; Leibniz, siempre alcanzable; Bergson, siempre cautivante.

Conclusiones

1. El Filósofo sigue siendo una categoría superior de la condición humana, que se caracteriza por ser el indicado para tratar racional o intuitivamente, la naturaleza del Ser, por medio del culto, de la Verdad, el Bien y la Belleza.

2. El Filósofo centrará su pensamiento en la investigación de la naturaleza y del destino del hombre.

3. Es necesario que todo Filósofo, después de aplicar un método original de la inteligencia, exprese su pensamiento con un léxico lo más claro y distinto posible, y que en el orden del conocer posea el dominio más completo de alguna de las ciencias de su tiempo.

4. El Filósofo sólo podrá manifestarse en plenitud cuando tenga asegurada la libertad de su pensamiento y de su expresión. Su adhesión a los sistemas establecidos del filoso-

far debe realizarse como un acto libre, evitando siempre el paralogismo de confundir el pensamiento con la palabra.

5. El Filósofo debe interesarse en todos los problemas del hombre moderno. No obstante, dada la magnitud y urgencia de éstos, debe imperativamente conocer las ciencias que atañen a mejorar la existencia material del hombre en el universo. Dentro de la sociedad contemporánea dominar las técnicas de lo social, amar al hombre concreto hasta la angustia y el sacrificio, luchar por él y por su bienestar tanto en lo relativo, como en lo absoluto.

6. Es preferible que, si el Filósofo no está preparado para ello, no se aventure en la empresa de comprender, practicar o solucionar los problemas sociales del hombre de hoy. No agregará nada útil al saber filosófico de su tiempo, ni al mejoramiento del hombre.

7. El cultivo de la Filosofía de acuerdo con lo establecido, es decir, coincidiendo con el dominio de alguna ciencia rigurosa; matemática, biología, física, historia, ética, le permitirá al Filósofo, por desbordamiento natural de su pensamiento, ofrecer al hombre las soluciones para sus problemas en la sociedad contemporánea, la historia y el tiempo.

8. El deber y la responsabilidad del verdadero Filósofo, estará en ser siempre más Filósofo, es decir, no eximiéndose del trance de cultivar lo mítico y lo poético junto con lo intelectivo lógico, sin negarse a sí mismo, por usura de prodigar algo que le es inherente, y condenándose, por lo tanto, a un empobrecimiento del potencial divino, que en todo tiempo y lugar, tuvo. Además, estaría mejor que hoy Sócrates, en lugar de ir a iluminarse en Delfos con la llama y la palabra de la pitia, se reclinara amorosamente sobre el corazón del trágico hombre moderno y descubriera en sus latidos, la Verdad.

Presencia del Pasado

MME. DE STAEL EN LA REVOLUCION FEMENINA DEL SIGLO XIX

Por *Francisco* ROMERO

ENTRE los sucesos o movimientos de gran alcance que se producen en el siglo XIX, uno de los mayores es el que puede denominarse "la revolución femenina". Se trata indudablemente de una de las transformaciones más considerables de la historia, y creo que todavía no ha sido apreciada en su volumen, en su significación humana e histórica, en las consecuencias que tuvo y ha seguido teniendo y sobre todo en las que con seguridad ha de tener más adelante. La presencia —verdadera irrupción en la escena social, en casi todos sus sectores— de la mujer en el siglo pasado asume un carácter completamente distinto de su presencia en las etapas anteriores, un carácter que merece calificarse de revolucionario, si se entiende lo de revolucionario en su mejor sentido, no como predominio del momento de sublevación o subversión, sino como un proceso veloz de innovación y mutación, de triunfo e incorporación de nuevas esencias, y a la larga de integración y ampliación, de superación y de enriquecimiento. Los influjos mujeriles en la alta cultura se cumplían hasta el siglo XIX por vías subterráneas e indirectas, y por lo común en modesta escala. En el siglo XVIII, sobre todo en Francia, la mujer ejerció perceptible influencia, pero no tanto en nombre propio como al amparo y por mediación de los varones. Una frase de ese siglo XVIII, creo que pronunciada por una de sus mujeres más ingeniosas, atribuía a la mujer en la alta vida social y cultural una función semejante a la de esas sustancias suaves y blandas que se ponen en un cajón donde se reúnen piezas quebradizas y de precio, para evitar que choquen entre sí y se perjudiquen. Se podría decir, prosiguiendo el símil, que en el siglo XIX las mujeres dejan de ser esa materia neutra y de relleno, y se convierten ellas también en piezas preciosas, con relieve propio y significación autónoma, y, naturalmente, expuestas a su vez

al choque y al desgaste, porque toda actitud de afirmación personal comporta un aspecto de rozamiento y de lucha. Hasta comienzos del siglo XIX, podemos decir que la civilización fue preponderantemente varonil. En el ánimo varonil hay sin duda, como en todo, lados buenos y lados malos; lo resueltamente malo no es ese espíritu en sí, sino su dominio omnímodo, la ordenación de la cultura y de la vida exclusivamente según sus módulos y principios, sin el contrapeso ni la complementación de los módulos y principios de la otra mitad de la humanidad, de la humanidad femenina. El sorprendente avance de la mujer durante el siglo XIX es un amplísimo fenómeno social, un fenómeno colectivo y de fondo; pero se lo discierne sobre todo en la aparición de singulares figuras femeninas, dispares en el volumen y los méritos, pero afines en haber marcado su impronta en el siglo, en haber documentado la plena presentación de la mujer en la historia, hablando con su propia voz, afirmando su propio ser, asumiendo por vez primera la colaboración con el varón en las tareas superiores de la existencia intelectual y colectiva. Esas mujeres desarrollaron unas veces una actividad de tipo individual y otras encabezaron movimientos de notable trascendencia, siempre con el sello de la femineidad. Baste recordar las muchas mujeres que se destacaron en las letras (la Staël, George Sand, la Desbordes-Valmore, Emilia Pardo Bazán, Rosalía de Castro, Fernán Caballero, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Ada Negri, el nutrido haz de las escritoras inglesas, etc.; las que comenzaron las reivindicaciones feministas o participaron en las luchas del proletariado; las de importante papel político, como la reina Victoria; las que traen decisivas aportaciones a la asistencia social (Florence Nightingale), a la reforma carcelaria (Concepción Arenal), a la prédica antiesclavista (Harriet Beecher Stowe) y pacifista (Bertha de Suttner) y a la renovación de los métodos pedagógicos; a excepcionales eruditas, como Carolina Michäelis de Vasconcelos. Sin que sea lícito olvidar las grandes actrices trágicas, ni siquiera a las inspiradoras de direcciones discutibles pero de indudable repercusión, como las animadoras del espiritualismo teosófico, Elena Blavatsky y Ana Besant. Ese suceso de la aparición en gran estilo de la mujer es tan considerable, aunque, como se dijo, no haya sido contemplado todavía en toda su magnitud y en su conjunto, que probablemente representa uno de los momentos

culminantes en la trabajosa marcha de la humanidad. En adelante, para la previsión del curso histórico, no serán válidas las anticipaciones basadas en lo ocurrido anteriormente, porque opera una poderosa fuerza histórica nueva, todavía no engarzada del todo en la común dinámica social, todavía un poco desorientada y sin conciencia completa de sí porque apenas comenzó a funcionar en el siglo pasado. Sólo en adelante, por el ingreso en el mecanismo histórico de una mitad de la humanidad que se mantenía fuera de él, por lo menos en fundamentales respectos, la civilización alcanzará el carácter y la dignidad de civilización del género humano.

Una de las mujeres más singulares por su personalidad y su influencia fue la baronesa de Staël-Holstein, Germaine Necker por su nombre de soltera, cuya vida se extiende de 1766 a 1817, y va así desde los últimos años del antiguo régimen hasta el restablecimiento de la monarquía en Francia, atravesando por tanto la Revolución Francesa y la etapa napoleónica; no solamente realizó la notable obra literaria a que debe su reputación, sino que vivió permanentemente en el foco de los acontecimientos de ese largo y tormentoso lapso, y aun tuvo intervención en muchos de ellos. No me aventuro a sentar que sea la figura femenina más considerable del siglo, pero es indiscutible que cuenta entre las primeras. En su personalidad y su obra hay un aire de grandeza que se nos impone apenas nos aproximamos a ella. Fue grande por su inteligencia, que aplicó a muy distintas especies de labor intelectual, siempre con brillo. Fue grande por el corazón, apasionado y leal, conmovido constantemente por intensos y nobles afectos. Y fue grande por el carácter, indomable, que la mantuvo enhiesta frente al despotismo y la llevó a preferir la persecución y el destierro, antes que doblegarse a cualquier transigencia. Con pleno derecho representa las más altas excelencias de su sexo, porque ni su vigor intelectual ni su irreductible postura en la defensa de la libertad acusan nada de hombruno, sino que aparecen como naturales expresiones de un noble temperamento de mujer.

Esta eximia mujer de letras cultivó muchos géneros literarios, casi siempre con éxito: la obra de ideas; el ensayo crítico, histórico y biográfico; la novela, el teatro, la poesía. Pero casi nunca sus escritos son mera literatura. Prefirió remover ideas, tomar posición ante cuestiones de su época, infundir

en sus páginas un sentido que, en términos muy generales, podemos denominar políticos. Estudió y juzgó la Revolución Francesa, de la que en parte fue espectadora; analizó con empeño militante los grandes episodios de la época napoleónica; se interesó por el problema de la mujer, que sentía en carne propia; investigó las relaciones entre la literatura y la sociedad; se pronunció públicamente en favor de la supresión de la esclavitud de los negros, y apeló a las potencias cuando se debatía internacionalmente el destino de Francia. Su voluntad de generosa intervención fue permanente. Acaso, por encima de todo, fue una gran europea, un alma que se elevó por encima de las fronteras, y sin desmedro de su amor a Francia, indagó y confrontó las peculiaridades de las mayores naciones del Continente, y prefiguró una especie de conciliación o integración del disperso espíritu de Europa. Y este europeísmo fue en ella como un destino. Porque circunstancias de familia y de nacimiento la predisponían a ello, su propia inclinación y sus lecturas la llevaban a lo mismo, y su vida andariega de desterrada le facilitó un conocimiento de muy distintos países, que nunca fue inspección superficial de turista, sino estudio a fondo de ideas, hombres y pueblos, y profunda y amorosa comprensión de caracteres nacionales. Quienes piensen en su libro *De la Alemania*, recordarán cómo se acercó a los genios de la filosofía y de las letras y procuró interpretarlos; pero para hacerle justicia ha de tenerse en cuenta que también se aproximó al mujik ruso y trató de comprenderlo. Acaso la designación que mejor le cuadre sea esta: Mme. de Staël, la europea.

Cuando se recorre su vida, sorprende desde el primer instante la cantidad de nombres sonoros unidos a su existencia o tangentes a ella. El padre fue el famoso Necker, jefe de las finanzas francesas durante algún tiempo antes de la Revolución. Necker era suizo; por su patria, país con varias vertientes hacia fuera, y por sus antepasados, alemanes e irlandeses, había en él mucho de internacional. La madre, nacida en la Suiza italiana y de severa observancia calvinista, había estado por casarse con el reputado historiador inglés Gibbon. La futura Mme. Staël, indudablemente francesa, no nació del todo en Francia, porque vino al mundo en la sede extraterritorial de la legación ginebrina de París; cerca de Ginebra, en la residencia familiar, vivió después largos años. La madre inició su edu-

cación bajo un régimen riguroso, que debió atenuarse por un quebranto de salud de la hija; desde ese instante Germaine se alejó de la madre y estrechó con el padre una amistad decisiva para su existencia. Necker era una personalidad poderosa. Carlyle llegó a decir, pintándolo en una frase, que así como el filósofo Malenbranche veía todas las cosas en Dios, Necker las veía todas en sí mismo. En la receptiva conciencia de la niña, al calor de una admiración y un afecto ilimitados, esa convicción del padre en su propio valer se inculcó, llegó a ser un dogma, influyó en muchos de sus juicios sobre sucesos y personas, apreciados positiva o negativamente según la índole de su respectiva relación con Necker. La vida íntima de Mme. Staël sólo interesa aquí en la medida en que se complica con su carrera intelectual o supone la aproximación de destacadas personalidades de la política y de las letras que ejercieron influjo sobre ella y sobre las cuales ella influyó a su vez. Se pensó en casarla con Pitt, que llenó durante años la escena política inglesa, y también con el duque de Mecklenburg. Otro proyecto matrimonial que fracasó también fue con el desinteresado y caballeresco Montmorency, que originó entre ambos una relación permanente y una acendrada devoción mutua. Germaine salvó a Montmorency de la guillotina y éste rindió el último tributo a su amiga en el lecho de muerte. Otra de sus conexiones sentimentales se señala igualmente por un episodio de valerosa generosidad: la que mantuvo con Narbonne, a quien también parece que salvó la vida. El casamiento con el embajador de Suecia en Francia, barón de Staël, unión de conveniencia por el lado de los dos contrayentes, que ha dado a Germaine el nombre con que ha pasado a la historia, terminó desventuradamente. Su relación más tormentosa fue la que mantuvo con Benjamín Constant, el autor del *Adolfo*, una de las novelas psicológicas más agudas del siglo XIX. Benjamín Constant, político brillante y hombre de talento excepcional, era un carácter escéptico y caprichoso y con ribetes de malignidad. El *Adolfo* se parece al *Werther* de Goethe en que, tanto como una obra maestra, es una grave indiscreción; fue escrito durante uno de los períodos más agitados de las relaciones entre Constant y la Staël, y lo tardío de su publicación no impidió que dejara una herida. Pero esta conexión, difícil y atormentada, como suele ocurrir con ciertos males de la vida, compensó el dolor que produjo con resultados

beneficiosos para ambos. La Staël influyó favorablemente sobre Constant en su trabajo y lo ayudó en su carrera política; él, por su parte, contribuyó al desarrollo espiritual de ella. Mme. de Staël aspiró siempre fervientemente a la felicidad, y no la concebía sino en el amor dentro de un matrimonio dichoso; este ideal se reitera en sus escritos con angustiada insistencia. En su existencia íntima fue la víctima de su grandeza, porque, como se ha dicho, era igualmente grande por la inteligencia y por el corazón, y no encontró un hombre que fuera su par, simultáneamente, en la altura de la mente y en la calidad de los afectos. Al fin halló el sosiego de una ventura modesta y como resignada en el casamiento con un hombre mucho más joven que ella. La gloria literaria apenas la consoló de no haber alcanzado lo que era la suprema aspiración de su alma desde la primera juventud, aspiración cuyos fracasos se trasfundieron en sustancia literaria en tres de las novelas más resonantes del primer tercio del siglo XIX: *Delfina* y *Corina,* escritas por ella misma, y el *Adolfo* de Benjamín Constant.

Si es lícito decir que en todos sus escritos domina una intención política, en el sentido muy amplio y general ya indicado, esto es, como vocación de intervención, como afán de incorporar ideas a la vida y convertirlas en fuerzas actuantes, también en el sentido preciso y corriente del término su actividad política fue considerable y le ha discernido un sitio en los sucesos del período napoleónico. Se había iniciado en la faena literaria con algunas obras breves, trabajos de juventud entre los cuales descuellan las *Cartas sobre los escritos y el carácter de Rousseau,* inspiradas por el entusiasmo y una admiración —si bien no incondicional— hacia el autor del *Contrato social.* La elección del asunto, el apasionamiento y la prodigalidad de ideas acusaban ya una disposición del ánimo que había de mantenerse, con algunas variantes, a lo largo de toda su existencia. Su adhesión a la causa de la libertad y del perfeccionamiento social queda proclamada, así como su fe en el progreso. El estallido de la Revolución Francesa la llenó de esperanzas, y el posterior desarrollo del proceso revolucionario la decepcionó, porque creyó que la antigua tiranía era reemplazada por otra nueva. Incapaz de retener sus sentimientos, se ocupó a defender a quienes juzgaba injustamente perseguidos, unas veces por escrito (como en el caso de María Antonieta) y otras por la acción, procurando arrancar víctimas a la gui-

llotina durante el terror. Su horror ante el sanguinario gobierno de Robespierre no amenguó su adhesión a las instituciones libres, pero le inspiró un ferviente anhelo de la restitución del orden y de la seguridad para todos. En dos trabajos de los años inmediatos, especie de manifiestos políticos enderezados a Pitt y a la opinión francesa, cuando Europa ardía en guerra, buscaba los caminos hacia la paz. Estas palabras suyas de 1794 son significativas: "Es necesario reconducir a los franceses, y con ellos al mundo, al orden y a la virtud. Pero, para conseguirlo, hay que pensar que estos bienes son inseparables de la verdadera libertad, hay que avanzar con el siglo, y no agotarse en una lucha retrógrada contra el progreso irresistible de las luces y de la razón". Con su fe en la libertad, afirmaba aquí su creencia en el progreso, que fue una de sus convicciones más firmes. Conviene retener estos aspectos extraliterarios de su pensamiento y de su acción para abarcar el relieve cabal de esta sorprendente figura de mujer, que no es sólo, como suele entenderse, un capítulo de la literatura francesa, sino un momento de la conciencia europea.

En Napoleón vio al comienzo lo que casi todos los franceses: la continuación de la Revolución en el orden. A su regreso, triunfante, de la campaña de Italia, Napoleón aparecía como un héroe republicano, se alababa su desinterés cívico y se le creía destinado a fortalecer las instituciones populares. La Staël se siente atraída por él, pero a poco, en las maneras que adopta, en el tono con que habla de arriba abajo a los demás, adivina su egoísmo y sus pretensiones cesáreas. Un motivo que le toca de cerca precipita la ruptura entre ellos. Los Necker conservaban su sede familiar en Suiza, en la finca de Coppet, donde la Staël hubo de residir muchos años, más que por gusto por imposición de las circunstancias; llegó a estar recluida en esa propiedad y salió de ella para su último larguísimo viaje burlando con ardides la vigilancia policial. Para disponer de los fondos necesarios para la campaña de Egipto, Napoleón decidió hacerse dueño del tesoro de la república ginebrina y para lograrlo se apoderó de uno de los cantones suizos y esclavizó a Ginebra; la patria originaria de los Necker dejó así de ser un Estado libre. Cuando Bonaparte regresa de Egipto, derroca el Directorio y se hace nombrar Primer Cónsul, la Staël y su amigo Benjamín Constant aprecian la gravedad de la situación; Constant habla contra la

nueva Constitución y ambos son considerados enemigos del régimen. La Staël no oculta sus opiniones y pasa a ser una de las cabezas de la oposición. A Napoleón le preocupaba la enemistad de esta mujer inteligente, movediza, enérgica, influyente por su prestigio personal y por la calidad de sus relaciones. Intentó comprarla por intermedio de su hermano José, ofreciéndole la devolución de bienes de los Necker que habían sido confiscados. La Staël tuvo para este intento de soborno una frase notable; dijo: "yo no *quiero* cosas, yo *pienso* cosas". La suerte estaba echada. El duelo entre el omnipotente Napoleón y esta mujer que no podía oponerle sino la fuerza moral de ella misma y de quienes se reunían a su alrededor, es un episodio tan honroso como reconfortante, y nos hace recordar otros que nos ha tocado contemplar. No lo olvidará la historia y se suma con lustre y honor a muchos otros en que las mujeres han resistido a la tiranía, oponiendo a la brutalidad del poder sin la ley moral que habita en las conciencias rectas. No fue su resistencia el rapto de un impulso pasajero; se mantuvo inquebrantable durante el resto de su vida. Ni siquiera puede decirse que, dado el primer paso, la fuerza de las cosas le impedía volverse atrás, porque si bien el odio de Napoleón la persiguió desde entonces, buscando los modos de perjudicarla y herirla, también al mismo tiempo procuró atraérsela, por las buenas o por las malas, a lo largo de diez años, y cualquier concesión de ella hubiese preparado un avenimiento. Ávido de renombre, como todos los déspotas, no podía tolerar que se le ignorara; particularmente le ofendía que la Staël omitiera cualquier referencia a él en sus escritos. Al requerimiento formulado por Fouché de que dijese unas palabras favorables a Napoleón, respondió con una negativa. El libro *De la Alemania*, a pesar de haber sido aprobado por la censura ministerial con algunas supresiones que la autora aceptó, fue decomisado al terminarse la impresión. Los diez mil ejemplares de la edición fueron destruidos y convertidos en cartón, y también se quiso destruir el original, pero no fue hallado. La arbitraria medida parecía no ir sólo contra la autora, sino también contra el editor, como un escarmiento tanto más atemorizador cuanto que se había confiado en la autorización dada por la censura oficial. Las autoridades justificaron el atropello con el argumento de que "no era un libro francés". No tenían por francés un libro donde no se alababa a quien pretendía serlo todo en Francia.

La suerte corrida por esta obra memorable recuerda la de otro libro francés del siglo XVIII, el titulado *Cartas filosóficas,* o *Cartas sobre los ingleses,* de Voltaire. Así como la Staël introducía en el suyo los nuevos y renovadores movimientos de ideas que ocurrían en Alemania y aspiraba a vitalizar con ellos el espíritu francés, donde se retardaban los modos de pensar y sentir del siglo XVIII —así el libro de Voltaire había sido en su hora un informe sobre la situación política, social e intelectual de Inglaterra, muy superior a la de Francia a la sazón, y la mera descripción era ya una censura al estado de cosas en Francia. La obra de Voltaire fue condenada y quemada por mano del verdugo. El paralelismo entre ambos libros reside, pues, en que uno y otro traían considerables novedades de fuera para su incorporación a la vida francesa, y en que los dos sufrieron condena y fueron inexorablemente destruidos. Pero también hay aleccionador paralelismo en que ambos renacieron de sus cenizas, propagaron su esclarecedor mensaje y quedaron inscritos entre las creaciones del genio literario de Francia.

La Staël viajó mucho, ante todo por Inglaterra, Italia y Alemania. Estos viajes, cuya causa principal fue la necesidad de salir de Francia por motivos políticos, se funden con su carrera intelectual y le proporcionaron abundante materia. Inglaterra era el ejemplo político, la perfección de la sabiduría práctica, el modelo en que ella soñaba para las instituciones de Francia. En sus *Consideraciones sobre la Revolución Francesa,* dice que "la constitución inglesa es el más hermoso monumento de justicia y de grandeza moral existente entre los europeos." Admiró mucho a Inglaterra y a los ingleses, pero nunca sus admiraciones fueron incondicionales; en la novela *Corina* consignó más de una crítica a las costumbres y los prejuicios sociales de los británicos. Alemania era para ella el país del sentimiento, del entusiasmo y de las ideas, del vivo interés por todo. "En Alemania —escribe— quien no se ocupa del universo no tiene verdaderamente nada que hacer". Frase en que el afecto se acompaña de cierto relente irónico, y que recuerda otra de intención semejante de Lange, el conocido autor de la *Historia del materialismo,* que más o menos suena así: "En Alemania, un farmacéutico no puede hacer una píldora sin reflexionar en cuál es la significación de ese acto suyo en el conjunto del universo". Italia fue para ella, al mismo

tiempo, el descubrimiento de los esplendores del arte y de la naturaleza, y no sólo la dio como fondo o escenario a la más notoria de sus obras propiamente literarias, sino que en cierto modo la convirtió en uno de los protagonistas de ella, como lo sugirió en el título al llamar a su novela *Corina o Italia.* Su último gran viaje está narrado por ella misma en unas memorias inconclusas que han quedado con el título que ella quería darles, *Diez años de destierro,* aunque sólo llegaron a abarcar, en forma discontinua, los sucesos de siete años. El tema de estas memorias es ante todo su posición frente a Napoleón y las vicisitudes derivadas de ella. En 1812, su refugio de Coppet en Suiza, donde prácticamente había llegado a ser una prisionera, según ya dije, llegó a parecerle inseguro, y resolvió trasladarse a Inglaterra. Este traslado era una empresa que exigía un valor y sobre todo una resistencia a la fatiga excepcionales. Había que burlar la vigilancia de la policía para salir de los límites que se le habían impuesto, y también la de las autoridades sometidas al gobierno francés en algunas partes del recorrido. Partió fingiendo ir a dar un paseo en coche por los alrededores, sin equipaje ni nada de lo necesario para un viaje largo. Ese viaje, así emprendido, suponía cruzar casi toda Europa, en condiciones dificilísimas, hasta llegar a un país donde pudiera embarcar para Inglaterra. Ésta es su última gran experiencia europea, por tierras ocupadas o en peligro de serlo, eludiendo a los agentes del gobierno francés. En ocasiones, siente dramáticamente casi a sus espaldas los ejércitos franceses que avanzan para la invasión de Rusia. Entre inquietudes continuas, pero también agasajadas por los más altos círculos de cada país, sin que nunca se canse de observar y de comprender, recorre Austria, Polonia, Rusia, Finlandia, Suecia, y al fin embarca para Inglaterra. Ha alcanzado la liberación al pisar la que era para ella la tierra de la libertad; se acerca también a la liberación definitiva, a la de sus preocupaciones y trabajos, porque iba ya herida de muerte.

Mme. de Staël fue una gran conversadora. Los testimonios coinciden en destacar el sorprendente brillo de su palabra, y en sus escritos se trasunta y palpita la vivacidad de la expresión oral. Su verdadera educación fue la que recibió en el salón de sus padres, escuchando a políticos y escritores, muchos de ellos de los más reputados del tiempo; bien pronto intervino en las conversaciones, recibiendo así estímulos que ex-

plican su formación precoz. Más adelante fue a su vez el centro de reuniones habituales, en su propio salón, en el cual el intercambio intelectual se acompañaba de una actividad política sumamente intensa, hasta el punto de convertirse en uno de los focos de la oposición a Napoleón y también del movimiento liberal y constitucional. Cuando, desterrada, lamentaba su alejamiento de París, era sobre todo la conversación parisiense y sus amistades lo que echaba de menos. Su gusto, que llegaba a pasión, por el diálogo, se registra en muchas de sus páginas; los dos capítulos que dedica al asunto en *De la Alemania* componen un tratadito lleno de curiosas observaciones. Como detalle significativo, consta que esta escritora de raza y de vocación no dispuso durante algún tiempo, de una mesa de trabajo; en los primeros años de su carrera literaria escribía en cualquier parte, sobre el mueble que tenía más a mano. Hay algo de improvisación en cuanto ha escrito, como que procedía, más que de reposados estudios, del recuerdo de conversaciones; pero su talento (y acaso sea lícito decir su genio), rápido y extenso, y su extraña capacidad de intuición y aun de adivinación, le permitían un acierto y una profundidad casi constante. Lo más admirable de ella guarda relación con esa modalidad de su trabajo, que de ninguna manera ha de entenderse que excluía la lectura y el estudio. Sobresale, en efecto, en la reflexión social y política, en la averiguación de las conexiones entre la inteligencia y la vida; en la captación de almas, situaciones y ambientes; en la expresión de sentimientos. En suma, en todo aquello para lo cual es indispensable una experiencia inmediata y viva, y no basta la mera información libresca. Para algunos de los temas abordados por ella esa práctica habitual de la conversación puede haberle acarreado una limitación, pero para lo más personal y representativo de su obra, le ha proporcionado materiales que no le hubieran podido llegar por otra vía.

Con pocas excepciones, los protagonistas de las obras de ficción de Mme. de Staël son mujeres. Los más recordados de estos trabajos son novelas, *Delfina* y *Corina*. Pero escribió muchos más, destinados a describir vidas o sucesos que documentan su permanente preocupación por el destino y los problemas femeninos. Apenas me consiente su enumeración el espacio de que dispongo. Para una enciclopedia biográfica,

redactó las biografías de Aspasia y de Cleopatra. Piezas de teatro suyas de diversa entonación, unas en prosa y otras en verso, llevan por título *Genoveva de Brabante, Safo, Jane Gray, Sofía, La Sulamita.* A ellas se suman tres breves relatos: *Mirza, Adelaida y Teodora* e *Historia de Paulina,* redactados, antes de cumplir la autora los veinte años, con la intención de ofrecer análisis de sentimientos, y que corroboran, con su fecha temprana, la natural inclinación de la Staël a este género de escritos, cuyas muestras más destacables son las novelas *Delfina* y *Corina.* Se ocupa mucho en ambas de la condición de la mujer, ante todo de la situación sentimental en medio de los contrastes de la vida. Alienta en estas obras un vivo interés por las dificultades de las mujeres en general, pero el enérgico subjetivismo de la autora las convirtió por lo menos en porción considerable, en expansión autobiográfica. Sus heroinas son, por tanto, como ella era, mujeres excepcionales por la inteligencia y el carácter. Alguien que la conocía bien ha dicho que Corina era el ideal que ella se forjaba, y Delfina su propia realidad durante la juventud. *Delfina,* publicada en 1803, es una novela epistolar; el género, muy en boga en el tiempo, contaba ya con abundantes muestras: la *Clarisa,* de Richardson; la *Nueva Eloisa,* de Rousseau; el *Werther,* de Goethe y la *Correspondencia de Altwill,* del filósofo y moralista alemán Jacobi, muy admirado por la Staël. La obra suscitó calurosos debates; la opinión se dividió entre los sectores más libres, que la aplaudían, y los más conservadores, que la denigraban: se le atribuyó una apología del suicidio, que la Staël expresamente negó en un folleto *ad-hoc.* La batalla de ideas tuvo repercusión en la cámara cesárea: Napoleón estuvo indeciso entre perseguir el libro por animadversión contra la autora o dejarlo pasar por convenir a sus intereses, porque ya proyectaba divorciarse de Josefina, y en la novela el divorcio era justificado. El tema del matrimonio desgraciado y de los derechos del amor se desenvuelve entre excesivas complicaciones de la trama. Novela de clave en algunos de sus aspectos, se han destacado en ella ciertos puntos interesantes. Uno de ellos es la formalización del personaje que en adelante se denominó "le raisonneur", el razonador, frecuente luego en la literatura, sobre todo en la dramática; este personaje es una especie de observador objetivo y frío de los sucesos, un crítico que los juzga desde arri-

ba, sin comprometerse mucho en el conflicto de las pasiones. Para este tipo tomó rasgos de Benjamín Constant; otros rasgos del mismo fueron aprovechados para otro personaje. Lo más curioso en la utilización de elementos reales, y hechos del que acaso no hay otro ejemplo, es la configuración de un carácter de mujer pérfida, amiga infiel, para el cual tomó por modelo al famoso diplomático Talleyrand, quien se reconoció en el retrato, sin que lo engañara la vestimenta femenil con que aparecía en la novela.

Corina o Italia es la más famosa de las creaciones estrictamente literarias de la Staël. Obtuvo una acogida extraordinariamente favorable, sin suscitar ninguna oposición, a diferencia de lo ocurrido con *Delfina,* pues no se afronta ningún problema particularmente espinoso. Esta novela tiene dos asuntos, la trama de un episodio amoroso y la descripción de los monumentos y de la naturaleza de Italia, parte esta última que ha de acreditarse en el haber del europeismo, Schlegel y Sismondi. Es una obra típicamente romántica, por la elección de los personajes, la exacerbación de los sentimientos, y también por haberse puesto la acción en Italia, una de las patrias ideales del ensueño romántico, siempre proyectado hacia el país donde florece el limonero. Italia es mucho más que el escenario; es, por la atención que se presta a su naturaleza y su arte, uno de los personajes principales de la novela. Corina sirvió durante mucho tiempo de guía a los viajeros, que recorrían Italia repitiendo el itinerario de la pareja protagonista. El trasvase de las propias emociones y aun situaciones al libro ocurre a cada paso. Corina, como la Staël, tiene mezcla de sangre germana y latina, y es una mujer de inteligencia excepcional, todo lo cual contribuye a preparar el conflicto que la destruye. Osvaldo va a Italia para consolarse de la muerte de su padre, motivo idéntico al que decidió a la Staël a realizar el viaje. El estudio del carácter de ese personaje principal, hombre de notable arrojo físico pero indeciso y de escaso temple moral, está llevado de nuevo sobre el de Benjamín Constant. Tanto en *Corina* como antes en *Delfina,* la utilización de datos reales en los estudios de caracteres, la referencia continua a personas vivas y a sentimientos efectivos, proporcionan una sustancia sobremanera rica para los análisis; ya el famoso danés Georg Brandes ponderó la importancia de los escritores de Mme. de Staël desde el

punto de vista de la contribución al conocimiento de la psicología femenina.

Puesto especial en la producción de Mme. de Staël tiene el libro *De la Alemania,* cuya publicación corrió las peripecias de que hablé antes. Se ha dicho que todas sus obras revisten el carácter de manifiestos; ésta sería el manifiesto romántico, como *Delfina* y *Corina* serían manifiestos feministas, como sus *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* y otros escritos serían manifiestos políticos, como dos o tres documentos a que me he referido de paso serían manifiestos antiesclavistas.

El libro *De la Alemania* es un vasto informe sobre ese país, sobre su cultura y espíritu en aquella época, con indicaciones particularmente importantes sobre dos puntos: la vida intelectual y las costumbres. Una circunstancia atribuye a la obra la muy destacada significación que llegó a asumir y que le confiere el valor de un documento y aun de un momento en la historia de las ideas. La Alemania de entonces era la Alemania del idealismo filosófico y del romanticismo, dos corrientes de idéntica raíz. Era la Alemania de Fiche, de Schelling, de Jacobi, de Goethe, de Schiller y de los Schlegel, uno de los cuales, el notable teórico de la literatura Guillermo Augusto Schlegel, estuvo mucho tiempo cerca de ella como instructor de sus hijos y la ayudó en sus estudios, sobre todo para ese conocimiento de Alemania e Italia que ocupa tanto sitio en el libro de que ahora hablo y en *Corina.* Como toda la vasta agitación del espíritu alemán de entonces puede ponerse, sin abuso en la generalización, bajo el rubro de lo romántico, el libro puede decirse que versaba sobre el gran fenómeno del romanticismo. Y como éste fue mucho más que un fenómeno filosófico y literario, como encarnó una especie de revolución espiritual o por lo menos señaló una notable inflexión en el curso de la cultura europea, el libro, escrito para los franceses pero disfrutando de la difusión que le concedía la universalidad de la lengua francesa, no sólo era la descripción de los estados de la conciencia de un gran país, sino la de importantísimos cambios sobrevenidos en él y que, con diferencia de grado e índole, había de repetirse a poco por todas partes, pues la marejada romántica sacudió todas las aguas del continente europeo y se propagó también a las de América. Como en todo gran movimiento llamado a conmover muchos países, en la eclosión de lo romántico, casi

simultánea después del originario empuje germánico, no sería lícito ver un mero fenómeno de imitación. La cultura de Occidente tiene bases comunes, y por este común fundamento creo ha de explicarse el sincronismo de sus manifestaciones en muchas partes; pero ello no excluye la parte de la imitación, o acaso, dicho más justamente, la de la incitación, porque hay disposiciones anímicas que se dan en ciertos pueblos con mayor poder y evidencia que en otros, aunque estén destinadas a generalizarse porque responden a situaciones idénticas. Esto ocurrió con Alemania y con Europa para lo romántico.

Todos los pueblos desempeñan su papel en el gran teatro de la cultura, pero parecería que en cada sazón hay uno que se adelanta y toma a su cargo el papel de protagonista. Así como el Renacimiento marcó en el reloj de la cultura europea la hora de Italia; el racionalismo cartesiano con sus innúmeras derivaciones la hora de Francia en el siglo XVII, y el empirismo británico y el auge de la Ilustración la hora de Inglaterra en el siglo XVIII, así el romanticismo señaló la hora de Alemania en los comienzos del siglo XIX. Mme. de Staël lo introdujo en Francia, que por cierto estaba llamada a popularizarlo en el mundo, aunque sobre todo en su cariz literario. El padre del romanticismo francés fue sin duda Chateaubriand, pero la Staël fue la madre, y llevó el eco de muchas esencias románticas además de las meramente literarias, de repercusión mucho menos inmediata pero que habían de fructificar a su tiempo. Con todo el respeto que merece la eminente figura de Chateaubriand, corresponde dejar sentado que el romanticismo integral, destinado a producir una renovación en la vida espiritual, estaba mejor representado en la informaciones y reflexiones de la Staël que en las obras del admirable autor de *René* y del *Genio del Cristianismo.*

Se ha dicho por críticos autorizados que Mme. Staël era una mujer del siglo XVIII; al nombrar al siglo XVIII pensemos en todo lo que significó la Ilustración. Esa aseveración me parece muy discutible, sobre todo si se piensa, como parece obligatorio hablándose de ella, en el siglo XVIII francés. La Ilustración francesa, los más característicos movimientos de ideas de la Francia del siglo XVIII, tienen una modalidad que, dicho con brevedad, ha de calificarse de profana, y la

Staël era un temperamento profundamente religioso. Es característico que, de todos los grandes escritores franceses del siglo XVIII, el que admira más a Rousseau, precursor del romanticismo y que, si bien hombre de la Ilustración por algunos de sus costados, combatió aspectos capitales de la Ilustración francesa, sobre todo su profanidad, postura en que le acompaña la Staël en muchos pasajes de sus obras. Cuando digo que Mme. de Staël era un espíritu religioso no me refiero a su libre adhesión a la creencia cristiana, acaso tibia al comienzo y que se fortaleció con los años, sino a algo mucho más vago y general, a una posición ante la vida, a una actitud de respeto, a la reverencia del misterio, a la capacidad de entusiasmo, a muchas propensiones suyas que le hacían ver con disgusto el tono de enconada crítica al pasado, de naturalismo un tanto superficial y de frecuente sátira, que dominaba en el pensamiento francés del siglo XVIII. La Ilustración alemana, en su representante máximo, el insigne Lessing, había sido muy diferente, y conciliaba la independencia crítica ante la tradición con una respetuosa contención respecto a ella en la que latía un anhelo de comprenderla al mismo tiempo que de juzgarla, de salvar sus valores permanentes, de instaurar una reforma a fondo que no implicaba la total negación. Y ya en el mismo Lessing, pensador paradigmático para su patria y su momento, se acogían algunos elementos que motivaron se la tachara de secuaz de Spinoza y de panteista, que suponían una profunda seriedad en la interpretación de la realidad y que adelantaban, según después se ha visto, aquellas concepciones filosóficas cuyo florecimiento presenció, deslumbrada, y procuró reflejar, Mme. de Staël. No se la puede calificar de una mujer a tono con el siglo XVIII francés; coincidía espontáneamente, en todo caso, con ciertos módulos de la Ilustración alemana, precisamente con aquellos que contrariaban los de la Ilustración francesa y prefiguraban más o menos oscuramente los puntos de vista que triunfarían en el romanticismo. En suma, mucho de lo que halló en la Alemania romántica era materia afín a la que ella llevaba dentro, y al encontrarse con esa Alemania vino en cierto modo a reencontrarse consigo misma. Si se toma a la letra que el objeto de este libro fue una especie de propaganda del romanticismo fuera de Alemania, y se entiende por romanticismo una escuela literaria, su papel se estrecha y aun se des-

figura considerablemente, porque lo que ella venía a descubrir era una nueva proyección de los espíritus que llegaría a ampliar la conciencia mundial con adquisiciones, más que duraderas, definitivas. En Alemania, la filosofía y las letras y aun otras expresiones de la cultura y de la vida, estaban informadas por un nuevo aliento de una visible unidad, y era ese complejo unitario el que refleja su obra. Ese sentido se extendió, como dije, a muchas partes, por el natural proceso del ánimo europeo y la incitación germánica, ésta última trasmitida en porción esencial por la Staël. Pero la vocación filosófica no se daba con la misma intensidad en los demás países, y lo que era en Alemania una actitud total de la inteligencia y los sentimientos pasó a ser en otras partes un gran despertar literario y artístico, con muchos ecos en las costumbres. La Componente filosófica no gozó de inmediatas resonancias, o las tuvo muy lentamente y con radio mucho menor.

El libro *De la Alemania* es uno de los mayores instrumentos o manifestaciones de lo que he llamado el europeismo de Mme. de Staël, y que, en términos menos adecuados, se denomina a veces su cosmopolitismo. El siglo XVIII había mostrado fuerte inclinación al cosmopolitismo, había hecho comparecer ante los lectores europeos, en las páginas de escritores como Lessing, Montesquieu y Voltaire, a judíos, musulmanes, persas, chinos y otros habitantes de remotas comarcas. Pero se trataba de una curiosidad formal y abstracta, que buscaba sobre todo en la exhibición de lo extraño, la confirmación de la prédica del buen sentido, de la tolerancia, de lo razonable. Poco tiene que ver con este cosmopolitismo de intención polémica, que esgrimía las figuras exóticas como argumentos, el europeismo sustancial y hondo de la Staël, que era inquisición y comprensión de lo peculiar y recóndito, obtenidas por una especie de identificación con lo ajeno. *Corina,* como se ha visto, es otra de las expresiones de la misma actitud, la que podría designarse como su pasajera naturalización en Italia. Su informe sobre Alemania quiere ser la introducción en Francia —y por ésta en la restante cultura europea— de modos de pensar y de sentir que advertía en oposición a los de su país y cuya incorporación imaginaba apropiada para un enriquecimiento y para la corrección de disposiciones que consideraba censurables. Aspiraba, por tan-

to, a una complementación del espíritu francés, a una ampliación, a una superación del angosto intelectualismo del siglo XVIII. Pero en el interior del libro ocurría otro tipo de europeismo, porque se daba una frecuente confrontación, no sólo entre lo alemán y lo francés, sino también de ambos con los británicos, sobre los fundamentos, de novedad innegable, de una finísima percepción de los caracteres nacionales. El lector despreocupado, al hilo de lo que anuncia el título, podía ver ante todo en la obra una exposición de la cultura y la vida germánica; podía ver en ella, especialmente, si era un lector de aquel tiempo, un desfile de siluetas de escritores, un repertorio de obras, un deslinde de tendencias y una recapitulación de ideas y doctrinas. Toda esta parte, la de la información, era lo más perceptible en el momento, lo más útil y aun lo más incitante de inmediato, pero también lo más perecedero. Desgraciadamente, muchos han juzgado el libro después sólo desde este ángulo, con evidente miopía. Con el correr del tiempo, aquellas frescas novedades de entonces han pasado a ser cosa muy sabida, y sabida con más seguro conocimiento. Mme. de Staël dedicaba muchas páginas a relatar el contenido de las obras de los escritores alemanes, páginas que hoy nos resultan tediosas, aunque todavía, aquí y allá, se puedan encontrar anotaciones aprovechables y sugestivas. Para los filósofos, sus indicaciones son muchas veces deficientes, pero no tan desacertadas como se le reprocha con frecuencia, sobre todo si se tiene en cuenta la molestia con que la formula, advirtiéndonos su falta de competencia en ese terreno. De acuerdo con su habitual manera de proceder, su fuente era más la conversación, las impresiones recibidas por vía oral, que la lectura lenta y meditada. Y de aquí también que lo mejor del libro sea lo que no se aprende en la lectura, sino en el trato con la gente, en la inmediata y cálida contemplación de la vida. Anécdotas risueñas nos la presentan requiriendo a un filósofo de fuste, de abstruso y complicado sistema, que le resuma su sistema en una conversación de un cuarto de hora. Yo creo que esta dimensión de su obra, no tan deficiente como se asegura porque su capacidad de intuición era verdaderamente maravillosa, cumplió su función en su momento y carece de valor actual. Pero en el libro deben buscarse otras cosas, de valor permanente. Hay una experiencia europea en Acción, en los términos ya dichos de una con-

frontación de caracteres nacionales, sobre todo de los de Francia, Alemania e Inglaterra, apreciación diferencial y comparativa que acaso sea lo más sustancial del libro, lo que lo salva a la distancia y lo hace merecedor todavía de una atenta lectura, porque no sé de otro escrito donde se conjuguen con tanta simpatía y perspicacia los rasgos de los tres grandes países. Los capítulos sobre el carácter alemán, sobre las mujeres, sobre la conversación (tema predilecto suyo, según hemos visto), sobre la educación y las Universidades, mantienen su interés. El propósito de abarcar desde arriba, en síntesis europeizante, el asunto, se descubre a cada paso. Por ejemplo, hay capítulos dedicados a discutir cómo ven la literatura alemana los franceses y los ingleses, y a tratar de comprender esas reacciones. Abundan en agudas observaciones las páginas sobre el amor, sobre la religión, sobre el sentimiento de la naturaleza; muchos de sus aciertos en tales temas provienen de que era más una gran conversadora y observadora que una gran lectora. Significativamente la última parte del libro versa sobre la religión del entusiasmo. Para ella, entusiasmo y religión eran inseparables; el entusiasmo de por sí era una religión, una permanente reverencia y adoración ante el misterio del mundo y de la vida. "El entusiasmo, dice, se relaciona con la armonía universal; es el amor de lo bello, la elevación del alma, el goce de la entrega, reunidos en un solo sentimiento que participa de la grandeza y de la calma. Cuando la existencia del hombre es entusiasta y afectiva, hay en él algo de divino". El entusiasmo era para ella la cualidad más distintivamente alemana; el penúltimo capítulo, "Sobre el influjo del entusiasmo en las luces", lo ofrece como la clave de bóveda de su obra, y también nos aclara su sentido.

La constante opositora en lo político a Napoleón, parecería levantarse aquí contra otro gran adversario, contra otra enorme figura en la que personificara todo lo opuesto a esa religión del entusiasmo a que adhiere. Muchas deudas tiene nuestra civilización con el autor del *Cándido* y del *Siglo de Luis XIV*, el intelectual frío e irónico que tantas generosas empresas de admirable humanidad llevó adelante, a pesar de su radical escepticismo. La Staël es casi la antípoda de Voltaire. Ella lo veía todo iluminado, resplandeciente, mientras que el universo era para Voltaire deslucido y opaco, porque no columbró nuevos prestigios capaces de reemplazar a

los que morían bajo su crítica. Esta obra de Mme. de Staël es un manifiesto, un manifiesto total, uno de los grandes manifiestos del siglo XIX naciente contra el siglo XVIII agonizante. La polémica era lícita y necesaria. La posteridad reconocerá sin duda su licitud y su necesidad, pero deberá hacer justicia pareja a uno y otro siglo.

Muchos polos atrajeron la atención de Mme. de Staël, como hemos visto, en empresas literarias que, en su mayoría, no se quedaban en la contemplación estática y la discusión de ideas, sino que revertían en la vida. Hay en todas ellas una constante, el fervor, esa religiosidad universal que se cifra, según su fórmula favorita, en la religión del entusiasmo. Su mente fue poderosa, pero el motor que la movía era el corazón. Hagamos sitio, para terminar esta exposición, a un libro que proyectaba y que no llegó a escribir y que se llamaría *La educación del corazón por la vida.* Probablemente hubiera sido su obra más personal y representativa, porque le hubiera brotado de la más honda intimidad de su ser.

De lo enunciado en este título, la educación del corazón *por* la vida, a la educación del corazón *para* la vida, no hay mucha distancia. Hasta podemos suponer con fundamento, dada la índole de la Staël, que las dos cosas se fundían en su intención. La pedagogía se ha preocupado principalmente hasta ahora de la educación de la inteligencia y de la voluntad. No ha caído en la cuenta de que los sentimientos también deben ser educados; acaso una de las causas de los males presentes sea la barbarie de los sentimientos. A las mujeres toca instaurar una efectiva pedagogía de los sentimientos, que podemos imaginar exigida y planeada en el libro que Mme. de Staël no llegó a escribir.

LA MUJER DE LA "GRAN ALDEA"

(Bocetos de la Argentina)

Por *Fryda SCHULTZ DE MANTOVANI*

DURANTE los últimos veinte años del pasado siglo hubieron de acentuarse forzosamente, parejas al crecimiento de la Gran Aldea y de la Nación misma, las características de esta realidad al margen que configura la mujer en nuestro medio. Junto a los hombres de la *generación del 80* aparecen pocos perfiles femeninos: Juana Manso, la principal figura de la educación, había fallecido en 1875; algunos recordaban a Rosa Guerra, que alternó su labor pedagógica con el cultivo de las letras, campo en el que ahora se veían, pálidamente, dos o tres escritoras post-románticas. La mayor de ellas, valiosa aun en sus fantasmales y anticuadas formas, era Juana Manuela Gorriti, que residía en Buenos Aires desde fines de 1874, aunque sus repetidos viajes a Lima iban a contribuir para que se la considerase, con ingenua o malevolente opinión, como una extranjera nacida por casualidad en provincia argentina.

¿Pero qué podían significar tan pocos nombres, reveladores de cierta atrevida personalidad femenina, en esa década en que, a la euforía viril de la nacionalidad en marcha, habían sucedido el escepticismo elegante, casi siempre importado, la fiebre del progreso, con sus correlativos, el negocio y el dinero, y la consecuencia inevitable de todos los excesos, especialmente del materialismo, regla de valor imperante sobre los ánimos que iban a hundirse en el marasmo económico de abril de 1890? En el mundo de la Bolsa, de los grandes hacendados con casa en Buenos Aires —es decir, de los representantes de una aristrocracia que más que gentilicia era bursátil, político o "vacuna"— la mujer no podía acceder al primer plano. Triunfaba en estos "Médicis sin arte, naturalmente, pero que desean ser artísticos", como definiría

Roberto Cunninghame-Graham a los porteños en 1914, el sentido ornamental y un poco vacuo de la existencia. Cuando el marido viajaba a Europa, circunscripta al París de *la belle époque,* la esposa solía acompañarlo, pero convenientemente rodeada de niños y de servidumbre, como para que a menudo tuviera que quedarse en el hotel mientras él se ocupaba de otras cosas: teatro, literatura, amistades costosas, lugares nocturnos. Es verdad que brindaba a su compañera alguna rápida excursión a los Campos Elíseos, o mejor, una exhaustiva al Louvre, con lo que ella se declaraba satisfecha y convencida de que prefería atender a la nerviosidad de los hijos, a la utilidad de su educación y crianza, mientras esperaba que llegase el ansiado regreso a la siesta de Buenos Aires. Pero no siempre acontecía de ese modo; el marido conseguía persuadirla, antes de emprender viaje, de que debía ir solo al Viejo Mundo, por negocios, mágica palabra en la que involucraba el dinero y la cultura, es decir, el bienestar y la consideración social. Porque se daba la coincidencia de que casi todos los hombres espectables de esa época eran abogados, ex-condiscípulos de la *Juvenilia* de Miguel Cané, o hijos de hacendados que frecuentaban el Colón por gustos artísticos o amistad con las cantantes; en el Club o en el gobierno, en el salón o en la tertulia de café —las gradaciones de lenguaje marcaban el lugar—, todos hablaban de mujeres con inusitada vehemencia, claro que estética y acaso un poco frívolamente, pero *la mujer* en sí, no sólo la propia, los tenía sin cuidado. Había quedado un poco atrás el viejo Sarmiento, muerto en 1888, con su entusiasmo por la educación de los jóvenes y su admiración por esa criatura del sexo opuesto de la que fue, entre nosotros, uno de sus más extravagantes panegiristas, ya que admitía, contra la corriente de sus contemporáneos, la presencia de una personalidad humana femenina, sin previa condición de belleza, de juventud, de encanto *sui generis* o de fácil favor. Sarmiento, gran enamorado y sensual, supo distinguir no obstante a la mujer en sus valores similares, y a veces superiores, a los de la criatura masculina. En la memoria de todos está su elogio de Juana Manso, y su complacencia, noblemente viril y desinteresada, por los cuentos y novelas de Eduarda Mansilla.

¿Pero es que, al lado de los "conversadores" del Club del Progreso, de los batalladores o amistosos componedores en

las contiendas políticas, de los hombres con gustos intelectuales y artísticos que escribían y publicaban por placer, o por sacarle puntas a su pluma de cultivados *au dessus de la meleé,* no existía *la mujer,* además de la chinita que les cebaba el mate, de la hija del puestero de la estancia —como la Donata, de *Sin Rumbo,* la novela de Cambaceres —o la madre de sus hijos? Sí; existía visiblemente, por ejemplo, la mujer del político. Su función era atender a la clientela presuntivamente electoral, observarla en sus reacciones, anotar los pedidos de plazas de maestras o de inscripción para el próximo curso de las escuelas; recibir los regalos en especies que llegaban para sobornar, muy relativamente, la voluntad del hombre de la casa; servir de madrina en los bautismos, asistir de buen o de mal grado a las fiestas y a los casamientos. La mujer del diputado, intendente y gradaciones menores de la República —en su mayoría médicos, sobre todo en las provincias— se multiplicaba en actividades peridomésticas. Lo sigue haciendo así, porque la política criolla tiene constantes invariables. Pero lo que importa para nuestro enfoque no es que el cuadro tenga tales o cuáles características sino advertir en él la composición del personaje, la adecuación psicológica que debía llevar a cabo la mujer. La esposa del político asumía el carácter humano, social, de fraternidad y simpatía palpables que el marido declamaba en la tribuna. Era la encargada de la realidad, parva y relativa, pero prometedora en la vida diaria. Con todo, venía a ser la más influyente: su don de insistencia, parecido al de la gota de agua, su auténtica compasión —desmentida sólo en los casos en que se trataba de opositores al marido—, su compenetración con el papel de partiquina que representaba, era responsable de muchos errores, pero también de aciertos que no salían a la luz, porque resultaba bueno y conveniente que al hombre se le atribuyeran los méritos y ella los cedía sin reproche; además, en la fluida corriente de los tiempos lo que significa un bien inmediato a corto plazo llegaba a ser un desatino.

El médico del pueblo, ya queda dicho, alternaba el ejercicio de su profesión con el electoralismo; lo facilitaba, además del relumbrón de su título universitario ganado en Córdoba o en La Plata —muy pocos en Buenos Aires, porque el que allí estudiaba solía echar raíces— el subconsciente tributo que la imaginación popular rinde al que se ocupa de los males

del cuerpo, al que están siempre cerca de la vida y de la muerte, llámese doctor en los medios evolucionados, manosanta en los incultos, mago, hechicero o brujo en las sociedades tribales. La mujer del médico-político estaba acostumbrada a conocer esos efectos; acaso en la intimidad fuera más escéptica respecto al poder omnipotente del marido en materia de enfermedades; pero de lo que no dudaba era de que ella debía colaborar en su prestigio, difundir las noticias de su consagración al deber, de su perenne vigilancia sobre la salud del pueblo, y todo ello no para propiciar su fama de médico eficiente, sino para rodearlo de una aureola de benefactor que sin duda redundaría en su autoridad social. Porque frente a este tipo de la política pueblerina estaba colocado el escribano de papeles con buena letra, y en las cabeceras de partido el abogado, profesión que permitía más rápidos desplazamientos, más amplias proyecciones de la influencia, más presumibles vinculaciones con el poder central. Verdaderos capitanejos, caudillos o jefes con una hegemonía fluida, movible, tornadiza, los hombres de la política criolla manejaban una carta, que a veces se les escapaba de las manos y otras incidía en su triunfo ocasional, y era *la mujer*. La mujer así en abstracto, porque como electorado todavía no contaba. Pero era la propia, colaboradora entusiasta y no pocas veces antagonista, cuando tenía cuentas íntimas que cobrarse: esposa, cuñada, hija, hermana, amante. . . Para todo teníamos paradigmas: doña Encarnación Ezcurra de Rosas —la Restauradora, la Heroína del Desierto—, Manuelita Rosas, figura ejemplarizadora, acaso a su pesar, y sobre ellas doña Josefa Ezcurra, tal como la pinta Mármol, sutilísima experta en espionajes y maquinaciones de entrecasa, admirable, a pesar de todo, por su sagaz olfato de perro perdiguero en la menuda política rioplatense.

Frente a este panorama que para algunos configura un inolvidable fondo de paisaje —en otros subconsciente—, estaba la mujer del común, siempre dentro de este capítulo de la realidad al margen de la historia. ¿Es que no ha de contar la mujer innominada, la compañera, la esposa, la hija, la madre del que no es nadie pero al que se le deben vidas y hechos materiales, acaso muertes, pero también rastros visibles y corpóreos como la pared de nuestra casa, el árbol plantado en la calle, la conexión eléctrica que en este momento de la noche

nos alumbra? Esa mujer cualquiera es la que opina en el mercado o junto a la vecina, la que tiene hijos y los manda a la escuela del Estado porque en este país la primera generación del inmigrante puede llegar a la Presidencia de la República, y si no llega a tanto debe saber más que su padre y que su madre, olvidándolos, si quiere, para seguir adelante. La mujer del común, del hombre anónimo, es una madre resignada. De antemano descuenta que su hijo será cantor de tangos, futbolista, maestro —empleado de comuna no la satisface—, secretario privado de un político, influyente, diputado él mismo. La redoma de la gloria para la mujer de pueblo es el zaguán, el vestíbulo de la humilde casa de la que quizá nunca saldrá y donde ella se considera un poco artífice frente a los visitantes, embriagada de las palabras que le suben a la boca hablando de las virtudes o de la influencia social del marido, del hijo, del hermano. De todas, suele ser la más desinteresada, por lo menos en lo que materialmente a ella se refiere. Claro está que este tipo de mujer se cumple más a menudo en la madre; porque la compañera, cuando el hombre sale de su plano por una u otra circunstancia, aspira a salir con él, cosa que no siempre ocurre, ya sea por diferencia de cultura o hartazgo de una de las partes —la masculina—, todo facilitado por las oportunidades que le brinda la nueva situación. En tales casos el hombre habla de la incomprensión de la mujer y ésta de su ingratitud, ciegos ambos ante el hecho de que se ha roto, irremediablemente, el equilibrio que antes los unía. Pero él olvida pronto, dispuesto como está a superar los obstáculos; a ella en cambio el rencor la convierte en activa enemiga, más tenaz cuanto burlada en sus ambiciones, más implacable cuanto impotente, viviendo sólo del deseo de que llegue una última oportunidad en la que el ex-compañero tenga que recibir de sus manos, no la prueba de su odio, sino de su perdón. Porque la venganza femenina suele tener esos matices sutilísimos, a veces ambiguos, que se confunden con la sublimidad del sentimiento y son a veces el toque de su más baja abyección. Quedan en la resaca estas antiguas compañeras, latentes, peligrosas en la medida de su fracaso; pocas veces la mujer impersonal consigue rehacer su vida después de un abandono. Cae en la fácil pendiente o se consagra a la autoconmiseración parecida a la de hembra que aúlla mientras llega el momento de clavar sus garras.

Pero con la marea del éxito masculino llega otra mujer a su vida y es la amante. Las cartas de triunfo dependen de muchos factores; para nuestra idiosincrasia hispanoamericana el éxito puede otorgarlo el poder político, o el crematístico, como en las demás sociedades; pero, además —y sobre todo en las bajas esferas, característica que se contagia y suma a las superiores— el éxito depende de la atracción varonil, hecha de fuerza, pujanza, relativa belleza física —a veces decidida fealdad—, prestigio de macho que abandona en busca de algo que lo satisfaga más, aureola de sadismo, en fin: todas las formas que brinda la masoquista imaginación femenina al hombre, ese niño consentido y señor al que sus siervas envilecen.

La amante no se suma como individualidad particular sino que se une, adhiere al hombre, por uno u otro de esos motivos. Pero el motivo *no es la amante*: constituye más bien uno de los resortes —si queremos emplear este término de la mecánica— que mueven a la mujer. La mujer se convierte en amante, al margen de la vida legal del hombre, por las siguientes causas: a) aspira a tener poder político, lo que se compadece con sus aspiraciones de benefactora social, y también de vengadora, como la Judith de la Biblia; b) poder adquisitivo o material, esto es comodidades, satisfacción de carencias infantiles; c) poder de competencia, mediante el cual trata de demostrar a las de su sexo la gloria deportiva del turno, que le pertenece por mayor belleza, seducción, o inexplicable humorada masculina; d) aniquilamiento de la voluntad que aspira al respeto social, o dicho más simplemente: amor, inconsulto, ciego, pasión o *compasión* que no admite conveniencias y sobrepasa como una llama todos los obstáculos, así lo limiten y ahoguen en su centro, indiferente a la borrasca y al escarnio que le toque vivir.

En cualquiera de estos apartados puede caber la actriz, que se vuelve amante acaso no por mérito del hombre en sí, sino porque lo decide su propia vena, su lábil modo de ser, su psicología cambiante que toma y arroja las máscaras con que se presenta. La actriz es una liberada de prejuicios. Lo que indica una etapa superior en la evolución personal de la mujer y de ningún modo dice que abjure de la moral o desconozca las costumbres respetables; asimismo, ella distingue los variados rótulos que marcan las acciones del hombre —del

ser humano, para no prestarnos a equívocos—. Lo que ocurre es que la mujer *es actriz,* aunque no actúe en las tablas, cuando decide jugar una partida mano a mano con el hombre o con la múltiple variedad de las gradaciones que configuran la criatura masculina. Por eso el hombre de éxito elige, aparentemente, a una actriz por amante; pero lo real es que resulta elegido por ella, precisamente a causa de que es un hombre de éxito. Lo que subconscientemente opera en la mente masculina es la busca del semejante, que su egolatría de macho vincula con lo que brilla, lo que se aparta del común, aunque sepa que lo han disfrutado otros como él, cosa que abstrae y olvida, inaugurándolo para siempre. La actriz sabe que su amigo lo será por corto tiempo; que para recibirlo se pondrá una careta romántica, como conviene a los ingenuos celosos que lloran y pueden matar; pero en la composición del personaje, la mujer actriz, con sus condiciones ambivalentes, no admitirá jamás que su actitud sea la de una rutinaria mentira. En rigor no lo es: la realidad condiciona, como el público de la platea, los ademanes del personaje que ella representa.

El hombre salido del común, o que por natural atajo de la fortuna o del poder político elige por amante a una actriz, sabe de antemano que esa situación no podrá durar. Porque lo que no varía es la *esposa,* papel femenino difícil y opaco, parecido al del perro que nos sigue los pasos. Es la que refleja las variaciones del bienestar físico y espiritual del compañero sin atreverse a expresar en voz alta sus aprensiones, sus intuiciones de sibila, de verdadera bruja de sus fracasos, adherida al barómetro de sus cambios de humor y, a veces, de la generosidad mentirosa de un bolsillo del que puede depender, mañana, el pan de los hijos. Porque el hombre juega a la fortuna como un niño que hubiera perdido el instinto.

En uno de los más característicos documentos de una época, Julián Martel acierta a describir en su novela *La Bolsa* (terminada el 30 de diciembre de 1890), a ese hombre bueno, el doctor Glow, inteligente pero sensible al encanto del lujo y del dinero, que apetece porque él mismo responde a la concepción que del mundo y de la vida tenían sus contemporáneos —los porteños que se vieron precipitados a la crisis y el desastre económico del 90— y a la vez el novelista esboza por lo menos tres tipos de mujeres que, como constante psi-

cológica, recorren la trama de nuestra sociedad: la amante, hembra placentera que explota al hombre vanidoso y a la vez se deja explotar por el cínico a quien ama; la burguesita ingenua, huérfana cazadora de buen partido, a la que los milagros del amor —en que se alían la conveniencia social y también la material, el respeto al hombre elegido y al propio, confundidos ambos en la consideración que merece la virtud— convierten en esposa, objeto al margen cuya única misión parece ser la de producir hijos hermosos, dejarse adornar y rodear de comodidades, presidir la casa en los días de fiesta y permanecer ajena a las inquietudes del hombre, que se encierra a solas, roído por la magnitud personal de su desastre económico. El novelista revela entonces a esta mujer marginal, que repentinamente surge de la sombra y accede al círculo de luz donde está el hombre, ahora sí su compañero; éste puede recibir la limosna de su comprensión, que suena a consuelo, pero la rechaza con el irreflexivo manotón del que se ahoga en la desgracia o en los límites de la locura.

El otro tipo de mujer apenas esbozado en *La Bolsa*, igual que en la vida, es el de la solitaria. La tía de Margarita es una beata, un alma pía. Ocurre en nuestra literatura que a estos ejemplares femeninos no se les ha prodigado la sal gruesa que ordinariamente acompaña a la santulona, la ridícula y a veces odiosa vieja marginal de casi todas las literaturas. La *tía vieja,* acaso por ser tan despoblada la sociedad en que nos movemos, ha sido siempre una pensionista sin cargo a quien los individuos útiles no parecen conceder mayor respeto: en su presencia se dicen palabras altisonantes, se tienen actitudes descompuestas, lo mismo que ante un canario en una jaula, pero se provee a sus necesidades (¡son tan pocas!), en determinado momento se la escucha, cuando se está de ese humor, y sus dichos parecen contener la buena o la mala suerte, como la voz del destino. La solitaria, la tía vieja, la rezadora de iglesia, posee recetas de postres y de unturas; ocupa una jaula en el tiempo que se cuida con ternura, con superstición, con verdadera piedad para la solterona, adherida a la vida de los demás y consciente de su papel, que debe pasar inadvertido y no interrumpir el horario. Ella, buena o mala, se ha colado para siempre por el único resquicio de bondad romántica que les quedaba a nuestras almas apresuradas, irreflexivas, un sí es no es utilitarias, siempre pro-

pensas al arrepentimiento y a la confesión desvergonzada de nuestras debilidades.

Hay otro tipo femenino que la novela y los documentos de época dejan de lado, como si no integrara el universo del hombre, y es el de la maestra. Es verdad que desde que Sarmiento exaltó a las educadoras al primer plano, y también en nuestros días, cuando se celebran altos aniversarios y conmemoraciones escolares, el lugar común es elogiarlas y ponerlas por encima de todos los mortales. Pero eso es cartón pintado y retórica de homenaje; en el fondo subsiste el desprecio de la "sociedad vacuna" a la maestra que le enseñó a leer, patente hasta en el sustantivo mal pronunciado, adrede, con que se las designa: "las maistras". Y ellas tampoco aceptan y en cuanto pueden hacerlo procuran liberarse de esa corona de papel mucho más ficticia que aquella con la que adornaban a los niños en sus pobrísimas representaciones de fin de curso. Lo que ocurre es que, como dicen los etnólogos, en un patriarcado los que detentan el poder intelectual, *los que saben,* son los hombres, y el que las mujeres se arroguen este privilegio suena a burla consentida, a desviación de lo que debe ser; de todo ello resulta una justificada e hipócrita cortesanía del varón. Pero es que las educadoras, las maestras, las hijas de la Escuela Normal que en nuestro país lleva casi noventa años de existencia (el decreto de instalación de la Escuela Normal de Paraná, Entre Ríos, es del 13 de junio de 1870 y lleva las firmas de Sarmiento y de Nicolás Avellaneda), han cumplido y seguirán cumpliendo una obra deveras evangelizadora. Las directoras importadas en el primer momento de los Estados Unidos y sus discípulas criollas, lo mismo que todos los educadores de la generación positivista, hombres y mujeres que las sucedieron, han realizado en este lapso de la historia nacional una labor de nobles consecuencias, ejemplo que debe ser tenido en cuenta, a pesar del crecimiento ideológico y social que trata de borrar sus rastros.

En la Argentina, más resueltamente que en otros países de Hispanoamérica, la mujer no sólo encontró aceptable el camino del magisterio sino que lo ambicionó, acaso rompiendo sus ataduras con la concepción romántica y paternalista que la recluía en los hogares. Hija de una nueva sociedad, sobre el país extendido, con islotes de aldeas presuntuosamente llamadas ciudades o capitales de provincia —sin dejar por eso

de considerar que la Escuela Normal era el primero de los lugares públicos de educación oficial que podían frecuentar las adolescentes— la mujer se convirtió en educadora, por vocación y por la fuerza de las circunstancias. Los hombres se ocupaban de política, y sólo un tipo de mujer, la esposa u otro más afín al ave de presa, la amante, tenían acceso a ese dominio. El innumerable pueblo de las mujeres que aspiraban a otra cosa debían elegir la enseñanza, para lo que primero tenían que educarse. Durante mucho tiempo les agradó el oficio, aunque más no fuera como sucedáneo en su vanidad femenina.

GUTIÉRREZ NÁJERA EN EL ALMA DE SU PROSA

Por *Mauricio MAGDALENO*

En muy pocos años produjo Manuel Gutiérrez Nájera su obra literaria, enorme obra que llenará muchos volúmenes cuando vientos mejores la saquen de lo hondo de la montaña de periódicos en que vio la luz pública. Esos años corresponden, de principio a fin, a la administración del general Porfirio Díaz. (El cuatrienio del general González no modifica la unidad psicológica del peculiar estilo de conciencia fundado en la paz necesaria y el progreso material: si políticamente fue un obligado puente para la primera reelección y las demás que la procederían, en ninguna otra suerte de consideraciones manifestó acento propio capaz de establecer una diferencia apreciable respecto al numen del largo mandato personal del caudillo oaxaqueño). De aquel día de mayo de 1875 en que *El Porvenir* publicó el primer poema de adolescente de dieciséis años a ese otro de enero de 1895 en que entregó a *El Partido Liberal* su último artículo, median dos décadas, pero no la menor ruptura en el bulbo del concepto espiritual de México.

A Gutiérrez Nájera le tocó vivir la flor del mundo finisecular, flor en la que apenas si se advierte, al pronto, un dramático estremecimiento —tanto más dramático cuanto que subvertía el universal anhelo de tranquilidad merced a la cual era posible la organización nacional—, al resonar las descargas de un destacamento de la fuerza pública que abaten en el desierto zacatecano al general García de la Cadena, en 1886, víspera de la segunda reelección. Cabe hablar de un estro de la paz: la primera, en rigor, de que disfrutaba el país tras cerca de ochenta años de explosiva discusión interna en que por instantes estuvo a punto de desintegrarse. La República tenía hambre de paz. Por las buenas o por las malas los caudillos de la guerra contra la intervención francesa y el Impe-

rio se plegaron a la ordenanza positivista: Orden y Progreso. Esto es, paz. Las palabras emanan de una magia tribal: en su hora —aquella hora del verso y la prosa de Gutiérrez Nájera— Orden y Progreso eran sacramentales, y tanto, que había que tomarlas infrangiblemente al pie de la letra.

Estaba naciendo eso que llaman los economistas de ahora la gran burguesía. Había ferrocarriles, bancos, industrias. Muy pronto el auge de las obras públicas sería espectacular. La vida era fácil y no México nada más, ni muchísimo menos, sino todo el mundo —el mundo occidental— creía firmemente que la salud del edificio social estaba asegurada para siempre. El dinero valía mucho y unos cuantos pesos cobraban proporciones mágicas. La furia de las facciones se disolvía, con la paz, en un suave conformismo en el que la tradicional fe católica y las imperiosas afirmaciones positivistas reñían sin subvertir el modus vivendi colectivo. Unos cuantos años más, respecto a los de Gutiérrez Nájera, y se produciría, en el encuentro de los dos siglos, eso que en Francia llamaron la Bella Epoca, la última gran euforia social que rompieron a cañonazos las pavorosas catástrofes modernas. Las inconformidades, allá en el seno del país, carecían aún de expresión y no parecían entrañar ninguna laya de amenaza. Un bonancible sístole y diástole que, al fin y al cabo, más daba la impresión de enriquecer el juego de las fuerzas republicanas que de obstruirlo. De creación e inconformidad deriva la historia, esa aburrida referencia de experiencias que ninguna colectividad está dispuesta a admitir sino al precio de su propio castigo. Voces preocupadas denunciaban, acremente, las sensibles mermas de la filosofía de la Reforma liberal, cuyos más altos signos abanderaban intransingentemente muchos de los que fueron sus campeones intelectuales. La mentalidad del gobierno del general Díaz, no obstante la porción de verdad de esa denuncia, en su sentido profundo era la culminación de la reforma liberal, y sus peores deformaciones obedecieron, por ineluctable ley biológica, al agotamiento de la idea que la sustentó.

A los más de los contemporáneos de Gutiérrez Nájera los marcó servilmente la época: es propio de cada época marcar a sus hijos. Él, como otros cuantos, marcó a su época —y esa es su gloria, su excepcional gloria de mexicano cuyos timbres, sin él saberlo, constituyeron un activísimo poder social. Subvirtió y sublimó a la vez la sensibilidad de su tiempo

sin batallas campales: con sus puras letras no dialécticas, como las de Bulnes, no agresivas —menos todavía—, pero profundamente revolucionarias en el orden de su imperio sentimental. No se sublevó contra el estro de la paz: por el contrario, fue su hijo magnífico. Su subversión, sin embargo, afectaba planos muchísimos más fundamentales: los del lenguaje. Antes que Darío, dio al idioma nervios nuevos.

Fue, sin disputa, el primer gran poeta de la República. Antes que él, sólo el herido grito de Sor Juana alcanza órbita magna. Es fama que fue el creador del modernismo, eso que llamaron en sus años el modernismo y que por sobre la innovación que significó y el tino con que apropió los más variados materiales verbales de fuera, se atrevió a expresar lo mismo de siempre —un estado de alma— con un registro distinto y una superioridad de factura indiscutible. El modernismo, como casi todos los ismos conceptuales, es un siempre rubro —como el azul que se encendería inmediatamente en todos los cielos del Continente— por el que el provincialismo de sus contemporáneos de México confundió la virtual naturaleza de lo moderno, lo de hoy.

El primero que reparó en la novedad del latido de su prosa, reciente su muerte y con ocasión de un prólogo a sus poemas cuya agudeza, por lo demás, no ha sido superada, fue Justo Sierra: "En aquel decenio (1876-1888) se reveló prosista singularísimo —escribe el docto magistrado y orador—, sin punto de comparación dentro de las letras españolas de hoy, por la fulguración perpetua, pero suavísima, como la de las noctílucas, de su frase, y por su estilo, muy complicado, muy fino, saturado de poesía y de una inexpresable facultad de efusión íntima, familiar y acariciadora que parecía tocar en lo amanerado, pero que sorteaba el escollo con un movimiento lleno de gracia y de gusto". Y agrega, rotundamente: "En su prosa, comentario perpetuo de su alma lírica y amorosa, puesto como un bordado de hadas sobre la trama de los acontecimientos mundanos que su deber de cronista le obligaba a narrar, fue en donde nuestro Manuel formó su estilo, creó su personalidad literaria y llegó a la plena conciencia de su fuerza y de su arte".

Luis G. Urbina, que tanto le debió y cuya consanguinidad respecto a Gutiérrez Nájera es muy próxima, diría, muchos años después, en las conferencias que forman *La vida literaria de México*: "El Duque Job es un hechicero de la prosa, más

tal vez que en el verso". Y el hispanista Isaac Goldberg, por su parte, afirmaría enfáticamente que su prosa es "más revolucionaria todavía que sus versos". Pese a lo convencional del vocablo, eso debió parecer su prosa a los escritores de su contorno: revolucionaria. Para aquel mundillo abonado al folletín y al embeleco, a los excesos de un tardío y cochambroso romanticismo y al do de pecho de tremebundas tiradas retóricas, los cuentos y las crónicas de Gutiérrez Nájera asumían aire de magia, según su agilísima donosura desenvolvía en maliciosos ritmos de ballet pequeñeces humanas de todos los días, caprichos y escarceos gráciles como espuma de champán e incisivos como aguijón de panfleto, ocurrencias de funámbulo, féericas bullangas de café cantante, imprevistos giros coloquiales, y todas las gamas del humor, y todo de aquí, tan mexicano como *Sobre las olas* o *El hijo del Ahuizote.*

Conviene considerar que Gutiérrez Nájera no escribió nunca en el sosiego de un despacho familiar, entre anaqueles repletos de libros y en esa soledad propicia a la peculiaridad del acto creador. Todo lo que salió de su pluma —tantos fárragos imponentes de cuartillas— lo concibió y escribió a la carrera, en las ruidosas redacciones donde había que formar el periódico del día siguiente en unas cuantas y desapacibles horas de la noche. Y llenó galeras y más galeras como un bárbaro, millares y millares de galeras sobre todos los temas vivos y eruditos, ministeriales y municipales, sociales y callejeros, serios y frívolos, "crónicas de ocho y diez columnas —precisa el propio galeote infatigable—, revistas de ópera, cabos sueltos, artículos políticos... ¡qué Mar Negro formaría toda la tinta que he gastado!" En uno de esos artículos de humor melancólico y fláccido tema obligado que muerde el frío de la medianoche, declaró que el periodista mexicano estaba comprometido a escribir lo mismo de bailes que de ferrocarriles y bancos.

(Otros, los que van al teatro o al circo o al llamado acontecimiento social, saborean la diversión y comentan, cenando en La Concordia, el triunfo de la Ristori o el fiasco del pobre Perico de los Palotes que osó presentarse nada menos que en el Arbeu con *La duda*, de Echegaray, o *La ley del hombre* de Hervieu, o la reciente elección de magistrados de la Suprema Corte o tal cual iniciativa de la legislatura de Campeche o Jalisco; este insomne jornalero, en cambio, no va al teatro o a donde sea sino en función de su condena y, tras

la precaria cena engullida aprisa —todo aprisa, como si lo acicateara uno de esos monstruosos negocios en que andan por medio veinte millones de pesos—, a comentar, pluma en mano, la reciente elección de magistrados de la Suprema Corte, o tal cual iniciativa de la legislatura de Campeche o Jalisco, o las facultades extraordinarias otorgadas al Ejecutivo en esta o aquella materia, o los decretos por virtud de los cuales rigen en toda la República los flamantes códigos de comercio y minería o los alcances de la nueva contribución que responde al nombre de Renta Interior del Timbre, o la apertura del puerto de Santa Rosalía en el lejano territorio de Baja California, o los progresos del ramal del Ferrocarril Central Mexicano de San Luis Potosí a Tampico, etc., etc. Amén de la fiesta en que la señorita Z celebró rumbosamente sus quince años, o los conocidos señores X sus bodas de oro, o la encantadora nenita Pérez tal hizo su primera comunión... Un día, al pronto gritó: "De una herida se salva o se muere, mas del trabajo intelectual forzado ¡siempre, siempre se muere!" Si el fruto de sus demoledoras vigilias pudiese tasarse en pesos —en pesos de verdad, montones de pesos y no los del flaco salario que le pagan—, sería tan rico como don Manuel Corcuera o don Pedro Murphy: trescientos sesenta y cinco artículos anuales, según sus propias cuentas).

En ese torrente de papel y tinta modeló su prosa, su expresiva y flexible prosa de los cuentos y las crónicas que formarían los pocos libros que pudieron acopiar sus amigos y cuya respiración no han menoscabado los años. "El verso nace; la prosa viene con los años", había afirmado su contemporáneo José Martí, que, como él, fue maestro de la prosa y, como él, le agregó coloración y sonido. El gran poeta, en efecto, se da aún en el verdor de la más temprana juventud y frecuentemente el tiempo no lo hace ni más completo ni más sabio; la prosa escapa al puro milagro y obedece a otro orden de desenvolvimiento verbal. Y no se trata, por supuesto, del mero tiempo fisiológico, que a fin de todo es el que menos determina en los procesos de creación: Larra en España y Gutiérrez Nájera en México habían alcanzado toda su sazón cuando murieron, pese a que murieron en plena juventud.

La base de la formación de la prosa del de los *Cuentos frágiles* es estrictamente clásica —y cualquier otra consideración, sobre secundaria, carece de seriedad. Clásica y castiza, para llamar las cosas por su nombre. Los vientos de Francia

e Italia la marcaron hasta un punto cuya significación resulta difícil establecer (en todo caso, el extremo de ese punto pasa corrientemente por lo esencial de su personalidad), supuesto que en toda formación literaria las influencias no son susceptibles de comprobación fisicoquímica; pero, a fin de cuentas y porque la perspectiva de tantas décadas desvaneció ya las hipérboles, parece justo confirmar que en la raíz y en la base de sustentación de la prosa de Gutiérrez Nájera hay una materia orgánica definitivamente castiza y clásica: la de los dos Luises, Quevedo, Santa Teresa y Jovellanos, pasando por Cervantes. Y el buen latín que aprendió en la niñez y que tanta falta haría a excelentes prosadores, sus pósteros, que sufrirían con su ausencia el castigo impuesto por la Reforma liberal a las Humanidades. Cuando se tiene todo eso, ya se pueden importar todas las novedades que se quiera, aun las más extrañas. La lírica española —por demás decirlo— estaba anquilosada y no levantaba el vuelo un palmo del suelo; pero, por lo que hace a la prosa, basta señalar unos cuantos acontecimientos fundamentales: por esos años publicaba Galdós *Fortunata y Jacinta* (1887) y los *Torquemadas* (1889-1895). Y donde están esas cumbres de idioma, digo yo para mí, la prosa narrativa castellana anda en todo su apogeo.

Toda prosa funcional —prosa narrativa, se entiende, a la manera de la que cultivó Gutiérrez Nájera— se desenvuelve como un árbol (árbol responde a arquitectura, a armazón y a estirpe: siempre a un íntegro significado vital): los humus que bebe no se ven, pero de ellos se nutre; de su tronco se desprenden ramales de los que a su vez derivan incontables familias de ramazones; tiene nudos, nervaturas y lóbulos y su fronda produce compases al impulso del viento. Las palabras son las mismas en un decreto fiscal que en un capítulo logrado de novela o una hermosa crónica, pero sólo el concierto creador descubre su esencia y las hace cobrar, en el juego de la frase, capacidad discursiva de lo que, por verdadero, nos hiere. El concepto chaparro las estraga, la hinchazón las entorpece, el demasiado artificio las volatiliza. Hay contemporáneos de Gutiérrez Nájera —y son legión informe que ni siquiera a título de curiosidad cabe registrar— cuya prosa se desgrana de tan intonsa: un costumbrismo paupérrimo de fotografía de mala muerte y un sentimentalismo pedestre y trasnochado, cuando no los peores jadeos de la pura retórica de relumbrón. ¿Cómo no iba a implicar una revolución la dignidad de la

prosa del Duque Job, y su espirituoso equilibrio y su sensibilísimo nervio de artista?

Gutiérrez Nájera publicó sus *Cuentos frágiles* en 1883. Dos volúmenes más de prosa verían la luz pública después de su muerte, los *Cuentos color de humo* y las crónicas, que incluyen la *Cuaresma del Duque Job*, las *Dominicales y Fantasías y viajes*. Cuando la República esté dispuesta a rescatar de su ingente producción otras páginas, habrá material de sobra para formar otros libros más. (¡México le debe tanto y lo tiene tan groseramente olvidado! Una vez, en este mismo año del centenario de su nacimiento, lo recordó Salvador Azuela reconociéndolo héroe nacional. Muy bien dicho, porque lo fue, y tanto, que a ver cuántos de esos que tienen estatuas y discurso conmemorativo se le hombrean a la hora —peligrosa hora que no suena todavía— del balance de nuestros valores. Gutiérrez Nájera fue un héroe del espíritu, como Shelly en Inglaterra, como Carducci en Italia, como Heine en Alemania. De sus batallas dimanaron capítulos muchísimo más importantes que tantos otros en que la facción política aplastó a la facción política. Al fin y al cabo, lo que somos por lo hondo del puro accidente geosocial, a númenes como Gutiérrez Nájera lo debemos. Hace unas décadas que un silencio glacial —cada vez más glacial— pesa sobre su memoria. En rigor, como a otros grandes mexicanos, los echó por la borda la indiferencia de nuestra época de vulgar oropel. Y no hay por qué hacer elegía: el hecho de que nadie se acuerde de él parece perfectamente conteste con signos que dan el pulso de hoy. Tanto peor para todos si no queda un resquicio para él. En sus años, una vez que lo enterraron, habló de él Justo Sierra; después, Luis G. Urbina, y en nuestros días lo han recordado devotamente Alfredo Maillefert, Francisco Monterde, Francisco González Guerrero. Y dos respetables extranjeros: el doctor Mapes, de la Universidad de Iowa y Boyd Carter de la Universidad de Nebraska. Urbina, por muchas razones hijo de su gracia, lo llamó "el más grande de nuestros líricos". Quienes vinieron después de él estaban llamados a llevar los tonos de la lírica a las más altas cumbres: Díaz Mirón, Othón, Urbina, López Velarde, González Martínez; pese a sus sendas magnitudes, Gutiérrez Nájera permanece inconmovible, tan inconmovible que no parece dudoso que atravesará esta hora sorda a las verdades fundamentales del

hombre y un día brincará del silencio de su huesa con un rutilar de oro macizo).

Si no hubiese muerto tempranamente, es de presumir que por simple gravitación habría tenido que emplear su prosa en obras de mayor aliento. Era escritor de raza y su probada disciplina habría sostenido las más ambiciosas empresas. Mucho de lo que escribió y forma parte de sus libros pertenece al género bibelot, si deliciosamente logrado, no el más indicado, por cierto, para desenvolver la eficacia servicial de su prosa. Pero ¿tenía nervios de novelista Gutiérrez Nájera? ¿Apunta en alguna de sus pequeñas piezas esa facultad de mover una historia en toda su extensión orgánica, propia del novelista? Yo digo que sí, y si se me apura, agregaré que parece excepcionalmente dotado para acometer una laya de novela que por su penetración psicológica y riqueza de recursos plásticos, nada hubiese tenido que ver con el ingenuo romanticismo de Altamirano, el grueso costumbrismo de Cuéllar, las desaprensivas truculencias folletinescas de Payno y el tijeretazo político de la crítica de Rabasa, los prosadores que en su hora gozaron de crédito y notoriedad.

La nota de Gutiérrez Nájera —sigo aventurando— hubiese sido otra muy diferente, muchísimo más entallada y dueña de una versatilidad de medios capaz de traer y llevar su tema por los más imprevistos estados de alma, según se desprende de lo que cabe suponer de la manera de *La novela del tranvía* y *la Historia de un peso falso*: costumbrista, pero con todo el vuelo de la tonalidad; realista y con intención universal; humorista para esconder todo exceso melodramático y herir en lo más escondido de la miga humana. Gutiérrez Nájera había leído a Balzac, por supuesto, pero también a Barbey d'Aurevilly y a D'Annunzio, cuyas finuras obraron hondo en él. En sus novelas —que no escribió, salvo el escorzo de alguna que anda por ahí, sin mayor significación— hubiese latido un vivísimo plasma sanguíneo de la ciudad de México. Porque Gutiérrez Nájera, hijo y vecino de la capital, como Fernández de Lizardi, Guillermo Prieto y Manuel Payno, había hecho de ella su mundo completo, su cosmos. La conoce de cabo a rabo, rincón por rincón, vericueto por vericueto, poro a poro, como Balzac a París, como Pérez Galdós a Madrid, pese a que su diario y obligado paseo por San Francisco y Plateros parece ubicarlo en un puro perímetro de dandy de levita azul y escandalosa gardenia en su solapa. No era hom-

bre de carnet ni le preocupaba apuntar lo que veía y observaba, como a Micrós: su sensibilísimo sensorio lo registraba todo al paso de la calle, en el nimio viaje del tranvía, en el cascabelear del mediocre Carnaval sin arraigo vernáculo, en la reunión social que apiña los más sonados apellidos. El cogollo de su prosa es metropolitano como las anuales aguas de la Alberca Pani o un palique en una mesa de mármol de la Concordia y respira la meteorología del estro de la paz, la recolecta y bonancible paz del Orden y el Progreso.

Apenas si viajó. Él, que conocía el alma de París como Arsenio Houssaye, no salió de su ciudad sino en contados kilómetros. "La familia Gutiérrez Nájera acostumbraba a ir una o dos veces al año a la hacienda del abuelo materno, don Miguel Nájera —refiere Maillefert—. Se encuentra esta hacienda a un paso del pueblo de San Martín Texmelucan —en el Estado de Puebla—; tenía, por entonces, una vasta casona de "blancas paredes y de enormes patios". Paisaje mexicanísimo: al fondo —con sus nieves eternas y los constantes cambios de la luz en la nieve los volcanes, el Iztaccíhuatl y el Popocatépetl. ¡Qué encanto para los chicos el día en que se comenzaba a hablar de este viaje y, sobre todo, la mañana en que había que levantarse muy de madrugada y todavía con estrellas, para tomar la diligencia —la diligencia, que era la que hacía el viaje a Puebla y la misma, sí, la misma (¡asomáos a verla pasar!)— que rueda todavía en el novelón de Payno". Aquel campo correspondía a la hacienda de San Miguel Totolqueme; cerca, pasa la vía del Interoceánico. Había allí una represa, entre viejos árboles; a mitad de la tarde resonaba el silbato de la locomotora del tren que iba a Veracruz. Esa represa es la de *La mañana de San Juan*, un cuento que nos conmovió hasta las lágrimas cuando éramos niños. Viajó, por fin —su inevitable viaje de bodas—, en octubre de 1888, después de efectuadas las que lo unieron a Cecilia Maillefert, a Michoacán. De allá trajo los colores de esas deliciosas páginas consagradas a Guadalajara, a Morelia y al lago de Pátzcuaro. En estas últimas, por cierto, vuelve a insistir en la emblemática del azul: "No puedo —escribe— comparar la sensación que en mí produce el recuerdo del lago, sino con la que me causa la poesía de Lamartine: es una sensación azul. ¿Por qué no atribuir color a las sensaciones, si el color es lo que pinta, lo que habla en voz más alta a los ojos, y por los ojos al es-

píritu?" (1888: exactamente el año en que Darío lanza su *Azul,* definitiva bandera de la tendencia renovadora).

Gutiérrez Nájera pagó el tributo de ley a todos los usos corrientes de la época y no siempre su prosa, como su verso, salieron incólumes de tan pesada obligación. Él mismo, en su vida tribal —un pan que ganar, unos amigos con quienes compartir lo acedo y lo tónico de los días, una posición intelectual a la que lo mismo contribuían los halagos del panegírico que las mordeduras de la envidia— rindió parias a los oropeles del buen tono. El maestro de armas Angel Escudero cuenta por ahí una historia chusca en la que el pobre Duque Job se mueve estrafalariamente: él, que tenía tanto de bravucón como de carbonario o de ingeniero hidráulico, se vio metido en una discusión sin importancia con un señor Gonzalo Esteva, en la que se produjo tal cual vocablo áspero o francamente ofensivo para el poeta. Los amigos intervinieron vehementemente, y no por cierto para suavizar diferencia tan fútil, sino, constituidos hierofantes de un concepto de guardarropía del honor, para promover el ineludible duelo, dado que lo ocurrido "sólo podía desaparecer cruzando los aceros o cambiando una bala sobre el terreno" —copio del lenguaje punto menos que ritual del maestro Escudero. Toda vez que Esteva era experto en el manejo de la espada y la pistola, Gutiérrez Nájera ya pudo darse por muerto a haber llegado las cosas a su preciso término. No llegaron porque una vez puestos frente a frente, a veinte pasos de distancia, el poeta disparó como Dios le dio a entender en tanto el otro apuntó por sobre su cabeza. El gracioso Escudero proclama que así "recibió el espaldarazo del duelo" el que no tenía otros que los grilletes de la tinta impresa y la transida angustia de *Las almas huérfanas.*

De todo eso no queda más que el hollín, lo demás se consumió: ¡tenía tan poco cuerpo como una de esas perlas falsas que, sin embargo, algún día lució en un aparatoso perendengue de rompe y rasga! De lo suyo, su airosa obra escrita, queda todo y su esencia ganó con el tiempo; pero es natural que también haya producido su hollín. El hollín de la prosa de Gutiérrez Nájera —toda prosa acumula el suyo, cuando funciona intensamente— ha taponado una parte importante de su perspectiva, al grado de que fuese necesario empezar el descombre inmediatamente después de su muerte. Justo Sierra lo inició en el prólogo a sus poesías. Fuera de lo que Martí

había escrito con su acostumbrada agudeza sobre su gran amigo mexicano, es lo único que tiene médula como juicio de sus contemporáneos. El celebrado poeta lírico, a mayor abundamiento, relegó al prosista, por simple presión atmosférica, a lugar secundario, como un mero complemento de su impresionante innovación lírica. El verso feliz obra —obraba en aquellos años, al menos— con muchísima mayor eficacia comunicante que la buena prosa. A Gutiérrez Nájera se lo sabían de memoria nuestros abuelos y, como si la música de su poesía no fuese suficiente, le echaban más música encima (Entre paréntesis: si algunos pedazos de su prosa admiten la melopea, distan mucho de ser los más saludables y ni siquiera los más poéticos, en el cabal sentido de la palabra).

Se conocía bien —mejor, desde luego, que el grueso de sus congéneres— y sabía por dónde andaban sus caminos y cuánto montaba la calidad de sus materiales de construcción. En un examen crítico —tambiés ejerció ese menester con un calado sin precedente en sus días— dice, a propósito de poesía pero con valencia extensiva a otros campos literarios: "La poesía francesa es muy coqueta y muy hermosa; cuesta trabajo levantarse de su muelle canapé; pero, aunque estoy enamorado de ella, debo confesar a usted que nos va a dañar mucho su *champagne*. Bueno es cenar con ella, pero a la mañana siguiente hay que marcharse a oir el canto de las cigarras virgilianas y el murmullo de la fuente de Tibur. El excesivo amor a la frase, a los matices de la palabra, ha dado a Francia esa poesía de los "decadentes" que es como un burbujeo de pantanos. Bebamos una copa de borgoña con Teodoro de Banville, pero conversemos luego mucho rato con los griegos y latinos, ¡los grandes sobrios! Y diré a usted que tampoco nos haría mal frecuentar el trato de los clásicos españoles. Yo tengo muchos pecados en mi conciencia y he pensado elegir por confesor a Fray Luis de Granada". Manejaba su balanza, como se ve, y no lo engañaban las etiquetas de sus importaciones como suelen engañar a tantos otros que pasan por muy ortodoxos.

De la época se sale —cuando se sale, por supuesto— convertido en fantasma o en estro vivo, y ¡cuántos fantasmas sobrecargan nuestras nóminas con su pura ceniza! Trascender la época y circular en el torrente de la posteridad, insertado a las marcas del desenvolvimiento de una estirpe, es gracia de escasos adalides, como este adalid de la jornada espiritual de México y de América.

LA ODISEA DE CHOCANO: CUBA Y SANTO DOMINGO

Por *Luis Alberto* SÁNCHEZ

Aunque, al partir de España, por Bilbao, Chocano declaró al corresponsal de *El Liberal* de Madrid que se dirigía al Perú, llamado por su gobierno, la verdad es que no pasó de Centroamérica, donde asentó sus reales por más de doce años.

Las desazones de los últimos tiempos le habían turbado, sin amedrentarle. Se hallaba en la plenitud de su energía tanto biológica como literaria. Aquel año de 1908, además de *Fiat Lux,* libro antológico por excelencia, había escrito numerosos poemas, encendidos de la pasión reivindicatoria que le arrebataba, tanto en su protesta contra ciertos personajes y métodos de la España de entonces, cuando en la reafirmación hiperestésica de su incoercible ego. Es probable que, en adelante, no produjera con tan prolijo esmero, y que su obra fuese un boceto o esquema de algo que no alcanzó a coronar ya. Por lo mismo, sus dichos, escritos y actos de ese tiempo deben ser ponderados cuidadosamente.

En marzo de 1908, poco antes de abandonar la Península y de que el Banco de España resolviera adoptar contra él una actitud señuda, apelando contra el decreto del juez que había exonerado al poeta de presentarse ante la Justicia en el "affaire" de aquellos tres malandrines (exempleados del propio Banco dos de ellos), Chocano había escrito una hasta ahora olvidada composición, titulada *Self Help,* que, aparecida en un periódico de Guatemala, constituye una como respuesta polémica al canto *A Roosevelt* de su amigo, prologuista y corresponsal Rubén Darío.[1] Es seguro que de esa misma época date la por muchos años discutida y fustigada composición *Fin de raza,* que empieza:

[1] *La República,* Guatemala, 14 de marzo de 1908.

Raza de leyenda, país de Museo
España es como una macabra visión.

Pues, a poco de incorporarse a la vida literaria de las Antillas, manifestó el poeta un renacido o recalentado amor a España, según iremos viendo, y, algo más tarde, escribiría una respuesta a sí mismo, bajo el título *Fe de raza,* cuyos primeros versos dicen:

Raza de alegría, país de sol y oro

"España es como una radiante visión".[2] Las cartas a Rubén en aquel período y hasta 1912, revelan el comején de regresar a Madrid, como un triunfador en el arte y en el dinero, que mordía la insaciable soberbia del poeta.[3] El hecho es que el 19 de junio de 1908 tenemos la primera noticia exacta del arribo de Chocano a La Habana, a través de un suelto de *El Diario de la Marina;*

Anoche recibimos la visita del esclarecido poeta hispanoamericano, que se ha hecho ilustre y popular en España.[4]

La Discusión del día siguiente es un poco más explícita, pues nos revela una empresa casi totalmente ignorada que Chocano había puesto en marcha en Madrid:

Procedente de Madrid, donde dirige la importante publicación *América Española,* ha llegado a ésta, de paso para Guatemala, el ilustre poeta peruano. La popularidad y el prestigio de Santos Chocano eluden toda presentación.[5]

---

2 Bajo el rubro de *Las dos Españas,* recogió ambas composiciones que datan de fechas diferentes: la primera apareció sin firma en *La República*, de Guatemala, 1908; la otra acaso de fines del mismo año o comienzos del siguiente. Ver *Obras completas,* México, Aguilar, 1955, p. 839.

3 Ghiraldo, *El Archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Losada, 1941.

4 *El Diario de la Marina*, La Habana, 19 de junio de 1908.

5 *La Discusión,* La Habana, 20 de junio de 1908. Deseo dar las gracias públicamente a mi ocasional, pero eficientísimo y diligente colaborador en lo tocante a la permanencia de Chocano en Cuba, el señor, Luis E. Vera, entonces (1951) desterrado venezolano refugiado en La Habana. Gracias a él pude recoger numerosas composiciones poéticas y prosas que publiqué en la arriba mencionada colección de *Obras Completas . . .* ahora por completar.

El Fígaro, donde tendrá la más amplia acogida el poeta, se refiere a la mencionada revista como uno de los más fructíferos proyectos de Chocano. El número programa de *La América Española,* parece haber sido lo único que salió a luz y alcanzó a circular, al menos en Cuba.

Max Enríquez Ureña, que se hallaba entonces en La Habana, me ha referido dos o tres anécdotas, cuya primicia quisiera desvelar ahora, pero cuya confirmación espero antes. Una de ellas presenta al poeta en situación económica angustiosa, pero lleno de orgullo, tratando de salir de sus aprietos con arrogancia, sin mengua alguna de su prestigio ni de su amor propio. Ramón Catalá, administrador de *El Fígaro,* en el que ejercía funciones de piloto el poeta Manuel S. Pichardo, comprendió que, bajo la apariencia de una transacción cambiaria, se ocultaba la falencia del recién llegado, que hurgaba magín y caletre para urdir nuevos modos de agenciarse la vida, sin detrimento de su congénita soberbia. La silueta que nos ofrece un cronista de *El Diario de la Marina* es muy significativa:

Mientras uno leía *La Lucha,* miré por encima de su hombro y vi una caricatura y un retrato. Del retrato no me quedó nada impreso. De la caricatura, sí. Vi un bigote de borgoñón, negro, felpudo, atenazado, guías arriba en ondulaciones desdeñosas. Una nariz de suaves lomos, amplios ventanales y movible perendengue, el pelo *en avant* hacia el cogote. Y todo ello altivo, movible, interrogador, serio . . . Pertenecen estos rasgos a un absentista catalán o a un prestidigitador portugués, afirmé yo con aplomo. Y el otro me dijo: "Tiene usted una vista padre: es efectivamente Chocano, poeta natural del Perú, vecino de todas partes" . . . Es Chocano, uno de los vates del Pacífico, que son dos: Chocano y Rubén. Viene de España cargado de aplausos, abrumado de loas, abatido de consideraciones sociales, de elogios literarios. Lo primero que hizo Chocano al llegar a La Habana fue visitar al señor Conde Kostía[6], y así se puede decir que vino 'a por atún y á ver al Duque' Y, después de ver al Duque, habló mal de la Academia española. Chocano es nuestro huésped y huesped tan ilustre como el más emblasonado castellano señoría para admirador de la Duquesa y honra de sus yantares. Tengo a Chocano por el más poeta de América".[7]

---

[6] El Conde Kostia era el seudónimo del escritor Aniceto Valdivia.

[7] *El Diario de la Marina,* 23 de junio de 1908. La Habana.

La situación financiera del poeta era, sin duda, precaria, y eso le impulsó a celebrar su primera presentación pública en Cuba, que se realizó el 23 de junio de 1908, ante un pequeño grupo de escritores y periodistas reunidos en el Ateneo. Elías Entralgo, se refiere al suceso del siguiente modo:

En el verano de 1908, encontrábase en nuestra capital José Santos Chocano. El 23 de Junio de ese año, en la tardecica, brindó la lectura de algunos de sus poemas a una treintena de literatos y periodistas. La recitación ante concurrencia numerosa la daría en medio de un concierto musical, el domingo 6 de Septiembre, y, después, ante público más abundante ofrecería otra en una velada literario-musical, que se celebró en el Instituto Musical de La Habana, el 20 de Septiembre, poco antes de su última *(sic)* partida de Cuba, y en la que, por cierto, el único número que se suprimió del programa anunciado fue el dicurso de Rafael Fernández de Castro. Pasaba el aedo peruano por un momento muy vivaz de su producción lírica y estaba todavía en uno respetable de su vida pública, después de tan contrastadas peripecias, algunas muy feas y muy distantes del rebelde fulminador de *Iras Santas* y del antiguo prologado de Manuel González Prada. No hay que decir nada más del segundo, y, si, algo del primero. Ya su inspiración vigorosa, preferentemente enardecida por los temas de la naturaleza, la cultura y la historia de nuestra América, había cultivado el clasicismo, el romanticismo y el modernismo, y, al visitarnos, frisando en los treinta y tres años, se acababa de permitir, en el libro *Fiat Lux,* la afirmación de seguridad crítica de una autoantología. Se le ha reparado a su personalidad literaria la imaginación atropellada y barroca. Entre nosotros dejó recuerdo de ella en prosa, si bien en una 'crónica lírica' que, con el título de *Entre dos Islas* (Cuba y Santo Domingo) publicó en *El Fígaro* del 23 de Agosto de 1908, tuvo la peregrinidad de escoger como símbolo de La Habana antigua, a la calle de Obispo, sin que ninguna cosa le dijeran al respecto ni la Alameda de Paula, ni la Plaza de Armas, ni la de la Catedral, sabe si llevado por su fantasía erótica para ver que 'los almacenes no hacen más que improvisar en los cristales de sus escaparates, espejos en que se reflejan, así, al paso, las mujeres ceñidas entre las ballenas de sus corsets voluptuosos y ornamentadas con la pompa de sus sombreros alucinantes'. . . .Traigámoslo a La Habana nuevamente para despedirlo —por esta disertación— diciendo que los oyentes de aquel atardecer suyo en el Ateneo, muchos de los cuales ya conocían y admiraban al poeta, se encantaron con el declamador, lo mismo cuando les arrojó el torrente de catorce imágenes —algunas disparatadas y algunas repetidas— en los catorce versos del soneto *La Mag-*

nolia, que cuando les leyó este más sobrio *Mensaje* que acababa de componer en La Habana . . .[8]

Entre la "treintena" de asistentes a esa recitación preliminar estaban Lola Tió, Amalia Castillo de González, Patria Tió de Sánchez Fuentes, Dulce María Borrero de Luján, Santos Fernández Valdivia, Manuel S. Pichardo, Jesús Castellanos, José Manuel Carbonell, Alfonso Hernández Catá (en sus 23 años), J. Hernández Mijares, José María Cortina, Próspero Pichardo, Carlos Manzanares, Callejas, Ramón Catalá, Carrera, Horta, Mendoza, Lorenzo Angulo, los hermanos Robreño, etc. *Fígaro* resume la impresión de los asistentes diciendo:

Que estábamos en presencia de un poeta de primer orden, lo sabíamos antes de empezar la lectura; de que oíamos a un recitador y lector maravilloso, pudimos convencernos apenas terminó de encantarnos y asombrarnos al terminar la primera poesía.

A partir del 23 de junio, consecuencias auspiciosas del buen éxito recitativo, Chocano inicia sus colaboraciones en *Fígaro* y una columna diaria en *El Diario de la Marina.* No podría asegurarse que de la mejor calidad literaria: pero se explica. . .

En aquella primera recitación, Chocano leyó, como dice Entralgo, su *Mensaje a la Patria.* Los antecedentes inmediatos no justificaban el entusiasmo por el Perú ni la melancolía por la ausencia, que Chocano muestra en ese poema. No olvidamos: en 1904, el gobierno de Lima había aceptado su renuncia de la Encargaduría de Negocios de Bogotá, sin ninguna protolaria expresión de gracias; poco después, había ocurrido una pequeña Vía Crucis en Lima, cuando el poeta pasaba como enviado especial de Nicaragua, y, por último, en 1906, había sufrido una tácita separación del Servicio con un decreto sobre asuntos financieros, redactado en términos desagradables, si no ofensivos.[9]

Empero, el *Mensaje a la Patria,* leído en privado el 23

---

8 Elías Entralgo. *Un Humoroide en la Presidencia del Ateneo de La Habana.* Separata de la "Universidad de La Habana". La Habana, 1953, p. 31-33.

9 Véanse capítulos anteriores y págs. cits. de las *Memorias* de Chocano, ed. Nascimiento, reproducidas en *Obras Completas,* cit. p.

de junio, y en velada pública el 11 de julio, no el 6 de septiembre como dice Entralgo, quien se refiere a otra presentación, se escucha con cierto estremecimiento cívico.

Oh, Patria! Hasta mí viene tu recuerdo, a manera
de un gran viento que hincha las velas de mi nave.
Nunca estuvo en mi mástil plegada tu bandera
cual si fuese el cansancio con que se posa el ave.

Donde pulsé la lira, supe ganar laureles,
supe ganar laureles que deshojé a tus plantas.
Tal, si yo pongo el lienzo, tú pones los pinceles;
y si yo pongo el mármol, tú pones los troqueles:
yo soy el que se inspira, mas tú eres la que cantas . . .

Tú cantas en mi sangre lo que repite el estro . . .
Acaso tu Amazonas ha sido mi maestro . . .
Y así es como tus hijos protestarán, acaso:
—Su lira fue de España, pero su canto es nuestro.

Y hoy tu nombre, oh Patria, protege mi camino,
me libra del escollo, me impone a la amenaza;
yo soy, para tu gloria, poeta peregrino,
que ha recorrido todos los pueblos de mi raza . . .

A tí marco hoy mi rumbo: descansaré un instante,
y, por si acaso es cierto que con amor me esperas,
te envío este puñado de versos por delante
como un tropel de blancas palomas mensajeras.[10]

Según su costumbre, produce un poema auto-biográfico. Se conocen ya todas sus circunstancias. Además, repentista. En ese momento, Chocano escribe con gran facilidad y sin rigor. Las estrofas segunda y tercera, en forma de sextilla y de quintilla con la insólita combinación de terceto monorrimo y pareados, delatan mas que habilidad, sometimiento a la rima, sonoridad invencible, y esa flaqueza por las consonantes líquidas tan frecuente en los modernistas amén del empleo tan peculiar del alejandrino francés. Por otro lado, el décimo verso ("Su lira fue de España, pero su canto es nuestro") reitera el indo-españolismo pregonado en *Alma América,* y

10 CHOCANO, Obras Completas, cit. p. 906.

hasta parafrasea un verso antiguo: "Ser la mitad de América y la mitad de España".

¿A qué se debe esta porfía? Desde luego a propio designio, pero, además, a la evidente decisión de no manifestar ira contra España, pese a los infaustos episodios de su etapa final en ella, y a la presencia de los marinos del "Nautilus" en Cuba, que da pie a Chocano para insistir en su admiración por la antigua Metrópoli de sus evocaciones. Claro está que ambas circunstancias hacen pensar —y así fue—, que la composición *Fin de raza* es subsiguiente, y que haberla fijado o fijarla en los comienzos de 1908 podría ser erróneo. No dispongo de elementos bastantes para elucidar en definitiva la cuestión, dado que Chocano tenía por costumbre publicar sus versos varias veces, en distintas revistas y en diversas épocas, y que las revistas lo hacían también por su cuenta, saqueando la producción del poeta más leído y admirado por los hispanoamericanos, indoespañoles o hispanoparlantes de entonces.

El "Nautilus" fue un barco español, de guerra, el primero que arribaba a La Habana después de la voladura del "Maine" y del Tratado de Versalles entre Madrid y Washington, que apartó para siempre a Cuba de la tutela política peninsular. Los cubanos, siempre vinculados a la antigua Metrópoli, quisieron expresar en esa oportunidad la lealtad de su afecto a España, pese a la Independencia, que fue, desde luego también una forma de lealtad, pero a su propia tierra. Chocano aparece como uno de los cronistas más conspicuos de la visita del "Nautilus", a la que dedicó numerosas prosas y versos. Estaba en edad de producir y dejarse escuchar: el silencio era lo que menos se adaptaba a su carácter.

Las fiestas a los marinos del "Nautilus" fueron abrumadoras. No sólo los cubanos, sino también, como es natural, los norteamericanos extremaron sus halagos a los nautas peninsulares. Había que suavizar el sacrificio del almirante Cervera y su valerosa escuadra. "Más vale honra sin barcos que barcos sin honra", la heroica frase de Cavite, podía adicionarse ahora: "Más vale honra sin barcos y con dionisiacas reivindicaciones. . ." Chocano fue, repito, de los más entusiastas. Una de las mejores fiestas la ofreció el Ministro de los Estados Unidos en La Habana. Algo ocurrió la noche ante-

rior, o fue el calor muy grande —era ya pleno verano tropical—, pero el hecho es que Chocano se quedó dormido en el coche que lo conducía. Despertó deslumbrado ante la figura de "la blonda Orosia Figueras", para quien improvisó un galante soneto que termina:

pero, al verte la rubia cabellera, he pensado
que las arpas celestes se han quedado sin cuerdas.[11]

Para los marinos escribió algo más consistente: *La nave zarpa,* fechada el 8 de julio de 1908.

Aunque también un *impromtu,* a que Chocano se dedicó excesivamente durante su etapa habanera, contiene rasgos delatores del original temperamento de su autor. Empieza con el retórico acento de ciertos pasajes de *Alma América*:

Es la tarde. Hora triste de largas despedidas.
Abrázanse las almas, sepáranse las vidas.
Un estremecimiento sacude el océano;
y los ojos confunden en el confín lejano,
el revuelo de un ave y el adiós de una mano.

La nave está ya lista para zarpar. El grito
de un centenar de bocas se alarga en lo infinito;
y su canto profundo cantan los marineros,
levando el ancla. Oh, canto de sones lastimeros!
Las velas que se tienden hacia la lejanía.
han sido orgullo y gloria de nuestra raza un día
porque ellas se impusieron sobre ignoradas olas,
y se sintieron fuertes y combatieron solas.
El viento que las infla conoce nuestra vieja
y noble historia; acaso por eso es una queja . . .

Los cuatro últimos versos transcritos pagan demasiado tributo a la rima y a la anécdota. Los cuatro primeros de la segunda estrofa tienen un no se qué de nostalgia que evoca el poema de Mallarmée, *Brisa Marina* coincidencia o reminiscencia, son de neto buen gusto.

Termina con una estrofa a la que habría debido amputar el último verso, o, si se quiere ser menos exigente, la última

---

11 CHOCANO, Obras Completas, cit. p. 905.

parte del último verso, aunque ahí, justamente ahí, reside la idea central de la composición. Dice la última estrofa:

—Adiós! Adiós!— El canto marinero se pierde
Flota la noche negra sobre la anchura verde;
y, al resonar las lonas entre mares y cielos,
se piensa en el dramático adiós de cien pañuelos.
—Adiós! Adiós!— se borra la playa, solamente
queda una línea. Luego, ya nada . . . Un sol poniente,
un cielo sugestivo y un mar ilimitado . . .
Allá en la playa, un hombre que duerme: es el pasado![12]

¿El poeta habría querido que también "allá en la playa" quedara su pasado de España? Así me lo parece. Porque es amistosísimo el tono de una crónica suya titulada *Héteme aquí envidiando.*[13]

Refiriéndose en ella a la arribada del "Nautilus" menciona a "nuestro apreciabilísimo amigo Excmo. señor Ministro de España, enfundado ceremoniosamente en su fulgurante uniforme".

Era la época de iniciación del cine. Francia había tomado la iniciativa. La nota de Chocano al respecto posee cierto retrospectivo encanto:

En casi todos los teatros (de La Habana) siguen escurriéndose las vistas de los cinematógrafos. Pláceme en estas, las recordaciones vivas de los sucesos reales; me abruman en cambio tantas majaderías melodramáticas que inspiraciones paupérrimas echan a vuelo sobre las alas de Lumiére.[14]

De paso, por el poeta sabemos que Julia Fons campeaba en la zarzuela, y Jesús Castellanos en el cuento: *Arcades ambos.*

Volvamos a los días de la visita del "Nautilus", que interrumpió el primitivo programa de vida y arte de Chocano. Su primer recital público se realizó en la Sala Espadero del Conservatorio Nacional, que dirigía el señor Hubert de Blank.

---

[12] *El Diario de la Marina*. 9 de julio de 1908. Reproducida en Chocano, *Obras Completas*. p. 905-6.

[13] *El Fígaro,* La Habana 30 de agosto de 1908. *Obras Completas,* p. 963.

[14] *El Fígaro,* misma edición de la nota anterior.

Se hallaba en la calle Galiano, número 47. La fecha fijada: 11 de julio.[15]

El público de entonces tenía pocos entretenimientos, pese a las "flexibilidades" coreográficas de Julita Fons, la lectura de cuentos por sus autores y la aparición del cine. No se entiende de otra manera cómo pudo haber público, en aquella ciudad calurosa, bajo el verano impío, para escuchar no al poeta en sí, sino veinticuatro composiciones, algunas de ellas extensas, un largo poema de presentación y varias partituras musicales.[16] Fue un gran suceso.

> Se encontraba la ideal inspiradora de hermosos versos del bardo festejado, la blonda Orosia Figueras, que brillaba entre el conjunto de bellezas en la Sala Espadero congregado, con todo el encanto indefinible de su belleza evocadora de ensueño.

Así dice, con indudable entusiasmo, aunque dudoso buen gusto, el cronista de *Fígaro,* con quien el poeta compartiría, poco después, la tarea de las "Crónicas Sociales". Para cele-

---

15 *El Fígaro,* 12 de julio de 1908. Los diarios de La Habana entre el 1 y el 20 de julio están llenos de notas y alusiones de la presencia del poeta en la Isla. La prensa de provincias, especialmente la de Oriente, se refiere a él en términos encomiásticos muy singularmente entre el 13 y el 26 de julio. Luego vuelve la actualidad entre el 1 de agosto y el 30 de septiembre de 1908.

16 El programa de la recitación del 11 de julio, que debo al mencionado señor Luis Eduardo Vera, da una idea de las costumbres literarias —de la Cuba de entonces. Helo aquí: Primera parte.—I. Obertura de Mignon (A. Thomas) a dos pianos, ocho manos, arreglo de M. Isambert, por las señoritas Ana Puig, Margarita Carrillo, Juanita Ramos. Matilde de Adriansen; II Cuba a J. Santos Chocano: Saludo por M. S. Oichardo; III. La isla de bronce, poesía por J. S. Chocano; IV. Del libro "Fiat Lux", poesías por J. S. Chocano; Anacronismo, Fuga, El arco de Ulises, El rayo, Sol y Luna, Crisol, La novia abandonada, Intima, Danza griega, Nostalgia. Segunda párte: I. Balada, Chopin, por el señor Hubert de Blanck; II. De "Alma América", Poesía de Potosí, El maíz, El ala del ñandú, Ciudad fundada, A una dama de la Corte Española, El amor de las selvas, Los caballos de los conquistadores.—Tercera parte: I. a) Canzone de Solvejg (Grieg), primera audición; La ardita (L. Ardit), vals brillante por la señora Pilar M. de Blanck. II. Del libro inédito 'El Dorado—Epopeya Salvaje': Prólogo interior, El sueño heroico, Visión de pesadilla, La danza del viento, El rapto de las amazonas, Noche salvaje, El baño de los caballos, Aquella tarde, Los toros pasan, Dedicatoria al Gran Capitán. III. Mensaje a la Patria, Poesía.

brar el triunfo, se organizó un homenaje en los salones de *El Telégrafo.* Pichardo repitió allí parte de su discurso-poema de la velada. Numerosos heptasílabos, no menos de 276, precedidos y cerrados por un mismo dístico:

Inca maravilloso, desgrana tu collar.
que será el bien más puro que nos venga del mar.

Entre la dilatada versaina, no siempre feliz, hay un fragmento de enumeración seudovalorativa de los poetas americanos de la época. Conviene conocerla:

En la corona lírica
de cuádruple florón,
que en la frente de América
ha colocado Dios,
es la Gracia, Darío;
la Bravura, Mirón;
la Plástica, Lugones;
Tú, la Fuerza, Señor;
Señor, te la legaron
Pizarro y Cuauhtémoc.
Por el Rey de la Imagen
Palmas bato y tambor,
y a vuelo mis campanas,
llaman a procesión.
Acuñas tú, monedas
con tu busto, Señor,
y añades a la lira
una octava de sol.
¡Tú, sí, que llegar puedes
como un Conquistador!
Si te has "cansado mucho"[17]
reposo y paz te doy,
y mientras te dispongo

[17] Alusión a la composición de Chocano titulada *Nostalgia,* inserta en *Fiat Lux* Madrid—, 1908 que empieza:

Hace ya diez años
—que recorro el mundo
he vivido poco,
me he cansado mucho......

hamaca y mecedor,
las galas te presento
que el Hado me otorgó.
Aquí, tabaco y caña
mis predilectos son
de los nectarios jugos
que mi suelo filtró.
Ven, gózalos conmigo,
al fragante rumor
de ceibas y de palmas
y entra en mi corazón:
como la hoja, fuerte,
cual la miel, dulce soy.
Los ojos de mis hijas,
milagros que hizo Dios,
tornarán un instante
en paloma al cóndor,
el apico en trocero,
en oveja al león . . .

Sigue un largo elogio a las mujeres cubanas. Chocano acató el consejo de Pichardo, y, no sólo dejó madrigales en las hojas de álbum de las hijas de éste, sino que inundó los de muchas señoras y señoritas habaneras. En *Obras Completas* hemos dado pálida idea de dicha abundancia, patente también en las páginas de *El Fígaro, El Diario de la Marina* y *La Discusión* de entonces. Botón de ello es el retórico soneto dedicado a la señora María Amblar de Pichardo así como un leve madrigal que escribió para la niña María Matilde Pichardo:

Madre rubia, hija trigueña
ha tenido que nacer,
como de la rubia caña
sale la trigueña miel

Los álbumes de la señora Tió de Sánchez Fuentes, la señorita Herminia Dolz y otros ostentanampulosas y retorcidas endechas chocanescas. Cumplíase el vaticinio de Pichardo: se trocaban:

"el épico, en trovero;
en oveja el león".

Imediatamente después del memorable recital del Conservatorio, Chocano inició una jira poética por las provincias de Matanzas y Las Villas. Pichardo, que era de esta última región, presenta a Chocano en el recital de la noche del 16 de julio, en el teatro "La Caridad", de Santa Clara, capital de Las Villas. Fue casi una manifestación política, por su número y fervor.[18] Después de la función, los entusiastas ofrecieron una cena al visitante en el Café Central y, desde ahí dirigieron sendos cablegramas a Rubén Darío y a Nicolás Rivero, en París y Liberty, respectivamente. Ignoramos si hubo respuesta.

Santiago de Cuba, ciudad tan española, o, mejor, tan criolla, como las de América del Sur, fue escenario de otra apotéosis chocanesca. El clima ardiente, la encantadora posición del valle, rodeado de suaves y verdes colinas, el temperamento de los habitantes, la cercanía de la heroicas leyendas de la reciente guerra por la Independencia, la ubicua presencia de recuerdos y reliquias de Martí y los Maceo, de Estrada Palma y sus heroicos compañeros, daba a aquel lugar un tono especial, apto como pocos para recibir el ardoroso mensaje del poeta de la Naturaleza y la Historia americanas. Las crónicas periodísticas así lo testimonian. Una vez cubierto el programa santiaguero, Chocano se dirigió a la vecina Isla de Santo Domingo. Le acompañaba el joven escritor dominicano Rafael Galván, descendiente del famoso escritor y novelista, autor de *Enriquillo,* don Manuel Jesús Galván.

Como aquella visita era sólo un breve paréntesis, Chocano no se despidió esa vez de Cuba, como él acostumbraba hacerlo de todo país que visita.

El 24 de julio de 1908, desembarcaba el vapor "Julia", en la Ciudad de Santo Domingo, el infatigable y asendereado "poeta de América". He aquí cómo le saluda el diario principal de la capital quisqueyana:

> Conocedor de toda la América Latina, faltábale conocer Quisqueya, y ha querido hacerle una visita y conocerla no de

[18] *El Fígaro,* La Habana, 19 de julio de 1908.

oídas y por trasmano, sino de conciencia que entra por los ojos, y se aposenta en el centro, de manera que los dos se orientaran en el conocimiento que desean los informes estúpidos o malévolos que, de tiempo en tiempo, hacen circular los humoristas de pacotilla.[19]

El tono de esta nota refleja un estado de espíritu muy característico. La República Dominicana había atravesado por no lejanos períodos de terrible dictadura, como la de "Lillis", que motivara el extrañamiento de D. Francisco Henríquez Carvajal su esposa Doña Salomé Ureña, y sus pequeños hijos, los Henríquez Ureña. El movimiento modernista había prendido con singular viveza, y tenía por adelantado a Tulio M. Cestero (1877-1955) quien, ya, desde su primero y juvenil libro, *Notas y escorzos* (1898) había popularizado los nombres de José Enrique Rodó, Vargas Vila, Díaz Rodríguez, Ismael Enrique Arciniegas, Pedro César Dominici y otros. Ese año, Cestero tenía en prensa *Sangre de Primavera* que había incluido en *El Jardín de los Sueños* (1904), todo ello prosa poemática, como la de *Las Montañas del Oro* de Lugones. Junto a Cestero, militaba Rafael Octavio Galván (1877-194. . .), autor de la novela corta *Lidia* (1901); *Américo Lugo* (1870-1952), famoso ya por la colorida prosa a *Heliotropos* (1904); Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) quien ya, desde 1905, había lanzado su primer libro *Ensayos críticos*, donde rinde pleitesía a Darío, José Joaquín Pérez (1845-1900), Fabio Fiallo (1866-1942) y, claro, a D'Annunzio, Wagner y Wilde. Fiallo, dominicano, era considerado como "el poeta del amor". Residía a la sazón en Nueva York, era grande amigo de Darío y cultivaba relaciones epistolares con Chocano. Su libro *Primavera sentimental* (1902) era como un breviario erótico. Otro grupo de escritores más jóvenes rodeaba a los anteriores, excepto a Henríquez Ureña, que deambulaba por Cuba, Estados Unidos, México, en su terco y fecundo peregrinaje cultural. Entre ellos, Oswaldo Bazil (1884-1946), Altagracia Saviñón (1886-1942), Apolinar Perdomo (1882-1918), Ricardo Pérez Alfonseca (1892-1951), quien intervino en uno de los homenajes a Chocano y, pasado el tiempo, tropezó con la muerte, súbitamente, en Lima, poco después de presentar credenciales como embajador del Perú.

---

19 *El Listín Diario*, Santo Domingo, viernes 24 de julio de 1908.

Tuvo nuestro personaje la suerte de contar como padrinos y altos espalderos, a don Federico Henríquez Carvajal, adalid moral del país, y a Tulio Cestero, su paladín literario. Don Federico, no lo olvidemos, había sido el padrino de José Martí y de Eugenio María de Hostos, en sus arribadas a la República Dominicana: gloriosa coincidencia.[20]

El primer recital de Chocano en Santo Domingo se realizó el día del Perú, 28 de julio, en el Casino de la Juventud. El discurso de presentación, antes de la primera parte de recitaciones, corrió a cargo de Henríquez Carvajal; el de introducción a la segunda parte, a cargo de Cestero. Figuraban como organizadores los mejores literatos del país.

Fue otra apoteosis de pública y crítica. ¿Podría aquello cicatrizar la abierta herida de España? Parece que en cierto modo, sí. Porque, en medio de los homenajes, Chocano se da tiempo y busca ambiente para escribir nuevos poemas como *Los árboles de América*, que un periodista quisqueyano alaba al día siguiente del recital[21] y que aparecerá publicado, poco después, en La Habana.[22] El poeta se ha prendado del ritmo y rima de su entonces recitadísima composición *Los caballos de los conquistadores*, empleando el eneasílabo, ciertos ritornellos poco sonoros pero expresivos, y multitud de imágenes no siempre tan sentidas como buscadas.[23]

Empezaba a recuperar su buen humor de antaño, su desplante. Lo revela una interviu de *El Listín Diario*.[24]

> El hombre más desgraciado de toda la Isla es en el día José Santos Chocano. Están matándolo materialmente, matán-

---

[20] Cfr. Max Henríquez Ureña, *Breve Historia del Modernismo*, México, Fondo de Cultura, 1955,—Pedro Henríquez Ureña *La literatura —dominicana*, Paris, Revue Hispanique, 1917.

[21] Artículo de Jacinto Silvestre, en *El Listín Diario*, Santo Domingo, miércoles 29 de julio de 1908. Debo las notas de la prensa dominicana principalmente al poeta Enrique Paña Barrenechea, entonces primer secretario de la Embajada del Perú en la República Dominicana, y también a José de J. Núñez y Domínguez, embajador de México en el mismo país en 1951. Núñez acaba de fallecer: abril de 1959.

[22] *El Diario de la Marina*, La Habana, 9 de agosto de 1908.

[23] La composición *Los árboles de América* tienen el título de "Arboles épicos" en el volumen respectivo de *Oro de Indias* (Santiago Nascimiento, 1941), pero fueron publicados en volumen en el titulado *Puerto Rico Lírico*, San Juan, s/i/,s/a (1914).

[24] *"Serpentinas"* en *El Listín Diario*, cit., 28 de julio de 1908.

dolo a cariños y a literatura. Pobre joven, tan poeta y ya tan desgraciado.— Vino, según confesión propia, a deleitarse en este preciosísimo museo histórico-arqueológico, a visitar las tumbas de doña Salomé y de José Joaquín Pérez, a ver donde nació Galván, donde vivió Meriño, en qué lugar murió Hostos. . .[25]

La nota periodística describe a Chocano "rodeado de mosquitos, moscas y moscones".

La interviu es, desde luego, imaginaria, pero no excenta de algunos rasgos posiblemente reales. Oigamos algo:

> Otros le preguntan (a Chocano) por ¿cuántos literatos ha habido y hay? ¿Y Confusio?, dícele uno.— Algo confuso; creo que era modernista en su tiempo.— ¿Y Rodó? —Ahí rodando. Es un mozo algo bolo. Gira muchísimo.— ¿Y rueda? —Idem.— Y Rubén?— Hombre! Ese tiene nombre de Judío.

Esta es la broma, pero, el mismo diario y en el mismo número, se inserta un auténtico reportaje en donde Chocano advierte con manifiesta intención:

> El patriotismo no es político tan sólo. Abarca todos los detalles de las manifestaciones vitales de los hombres. Si hay una política, si hay una economía, si hay un alma patriota, también debe haber una poesía patriótica, poesía que sin incurrir en patrioterías necias, pinta amablemente la cara nacional y contribuye al arte del mundo, a la colección de medallones tradicionales, psíquicos de la tierra, con la cara de la patria", . . . "América que, en la naturaleza tiene cumbres que besan el cielo, ríos que son mares de agua dulce, vegetación no igualada en otra parte . . . merece que sus hijos la canten *y sean literatos americanos.*

Cuando preguntan al poeta sobre las mujeres, responde: "El ideal sería una estatua de Praxíteles en la cual insuflara Dios un alma de ángel". Todo ello es ya no premonitor, como el comentario a Darío en 1896, sino comprobatorio. Chocano

---

25 Los nombres aquí mencionados corresponden a doña Salomé Ureña de Henríquez, esposa de Henríquez Carvajal y eximia poetisa: al famoso poeta dominicano Pérez y al insigne novelista Galván. Es obvio que Hostos es el autor de *Moral Social*, etc., apóstol de la nueva cultura de Puerto Rico, fallecido en 1903 en Santo Domingo.

quisiera definir su concepto de arte, pero no le dejan las solicitudes galantes y sociales. Se ve obligado a improvisar, a improvisar de continuo. El aplauso al repentista cierra las puertas de la autocrítica. Por de pronto, el álbum de *El Listín Diario* acoge este desabrido *impromptu*:

> En las hojas impresas se reparte a la gente
> unos mismos ensueños y unos mismos afanes,
> y es así cómo sabe la Prensa, eternamente,
> el realizar un nuevo milagro de los panes.[26]

Los halagos enardecen y abruman: también adormitan. La nómina de personajes masculinos y femeninos que asisten al recital despierta sorpresa y admiración. Entre las últimas anota el cronista de "El Listín" a famosas beldades dominicanas las señoras Octavia G. de Vidal, Estela P. de Pelerano Alfau, Leocadia de Piedra, Peiganud de Tejera, Pou Vda. de Coen, Dujaric de Marchena, Soler de Peynadó, Rodríguez de Gómez Alfaro y las señoritas Consuelito Ricart, Matilde y Flérida Lamarche. Luisita Damirón, Aurorita Ravelo, Luisa García Alfonseca, etc.

Todos se congregan el 28 de julio. Dos días después, Chocano abandona Quisqueya para volver a La Habana y pasar a Nueva York, donde le espera Fabio Fiallo que le ha invitado a compartir su modesta residencia de la calle Sesenta y uno, Oeste, cerca del Central Park. El poeta se despide mediante una breve nota periodística:

> José Santos Chocano agradece profundamente todas las atenciones que ha recibido, y se despide esperando órdenes en La Habana, Hotel Telégrafo.—Santo Domingo, Jueves 30 de Julio de 1908.[27]

La visita ha durado escasamente seis días: seis días de embriaguez literaria. Recuerdo de ella será el artículo *Entre dos Islas* que publica *Fígaro* habanero[28] y que hemos reproducido en *Obras Completas*. El poeta dice:

> La capital (Santo Domingo) exaltada por el tumulto de las revoluciones, hízome el efecto de una caja de hierro que

---

26 *El Listín Diario,* cit., 28 de julio de 1908.
27 *El Listín Diario,* 30 de julio de 1908.
28 *El Fígaro,* La Habana, 23 de agosto de 1908.

> hubiera sido abierta por la barreta de una violación; en los muros vi los agujeros frescos aun de proyectiles; reparé que las baldosas de las aceras habían desaparecido en el andamiaje febril de las barricadas. En la atmósfera había olor a pólvora; la evocación de la conquista era completa.[29]

La gratitud de los dominicanos es tan viva que, aun el 20 de septiembre, la nueva revista *Blanco y Negro* presenta un retrato de Chocano, de mostachos aguzados y chaleco muy blanco, junto a Federico Henríquez Carvajal. Este comenta la publicación de "un cuaderno fragmentario, artístico puñado de rosas... páginas de un libro en preparación *El Dorado*.[30] Lamentamos no conocer esa pieza bibliográfica.

Chocano se siente con nuevas fuerzas. Lo revela un párrafo de la mencionada crónica en *El Fígaro*:

> Mi pluma ha rescatado su ala, el ala ha recuperado su pájaro y el pájaro ha dardeado los horizontes de una a otra Antilla, en un vuelo tan rápido que el libro de mis impresiones se ha deshojado como a la sacudida de una brisa que fuga.

Explícita declaración. Debemos tenerla muy en cuenta para el futuro.

De regreso a Santiago de Cuba, publica ahí, por primera su vez importancia y bello soneto *Vida y Arte*. Los santiagueros organizaron otra velada en honor del poeta. Chocano escribe a Pichardo que le espere en La Habana:

> He trabajado algo: dos páginas nuevas de *El Dorado*. Una de ellas: *Los árboles de América* va con esta fecha al *Diario de la Marina*. Se la recomiendo. Tengo para Ud. una noticia: he escrito la leyenda de Yumuri que le está naturalmente dedicada. Espero visitar a Matanzas para ver si tengo algo más que agregarle.

---

29 *El Listin Diario*, 14 de septiembre de 1908.

30 *Blanco y negro*, revista dominicana. Director propietario: Francisco Palau, Redactores: Apolinario Tejera, F. Henríquez y Carvajal, Manuel de J. Tronocoso y de la Concha. Año I, 20 de setiembre de 1908.

La última expresión desnuda el "método de composición" de Chocano, de que hablaremos en su lugar.

Una imprenta de Santiago de Cuba lanza una edición, a peso (dólar) ejemplar de lo hasta entonces escrito de *El Dorado-Epopeya salvaje,* otra pieza bibliográfica que tampoco he podido conocer. La existencia de Chocano es, en esos días, acezante. No es sólo afán de gloria, sino también, y muy destacadamente, necesidad de subsistir. Ha escogido el autor de *Alma América* un arduo instrumento y un camino difícil: la pluma y la literatura. A estas se debe y todo lo que ocurra en esos momentos se lo deberá a ella.

El 13 de agosto regresa Chocano a La Habana. El 14 se presenta en Matanzas "la ciudad de los poetas", con otro recital exitoso: ahí fecha *Yumurí* y escribe *Las cuevas de Bellamar,* que publicará "Fígaro", en cuyas columnas reinicia su colaboración el 16 de agosto, apenas vuelve de Matanzas. Las *Crónicas líricas,* como se titula su abigarrada sección, serán frecuentes. Poco después, asume la redacción de *Crónicas Sociales,* un tipo de gacetilla plagado de adjetivos elogiosos según era y es deplorable moda en la Patria de Martí. El 20 de septiembre se presenta Chocano por última vez, ante el público de La Habana. Lo acompañan las palabras de Pichardo, Alfonso Hernández Catá y el "Conde Kostia". Los salones del Instituto Musical rebosaban de chocanistas entusiastas aquel domingo por largo tiempo memorable.

Entre telones, han sobrevenido incidencias respecto al proceso del Banco de España, según hemos referido en el capítulo respectivo. *El Diario de la Marina* acoge la escueta información que ya había sido desmentida y explicada por el poeta en su carta circular de Enero de 1908. Se rumora que habrá extradicción, lo cual, lo sabemos a ciencia cierta, nunca fue efectivo. Fabio Fiallo urge a su amigo a visitarlo en Nueva York. El día 22 de septiembre, Chocano parte hacia Nueva Orleans, de donde seguirá al norte. *El Fígaro* del 27 da cuenta de la partida diciendo: "Ha tomado al fin la nave que lo aleja de La Habana, nuestro inolvidable y admirado Santos Chocano". En la misma edición se publica *La noche Lírica* del poeta composición sintética, de reversión o introversión, que destaca los valores líricos y hasta místicos de su temperamento. Pichardo publica ahí mismo *Remolinos de fondo,* dedicándolo así a José Santos Chocano, procesado". Este replicará

implícitamente, desde Nueva Orleans con un soneto que, después, tuvo una equívoca y malhadada actualidad: *La Gloria del proceso.*

Es evidente que tan amargos sucesos han madurado —y hasta ablandado— al poeta por dentro. Por fuera es cosa distinta; prevalecen el empaque, la osadía, la sonoridad, el cascabeleo y la arrogancia. Pero, no puede negar ya que sufre, y que sufre no para destilar rimas, sino que rima porque sufre. Bastará leer su composición *Serenamente*, escrita en La Habana, en 1908, en la cual repite frases que usó en su correspondencia con Darío, acerca de lo ocurrido en España, o en sus comunicaciones a la prensa a propósito de lo mismo. Hela aquí:

Cuantos me han calumniado
y me han escarnecido
dieron tal magnitud a mi pecado
que me duele el no haberlo cometido

Si grande es la aventura,
bendigo yo la trama
en que se urde el afán de la impostura
que sólo es el reverso de la fama

Podré lanzar un grito
o hacer un loco alarde,
mas, bajo el peso de cualquier delito
¿Justificarme yo? ¡Fuera cobarde!

¿Me echarán en olvido
porque mi lengua calla?...
Nada importa vencer o ser vencido:
lo que importa es ser grande en la batalla.

Bajé desde las cumbres
a pastorear las greyes.
no "contra" sino "sobre" las costumbres
que hay que violar para engendrar las leyes.

...Mi espíritu se ufana
porque una chispa encierra

de la luz de una estrella tan lejana
que no se puede ver desde la Tierra.[31]

Poema revelador y transido. No logra ocultar la angustia, más que la cólera del perseguido. Para corroborarlo, bastará la primera estrofa de su *Adiós a Cuba:*

Cuba de mis amores, no olvidaré tus brazos,
ni como te sentiste madre de mi canción,
ni como recogiste mi lira hecha pedazos,
ni como me apretaste contra tu corazón . . .[32]

Está dicho todo. De nuevo las sombras arman su irreprimible conjura contra el terco y relumbrante aventurero: nubes, siempre nubes, ocultando su sol.

---

31 *Serenamente,* en Chocano, *Primicias de Oro de Indias,* Santiago, Ed. Siglo xx, 1934 y en *Obras Completas,* cit., p. 637.

32 *El Diario de la Marina,* La Habana, 25 de setiembre de 1908. Reproducido en *Obras Completas,* p. 910-911.

EL SECRETO DE LA CONQUISTA HISPÁNICA DE AMÉRICA

LOUIS Baudin, catedrático de la Facultad de Derecho de Dijon, ha consagrado gran parte de sus actividades a la investigación histórica del imperio incásico. Fruto de sus desvelos ha sido una serie de ensayos y biografías donde refleja los acontecimientos, hombres, costumbres y paisajes del antiguo Perú. En 1955 editó en París su último trabajo, *La vie quotidienne au temps des derniers Incas* que ahora acaba de distribuir, en su versión castellana —debida a Celia Beatriz Pierini de Pagés Larraya— la Librería Hachette de Buenos Aires. Para los conocedores de la anterior obra de Baudin —*El imperio socialista de los Incas* (Zig-Zag, Santiago de Chile, 1953)—, pocas novedades encierra este nuevo libro. Puede afirmarse que todo lo substancial de las investigaciones del erudito francés estaba ya en aquel ensayo; ahora, con *La vida cotidiana en el tiempo de los últimos Incas* ofrece una visión de conjunto —de amena lectura, colorido extraordinario y sutil análisis—, de un pueblo fascinador. A falta de documentación escrita, contemporánea de la época evocada, Baudin se ha servido de los únicos instrumentos que tenía a su alcance: folkloristas, arqueólogos y cronistas. El folklore, rico en sugestiones, prolonga los ecos del remoto pasado, reviviendo los medios indígenas, casi idénticos hoy a los de los días precolombinos; la arqueología, con sus esculturas míticas, sus dibujos estilizados y sus signos jeroglíficos, orientan los pasos del investigador con sus reflejos pretéritos, afinando su sensibilidad; y los cronistas —españoles en su mayoría— aportan una superabundante información, confusa y contradictoria, cuya depuración es indispensable. De esta maraña de inexactitudes y errores —lo que Garcilaso elogia, lo vitupera Sarmiento de Gamboa— manejando los documentos con celo y prudencia, Louis Baudin ha extraído una armónica síntesis en la que palpita —cálido y vital— un pueblo indio en su atmósfera de grandiosidad y belleza.

La primera parte la consagra al escenario y al hombre. El hombre, en América del Sur, no pareciera haber sido previsto; es un accidente que tiene que vencer la hostilidad de la naturaleza. El macizo andino, sacudido por temblores catastróficos, se corta al oeste por el océano y al este por las selvas infranqueables. En la zona intermedia,

de altitudes superiores a cuatro mil metros, surgió la civilización incaica, en un mundo animal restringido donde la llama, el guanaco y la alpaca eran los compañeros del indio, tenaz y sufrido, cuya alimentación esencial basábase en el maíz, la papa y el mijo. Bestias y hombres —sobrios, disciplinados y soñadores— desfilan en las páginas de Baudin sobre el telón de fondo de un paisaje deslumbrante y de un pasado de esplendores. Sugiere más que afirma, expone más que critica; pero no deja aspecto alguno de la existencia de los indios por estudiar. Baudin —tras incursionar en los tiempos preincaicos— relata el origen divino de los emperadores del Tuhantinsuyo— "las cuatro partes del mundo"— cuando Manco Cápac clava el bastón mágico en el valle del Cuzco e inicia la cronología oficial como "hijo del Sol".

Describe luego la sociedad y los cuatro tipos humanos del medio indígena: los chimús, sometidos por los incas en el siglo XV, de avanzada cultura, como lo revelan las cerámicas y tejidos de sus tumbas; los urus, últimos dolicocéfalos sudamericanos, acaso llegados desde las selvas amazónicas hasta las orillas del Titicaca; los quichuas y los aimaraes, ambos de color aceitunado, talla fornida y pequeña, dientes blancos, ojos oblicuos y cabellera negra. Los quichuas y aimaraes constituyen la base de la civilización incaica. Traza seguidamente el ilustre historiador galo una sintética historia de los Incas hasta el reino de Huayna Cápac que, al dividir al Incario, hizo enemigos a sus dos hijos con la rivalidad entre Quito y el Cuzco, tan eficazmente aprovechada por los conquistadores hispanos, "hombres barbudos", sobre centauros, que "sabían manejar el rayo".

¿Cuál era la psicología del indio en los días cenitales del imperio incaico? Bañado en atmósfera de irrealidad, en medio de hoscas soledades empapadas de misteriosas presencias, el individuo se impregna de espiritualidad. El hechicero de la tribu es oráculo y es guía. Los incas impusieron un dios superior, el Sol, del que se decían descendientes, transformándose así en "hombres-dioses", dignos de veneración, que actúan directamente sobre la conciencia de sus súbditos. El carácter místico esencial del indio le ayudó a sobrellevar una existencia de pasiva servidumbre; como hombre-masa obedeció al espíritu de la comunidad cuya suprema expresión era su monarca. No faltaron, empero, los rebeldes, en especial en la aristocracia del Imperio, que pagaron su altivez con su cabeza. Atahualpa, en el instante mismo de la conquista española, no vaciló en colgar a los indios ni en hacer fabricar un tambor con la piel de su hermano y una copa con su cráneo; porque la piedad no era virtud de quienes se creían señores de un mundo invencible.

En la segunda parte de su ensayo, el profesor Baudin analiza

la vida de la clase elegida, desde la maravillosa actividad del soberano hasta la del último de los aristócratas. La ciudad imperial, sus palacios; la lengua; los privilegios de los orejones y los de las vírgenes del sol; la vida administrativa; la justicia; los quipus y las estadísticas; las rutas vitales del imperio; las reglas morales; la disciplina militar y los métodos bélicos son descritos con minucioso detalle por Baudin, logrando un cuadro animado de aquellas horas. Complementa esta parte, la vida espiritual con las fiestas religiosas, entre ellas la consagrada al Sol y las modalidades artísticas e intelectuales.

La tercera parte del libro estudia la vida de las masas indias, en sus aspectos familiares, religiosos y económicos. Este pueblo sugestivo, de poderosa inteligencia, no entrevió la potencia civilizadora de la rueda ni de la escritura; pero realizó obras monumentales, cuyos vestigios asombran hoy a los viajeros.

De la lectura de *La vida cotidiana en el tiempo de los últimos Incas* se derivan provechosas enseñanzas. El indio-masa estaba sometido a un sistema político-económico del tipo que hoy denominaríamos totalitario. Tenemos que rechazar el calificativo de "socialista", que no se aviene con la índole aristocrática del despotismo incaico. Contemplada la vida de la sociedad en los días de los últimos incas con nuestra mentalidad no concebimos cómo pudo el generoso espíritu de Bartolomé de las Casas creer que "las repúblicas indias" igualaron y sobrepasaron a todas las monarquías antiguas "por sus buenas leyes y costumbres". Es exacto que la propiedad individual regía para los bienes de la aristocracia, pero la mecanización del individuo era tal que ese esbozo de libertad sufre parálisis. La autoridad ilimitada del Inca y de sus sicarios militares o religiosos constituían el cerebro y el eje de la inmensa personalidad colectiva constituida por el pueblo. El indio-masa no era dueño ni de sí mismo ni de sus propios pensamientos. "No tenía nada que aprender, nada que prever, nada que desear", asevera Baudin, porque "no había para él recogimiento interior ni irradiación". Un Imperio —para nosotros gigantesco—, donde la vida, según un comentarista, revestía "montonía cansadora y tristeza invencible".

Dentro de esa estructura de pueblo esclavo, donde lo absoluto y lo definitivo reinaban sin discución, ¿era feliz el indio? ¿Puede el hombre ser feliz sin libertad? Para quienes vivimos la angustia de la perpetua insatisfacción, no existe felicidad sin pleno dominio individual de las voliciones. Muchos, empero, han creído que el indio, en el Incario, era feliz, porque los pueblos primitivos tienen por rasgo común el contentamiento con el medio. Masas sometidas, acaso superaran la angustia del mundo al precio de su libertad, refugiándose en

el misticismo resignado de los creyentes. El rigor de un sistema rudo y sin atractivos, que exigía obediencia ritual y silenciosa, aniquiló las fuerzas dinámicas del progreso social y económico y facilitó la empresa conquistadora de los españoles. La pasividad del indio-masa, al caer derribado el mágico faro de su existencia colectiva —el Inca—, no pudo reaccionar frente al impulso vital de aquellos hombres dionisíacos que habían desafiado las altas cumbres y el poderío de los curacas. El secreto de la conquista quizá esté en el propio desfallecimiento del aborigen, habituado a obedecer al vencedor. El respeto casi supersticioso a las jerarquías les tornó fáciles para el dominio de los invasores del suelo que habitaban, que no era suyo. El indio taciturno, masticador de coca, vio el tropel brillante de cascos de acero, escuchó el trueno de las armas de fuego y cedió, sin resistencia casi. Esta tragedia espiritual no hubiera sido posible en pueblos de menor rigidez autoritaria. El totalitarismo —los ejemplos son aleccionadores— se desmorona cuando el eje regulador —las altas jerarquías— falla. Prisionero y ajusticiado el Inca, su Imperio no existía. En su misma fortaleza tenía su muerte el Incario.

Antonio SALGADO

Dimensión Imaginaria

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ Y EL MODERNISMO

Por *Jerónimo MALLO*

DESDE agosto de 1953 hasta junio de 1955 estuvo Ricardo Gullón en Puerto Rico como profesor visitante de la Universidad. Con tal motivo estrechó sus relaciones con Juan Ramón Jiménez, que vivía allí desde hacía unos años. Gullón tenía el propósito de escribir un libro sobre *El Modernismo y Juan Ramón Jiménez,* para el que éste se ofreció a facilitarle cuantos datos y opiniones estimara precisos. Con objeto de organizar el trabajo, decidieron que Gullón fuera una vez a la semana a cenar en casa de Juan Ramón y Zenobia. Aparte de otras ocasiones de diálogo, estas visitas, que fueron regulares durante el curso de 1953-1954, dieron oportunidad a Gullón para tomar notas de las informaciones y pareceres que Juan Ramón, entonces en buena salud y con gusto de hablar, le iba comunicando acerca de temas varios relacionados en su mayor parte con la literatura. De estos diálogos proceden muchas páginas del libro titulado: *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez,* en que Ricardo Gullón reproduce, del modo más fiel y exacto, las opiniones del poeta galardonado con el Premio Nóbel de Literatura en 1956. (*Ediciones Taurus,* Madrid, 1958).

Libro primoroso en cuanto a la forma literaria e interesantísimo por su contenido. Aun cuando la difusión de los diálogos mantenidos con Juan Ramón ha sido su primordial objetivo, hay en sus páginas —trozos del *Diario* de su autor—, otros elementos que atraen con deleite la atención del lector. Gullón refleja en ellas la viva impresión que le produjo la isla de Puerto Rico, con su maravilloso paisaje, con su vitalidad espléndida, con sus costumbres típicas. Nos pone en contacto con las actividades universitarias, con personas muy distinguidas, con hechos muy significativos de la vida local.

Debidamente enlazado con el conjunto puertorriqueño, nos presenta Gullón el cuadro ejemplar del vivir noble y sencillo de Juan Ramón y de Zenobia. La participación del poeta en las funciones de la enseñanza, su labor literaria de todos los días, sus relaciones sociales y también —desgraciadamente— sus dolencias físicas cuando hubo de sufrirlas, quedan debidamente matizadas en el libro, donde siempre se destaca la figura admirable de Zenobia Camprubí, compañera y ángel tutelar del poeta.

Ricardo Gullón, distinguido crítico de la literatura, siente una profunda devoción por la persona y la obra de Juan Ramón Jiménez, y cuantos participamos del mismo sentimiento debemos agradecerle la publicación de este libro, del que no podrá prescindirse en lo sucesivo por quienes de veras deseen penetrar en el estudio de la producción juanramoniana y del modernismo. En efecto, se contienen en él las opiniones definitivas del que fue no solamente poeta excelso sino además estudioso y crítico —hasta erudito, podríamos decir— del supremo arte de la poesía.

Aun cuando en las conversaciones recogidas por Gullón se tocan variados temas literarios, la atención preferente de Juan Ramón se centra en el modernismo. Fue efectivamente el modernismo contenido de algunos de sus cursos universitarios y a él se refirió en diferentes trabajos periodísticos. Al leer ahora en este libro sus pareceres finales y sus juicios definitivos, compruébase la fidelidad absoluta de Juan Ramón a pensamientos y críticas que expuso hace ya muchos años, muy bien reseñados y explicados en el artículo de Ángel del Río que figura en el número extraordinario de la revista *La Torre*[1] dedicado al gran poeta lírico.

En 1944 se publicó, precisamente en esta revista, *Cuadernos Americanos*, número 4, julio-agosto) un artículo de Juan Ramón que lleva el título de: *Un enredador enredado*, donde aparece definido el modernismo en los siguientes términos: "El modernismo, movimiento general de libertad literaria, artística, científica, religiosa y social, empezó en España e Hispanoamérica simultáneamente con la Generación del 98 y los llamados precursores de dicho movimiento en Hispano-

---

1 ANGEL DEL RÍO. "Notas sobre crítica y poesía en Juan Ramón Jiménez: El Modernismo", *La Torre*. Revista general de la Universidad de Puerto Rico. Año V Núms. 19 y 20.

américa. Su plenitud la señalan unidos Rubén Darío y Miguel de Unamuno, modernismo formal y modernismo ideal. Esa unión mágica de Unamuno interior y Darío exterior da en España su primer fruto con Antonio Machado".

En 1953 dice Juan Ramón a Ricardo Gullón: "El modernismo no es un movimiento literario ni una escuela, sino una época. Como el Renacimiento. Se pertenece al modernismo como se es del Renacimiento. Quiérase o no se quiera." Claramente se ve el concepto medular juanramoniano. El modernismo es un movimiento general de libertad en la literatura —y en otros órdenes también—, que se produce simultáneamente en un determinado período y en el área de una lengua: la española. Al señalar como paradigmas las producciones poéticas de Unamuno y Darío —contemporáneos—, precisa su referencia a la poesía, donde la libertad se manifiesta en la creación y en la expresión con nuevas formas en el lenguaje, en las metáforas, en la métrica, en los acentos, en la rima y en las demás características del verso.

Tal fue la consecuente posición juanramoniana sobre el modernismo, del cual considera predecesores en España a Jacinto Verdaguer, Salvador Rueda, Manuel Paso, Rosalía de Castro, Vicente Medina y Manuel Reina; y en Hispanoamérica a Julián del Casal, Manuel Gutiérrez Nájera, José Martí y José Asunción Silva, principalmente. Con cuatro grandes figuras: Unamuno, Rubén Darío, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. Más otro poeta de valía también, aunque de talla inferior: Manuel Machado.

Esta ha sido, con variantes no esenciales, la posición que respecto del modernismo han tenido otros críticos de la literatura hispánica, entre los que se distinguen el profesor Federico de Onís y el escritor Pedro Henríquez Ureña.

Pero existe además una posición diferente, en cierto modo antagónica. Según ella, Rubén Darío, siguiendo la inclinación de sus predecesores hispanoamericanos antes citados y sintetizando con su genial talento literario las influencias francesas del romanticismo, el parnasianismo y el simbolismo, creó el modernismo, como expresión del sentido de libertad y de renovación de las formas literarias en la lengua española. Darío fue a España y se puso en relación con los escritores españoles del siglo XIX. Influyó un poco sobre Antonio Machado, más sobre su hermano Manuel, por poco tiempo sobre Juan

Ramón y nada sobre Unamuno. Pero sí ejerció influencia sobre otros poetas españoles de talla menor y sobre importantes poetas hispanoamericanos. Según la interpretación a que estoy refiriéndome, Unamuno y Antonio Machado son poetas de un sentido personal y profundo que pertenecen por la mayor y la mejor parte de su obra a la Generación del 98, y Juan Ramón Jiménez ha sido el creador de una lírica pura diferente del modernismo.

Pero, ¿qué es el modernismo? No hay, ni mucho menos, unanimidad en cuanto a su concepto y caracterización. ¿Ha sido la obra de Darío paradigma del modernismo? ¿Se consideran incluidos en él los otros tres grandes poetas mencionados? Unamuno, en carta dirigida a Ricardo Rojas, le dice que ya hablarán de Rubén "a ver si es usted quien me convence de que hay poesía en las caramilladas del nicaragüense".[2] Antonio Machado rechaza la "moderna estética" y el "nuevo gay trinar". Además, en un esquema de la poesía incluido en *Los Complementarios*, califica a Juan Ramón de lírico puro, a su hermano Manuel de modernista y de impresionista lírico, a Rubén Darío de neobarroco, y a sí mismo de intimista. Juan Ramón, que considera integrado el modernismo por dos elementos principales, el parnasianismo y el simbolismo, sentía cierto desdén por el primero, pero se incluía a sí mismo en el segundo. Sin embargo, dice a Gullón lo siguiente: "Yo estaba en Bécquer y en Rosalía. Llega Rubén y me desorientó durante un año. Vuelvo a Burdeos y allí escribo *Rimas*, y me sacudo a Rubén. No logré asimilarlo; no cabía en lo andaluz."

El modernismo, concebido con la amplitud del concepto que de él tenía Juan Ramón, abarca numerosos tipos distintos de poesía. Muy acertadamente lo dijo Federico de Onís: "El subjetivismo extremo, el ansia de libertad ilimitada y el propósito de renovación y singularidad —que son las consecuencias del individualismo propio de este momento— no podían llevar a resultados uniformes y duraderos. Por eso es equivocada y parcial toda interpretación de la libertad de esta época que trata de identificarla con cualquiera de los modos literarios que en ella prevalecieron. A menudo se cae en este error cuando la denominación de modernismo se aplica exclusiva-

2 Ricardo Rojas. *Retablo Español*. Buenos Aires. Losada. Citado por Guillermo Díaz Plaja en *Modernismo frente a 98*.

mente al tipo de poesía caracterizado por ciertas formas y espíritu que puso en circulación Rubén Darío, sin pensar que no son características ni exclusivas de este autor siquiera".[3]

Debido probablemente a que no existen otros caracteres comunes a todos los poetas modernistas que los del subjetivismo, la libertad de formas y la innovación —que verdaderamente son formales, *funcionales*, y no se refieren a lo sustantivo de sus creaciones poéticas— hay gran discrepancia en cuanto a la caracterización asignada al modernismo por los varios escritores que han tratado del tema. Luis Monguió, en un artículo publicado en la *Revista Iberoamericana* (noviembre de 1943), hizo un excelente resumen de los caracteres atribuidos al modernismo por diecisiete críticos o comentaristas, y resume así estadísticamente los resultados de su investigación: "Casi todos los críticos citados señalan como características del modernismo la cultura literaria de sus escritores, el carácter consciente del trabajo literario realizado por ellos. Las características que seguirían a éstas (por el número de críticos que las señalan) serían el espíritu cosmopolita y amor al exotismo y la manifestación literaria libérrima de la fuerza de la individualidad y de la originalidad de cada escritor. Características también generalmente señaladas son: la renovación de las formas métricas, la imitación de los modelos franceses románticos, parnasianos y simbolistas y la obtención, por los nuevos procedimientos tomados de esas escuelas extranjeras, de un ritmo nuevo en la poesía española, distinto del tradicional y aun propio de cada uno de los poetas, su *ritmo interior*." Como se ve, todos son caracteres *funcionales*, subjetivos, formales. No hay comunidad en cuanto a la esencia de su poesía, ni vínculo sustancial de las producciones multiformes de los poetas modernistas.

Buscando una caracterización de signo más coherente, sólo se definen dos grupos, muy distintos y casi antagónicos entre sí: el parnasianismo y el simbolismo. Por ello, mirando a lo sustancial, al contenido, algunos críticos excluyen del modernismo a Unamuno y Antonio Machado. Verdaderamente, Unamuno, Machado, Darío y Juan Ramón son poetas de caracterización muy distinta. A los cuatro traté personalmente —con

---

3 Federico de Onís. *Antología de la Poesía Española e Hispanoamericana*. Centro de Estudios Históricos. Madrid. 1934.

frecuencia a Machado, menos y al final de su vida a Darío,[4] ocasionalmente a Unamuno e incidentalmente a Juan Ramón—, y recuerdo muy bien que no se parecían entre sí. Si se considera a Rubén Darío exponente típico del modernismo —y son muchas las opiniones que coinciden en ello—, es difícil calificar de modernistas a los otros tres. Por ello algunos críticos afirman que Unamuno y Machado pertenecen plenamente a un grupo en absoluto distinto del modernismo: la Generación del 98. Ésta es la posición sostenida con firmes argumentos por Pedro Salinas,[5] para quien lo modernista es lo puramente formal de algunos escritores del 98 y sólo tangencialmente hay relación entre el modernismo y dicha generación española, que le parecen movimientos diferentes en su esencia. Guillermo Díaz-Plaja tiene una actitud todavía más radical, al encontrar oposición entre ambas tendencias y presentar al modernismo *frente* a la Generación del 98, sin que entre ambas exista, a su juicio, ni la comunidad de lenguaje admitida por Salinas.[6] Por lo que respecta a Juan Ramón, aunque él se incluye en el modernismo, son muchos los críticos que consideran su obra esencialmente distinta de la producción poética de los escritores reconocidos unánimemente como modernistas —Darío, por ejemplo—, y tal vez a esta diferencia se refiere Onís al decir que "si por Rubén Darío entra definitivamente la poesía hispánica en el modernismo, por Juan Ramón Jiménez sale definitivamente de él".[7]

Claramente se ve, por lo expuesto, que cabe plantear muchos problemas alrededor del modernismo, palabra que si en principio se aplicó en un sentido despectivo y lingüísticamente lo tiene ("Afición excesiva a las cosas modernas, con menosprecio de las antiguas, especialmente en artes, literatura y religión", según el Diccionario de la Academia de la Lengua Española) se convirtió, tratándose de este movimiento literario, en una denominación inadecuada, tanto porque ya no es despectiva, como porque perdió su característica transitorie-

[4] JERÓNIMO MALLO. "Rubén Darío en Barcelona durante su último viaje a España". *Revista Hispánica Moderna.* Año XI, Núms. 1 y 2.

[5] PEDRO SALINAS. *Literatura Española Siglo XX.* Editorial Séneca. México.

[6] GUILLERMO DÍAZ-PLAJA. *Modernismo frente a 98.* Espasa Calpe. Madrid. 1951.

[7] FEDERICO DE ONÍS. Obra citada.

dad. No se ha publicado hasta ahora un libro fundamental, de análisis penetrante, sobre el modernismo, en que se estudien todos los aspectos y problemas de este movimiento literario, que ha sido como un gran río al que concurrieron las aguas de tan variados afluentes.

En sus conversaciones con Ricardo Gullón no se limitó el poeta a la definición y caracterización general del modernismo, sino que en términos sumarios y forma conversacional expuso sus pareceres sobre los puntos principales relacionados con este movimiento literario, que él consideró como parte de un movimiento más amplio del pensamiento y de la cultura occidental, que en lo religioso principió en Alemania y fue "una tentativa conjunta de teólogos católicos, protestantes y judíos para unir el dogma con los adelantos de la ciencia". Efectivamente, el modernismo religioso, como reaparición de un sentido de libertad dogmática, en una línea semejante al protestantismo, fue condenado por el Papa Pío X en la encíclica *Pascendi Dominici,* de 7 de septiembre de 1907. Por lo que respecta al modernismo ideológico, Juan Ramón sitúa en sus principios a Ibsen y a Nietzsche.

"El nombre de modernismo —dijo Juan Ramón a Gullón— pasa a Hispanoamérica desde los Estados Unidos, por los emigrados: Martí, Silva, Rubén. No llega de Francia, pues allí se ignoraba tal denominación. En cambio en los Estados Unidos hay una derivación del modernismo teológico al que se opone el fundamentalismo, en Tennessee. Hay incluso una escuela poética mística del Oeste Medio, llamada modernista. El mejor de sus representantes es W. Moody, y el nombre perdura." No he obtenido información sobre estos datos, que merecen ser estudiados y desde luego revelan el gran interés de Juan Ramón en el estudio de estos problemas.

Las siguientes frases del diálogo me han dado que pensar: "En Francia, parnasianos y simbolistas, con el impresionismo en pintura, son los equivalentes del modernismo. Este nombre abarca en España tanto al parnasianismo como al simbolismo, por distintos que éstos sean; recuerde lo que acabo de decirle respecto a que el modernismo es una época y no una escuela literaria o artística." Si el modernismo no es otra cosa que el conjunto de parnasianismo y el simbolismo y éstos son tan distintos, ¿para qué adoptar y poner en circulación el rótulo de modernismo, evidentemente innecesario?

¿No hubiera sido mejor seguir la terminología de Francia, ya que de allí venían las corrientes inspiradoras?

La propia palabra modernismo es despectiva. Significa la aceptación sistemática, indiscriminada e irreflexiva de la última moda, con desprecio absoluto de todo lo antiguo. Viene a ser como el extremo opuesto al tradicionalismo intransigente, que rechaza todo lo nuevo, y ambas posiciones son poco razonables y sensatas, pues en lo antiguo y en lo nuevo hay valores positivos que merecen prevalecer, a la vez que elementos desdeñables y perecedores. El parnasianismo y el simbolismo fueron transitorios, como todas las tendencias literarias, pero hay que reconocerles una categoría estética de alto nivel.

Por otra parte, modernista —y lo mismo moderno— representa un concepto *cambiante,* de tiempo actual, que más o menos pronto va a dejar de serlo. Lo que a fines del siglo XIX fue moderno y se llamó modernista, se ha convertido en un hecho histórico, y ya antiguo. Es regla general que las denominaciones inadecuadas —como las monedas falsas— una vez que se han puesto en circulación es casi imposible retirarlas. Se llamó indebidamente modernismo al parnasianismo y al simbolismo —como se llamó indebidamente América a este hemisferio occidental—, y no espero que algún día se sustituyan estos nombres por otros más apropiados.

Por lo que respecta a la circulación de la palabra modernismo en España, hay datos más ciertos. En sesiones celebradas por la Academia Española en 1895 —antes de la aparición de *Prosas Profanas,* de Darío— se discutió la introducción en el Diccionario de esta palabra, que ya se empleaba en Europa y en España. Algunos académicos se oponían a aceptarla por estimar que era un neologismo, aun cuando Menéndez Pelayo afirmaba que ya la había empleado Cadalso en una de sus *Cartas.* Fue precisamente Núñez de Arce quien abogó por la inclusión del vocablo, y quedó acordada por 15 votos contra 11, definido en los siguientes términos: "Afición excesiva a las cosas modernas, con menosprecio de las antiguas, especialmente en arte y literatura." Así figuró por primera vez en la 13ª edición del Diccionario, publicada en 1899.[7] Ello concuerda con algo que dijo Juan Ramón: "Cuando Rubén fue a Madrid, Unamuno era un modernista, incluso en ciertos círculos le llamaban despectivamente *el tío* modernista."

En las conversaciones a que estoy refiriéndome, establece Juan Ramón una teoría sobre las diferencias entre el modernismo español y el hispanoamericano. Como sus opiniones se hallan dispersas en diferentes conversaciones con Gullón, yo las he reunido y ordenado en la forma siguiente: En España "Los poetas siguen la línea Becquer-Unamuno (pues el primer libro de éste es idealista sentimental) y no solamente en castellano: Maragall es más simbolista que parnasiano." "Todos nosotros leíamos a parnasianos y simbolistas. De éstos el primero Verlaine." "Nosotros leímos a Verlaine antes de que lo leyera Darío. Lo conocimos directamente en los originales. Fíjese que en *Azul* no está Verlaine; allí están Catulle Mendés, Laconte de Isle, Richepin. En nosotros, en los Machado y en mí, los simbolistas influyeron antes que Darío. Los Machado los leyeron cuando su estancia en París y yo le presté a Darío libros de Verlaine que él aún no conocía." "Es cierto, yo no puedo ser parnasiano, porque soy un lírico. He leído desde niño a San Juan de la Cruz. Tanto él como Bécquer son simbolistas; son dos casos líricos semejantes al de Verlaine." "Nosotros en realidad aceptamos el simbolismo bajo el nombre de modernismo, pero éste no impidió que el parnasianismo nos influyera también. En realidad el parnasianismo en España vale y representa poco. Salvo en Manuel Reina, Salvador Rueda y algunos más."

De estas frases se deduce que a juicio de Juan Ramón el modernismo español es simbolismo, de raíz tradicional española —San Juan de la Cruz, Bécquer—, con influencia francesa —Verlaine—, nacido *por el mismo tiempo* que el modernismo hispanoamericano, *con independencia de éste.* Parece que él desdeña al parnasianismo. Por ello ha procurado insistentemente que todos los ejemplares de sus dos libros parnasianos, *Ninfeas* y *Almas de violeta,* desaparecieran de todas partes.

¿Qué pensaba Juan Ramón del modernismo hispanoamericano? He aquí sus palabras. "La influencia de Darío sobre nosotros existió, pero duró poco. En Hispanoamérica se prolongó mucho tiempo más; por lo menos veinte años, y esto se debió a que allí faltaba tradición. Es decir, tradición propia: tenían por un lado la tradición española y por otro la francesa. Y desde luego el precursor hispanoamericano no tiene tradición propia. Sor Juana Inés de la Cruz gongoriza-

ba y Alarcón es, artísticamente, un castellano más. Cuando aparecen *Los Trofeos* de Heredia, constituyen para los hispanoamericanos una revelación. El exótico Heredia les sirve. A la conciencia del indígena, al indigenismo, mezclan el exotismo, como lo hizo López Velarde. Ellos saben ya cual es su camino y no pueden seguir los nuestros. Gabriela Mistral en *Tala* y Díaz Mirón en *Lascas* dan lo mejor de su obra en la línea indigenista. En esa línea Darío es precursor. Vea la *Oda a Roosevelt,* donde hace el recuento de los valores del indigenismo." "Si su aspecto como precursor del indigenismo es negado por algunos, se debe a que la gente no lo conoce, no lo ha leído. Si alguien hiciera una antología de Darío, quitándole Eulalia, la princesa y todo eso, quedaría un poeta diferente. A los precursores americanos y a los modernistas de aquí yo los divido en dos grupos: naturales y exotistas. Entre los naturales incluyo a Silva, Martí, Gabriela. . . gentes que cantan lo que viven, sus tierras y sus campos; las cosas de su vida. Los exotistas cantan al Parnaso y Versalles, cosas que están fuera de ellos y que nunca vieron. Entre éstos están el mismo Darío, Lugones, Valencia." Es decir, que para Juan Ramón el modernismo hispanoamericano tiene un elemento indígena y una influencia parnasiana principalmente, sin desconocer, claro es, la simbolista. Y constituye una corriente paralela a la española, aunque distinta.

Darío, el poeta más genial de Hispanoamérica, a quien se considera por muchos típico exponente del modernismo, fue el lazo de unión entre la poesía hispánica de ambos continentes, tanto por su obra como por su relación personal con los poetas españoles de su tiempo. ¿Cómo vio Juan Ramón la influencia de Rubén en los poetas de España? Voy a copiar las manifestaciones contenidas en el libro de Gullón: "En cuanto a Bécquer, todos empezaron imitándole, incluso Rubén. Las *Rimas* son el mejor precedente del simbolismo. Luego vino Darío, que exhumó tanto, asimiló tanto, que influye en todo y en todos. Tenía un extraordinario don de percepción. Recogía de Díaz Mirón y de Silva y lo transformaba y asimilaba." "Los jóvenes de entonces aceptaban al mismo tiempo a Darío y a Unamuno. Eso se ve en Antonio Machado, cuya obra supone ambas influencias. En los retratos estaba influido por Darío. Hubo un tiempo en que Machado y yo nos paseábamos por los altos del Hipódromo, recitando ver-

sos de Darío. Yo estaba en Bécquer y en Rosalía. Llega Rubén y me desorientó durante un año. Vuelvo a Burdeos y allí escribo *Rimas* y me sacudo a Rubén. No logré asimilarlo; no cabía en lo andaluz." "Darío nos trajo un vocabulario nuevo que corresponde a una forma sensorial y no a una forma hueca, como creían algunos necios. Ese vocabulario nos llevó muy adentro." "Darío influyó en nosotros y al comienzo su influencia fue beneficiosa. Claro es que tenemos una tradición secular y en ella vivimos. Seguíamos una línea lógica y Darío, gran admirador de España, nos trajo algo bueno. Llevó consigo su América y también su españolismo: *Salutación del Optimista*, *Cyrano en España*, *Letanía a Nuestro Señor Don Quijote* y otros poemas así."

Juan Ramón ha sido en todas sus manifestaciones muy explícito y claro. Reconoce la gran influencia de Darío en los poetas españoles de entonces. Pero no sobre Unamuno. En cuanto a él mismo, declara que tuvo que hacer un esfuerzo para eliminar la influencia ruberiana.

Hay en el libro que estoy comentando otras muchas opiniones de Juan Ramón sobre determinados poetas modernistas, pero mi propósito ha sido limitarme a sus pareceres sobre el movimiento modernista en general. Pareceres que discrepan de otros muy extendidos, y que son debatibles, pero que de todos modos, por proceder de uno de los más excelsos poetas de nuestra lengua, merecen ser muy apreciables.

En varios pasajes del libro se manifiesta la alta estimación de Juan Ramón por la poesía de Unamuno y Antonio Machado. Pero se nota su predilección por la obra de éste último. No es extraño. La obra de Machado es cada vez más estimada. En un escrito firmado por don Ramón Menéndez Pidal y otros muchos intelectuales residentes en España, por el que se invitaba a rendir un homenaje de recuerdo a Machado con motivo del vigésimo aniversario de su muerte en el exilio, se le proclamaba "el mayor entre los poetas españoles de este siglo." La perspicacia crítica y la fina sensibilidad de Juan Ramón le hicieron sentir también esta preferencia por el autor de *Soledades*.

El último capítulo del libro que ha dado motivo a este artículo, se titula: "Puerto Rico sin Juan Ramón." Cuando Gullón volvió a la Universidad con el encargo especial de clasificar y ordenar los papeles y documentos de Juan Ramón,

ya el poeta había muerto. No estaban siquiera en la isla sus restos mortales. Inexplicablemente, no se respetó la voluntad de Juan Ramón, que él, con plena conciencia de lo que quería, dejó escrita y firmada: ""Que se me entierre en un lugar cercano al de mi muerte y que se deje al lado de mi fosa, otra, para que si mi querida Zenobia quiere, cuando muera, venir a mi lado." "Nosotros queremos descansar en Puerto Rico, cuna de la familia de madre más cercana de Zenobia y lugar donde tanto se nos quiere y tan bien se portan con nosotros dos." Esta decisión la hizo hasta grabar en bronce. Escribe Gullón, refiriéndose a los días de su llegada a la isla poco después de la muerte de Juan Ramón: "En el cementerio de Bayamón todavía estaba la placa de bronce que él hizo poner en la tumba de su esposa, con el nombre de los dos grabado sobre el metal y un espacio reservado para poner la fecha de su muerte cuando ésta llegara, y fuera, según su deseo, sepultado junto a la compañera de toda su vida." Pero, *inexplicablemente,* repito, se concedió por las autoridades permiso para que los restos de Juan Ramón y de Zenobia se llevaran a enterrar fuera de Puerto Rico.

Ya no está allí nada de lo humano y material del poeta. Pero queda un tesoro de valor inapreciable. En la "Sala Zenobia-Juan Ramón", de la Universidad, se conserva todo lo que ellos dejaron: manuscritos, papeles, libros, cartas, notas, retratos, recortes, recuerdos, etc., todo lo que podríamos llamar la "circunstancia" material del admirable matrimonio, convertida la sala en un lugar de evocación de lo más interior de sus vidas.

Fuera de la sala, queda el recuerdo y la devoción que el poeta inspiró al pueblo puertorriqueño. Con emoción escribe el autor del magnífico libro que comento: "¿Puerto Rico sin Juan Ramón? ¡No! Nunca estuvo Juan Ramón tan plenamente en Puerto Rico como ahora, cuando muerto y enterrado en su Moguer natal, su presencia se ha hecho incorpórea, diluyéndose en el aire de la isla que tanto amaba."

CUATRO NOVELISTAS DE VENEZUELA

Por *Pascual PLA Y BELTRAN*

AHORA, al descubrir la poesía y la novelística venezolanas, tengo la sensación de que durante mucho tiempo he estado viviendo en una poza oscura y terrible, en una isla sorda, en un mundo cegado a todo lo que signifique luz, pensamiento y creación imaginaria en Hispano América. Esta sensación me avergüenza y me enorgullece: siento la vergüenza de haber ignorado y el orgullo de haber encontrado; siento la alegría de haber penetrado finalmente en el espíritu de un mundo de creación, de poesía y de belleza.

Primeramente entré en el orbe de José Rafael Pocaterra y de Rufino Blanco Fombona; ahora entro, piso, toco la profunda dimensión novelística de Julián Padrón y de Guillermo Meneses.

Verdad y mentira en la novelística de José Rafael Pocaterra

TOCAR a José Rafael Pocaterra, su novelística, es tocar la dureza; es tocar el odio; es tocar el fuego. Es como pisar una tierra infame. Es, más que entrar en una palpitante realidad, entrar en una fantástica y pavorosa superrealidad.

Entre el punto de mira y el objeto observado —la cosa, el hecho, la persona humana—, Pocaterra coloca un lente: su ojo. Ese lente —u ojo— agranda el contorno de las cosas o la miniminiza, según le place. Las convierte en desmesurada caricatura o las arrastra por el suelo. Es tal su pasión, su íntimo coraje, que más que manejar una pluma, al escribir, da la impresión de que está manejando un látigo. Su estilo es "más áspero que el cují de la sabana".

Pocaterra está siempre contra esto y aquello. Ni con esto ni con aquello. Contra toda injusticia humana. Es un

escéptico, un descreído lleno de fe. Es —o parece ser— el azote de la impostura. Todo él es un fiero contraste: Es político y odia la política; es insociable y ama la sociedad; arremete contra la patria venezolana, la desnuda y lapida, y lo que más ama él en el mundo es la patria venezolana. Porque Pocaterra es venezolano hasta su raíz, hasta su hueso y su tuétano.

Como novelista, Pocaterra es *social* o no es nada. Porque si se le desprendiera de ese continuado trallazo, de esa feroz arremetida contra la riqueza mal acumulada, contra los políticos venales y contra la sociedad en la que le fue dable vivir; de esa, a veces, como indefinible ternura suya hacia los humildes y la pobreza, ¿qué quedaría en pie de su obra?

Yo ignoro su pasado. Sé que fue perseguido y que sufrió prisión. Sé, por boca del hondo verbo de Picón-Salas, que Pocaterra "es el primero que desnuda hasta el espanto otra Venezuela violenta y miserable; cínica y frustrada". Que fue —o es— "venezolano representativo de una época dura, desconfiada, a la vez ingeniosa y violenta. . ." Fue esa época, ese mundo, esa circunstancia la que hizo y deshizo al novelista Pocaterra. Le hizo en su verdad y le deshizo en su mentira. ¿Pudo dar más de lo que a él le dieron?

Personajes. Su amor. Su odio

Uno de sus personajes más representativos, más humanos, más entrañablemente conmovedores lo encuentro en *Vidas oscuras*. Se llama Crisóstomo Gárate. Indomable, sencillo, cabal, pegado a la sabana como a su propia camisa, este viejo llanero es para Pocaterra algo así como el nervio y el fundamento de una raza. Fiero, corajudo en la guerra y en el trabajo; pero incapaz de una mentira ni una traición.

"Tú no has querido nunca plegarte a las conveniencias —le reprocha su hermano Juan Antonio, el ministro, a él, Crisóstomo Gárate, que no ha sido nunca un hombre de conveniencias y por lo cual ahora, después de una larga vida de lucha y sacrificios, se encuentra desposeído de sus bienes y en plena ruina—. Que tú no te metías en eso, que los hombres solamente se mataban de frente. ¡Pamplinas! ¿Cómo quieres ahora estar bien en estas tierras con esas ideas?". Y el viejo, pleno de incontenible desprecio, le escupe a la cara:

"Tú y yo somos todo el país: yo el zoquete que trabaja, el que aguanta, el que cree en antiguallas de dignidad, de vergüenza, de honradez, el que mantiene a los zánganos hasta quedar arruinado para merecer luego su desprecio. Yo me voy de aquí, a morir bien lejos. ¡Esta es una gusanera incurable!" Una gusanera incurable era para Pocaterra Caracas.

El viejo Crisóstomo es un símbolo: la voz del origen, la noble tradición, el amor y el orgullo, la piedra central de la patria venezolana. Él es la tierra, y lo que está por debajo y por encima de la tierra: la raíz y la sustancia total del Hombre.

Como antagonista de este personaje, Pocaterra coloca a su hermano menor Juan Antonio; éste pertenece todavía a la estirpe de los fundadores de San Diego de Guara, pero ha vuelto su espalda a la tierra, ha sido contaminado por una falsa civilización. Aupándose sobre los hombros de su hermano, el noble llanero, llegará a ministro. No conocerá sin embargo la dicha. Vivirá en un mundo de constantes intrigas, engañará y será engañado. Gustavo, su hijo, violentará el cuerpo y el alma de Chucha, la hija de Crisóstomo. Elisa, su esposa, le engañará con Mazapán, que tiene "ese aire exquisito de los idiotas buenos mozos".

Hasta tal punto apasionan a Pocaterra estos problemas *sociales*, estos personajes simbólicos, que en *La Casa de los Abila* volvemos a verlos. Volvemos a verlos y a sentirlos bajo otros nombres y desde otro ángulo. Teodoro de Abila y Juan de Abila, fundidos, parecen la réplica de Crisóstomo Gárate; Pepe Oñate es el mismo ministro Juan Antonio llevando al mundo de los negocios; Carlitos de Abila es otro tarambana Gustavo; Inés parece hermana gemela de Elisa: una y otra son dos cabezas de viento, derrochadoras y de un egoísmo feroz; las dos traicionan a sus maridos.

Los seres vivientes de Pocaterra son de una sola dimensión; viven hacia fuera, se agitan, luchan. No son herméticos ni introvertidos. Uno no ve su clima moral, lo adivina. Están creados a dentelladas, a trallazos, a rajadiablos. Nos muestran a gritos sus sentimientos y pasiones. Así el viejo Crisóstomo: "...y aquel fulano Castaños que vino con un ejercitón, fue hasta Apure, declaró terminada la guerra y... se llevó

todo el ganado". "El general Silva se topa con el enemigo en San Lorenzo a mediados de abril y. . . si alguno murió allí fue de parto". "Después de la guerra de cinco años, aquí no quedaron sino facinerosos y vividores. . ."

Así son sus personajes; así es el endiablado Pocaterra: violento a veces, irónico otras, cáustico siempre.

Su sociedad. Su verdad. Su mentira

La sociedad caraqueña que nos describe Pocaterra es espeluznante. Es algo viscoso, sucio y sin un adarme de ternura. Es algo infecto en que uno no halla cosa en qué poner los ojos. Más que hablarnos de las nobles familias venezolanas parece que nos esté mostrando las tripas de un burdel. Su lente, ante la sociedad caraqueña de su tiempo, es ya más que un lente una falsilla: Maupassant y Balzac. Mas lo que en éstos es naturalismo o realismo en él es desorbitada caricatura. (Esto no quiere decir que no sea personal; Pocaterra es personal y original siempre).

Pocaterra no tiene un término medio. O usa de su lente cáustico, mordaz, o se convierte en un paleto. Cuando declina su fiereza y cae en una especie de ternura, no en la verdadera ternura, pierde interés. Es en la caricatura y en la plasmación de lo grotesco donde cobra auténtica dimensión de novelista. Sin embargo su cuento *De cómo Panchitomandefué cenó con el Niño Jesús* no deja de ser un prodigio de ternura y de humanidad.

Como Pérez Galdós, Pocaterra gusta de entremezclar verdad y mentira, fantasía y realidad; sus criaturas —entes de ficción—, al sentir las pasiones sociales —históricas— del momento que viven, se convierten en seres reales, en realísimas criaturas vivientes.

También, como solía hacer Galdós, se complace a veces en la descripción de un espectáculo teatral; pero el venezolano supera en veneno al autor de los *Episodios Nacionales*. "Sobre todo —dice en *Vidas oscuras*—, las miradas de butaca a butaca, los ojos de codicia, de amor, de deseo, las miradas brutales a las casadas, los *flirt* discretos, los ojos románticos y las señas misteriosas; las carcajadas, las sonrisas, las medias palabras, las

joyas, los hombros desnudos, los escotes inquietantes, las lindas cabezas. . ." Y seguidamente: ". . .en el palco frontero, con un escote tremendo, los dedos llenos de sortijas, junto a una vieja de mal aspecto, dejando vagar por la sala una mirada insolente y haciendo brillar sus sortijas en el antepalco como si llevara con sus dedos el compás incierto de las músicas atormentadas del preludio, la Corderito sonreía con toda su fresca boca encendida, carnosa, llena de contradicciones sugestivas".

Como digo, la sociedad caraqueña es —o fue— para Pocaterra un mundo de intrigas. De intrigas políticas, morales, sexuales. . . El marido que engaña a la esposa, la esposa al marido, la jovencita que se revuelca impúdicamente por el lodo, el jovencito que se emborracha y carga de enfermedades inconfesables. . . Poetas asépticos, como Asclapedio Portillo-Sufrón, el de Maracay, siempre tan finos, llenándose el buche en las comilonas y esperando una sinecura. Ante una sociedad así, tan vacua y detestable, al encontrarse con dos jóvenes seriamente preocupados por el destino de su patria Pocaterra no puede menos que decirnos: "Floreció en los dos la sonrisa de la época: un poco cínica, un poco triste".

Paisaje. Justeza de expresión

POCATERRA no es propiamente un paisajista: es bastante más que un paisajista. Tiene la desgarrada penetración de un Valle-Inclán y la firme sobriedad de un Baroja. Le bastan unas pocas palabras para darnos la dimensión de un clima, la inclemente hermosura de la sabana, el desamparo y la intemperie solar de cualquier pueblo venezolano. Gusta de la pincelada violenta, sobria, firme, segura. "Un poniente muy rojo —citamos de *Vidas oscuras*—, como sangre fresca que salpicaba las hojas, tendía por la sabana líneas violáceas, estiraba cintas de grana sobre el paisaje oscuro reflejado en las aguas". O: ". . .el cielo se aclaraba en un reflejo amarillo, leve; los bueyes de la carreta rozaban con el hocico bajo las hierbas, y de la costa del río, las chenchenas daban un canto que crujía como madera seca. . . De tiempo en tiempo, por entre dos matas lejanas, un venado huía a todo correr". ¿Caben mayor sobriedad de expresión y mayor belleza?

Pocaterra es siempre lapidario; para mí es esa, posiblemente, su más profunda, su más alta virtud. Miren si no estos ejemplos: "Cambiaron una mirada, los ojos pardos y los ojos claros, en un pequeño relámpago homicida". "La mandíbula fuerte le temblaba; sus ojos fulguraban con la antigua cólera heroica del mando y del ultraje". "¿Era aquel su papá? Le hacía el efecto, un poco vago y respetuoso, de un traje abandonado". Pocaterra, de haber vivido otra circunstancia menos adversa, tal vez hubiera llegado a ser uno de los grandes novelistas universales.

Y es esta su verdad: su pasión por la integridad moral del hombre, su amor entrañable por la tierra venezolana. Y es esta su mentira: su continua contradicción, su piedad despiadada, su fiero escepticismo y su ilimitada desesperanza.

Rufino Blanco-Fombona o la violencia

Si entrar en el mundo de Pocaterra es como pisar una tierra infame, penetrar en la creación de Blanco-Fombona es como aposentarse sobre un volcán; si Pocaterra fue la permanente contradicción, el sí y el no de la vida, Blanco-Fombona fue siempre la desatada violencia, la ciega y elemental pasión puesta al servicio de un ideal noble: la lucha por la verdad y la libertad humanas. Igual el uno que el otro padecieron, vivieron en un tiempo de desprecio, de menosprecio. Lo mismo el uno que el otro sufrieron destierro y prisión. Pero mientras Pocaterra no tuvo piedad de sus criaturas ni de su patria, Blanco-Fombona, en medio de su desesperada fiereza, puso siempre sobre su corazón la más invicta venezolanidad. Así en el destierro, en su cruel destierro, escribe: "Me basta abrir un balcón que da hacia el sur, y desde el escritorio diviso la ciudad, mi Caracas nativa, esa Caracas tan hostil y tan amada, bajo cuyo cielo azul y en cuyo tibio ambiente deseo exhalar el último suspiro, bajo cuyo suelo fragante y moreno deseo dormir, cuando suene la hora, el sueño último". Ese fue su sueño, su imposible y vano anhelo: vivir, dormir, morir en su amada y hostil Caracas. Porque él, en la hondura de sus raíces, no era otra cosa que la proyección viviente de su tierra venezolana. Porque él, lo mismo que Unamuno de mal de España, agonizaba de mal de América.

Carácter: personalidad, originalidad

"La obra literaria puede ser obra exclusiva y de deliberada voluntad de los creadores. Pero los jugos nutricios de la tierra alimentan los nuevos árboles de copa verdecida".—R. B. F.

Lo que limita a Blanco-Fombona es, posiblemente, su sentimiento telúrico de la tierra, su esencial y radical venezolanidad; pero, por contraste, ese mismo misterioso enraizamiento con *los jugos nutricios* de su patria es lo que le da medida ecuménica; a fuerza de ahincarse dolorosamente en los socavones de su tierra originaria, su "elementalidad humana, elaborada directamente del barro creador", adquiere proporciones inverosímiles, estaturas extraordinarias.

"Su genealogía espiritual —dice de él Carmona Nenclares en su *Rufino Blanco-Fombona: su vida y su obra*— podría señalarse en una doble fuente: por una parte, en el fiero impulso, más orgánico que psíquico en cuanto a la potencia, y dirigido a la afirmación individual; por otra parte, y en una medida apenas registrada por la mente, en la tensión, o posibilidad de acción, dirigida a la libertad. La madeja o núcleo de don Rufino tiene esos dos materiales". Que son últimos, radicales e intransferibles, añado yo.

Y Jesús Semprún, en un ensayo titulado *Rufino Blanco-Fombona y su obra poética*, incluido por don Rufino un tanto a regañadientes en sus *Cantos de la prisión y del destierro*, edición de Chartres, 1911, afirmaba: "No busca ni quiere buscar el sentido de la vida; no siente el vahído de los problemas irresolutos: se limita a vivir. Es amigo de formas, no de esencias: desdeña lo abstracto; y a las ideas, prefiere las emociones; eso se llama propiamente un sensualista. Alguna vez se preocupa de las causas y de los principios. Se dirige a Dios; pero, cómo?: no ebrio de duda, no con escéptica angustia metafísica, sino en dura imprecación al ser de los seres, como un hombre suele dirigirse a su enemigo".

Para Carmona Nenclares, Blanco-Fombona (su obra) es una prolongación de la vida y no de la cultura; para Semprún, el intérprete de lo animado y viviente, de la pasión viva y fértil, de la voluptuosidad feliz. "De este poeta —aseguraba— sí puede bien decirse que el mundo es la represen-

tación palpable del yo: una forma de su sensibilidad, de su imaginación, de su intelecto". O sea que los dos críticos coinciden en un punto esencial: en considerar a Blanco-Fombona como un irrefrenable impulso orgánico, como una tremenda fuerza física sensual y actuante.

Blanco-Fombona fue más un hombre de pasiones que de razones, más un hombre de acción que de contemplación; fue un dionisíaco, un voluptuoso de las formas, una mezcla de Benvenutto Cellini, de Casanova y del superhombre de Nietzsche; fue, en suma, una feroz individualidad en lucha irreprimible por la libertad.

Sus ideas. Su estética

> *"Necesitamos un arte de construcción social, un arte que nos ayude a formarnos y a mejorarnos. El ideal consistiría en realizar obras eternas con nuestras efímeras preocupaciones y nuestras cosas de todos los días".*—R. B. F.

Lo que primeramente le preocupó fue la estética, la originalidad; después, dentro de esa originalidad y de esa estética, la acción por la redención de su patria. Así, en una carta a Isaac Goldberg, le dirá: "No me importa un ardite que este libro que le dedico sea o no juzgado hermoso, literariamente. Más que una obra de escritor, es un deber de hombre; más que novela, es una acción de ciudadano". Con estas palabras, Blanco-Fombona entra en el ámbito de la literatura eminentemente social. Pa no es lo meramente estético lo que le importa y preocupa, sino la estética al servicio de algo, en trance de algo, como servidumbre de algo tan hermoso y tan grande como puede ser la libertad de su pueblo. Hasta tal punto llega a posesionarse de estas ideas, que en más de una ocasión arremete contra los escritores que ensayan una literatura de *escapismo*, en fuga de la realidad y la verdad sociales. "En Francia —comenta—, hasta los tontos parecen tener talento. Hasta los que piensan mal escriben bien". O: "*En los Bestiarios*, de Montherlant, la primera bestia es el autor. ¿Y ese caliginoso Georges Bernanos, bebedor de agua bendita, de nombre griego, pero griego de Beocia?" Estas opiniones, indudablemente, están traspasadas de exagerada y fiera pasión; en su fondo, empero, palpita una sana intención.

Su novelística: tipos, personajes

"Cada escritor de raza posee, aunque no haya pensado en ello, su personal e instintiva estética. Creo que un novelista debe dar, si puede y el asunto lo permite, la nota lírica, la nota épica, la nota llana, aun la nota vulgar, para remontarse de nuevo hasta donde lo permitan sus alas.—R. B. F.

ME limitaré aquí a comentar dos novelas de Blanco-Fombona: *El Hombre de Hierro* y *La Bella y la Fiera.*

El Hombre de Hierro es la tragedia de un pobre hombre. Un ser sin gracia, modesto, trabajador, honrado, llamado Crispín Luz. Desde la cuna hasta la tumba, su vida es una humillación permanente. "En la desolación de su vida —narra el autor—, se asía Crispín del trabajo como el que resbala por un abismo se ase de una brizna de hierba..." Así, por el camino del trabajo, Crispín se convierte en el *hombre de hierro* de Perrín y Compañía. Se casa, sin saber cómo, y su esposa, además de odiarlo, le engaña con el apuesto Brummel, cuya dimensión moral se sintetiza en estas palabras: "Yo soy como el actor que para conmover debe estar conmovido". María, su mujer, le dará un hijo de Brummel, tarado, ruín: "De sus ojos fluye un pus amarillento, como si el pobrecito mirase por dos úlceras". Él ama a su esposa, como ama al miserable niño, pero María "lo prefería todo antes que despertar a Crispín que roncaba allí, a su lado; e inspirábale aquel sueño del justo, aquel sueño del trabajador, aquel sueño feliz una antipatía, un odio inimaginable". "Y luego aquella flauta, aquella eterna y desacorde y maldita flauta". "¿Por qué no se la escondes?", le sugiere su prima Rosalía. Y María contesta: "Bueno, suponte que se la escondo. Pero ¿cómo esconderlo a él; cómo esconderme yo?" Crispín Luz vive rodeado de odios, de tinieblas; sus hermanos le escupen, su madre le desprecia, su esposa le engaña, la gente se le burla. A su vida de honor y de trabajo, la sociedad responde con el engaño y el desprecio. Solamente su hermana Eva, ante su infinita desventura, tiene al fin estas palabras de conmiseración y de cólera: "¡Dios mío! Si tú galardonas la virtud, yo reniego de la virtud. ¡Qué asco!" Crispín muere solo, humillado, pobre, vencido.

Blanco-Fombona lapida así a un tipo: "...y ya no vivía sino muriéndose, tendida o arrellanada en un extraño mueble, mitad asiento, mitad cama, que gracias a un resorte enderezaba el espaldar, tornaba la yaciga en poltrona, o tumbaba el respaldo trocando la poltrona en yaciga. Flaca, nariguda, amarillenta la tez y amarillentas asimismo las esferas escleróticas, el pescuezo como un cuello de violín, parecía doña Felipa un maniquí alámbrico y de cera, o fabricado con pleitas de atocha". Así a un sacerdote: "La rejilla del confesionario le parecía a veces la rejilla de un albañal. Decididamente carecía de vocación para convertirse en letrina de orduras morales". Así un seismo: "Crispín se detuvo un instante; se persignó; quiso rezar. Se agarró con ambas manos a un farol de la esquina; miró hacia el Norte; miró hacia el Sur; miró hacia el Este: por donde quiera la calle recta, solitaria, muda, sombría. Bajó la vista como para no ver la soledad; pero luego volvió a clavar los ojos en la noche; y de súbito, desasiéndose del farol, ignorante de lo que hacía, echó a correr sin rumbo, pávido, como un loco, por aquella ciudad desierta. A lo lejos, el Avila bramaba como un león".

Si *El Hombre de Hierro* es la novela de la ternura, *La Bella y la Fiera* es la novela del Tirano; en ella se narra la aventura —mejor la desventura— de dos estudiantes, su lucha por la libertad, que acabarán sufriendo muerte espantosa. Se nos da aquí dos aspectos del Tirano: el hombre público y el hombre de hogar. El primero, el político, es la fiera; el segundo, el amante, el padre solícito y tierno. Para mostrarnos esta segunda fase, el autor se sirve de la correspondencia privada de Griselda, su joven e inteligente concubina. Griselda le escribe a su madre: "A mi lado encuentra (el General) el solaz y el reposo que le distraen de sus fatigas de gobernante". "Se me rodea, se me celebra, se me pone sobre los cuernos de la luna; opino, y mi opinión decide asuntos de la mayor trascendencia, a veces, para la República. Los ministros me consultan; los generales me halagan; los diplomáticos me visitan; los curas me adulan; las mejores familias del país me solicitan y cortejan". "El objeto de la vida es la búsqueda de la felicidad terrestre: unos la buscan y la encuentran de un modo; otros, de otra. Yo soy feliz al lado del hombre a quien lo debo todo. Eso basta". Las citas se harían interminables.

En *La Bella y la Fiera* se describe de esta manera un incendio: "Iba chorreando sudor. Su piel lustrosa se convertía en fuente irrestañable. Sus pupilas de azabache y escleróticas amarillas se volvían de cuando en cuando hacia atrás. Los blancos dientes lucían en la sonrisa de la satisfacción". "Seguía de cuando en cuando convirtiendo los ojos a la negra columna de humo y a la terriblemente rápida voracidad del fuego. Como todo autor, contemplaba su obra y pensaba que era buena".

Esta es una visión parcial, un tanto mostrenca, de la obra de Rufino Blanco-Fombona. No hemos hablado de él como historiador, como intérprete de Bolívar, como cuentista, como poeta. . .

(Me dan ganas
de beber leche, de domar un potro,
de atravesar un río......)

Algún día lo haremos, lo intentaremos. Quede este trabajo como un testimonio viviente. Porque él fue esencialmente eso: un ser vivo, una materia palpitante, y su personalidad humana estuvo siempre por encima y más allá de todo: aun por encima y más allá, de su propia obra.

Julián Padrón: entre la realidad y el sueño

No voy a hablar hoy aquí de su muerte, sino de su vida; de su alma, de su lucha, de su realidad, de su sueño. De todo lo que queda del hombre una vez acabado ya el hombre. De la herencia que nos dejara al fin de su tránsito. De su memoria, de su obra.

Si vive quien deja y deja el que ha llevado, ¿qué ha llevado Julián Padrón? Mejor: ¿Qué ha dejado Julián Padrón como testimonio de su vivir, de su existir, de su constante laborar y batallar en el mundo? Ha dejado una memoria viviente. Ha dejado un testimonio vivísimo. Porque, ¿qué otra cosa es su obra, su novelística, sino una huella, una memoria, un testimonio vivo y palpitante del hombre?

Yo soy un hombre de pasión, lo confieso. Mi sangre se inclina hacia lo luminoso y ardiente. Y de todo lo luminoso y ardiente de Venezuela, o de América, ¿no es Padrón como un símbolo?

Pascual Venegas Filardo, en un claro ensayo sobre el autor de *La Guaricha*, dice que *Primavera Nocturna* es la más poética y personal de las novelas de Julián Padrón. Creo que el juicio es certero. Y hasta tal punto lo creo así que hoy, en este comentario, voy a intentar una interpretación de tan hermosa, viva y apasionante novela.

Primavera nocturna: sus posibles antecedentes

> *"¿Es necesario que para que los amores inmortales tengan un feliz desenlace, hayan recorrido un camino de sufrimiento?" "......tú y yo tenemos cuerpo y alma. Pero si tú escondes uno de esos dos elementos, yo despreciaré en ti el otro que te parece más precioso"*.—J. P.

Primavera nocturna, aunque su acción transcurra en Caracas, tiene un clima interior universal. Es la pasión, el amor y el deseo del hombre, de cualquier hombre. El hombre acosando a la hembra. El hombre negándose a sí mismo para afirmarse en el ser amado, en la amante. No tiene más argumento que el amor. Su trama o cañamazo es apenas sensible. Más que un argumento, tiene un clímax. Sus agonistas —Bernardo y Liana —viven en un mundo particular, intimísimo, en una realidad casi delirante.

Por la manera de estar planteada y su desarrollo —no por su fuego, no por su pasión—, *Primavera nocturna* me sugiere la imagen de otra novela sudamericana: *Rodeada está de sueño*, de Eduardo Mallea. También adivino a Julián Padrón poderosamente impresionado por aquella vivencia de Rilke: "Te tuve porque nunca te retuve". Pero lo que mayormente gravita en el ambiente de esta novela, en su alado fluir, es como un amodo de lejanas melodías orientales. Estas se hacen patentes a través de toda la obra: "Viniste aquella tarde con tus manos sonando tus ajorcas", dice. O: "Los amores no consumados parece que dejan en el alma una huella que los hace inmortales". O: ". . .y suenan los cascabeles de sus pulseras. . ." Mas estas reminiscencias, bien asimiladas y sedimentadas en el alma del escritor venezolano, le convierten no sólo en un artista personalísimo de la palabra, del sentimiento, sino también en un formidable creador de mundos.

Amor y dolor como fundamento de la existencia

"Contenido y continente son puras sensaciones. Todas las aspiraciones del alma lo invaden. Todos los apetitos del cuerpo lo inundan. En ese instante la esencia del ser y la del no ser plantean en él su combate por la vida y la muerte.—J. P.

BERNARDO Montes, el personaje de *Primavera Nocturna,* es una criatura de amor y, por lo tanto, de dolor. Le duele el dolor desde un principio. Es una náusea continuada, profunda. El dolor le impide el sueño. Pero él vive rodeado de sueño. Entre la realidad y el sueño. En una subrealidad. Un día el sentimiento del dolor se le hace más patente. Deja de ser el Dolor para convertirse en un dolor: "Entonces apareció en su cuerpo no el Dolor, sino un dolor. Un dolor sordo, cronológico. Durante las noches lo asaltaba y rendía al mismo sueño". Tiene veinte años. El adolescente es ambicioso. Él hará. Él será. Bebe mucho. Fuma bastante. La botella es una hembra que danza lujuriosamente. *Estoy borracho.* El adolescente es un suicida en potencia. Se está matando. Se está acabando. Y ahora este dolor, que no es el Dolor, sino un dolor...

De todos los seres vivientes, el hombre es el que tiene una mayor capacidad para el dolor, para el amor. Tiene una capacidad casi ilimitada. Sufre, ama, se arrastra, pero hasta llegar a la muerte tiene que cubrir un camino. El adolescente no morirá. Renacerá desde el fondo de su dolor, desde el tuétano de su amor. Podrá contemplarse, en mitad de su oscuro delirio, viviendo su muerte. "Aquí yace Bernardo Montes. Nacido campesino, luchó por su pueblo". Y aquí está su tumba. Él la ve desde algún lugar: "Cada viajero que pasa por el camino lanza sobre el montículo de tierra una piedra, oración por mi alma". Y su alma no muere. Su alma toma cuerpo en un ceibo.

"El ceibo —dice—, atraído por la nueva fertilidad, hundía cada vez más sus raíces en el terreno y chupaba con amorosa sed el agua profunda. Así el alma fue pasando de la tierra a las raicillas, de estas a los vasos capilares, de aquí a los tejidos leñosos y, por último, a las hojas. Y en las hojas el alma recibió la energía solar para descender por el tallo convertida en savia y dar fuerza al tronco a fin de hin-

char más profundamente sus raíces en el suelo". "Detrás, protegiendo el valle, las altas paredes de los cerros, y más allá las montañas azules. Y viniendo de esas montañas azules, el río corre por el valle y por las filtraciones de la tierra me envía su frescura". Pero no es ya un dolor lo que siento, sino el Dolor: "Todas las tardes, a la hora más triste del mundo, viene junto a mi alma el alma de mi madre..." "Cuando regresa, al oscurecer, su dolor es tan inmenso que su cuerpo enlutado hace noches sobre el camino. Pero deja sobre la tumba el corazón de sus lágrimas y unas flores. Sus lágrimas hondas conmueven hasta las piedras amontonadas por los caminantes, y riegan la tierra y la hacen tan fértil que ya la hierba crece cada noche hasta florecer y la cruz de palo verde retoña". Julián Padrón —o lo que es lo mismo: su adolescente agonista— saldrá así de su muerte gracias al amor y generosidad de su madre, de su terrible Madre: la tierra de su pasión y de su orgullo, Venezuela. Porque hasta la cruz de palo verde retoñará. Y él, como cada humano, arrastrará su cruz. La del dolor. La del amor.

Rodeada está de sueño

"Dame la realidad de tu cuerpo y sobre él edificaré yo tu alma. Dame la idealidad de tu alma y tu cuerpo seguirá siendo de la misma carne. Con el cuerpo yo puedo embellecer tu realidad. Con el alma no podré ser sino un carpintero".—J. P.

El hombre está solo y necesita compañía. Llenar su vacío, compartir sus sueños. Él, Bernardo, necesita compartir sus sueños. No soporta la soledad. Busca desesperadamente. Encuentra. Pero ella todavía no es Ella. Es un fuego, un deseo, una quemazón en la sangre; pero no su amor. "El olor fuerte de su cuerpo, que se arremolina bajo las axilas y enloquece como una brujería". "Sobre el diván rojo del corredor se entabla la alegre lucha de los seres que quieren vivir, morir y revivir" ... "sus ojos negros adquieren aquella expresión aterciopelada, animal, de culebra a la que le han robado el veneno". Y ella, que no es Ella, le dice: "¿Alcanzarás mis pechos cuando los limones maduren su mamelón?" Pero Ella, la que él busca con afán casi desesperado —la amada, la compañera, la amante—, rodeada está de sueño.

Y él, Bernardo, con un sentimiento telúrico y a la vez surrealista del mundo, va por la noche como un perro, o como un gato que maúlla a la luna, o como un aguaitacaminos que duerme a la vera de la vía y alumbra con sus ojos enrojecidos cuando se aproxima una persona o un animal. Y la busca en el mar, en la colina, en el corazón de las casas desiertas hasta caer extenuado al pie del recuerdo. Pero Ella —la amada, la amante —rodeada está de sueño.

Te tuve porque nunca te retuve

"Porque ella se conformó con aquellas palabras que le inundaban el alma de un amor que no necesita de la satisfacción de la carne".—J. P.

Y Ella, Liana, emerge ahora del sueño. Desciende desde el sueño. Se hace criatura real. Pero antes ya existía, tenía residencia en el pecho de un hombre, en el corazón de Bernardo.

¿Cómo era, Dios mío?

Era alta, esbelta. Era alta y esbelta. Con la voluntad, la dignidad y el orgullo de estar sola consigo, de estar mirándose en el espejo de su propia. Pero ha llegado y es Ella. La amada. La amante.

¿La amante? No. Es todavía el sueño. Impenetrable e imposible como un sueño. Es la esfinge, el enigma. El pecado y la gloria. La dicha y la desdicha. La vida y la muerte de Bernardo.

Bernardo toca su materia viviente. Roza el cuerpo de Ella. Mas Liana va, viene, aparece y desaparece como un fuego fatuo. La tiene, pero no la retiene.

Nadie es feliz si pretende retener a su lado más tiempo del debido la presencia de los seres amados. Te tuve porque nunca te retuve, dice Rilke. Bernardo no lo ignora. Y sabe también que la realidad de la vida y la dureza de la vida consisten en eso: en un ganar y un perder, en un nacer y un morir continuados. El hombre, además de un ser de razón, es un ser de pasión. Bernardo se mueve en la duda. Pasa de la cima a la sima. Se interroga: "¿Acaso no basta a compensar toda amargura un momento hermoso, unos bellos días vividos bajo el entusiasmo de un deseo, de un amor?" Pero este es sólo un momento luminoso de su conciencia. De la cima,

rodará inmediatamente a la sima. Y la recordará a Ella, la inasible, furiosamente desnuda, como una espada en medio de dos enemigos irreconciliables. Y Ella, Liana, en su imposible olvido del amado, pensará: "Él no era el hombre que me hubiera podido adorar a mi manera. Él quería de mí, sobre todo, mi cuerpo. Yo quería de él, sobre todo, su alma. Siempre nos unirá el recuerdo de un gran amor irrealizado".

¿Un gran amor irrealizado? No. Bernardo Montes superará la prueba, romperá el maleficio. Te tuve porque fui capaz de retenerte, dirá. Y se erguirá de pronto en la vida, ante Liana, como ante una visión sobrenatural, como en presencia de un muerto resucitado, como frente a un ser agobiado de vida, de muerte y de sueños..., y acariciará suavemente aquellos cabellos que son la propia imagen de la tragedia entre las sombras. Y al fin derribará la puerta y entrará en la morada inviolable para ser uno con Ella, amada y amante; para vivir, para sufrir; como su dolor, con su profundo amor.

Guillermo Meneses: su oscura dimensión

> *"Esta gente, para Mr. White, sigue extraña, ajena; no ha podido sentirse nunca cerca de ellos. Indios, negros, mestizos. De cualquier manera, gente oscura, de sangre espesa; gente vegetal, quieta......"*—G. M.

Con Guillermo Meneses me encuentro con el mar. Mar de barcas y redes, de peces y espumas. Y al hombre —indio, negro, mestizo— luchando con el mar, disputándole, robándole, día a día su plateado tesoro. "Asentarse en la barca, apoyarse en los remos para correr el mar; alzar la vela blanca y atrapar el viento y hacerlo compañero del trabajo; echar el anzuelo y luchar con el pez..." ¡Hermosa vida, hermanos! *La Balandra Isabel* y *Campeones; Canción de Negros; El Mestizo José Vargas*... El mar, y los hombres sencillos, duros y terribles, de piel oscura y sangre caliente, espesa, luchando con el mar. ¡Hermosa vida, hermanos!

Venegas Filardo, en un breve juicio sobre la novelística de Meneses, dice: "Podríamos afirmar que entre los escritores venezolanos que más fervorosamente han querido llevar al campo de la novela —comenzando por el título de sus obras— el elemento racial de nuestro complejo conglome-

rado étnico, ha sido Meneses". Exacto. Mas yo no creo que el sentimiento de lo racial sea lo más significativo en su obra. Meneses es un intérprete de su pueblo, ama a su pueblo, y ese *conglomerado étnico* es en Venezuela realidad palpitante e insoslayable. Meneses no lo olvida y parte de esa realidad para crear o recrear sus tipos, su poesía y su novela.

Julián Padrón es la realidad y el sueño; Pocaterra, la verdad y la mentira; Blanco-Fombona, la desatada violencia. Uno y otros son como grandes escritores frustrados; el uno por su temprana muerte, los otros por el dolor y la impiedad. Meneses les resume a los tres: tiene el realismo y la poesía del primero y la áspera dramaticidad de los segundos. Y tiene más aún: la oscura dimensión de los espíritus, el vigor y el poder de la síntesis.

Tipos. Personajes

> *"Aquel pequeño borracho sangriento, con mucho de enano misterioso, parecía herido, agonizante, asesinado bajo sus manchas de sangre y de ron, solicitando y rodeado por imágenes de ángeles buenos, unidos a él por el amor".—*
> G. M.

Algo de lo más admirable en Guillermo Meneses es su fuerza, su agudeza penetrativa, su don psicológico; es un radiólogo de almas, un captador de tipos, un hacedor de personajes. Sus entes de ficción corresponden siempre a una verdad, a una realidad. Son verdaderos agonistas. Tienen pasiones y reacciones completamente humanas.

El Mestizo José Vargas puede ser un ejemplo. Lo es toda la estirpe de los Vargas: Don Diego, Aquiles, José Ramón... Lo es la india Cruz Guaregua. También lo son el juez Temístocles González, la tía Milita, Gregoria ... Lo es —y hasta qué extremo— el pastor Mr. White. Y en *El Falso Cuaderno de Narciso Espejo* —para mí, indiscutiblemente, su mejor obra— ocurre lo mismo. Los personajes no solamente están captados, sino que tienen alma, vida, espíritu propios; se mueven por sus propios impulsos, por sus propios deseos; están tocados como por un destino violento y terrible.

Guillermo Meneses, en la creación de sus agonistas, tiene una preciosa virtud: la sobriedad. Como a los grandes maestros de la novela, le bastan un gesto, una sonrisa, una palabra

para mostrarnos un carácter, una voluntad anímica, la dimensión total de un alma. Sus tipos son físicos, de sangre espesa, caliente; pero también arrastran un mundo íntimo, una luminosidad o una catástrofe interiores. A veces son como catástrofes que andan: como el viejo borracho Luis, como Temístocles González, como Mr. Conrad White. "Dijo sus tristezas —Mr. White, que ama a Dios y combate por una existencia luminosa—: cómo se encontraba solo, cómo se sentía inútil, cómo necesitaba un lazo que lo uniera a esta tierra tan hermosa que parecía tomar a veces las formas más atrayentes de la figura satánica; dijo que le horrorizaba como una maldición ver que se perdían sus máximas religiosas en las almas de aquellos hombres oscuros, de sangre pesada y marcada de instintos, que necesitaban de dioses visibles, sensibles, de madera o de imaginación; hombres oscuros que, al parecer, no comprendían con la inteligencia, sino con una misteriosa capacidad sensual e instintiva". Aquí nos da la íntima medida de un hombre, de un pastor de almas, de un extranjero; su angustia y su incapacidad ante una raza que no comprende, y cuyos sentimientos jamás alcanzará a desentrañar.

El Mestizo José Vargas

> *"Eres carne nacida de carne y tienes que sostener el peso de un mundo prodigioso y sombrío, el peso de los recuerdos, de la memoria, de la conciencia humana; el peso de la voz de los ancianos".*—G. M.

Yo creo que lo menos importante en la novelística de Guillermo Meneses es la trama, su cañamazo. Lo más importante en él, en su manera de novelar, tal vez sea el clima. O tal vez sea el ritmo. O tal vez sea el fuego que circula por debajo y más allá de las palabras. En alguna parte debe residir el misterio. Porque sus novelas tienen realidad; son de vida, no como la vida.

El Mestizo José Vargas es la historia del orgullo y la frustración. El drama de lo noble que acaba. La estirpe de los Vargas debatiéndose contra el mundo de los plebeyos. Los Vargas contra los Guaregua. Los Vargas contra los antiguos esclavos. Y José Vargas, el Mestizo, ni Vargas ni Guaregua; sin el poder y el orgullo de unos, sin el vigor y la fortaleza

vegetal de los otros. Ahí está el drama. Ese es el nudo de la tragedia.

Aquiles es el último de los Vargas nobles; no se entrega al destino, se debate contra el destino. Lucha —¿realmente lucha?— como por una reintegración del honor. Igual que Crisóstomo Gárate, el personaje de Pocaterra, cree que vive en una gusanera incurable. Así, mientras "entre los párpados le brillan dos fogosas piedras azules, enfebrecidas de ira y desconsuelo, de cariñosa lástima rabiosa", le dirá a su hijo el Mestizo: "Los Vargas dominaron una vez esta tierra. Todo era de ellos; hasta la carroña humana que los rodeaba. Estamos obligados a seguir siendo amos. La tierra y las gentes nos lo imponen como único deber nuestro. Sí: la tierra y nuestra gente; gentes de los Vargas". Esta es la desesperada voz de los ancianos, la voz de su padre. Y su madre, la india Cruz Guaregua, le escupirá: "Con muchos hombres me he acostado. No lo niego ni quiero negarlo jamás. ¿Oíste? ¡Lo estoy gritando!" . . . "Mira —le seguirá escupiendo—: ese es de un hombre y tú de otro y Chuíto de otro. He parido de quien me ha dado la gana". Estas son sus sangres, sus poderosas y turbias sangres. Mas él, el Mestizo, es solamente eso: un mestizo.

Meneses adopta en esta novela un estilo un tanto reiterativo, a lo Boris Pilniak; una como complacencia o regusto por la palabra y la imagen. En algún capítulo resulta falso, empalagoso. Mas siempre le libra un destello poderoso y terrible, una como dramática ironía: "Era un olor esencial, de pensamientos beatones, de pecados temblorosos, de pasiones zarandeadas por el miedo, un desasosiego tenebroso y palpitante que parecía salir del negro escondite de los confesionarios".

El Falso Cuaderno de Narciso Espejo

> *"He negado la imagen de Dios manchada de humanas apetencias igual que he negado el místico ímpetu de ascensión hacia lo divino apoyado en podrida materia. Temo frecuentemente que fango y misticismo continúan acompañándome".*—G. M.

Si *El Mestizo José Vargas* define a Meneses como novelista, *El Falso Cuaderno de Narciso Espejo* lo consagra; porque esta

pequeña obra puede figurar sin desmerecimiento entre las mejores no sólo de la novelística venezolana, sino de América y de Europa.

Aquí Meneses no padece de arrebatados lirismos; su novela está pensada, perfectamente estructurada; su prosa medida, esmaltada con sobriedad; forma y contenido son una misma cosa; sus personajes —pocos— viviendo hacia adentro. Meneses tiene —o parece tener— una sola preocupación: buscar al hombre, tocar al hombre, penetrar en las raíces del hombre. Proyectar al hombre, aun en mitad de su envilecimiento, hacia lo luminoso del mundo.

En *El Falso Cuaderno de Narciso Espejo* no se narra nada importante, pero todo en ella es importante. Más aún: insustituible. Pleno de belleza y de profundo significado; de ternura, de entrañable amor hacia su tierra y su pueblo. "Me enorgullece —manifiesta— pensar que hay una porción de mi organismo que actúa en función de mi pueblo; por ella me conozco como venezolano y sé que Venezuela me pertenece, ya que está dentro de mí".

El Falso Cuaderno de Narciso Espejo está en la línea de las más bellas creaciones del alma humana: en la línea de *Los papeles de Aspern*, de Henry James; en la línea de los cuadernos de *Malte Laurids Brigge*, de Rilke; en la línea de *Rodeada está de sueño*, de Eduardo Mallea. Está en esa línea y, como he dicho, no desmerece. No será superior a ellas, pero tampoco inferior a ellas. Porque es algo hermoso, logrado, intocable. Porque es la obra de Guillermo Meneses, un venezolano universal.

EL TEMA DE LA ANGUSTIA EN EUGENIO GONZÁLEZ

Por *Raúl SILVA CASTRO*

EUGENIO González Rojas, nacido en Santiago de Chile en el curso de 1903 y titulado profesor en el Instituto Pedagógico en 1928, comenzó a figurar con relieves propios en el grupo o promoción de escritores que afloraba con la publicación de la revista *Índice*. En el primer número de ésta, de fecha abril de 1930, el grupo aparecía encabezado por Mariano Picón Salas, Raúl Silva Castro, Ricardo A. Latcham, Eugenio González y José Manuel Sánchez, para darles la misma colocación que allí presentan, y estos escritores invitaron a secundarles en la iniciativa a sus amigos, dispersos en diferentes rincones del país, a fin de abrir exposiciones, propiciar conferencias y cursos, publicar libros y folletos y dar, en fin, a la publicidad la revista *Índice*. No todas estas ambiciosas obras se cumplieron, como siempre ocurre en estos movimientos, auspiciados más por el ardor de la juventud que por la experiencia, y al cabo de algún tiempo no se oyó hablar más de *Índice*. Pero ya que se trata de Eugenio González, cabe recordar, una vez más, que su obra de ensayista sobre temas literarios y filosóficos, no reunida en libro, ha de buscarse de preferencia en las páginas de esa revista juvenil, en que con tanto empeño nos embarcamos unos cuantos amigos, así como en *Atenea*, donde colaboró después.

Volviendo a su biografía, cabe agregar que ha sido profesor en el Liceo Miguel Luis Amunátegui y en el Internado Barros Arana, ambos establecimientos de segunda enseñanza, y que fue Ministro de Educación Pública, por corto tiempo, como miembro del equipo socialista que se hizo cargo del poder en condiciones de muy precaria estabilidad institucional, en el curso de 1932. En realidad, se le debía actuación tan honorífica, puesto que era uno de los fundadores del primitivo Partido Socialista, junto a Eugenio Matte Hurtado, partido

hoy fragmentado en innúmeras porciones, con lo cual se ha conseguido nulificar su doctrina y su intervención en la cosa pública. Prestó servicios al gobierno de Venezuela desde 1939 hasta 1941, contratado para colaborar en la organización del Instituto Pedagógico de Caracas, y al término de esta honrosa comisión volvió a Chile a proseguir su labor docente. En años siguientes se le vio elegido senador por Santiago, en un período que terminó en 1957, y es actualmente director del mismo Instituto Pedagógico en el cual fue, años antes, alumno y después profesor de larga y sostenida carrera.

Si se considera la existencia de González tal como la hemos esquematizado en este esbozo de biografía y reducida a cifras anuales, tendríamos que su obra literaria corre más o menos desde 1930 hasta 1942, y que desde entonces aparece interrumpida. Esta circunstancia nos permite, en fin, abarcarla en conjunto, por lo menos en el aspecto novelesco, para señalar en ella las notas esenciales. Tal es el único objeto de este ensayo.

EUGENIO González es autor de *Más afuera* (1930), que apareció catalogada por su autor como novela, si bien contiene en realidad no pocas escenas autobiográficas. Dos años antes, el joven escritor había sido detenido por la policía política y enviado a purgar imaginarios delitos contra el orden público, en una de las islas del archipiélago de Juan Fernández, llamada precisamente con el título del libro en el cual se cuenta la vida en el penal. Según los entendidos, la identidad de algunos confinados queda apenas encubierta por ligeras deformaciones de sus nombres, y todo, en fin, nos convence de que aquello hubo de ser vivido directamente por el autor. Entre los relatos pintorescos y trágicos de la vida hispanoamericana, no pocas veces convulsa por errores políticos mayúsculos, ha de ocupar su sitio *Más afuera*, ya que es uno de los testimonios más coherentes de la persecución que emprendió la dictadura de Ibáñez contra los grupos de intelectuales empeñados, aunque sin éxito hasta 1931, en derribarla.

Poco después, González publicaba *Hombres* (1935), novela en la que también nos ofrece personajes vivos ligeramente disfrazados para la exposición novelesca. En el intervalo se había producido la llamada República Socialista, de la cual

fue González, como ya se dijo, Ministro de Educación Pública. En *Hombres* podemos leer una novela de la agitación social, algunos de cuyos capítulos muestran la organización conspirativa por dentro, tan débil, tan mal concertada, que la represión policial destruye el movimiento, y sus cabecillas han de ocultarse para evitar verse arrastrados a la justicia. No cabe duda que el autor sigue aprovechando aquí experiencias directas, tanto de la organización del partido socialista, en el que llegó a ser figura prominente, como de la organización estudiantil. Esta última es, desde luego, muy anterior a aquélla, puesto que ya en 1920 la Federación de Estudiantes de Chile (de la que González fue presidente en 1922) ocupaba un sitio de avanzada en la lucha social y se exponía, con un puñado de sus dirigentes, a todos los riesgos de la situación. En *Hombres* no hay solución para todos los conflictos que plantea el novelista, pero la eficacia del relato para seguir por dentro los ajetreos de quienes deseaban producir el trastorno de la organización social contemporánea de Chile, es innegable.

Siguiendo su carrera de escritor, González publicó en seguida *Destinos* (1940), conjunto de seis cuentos o novelas cortas, sistemáticamente dispuestos para mostrar imágenes de gente de clase media, de insatisfechos, de seres que buscan algo sin saber bien de qué se trata, y que, por eso mismo, generalmente no aciertan ni en los medios ni en el fin. Del conjunto de *Destinos* se desprende un vaho algo siniestro, y ello nos acerca a la última producción de González, donde, a nuestro parecer, culmina su manera novelística al señalar, como clave de una conducta desbaratada, la angustia.

Nos referimos a *Noche,* novela con la cual en 1942 se cierra, hasta hoy, la producción literaria de Eugenio González. Pero *Noche,* como podrá verse en seguida, merece un análisis más detenido que las anteriores producciones del autor, por los temas a que acude y por la intensidad de las preguntas psicológicas que se formulan al leer sus páginas.

Los personajes de *Noche* son muy contados, y quienes interesan para la peripecia de la novela misma son sólo dos, Aura y Alfredo. Dentro del desarrollo de la obra, alcanzan a cobrar importancia, por algunos momentos, Agustina, madre de Aura,

ocasional amante de Alfredo, y el capitán Álvarez. Este último despierta los celos de Alfredo, debido a chismes pueblerinos, y viene a figurar primero como fantasma adecuado sólo para despertar las dudas y las sospechas de aquél, después como ser de carne y hueso en una entrevista fugacísima, y finalmente, otra vez como fantasma, cuando, al final de la obra, en Alfredo se desencadenan el delirio y la locura. La expresión noche, que sirve de título al libro, define en realidad su contenido, por lo menos en parte, ya que algunas de las escenas más decisivas ocurren dentro de la sombra nocturna, siendo la más expresiva de éstas la noche en que Aura y Agustina, su madre, se descubren, recíprocamente su secreto, se comprenden y se retira cada una a su sitio. Aura, en fin, contrae matrimonio con Alfredo y ambos se alejan del poblacho en que se conocieron.

Lo que llama la atención en este libro, de modo preferente, es el vasto repertorio de los motivos de tristeza y de congoja que se presentan al protagonista para atenazar su conciencia. Hay, desde luego, cierto nihilismo implícito en todo el relato, al cual se abre paso muy al comienzo de la novela.

> Cursaba Narváez el último año de Medicina; pronto obtendría también su título profesional. Talentoso y entusiasta, tendría una carrera brillante. El, en cambio, no pasaría de una discreta mediocridad. El resultado final sería el mismo: la vejez, la muerte, el olvido. No valía la pena, realmente, esforzarse por nada. (P. 30.)

Este nihilismo queda olvidado en el camino que sigue la novela hasta su término, ya que en definitiva lo que la embarga es la pasión de los celos; pero la impresión que alcanza a subrayar en el lector es suficiente. En el mismo corte aparecen caracterizados algunos de los más importantes motivos sentimentales de la existencia. Agustina, por ejemplo, va a verse con Alfredo, transitoriamente enfermo, y cae en sus brazos y se le entrega. Alfredo recapacita en lo ocurrido:

> Ahí estaba, una vez más, el gran engaño, humildemente patético, de los seres que se juntan en busca de lo que nadie puede dar a otro, de lo que sólo existe en el fondo de cada uno.

> Cuanto la vida puede dar es un reflejo del alma sobre la vida. Pero ¿quién ha vislumbrado siquiera el misterio de su alma? Como todos los amantes, Agustina y Alfredo seguían monologando en la soledad. (P. 50.)

Esta vez se trata de que aquellos dos seres se han unido impulsados por la misteriosa inclinación del sexo, sin amor; más adelante, cuando Alfredo ame de veras a Aura, compartirá por algunos instantes su espíritu y no tendrá motivos para señalar el aislamiento. Pero va a volver a él. Aura y Alfredo, ya casados, emprenden viaje a la capital; cuando se hallan en la casa de huéspedes, instalándose, Alfredo observa a su mujer:

> Por un resquicio de los párpados, la observaba ir y venir por la pieza, con aire de cansancio y de melancolía. Y él pensaba, pensaba, sin encontrar el modo de romper la tensión con naturalidad. Por delante, se extendían horas, días, años en que estarían juntos, cada uno rumiando su desesperación sin que el otro pudiera hacer nada por evitarla. (P. 204.)

Y cuando Alfredo, ya francamente dominado por el delirio, vela insomne, nuevamente aflora el convencimiento de que, aislados, los hombres no logran comunicarse ni, por lo tanto, entenderse:

> La noche había borrado las cosas, sus propios cuerpos. Sólo el cuadrado de la ventana recortaba en la tiniebla una mancha de cielo extrañamente lívida. Estaban muy juntos y, sin embargo, separados por inconmensurable[1] distancia. Nunca podrían revelarse el uno al otro, ni aunque enloquecidos de sinceridad se lo propusieran. ¿Cómo expresar lo que está más allá de las palabras, de los gestos, de las miradas, lo que es y deja de ser a cada instante, en el huidizo misterio del tiempo? De la honda vibración de la ternura sale el arrebato del rencor. ... (P. 228.)

Y entonces, tratando de hallar el lector el sendero que le conduzca a dominar la personalidad de Alfredo, que con tan inquietantes facetas acierta a presentar el autor, llégase a concluir que con *Noche* éste ha escrito lisa y llanamente la novela de la angustia. En las páginas de la novela hemos ido

1 Respetamos la forma original. Es evidente que se trata de error de impresión por "inmensurable".

contando las veces que aparece mentada esta palabra, y establecido con verdadera estupefacción que hay no menos de veinticuatro menciones. Nos apresuramos a señalar que no todas ellas son significativas, y que no siempre se reproduce con la palabra angustia el estado de ánimo propio y exclusivo de Alfredo; pero aun así, descontando algunas menciones, siempre quedan muchas como para hacer ya, aproximadamente por lo menos, el diagnóstico que estábamos esperando. Alfredo sufre la vaga y general angustia de vivir, y ella se le manifiesta en concretas y precisas angustias como repercusión ante determinados actos de la vida, hasta que, cobrando fueros exclusivos, se le hace presente la tenaz angustia de los celos, que no logra expulsar y que, en definitiva, lo sumerge en la inconciencia de la locura. Y efectivamente, al comienzo se menciona, en general, "la cotidiana angustia" (p. 13) que lleva a los seres a tomar resoluciones; o es Alfredo, que busca algún cambio en su vida, quien "sentía, como nunca antes, la angustia de su destino siempre igual" (p. 29), precisada, algo después, en "la angustia del porvenir" (p. 86).

Alfredo oye conversar a un compañero oficioso con angustia (p. 114), la cual "se transformaba en una especie de resignada quietud". Lo que aquél le cuenta es el chisme trivial con que se procura convertir a Aura en mujer de aventuras, que ha tenido amantes; y Alfredo, aunque no está enamorado de ella todavía, la siente como inquietadora presencia. Y entonces, mientras oye el chisme y, después, cuando recapacita en él, surge dominante el tema de la angustia.

> ¿El odio? ¿El amor? Palabras inútiles ambas, que en su convencional rigidez no corresponden a nada de lo que sucede en las almas y en la vida. Misterios, por todas partes, misterios. Dentro y fuera. Y como única realidad concreta y profunda, la angustia de sentirse vivir y morir en el ritmo arcano del tiempo, divina sustancia nuestra, de la que las cosas y los seres y los sueños son ondas leves, acaso sin sentido. Nadie puede conocerse a sí mismo porque nada permanece. Alfredo comprendía la inutilidad de su búsqueda, pero se obstinaba en ella, embriagándose morbosamente en la angustia de su fracaso. (P. 128-9.)

Cuando Aura le anuncia que se va a entregar a él, Alfredo sonríe, "a pesar de su angustia secreta, sin saber por qué" (p. 150). Y entonces, desde que ella se convierte en su

amante y después, cuando pasa a ser su esposa, aquella angustia vaga, cósmica, se translada en pleno a la relación conyugal y adquiere otro nombre y otra connotación: los celos, "la angustia del pasado" (p. 154). Anhela que ella, en los arrebatos de la pasión, pronuncie el nombre de alguno de sus anteriores amantes, para conocer "el vértigo de la angustia" (p. 221), y cuando comienza a dominarle la locura, exasperado por la solicitud de su esposa, sale a vagar.

> Hasta entrada la noche caminó por la carretera sin lograr calmarse. La permanencia en el liceo se le iba a tomar insoportable. Pensaba con angustia en el porvenir. (P. 223.)

En las páginas finales, todas las referencias a la angustia quedan prendidas al morboso proceso de los celos que se adueñan de la mente de Alfredo, la obnubilan y la hunden en la vesania. Durmiendo junto a su mujer, la imagina tendida junto al amante de ayer, y esta visión "le produjo tan punzante angustia que no alcanzó a detener el grito..." (p. 248). Es de noche, Alfredo vela en el insomnio y comienza a soñar, sin saber bien si está dormido o despierto, todo lo que pudo ocurrir y, sobre todo, la solución que él mismo podrá brindar a su problema.

> Más y más se hundía en la corriente del sueño, pero mantenía en lo profundo la noción de su estado, así como en el transcurso de la vigilia, aunque solía vivir de preferencia en sus imágenes, conservaba, por debajo de ellas, un nexo sin ruptura con las cosas. No quería despertar hasta el día siguiente, cuando la luz regresara. Mientras tanto exprimía su angustia como si fuera enemigo de sí mismo. (P. 249.)

Aquella noche final es larga, obsesionante; el tema de los celos domina cada vez más a fondo el pensamiento de Alfredo, que en el duermevela de su inquietud pasa a la vesania; y entonces, he aquí las frases finales de la novela:

> Ahora anhelaba despertar y no podía conseguirlo: tendría que llegar a lo alto para que el sueño terminara. Por todas partes lo envolvía silenciosamente la inmensidad nocturna; pero él continuó su marcha hasta que, ahogado de súbito en una angustia de pesadilla, resbaló hacia el abismo. (P. 253-4.)

Debe notarse, a propósito, que la angustia que comienza en el cerebro y es, al principio, una inquietud, cierta desazón, algún desencanto efímero de la vida, tenaz aunque superficial anhelo de vivir en la soledad, falta de simpatía a los demás hombres, desdén de los valores convencionales, termina por instalarse en la región visceral y producir actos somáticos de acusado relieve: la intención de matar a Aura, por ejemplo, cuando Alfredo entre despierto y dormido reconstituye con salacidad la escena de los amoríos que existieron antes en la vida de ella.

Por eso, pues, nos atrevemos a señalar el motivo de la angustia en esta novela, como felicísima introspección en el alma de un personaje creado cuanto se quiera por la intuición del novelista, pero acaso observado también en la realidad de la existencia. Nadie puede pretender que el libro sea autobiográfico, pero debe señalarse, como significativo rasgo de contacto con la vida ambiente, el hecho de que el protagonista aparezca, primero, de estudiante de pedagogía en la capital, después titulado profesor y en seguida en el ejercicio de su cátedra en un liceo de provincia. Estos rasgos han sido observados por el autor, que es efectivamente profesor como ya decíamos. Debe suponerse, en fin, sin hacer agravio a nadie, que los personajes de *Noche* han existido en Chile y dieron tema, siquiera en parte, al novelista para la reconstrucción que de ellos intenta en su obra.

RUBÉN Darío (1867-1916) es aceptado generalmente como poeta decorativo, de escenas galantes, muy erudito y movido más por la música verbal que por la mirada en profundidad hacia el alma del hombre, y sin embargo es también autor de los versos que dicen:

> Dicho el árbol que es apenas sensitivo
> y más la piedra dura, porque esa ya no siente,
> pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo
> ni mayor pesadumbre que la vida consciente.
>
> *(Lo fatal).*

Y un poeta chileno, esto es, conciudadano de Eugenio González, Carlos Pezoa Véliz (1879-1908), sintetiza admi-

rablemente el tema de la angustia en unos pocos versos de su *Tarde en el Hosptital.*

> Y entonces, muerto de angustia,
> ante el panorama inmenso,
> mientras cae el agua mustia,
> pienso.

Estas dos expresiones poéticas, aunque fragmentarias, nos acercan vivamente al tema de la angustia en González, y en cierto modo lo ilumina. ¿A qué quiso apuntar el novelista chileno en su insólita producción? El dolor de ser vivo, a cada instante asoma en su novela, y casi podría decirse que no hay página en la cual no se le patentice en una forma o en otra. González no se ha detenido a decirnos que entiende que su personaje disfruta de una sensibilidad demasiado fina, y por ello le pasan las cosas que le pasan: todo lo contrario: lo da por establecido, lo pinta como ser en todo normal, y aun, trivial, fruto legítimo del ambiente, y como si éste hubiera necesariamente de producir seres así y no de otra laya. Dicho de otro modo: el dolor de ser vivo es una realidad subyacente en *Noche,* y si no se hace sensible a todos sus personajes, en uno por lo menos alcanza su culminación, en Alfredo, que se aproxima a la locura y se hunde en ella, arrebatado por la angustia.

En los versos de Pezoa Véliz podemos entender que como fueron concebidos en un hospital, cuando el poeta yacía inmóvil por una reciente operación quirúrgica y sentía debilidad física, efecto inmediato de aquélla y de la convalecencia, de la expresión de angustia en que rebosan debemos retacear algo: si el poeta exageró, toca a los que no somos poetas reducir su exageración a las medidas usuales y cotidianas. Pero debe notarse que en la actitud de Pezoa Véliz hay dos momentos sucesivos, el primero es la comprobación de la angustia, y el segundo la reflexión: el poeta piensa como consecuencia de haberse sentido angustiado. La angustia de Pezoa Véliz, en suma, por fuerte que la imaginemos, no es tanta como para impedirle pensar. Movido de la angustia no gime, ni llora ni grita: sencillamente piensa.

En el personaje central de *Noche,* en cambio, la angustia cósmica, *el dolor de ser vivo* (para decirlo con el verso de

Darío), da paso a una particular y enconadísima angustia, la de los celos, y ésta aparece descrita tan fuerte, tan intensa, que a ese personaje no sólo le lleva a cometer actos demenciales, perturbadores en su relación cotidiana con colegas y amigos, sino que inclusive le sumerge en la locura.

PARA evitar equívocas, y ya que la expresión angustia tiene amplio curso en la literatura existencialista, me anticipo a decir que nada se sugiere aquí sobre las posibles relaciones de Sartre y del novelista chileno a que se refieren estas notas. Son contemporáneos, y sus obras se han realizado paralelamente. Las fechas de publicación de los principales libros de Sartre así lo prueba: *La Nausée* (Paris, Gallimard), 1938, *Le Mur* (Paris, Gallimard, 1939, *L'Etre et le Néant* (Paris, Gallimard), 1943, y *L'Existencialisme est un Humanisme* (Paris, Nagel), 1946. La gran polémica sobre el existencialismo, como doctrina de la conducta humana, se desencadenó en Francia después de la publicación de ese libro, y en concreto en 1948.

Queda como probable que antes de escribir *Noche,* González conociera las dos primeras obras de Sartre que se citan, pero a nuestro modo de entender las cosas, lo que González ha recogido allí no es tanto el eco de una escuela filosófica europea como la impresión directa de ciertas psicologías desviadas hacia el pesimismo y la desorientación, que suelen darse con relativa frecuencia en las sociedades hispanoamericanas. Y para enterarse sobre ellas y glosar su comportamiento, encarnándolo en personajes de novelas, no se necesitaba leer a Sartre sino observar lisa y llanamente el ambiente psicológico en que discurre la vida chilena.

LOS INVITADOS DE PIEDRA

Por *Jorge* *LÓPEZ PÁEZ*

Para Samuel Gómez Montero

—¿Me queda bien?—preguntó Sara Altatorre.
—¡Precioso! Estás divina. *Parfait*—, contestó el diseñador de modas—. ¿No crees Reyna?—. Le dijo a Reyna Hinojoza de Altatorre, madre de Sara.

La señora Altatorre no contestó en seguida. Se puso de pie. Lentamente caminó alrededor de Sara. Por fin dijo: "Ese pliegue no me gusta".
—Tienes razón Reyna, a mí tampoco acababa de gustarme—: Con buscada brusquedad desprendió el pliegue, y sus ágiles dedos colocaron unos alfileres.
—Me gustaría que me viera Federico—expresó Sara.
—¡Qué horror!—dijo el diseñador.
—Ni lo pienses, es de mal agüero—, replicó con un tono perentorio Reyna Hinojoza de Altatorre.
—Pero es que me está esperando.
—Que espere. Después serás tú la que esperes. Y además no tiene nada que hacer.
—Sus investigaciones.
—Qué investigaciones ni que ocho cuartos. Es un inútil.

El diseñador revisaba unos figurines, y parecía no enterarse de nada.
—Cuántas veces te he de repetir, mamá, que no solamente se trabaja para ganar dinero. Federico es un intelectual.
—A mí con esas. Ya lo hemos discutido bastante. Accedí a que te casaras, pero que me hagas compartir las tonterías que te ha metido en la cabeza ese inútil, ni lo pienses.
—¿Ya?—, preguntó impaciente Sara Altatorre. El diseñador se retiró unos metros de ella. Se sentó en una silla, y con satisfacción, dijo: "*Marvelous, don't you think, dear?*"

—Estupendo, Rafael—, contestó la señora Hinojoza de Altatorre.

Sara Altatorre se desvistió con rapidez; a su madre, rebozante de gordura, le probarían el vestido de ceremonia.

—Te veo en la casa, Mamy. Adiós Rafael.

No bien acababa de salir cuando la señora Hinojoza de Altatorre comenzó a contar a Rafael, el diseñador, las dificultades que había ocasionado el noviazgo de Sara: "No tienes idea Rafael, el disgusto de mi marido. Ezequiel, como buen padre quería algo mejorcito para su hija, y he de confesarte que yo también. Yo lo supe primero, creí que se le pasaría pronto. Pero estos intelectualitos se las traen, te digo que se las traen. Primero que los libros, luego los discos, después las películas aburridas, y por último al teatro a ver esas cosas aburridísimas de Poesía en Voz Alta.

—Son programas divinos.

—¿Te gustan Rafael?

—No me pierdo una función.

—Pues a mí me rechocan. Y más que ellos ese que va a ser mi yerno. El no es de esos. Sabes que es matemático. Dice que se dedica a la "matemática pura". Yo como no sé de esas cosas, ni tantito caso que le hago.

—Un momento Reyna— ordenó el diseñador. Este no podía fijar bien los alfileres. La señora Hinojoza de Altatorre al hablar movía aparatosamente los senos, como si estuviera enferma del corazón, pues la faja no la dejaba respirar; sus senos emergían como geranios de un balcón. Cuando terminó de ajustarle el vestido, Rafael invitó:

—Me decías Reyna...

—Te decía Rafael que Ezequiel, mi marido, no acaba de resignarse a este matrimonio. Esperaba otra cosa. Tú sabes los contactos que se tiene cuando se es político, y él podría hacer de ese muchacho todo un personaje, me comprendes *todo un personaje.* ¿Y ahora qué? ¿Va a pedirle un aumento a ese infeliz rector?

—A mí me cae bien—respondió cauto el diseñador.

—¿Te cae bien?

—Claro, sirve para el turismo, y además simboliza el advenimiento de nuestras antiguas culturas.

—Que malo eres Rafael. Te digo...

—El vestido te va a quedar divino, te digo que divino.

Ezequiel Altatorre desde hacía seis meses vivía en nerviosa inquietud. El cambio de régimen estaba próximo y los políticos buscaban sus posiciones. En las noches de insomnio no había podido fijar en cuál de las jugadas del tablero del ajedrez estaría él. No se veía ni como humilde peón. A la reina la veía lejana, rodeada de fuertes piezas, a las que él tampoco tenía acceso. Miles de ideas para establecer contactos, para rehacer otros o para provocarlos. En alguna de estas atropelladas noches hasta había querido hacerle el amor a su mujer: quizá un hijo, un padrino influyente, y en consecuencia... Pero por desgracia, ya su mujer... aunque Santa Ana... Además serían largos meses, tiempo en que todos... En esa época le comunicaron que su hija Sara se iba a casar.

—Ezequiel, quiero que me prometas no enojarte. Sé que te vas a enojar, pero no lo hagas con gritos y aspavientos. *Yo no he tenido la culpa*—, dijo Reyna Hinojoza de Altatorre. Estaban en la cama. La luz del foco del jardín llegaba a la recámara tamizada por las breves hojas de la jacaranda (a Ezequiel no le gustaba dormir completamente a oscuras).

—¿Pero qué has hecho?

—Te juro que yo no he hecho nada. No se trata de mí...

—Bueno, dilo.

—Pero me has prometido no gritar, y no quiero que los muchachos se imaginen que peleamos. Ya sabes que ese es mi lado flaco, que crean que soy prudente, porque no lo soy.

—Ya deja el discurso. Lo prometo.

—Sara se casa...

—¿Con quién?

—No lo conoces.

—¿Qué hace? ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Es investigador en la Universidad, y da clases.

—Pero ¿por qué la dejaste?

—Yo no la dejé.

—¿Cómo lo supiste?

—Lo supe desde hace mucho. He tratado de disuadirla, pero todo ha sido en vano. Está decidida a irse con él si no le damos el permiso, y tú conoces a tu hija, es tan terca como tú.

Después del diálogo vino un silencio. Las sombras del árbol se movían levemente. Ezequiel intentó decir algo, pero no pudo. Por fin Reyna Hinojoza, preguntó:

—¿Pero qué te pasa?— y él respondió con otra pregunta:

—¿Y no se puede hacer nada?

—Nada.

A la mañana siguiente Ezequiel se levantó. No le dirigió la palabra a Reyna, y se fue a desayunar a Sanborn's de Madero.

* * *

Desayunó en concurrida mesa: un escritor, un economista, y un oficial mayor. Todos los asuntos desde las peleas de los serafines con los querubines hasta las intrigas secretariales tuvieron su momento en la plática. Ezequiel olvidó su preocupación, pero apenas se encontró solo en Madero, principió a molestarle la idea de la boda de Sara. No acababa de resignarse, así como así, a que se casara su hija. Había pensado en el día en que el novio pediría el permiso oficial para frecuentarla en la casa, la presentación de los padres... Y ahora ni siquiera le había preguntado a Reyna, su esposa, por el nombre del intelectual. Si fuera conocido... Se metió en una tabaquería y habló a su casa por teléfono:

—Reyna.

—Sí, querido.

—¿Cómo se llama?

—Federico Huerta.

—¿Qué me dijiste que hace?

—Investigador de matemáticas.

—¿Y eso dónde se hace?

—Querido, en la Facultad de Ciencias.

—También en la Universitaria.

—Dice Federico que es el edificio más funcional.

Colgó enojado el teléfono sin despedirse.

Caminó enojado por todo Madero. Se detuvo en la esquina de Cinco de Mayo y Monte de Piedad. Hacía sol y el zócalo se veía imponente. Repentinamente se acordó del matrimonio de la hija de un ex-presidente: fue un acontecimiento político. Después de todo no era tan mala idea que se casara su hija. Subió por la escalera monumental del Palacio Nacional y se entretuvo viendo el mural de Diego Rivera. Desde el primer piso continuó admirando el mural, como nunca lo había hecho: panel por panel. Las campanas de catedral anunciaron las doce. Confortado, se arregló el nudo de la corbata y abandonó el Palacio Nacional. Tomó la calle de Madero. Entró

en el bar del Hotel Ritz, y pidió un whisky doble. "La boda será en la Sagrada Familia, la llenaré de bote en bote. El banquete... el banquete... Ya veremos qué dice Reyna. Pero tiene que ser en un lugar grande. Irán el Presidente de la República, el Ministro de Hacienda, el Secretario de Comunicaciones, olvidaba el Ministro de Educación; hay que ayudar al yerno, el rector de la Universidad, el sub-secretario de Recursos Hidráulicos, quién más, quién más...?"

El mesero anunció: "Su comunicación señor".

—Reyna, ¿eres tú?

—Sí, querido.

—¿Estará bien que la boda sea para dentro de un mes?

No se oyó la respuesta.

—Reyna, ¿qué te pasa?, responde.

—No comprendo.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Te burlas de mí.

—Qué burlarme, ni qué ocho cuartos. Hablo en serio.

—Pero es que...

—Eso fue hace rato. Ya lo pensé bien.

—Por qué no te vienes, y aquí discutiremos los detalles.

—Bueno, allá voy.

Reyna Hinojoza de Altatorre llegó a pensar que su marido estaba loco, o a punto de estarlo. ¿Quería pelear con ella? ¿Hacerle pasar un ridículo? De solo pensarlo comenzó a sentirse mal. En el comedor se sirvió un tequila doble, y de un trago, sin la sal y el limón, lo apuró.

Se vio en Morelia, sentada detrás de las rejas de su ventana esperando a que terminara el día. Por fin, llegó el ángelus. La merienda, y el meticuloso arreglo para ir a dar de vueltas por el zócalo. Las hermanas de Ezequiel tan complacientes y sus propios padres también. Todo mundo esperaba el matrimonio. El noviazgo había sido perfecto. Así le hubiera gustado que fuera el noviazgo de su hija. Si bien es cierto que debía de protegerla de las iras de su esposo, ella también estaba convencida de que su futuro yerno no era lo más indicado. Se vió frente a la esposa del gobernador de Baja California explicándole qué hacía su futuro yerno, y eso la hacía sentir un complejo de franca y total inferioridad. Parecía oír la respuesta de la gobernadora: "Pues al mío (su yerno) tiene un rancho algodonero", con esa seguridad que dan los bienes materiales y la dignidad del cultivo de la tierra, aunque fuese

con *bulldozers*. Y si a ella le era tan difícil esa situación cómo no iba a ser insoportable para Ezequiel. Apuró otra copa de tequila. "Pobre de Ezequiel", se dijo, "pobrecillo, siento que no está bien, que quiere colocarse, y esta muchacha". No acababa de pensar en su hija, cuando se había servido otro tequila. "Esta muchacha tonta, no sabe cómo lo mortifica". Ezequiel, era evidente, se burlaba de ella. Iba a venir, y haría lo que ella más odiaba: una escena violenta, gritar y gritar, y lo oirían todos, sus hijos, la servidumbre, los vecinos. Al pensarlo se acercó a la ventana que daba a la calle, y la cerró bien. Luego volvió a abrirla, la entrevista no sería en el comedor, sería en la estancia. Al llegar Ezequiel iba a gritarle que bajara, y tendría ella que hacerlo, y ahí, en la estancia, ni manera de cerrar las puertas, era la plaza pública. Apuró un cuarto tequila. Se sentó a la mesa, y colocó su brazo izquierdo y con la mano detuvo su quijada, y como si mirara fijó su vista en las copas de cristal cortado.

Así la encontró Ezequiel. Reyna no se dio cuenta de su llegada, el temor al pleito la hacía sentirse deprimida, molesta. Ezequiel se aproximó, con su brazo derecho la acercó a su costado, y con queda voz le dijo:

—¿Cuándo es el casamiento?

Reyna no pudo darse cuenta por el tono de voz si era un sarcasmo. En vez de pelear se volvió, tomó a Ezequiel por la cintura y principió a llorar desconsoladamente. Sólo repetía: "Yo no tengo la culpa Ezequiel, yo no tengo la culpa".

—Pero vieja, a nadie hay que culpar, son cosas de todos los días, qué hubiéramos querido para Sara... Sabes que lo mejor...

—Pero de veras no tengo la culpa. Al principio me opuse, pero ante la decisión firme de Sara—, alzó la cara y dijo—, tan terca como tú. Qué querías que hiciera.

—Lo sé mujer. Lo sé.

—Me perdonas.

—Olvídate. ¿Cuándo se casan?

—No han fijado fecha.

—Pues que la fijen. A mí me gustaría que fuera dentro de un mes. Deja ver... La Convención del Partido, la campaña. Sí, tiene que ser dentro de un mes. Tú sabes que *hay que estar*...

—En un mes es imposible—, respondió Reyna Hinojoza de Altatorre—, si acaso en dos... Me imagino.

—Sí, te has imaginado bien. Quiero un casamiento que haga ruido. Champaña. Sí, francesa. Grandes mesas. Los ministros, los políticos, algunos diplomáticos y el Presidente de la República, *el señor* Presidente de la República. Más champaña, y más. Y en la Sagrada Familia, o en la Basílica o en Catedral.
—Hombre cálmate. Yo te ayudaré...

* * *

Veinte días antes de la boda principiaron a hacer las listas para el banquete. Se incluyeron a más de mil cuatrocientos invitados, pero después de cuidadosa eliminación se redujeron a mil doscientos. Para entonces Ezequiel Altatorre había hipotecado su casa. Se compró un automóvil "presentable", como decía, y el resto del dinero lo había dispuesto para el pago del banquete.

Serían las siete de la noche; desde las cuatro Ezequiel Altatorre y su esposa Reyna discutían uno por uno a los eliminados, por fin quedó la lista terminada. Habían quitado a un senador muy enfermo, el cual era probable que no duraría mucho.

—Acaba de llegar tu yerno—, le dijo riéndose Reyna a Ezequiel.
—Es tan puntual, ni parece matemático.
—Federico, Federico, venga a ver la lista— dijo Reyna Espinoza de Altatorre, al tiempo que abría la puerta del estudio.
—Buenas noches, ¿o buenas tardes?— dijo Federico Huerta.
—Noches—, respondió secamente Ezequiel.

Federico se quedó callado. Sus ojos muy abiertos, entre recelosos y asombrados.

—Mira Federico, por fin ya terminamos la lista de los invitados...
—¿Cuántos serán?
—Mil doscientos exactos—, contestó Ezequiel Altatorre, perentoriamente.
—Mil doscientos...— repitió Federico Huerta.
—Sí, mil doscientos—, volvió a decir Ezequiel Altatorre.
—Pero yo tengo...
—Había olvidado, estas mil doscientas son de mis invitados. Tú cuantas invitaciones necesitas. Las menos posibles, *una más que dés es una posible puerta que te cierras.* Podrías hacer de una vez tu lista,

—No, prefiero hacerla con mi mamá. No sabe usted la parentela que tenemos y además mis amigos y compañeros de la Universidad. Pero le prometo don Ezequiel que mañana en la tarde estará lista.

—Ya la discutiremos.

En ese momento se asomó Sara. Tomó a Federico del brazo y lo sacó del estudio.

* * *

Las frases: "Una más que des es una posible puerta que te cierras; una puerta que te cierras; que te cierras una puerta; que se te abren muchas; la dirección de la facultad, la dirección de la facultad, la dirección de la facultad; con suerte la rectoría; o si no consejero en ciencias de la Presidencia de la República o en la Comisión de Energía Nuclear, o agregado científico en París o en Bonn". Federico, con el poder en la mano, llegó a su casa. Su madre, viuda, vivía de las escasas rentas que le producía una modesta casa de departamentos.

—Mamá, ¿a cuántas personas *tenemos* que invitar?

—Calculo que serán unas ciento cincuenta, tan solo los Chavero suman veintinueve; los Cerrada Huerta dieciocho.

—Por favor no sigas Mamá. Dije cuántos *tenemos* que invitar, estrictamente.

—Pero es que se van a sentir, y tú sabes...

—Que se sientan, qué me importa, cada invitación que demos en la familia, es una puerta más que se me cierra.

—¿Se te cierra?

—Sí, mamá;—, respondió con tono irritado Federico Huerta— una puerta que se me cierra, o sea una oportunidad menos para que me coloque. Ya te he dicho lo influyente que es el suegro, y *él mismo* me recomendó...

—En ese caso, más valía que no invitásemos a nadie. Yo no sé qué vamos a hacer con los Cerrada Huerta, nos van a odiar, y además yo no quisiera... les debo favores, y son nuestros parientes más cercanos, yo...

—Vamos a invitar a los jefes de familia— poseído por su brillante solución Federico Huerta, miraba a su madre con los ojos alegres—, y tú les dirás que no pudimos conseguir más invitaciones.

—¿No sé qué voy a hacer?—, respondió resignada la madre—, ¿no sé qué voy a hacer?

Pasaban la medianoche cuando llegaron al acuerdo definitivo: veintiún invitados.
—¿Y tus amigos?— preguntó la madre de Federico.
—Me había olvidado.
—¿No los van a invitar?
—Me quedan cuatro invitaciones.
—¿A cuatro sólamente?
—A cuatro: el director de la facultad, el jefe de las investigaciones, a Aquilino Fortes y a Florencio Esquivel.
—¿Y tus otros compañeros: Chema Septién y Carlos Olarrieta y el Chino? ¿Y tus compañeros del francés Morelos?
—Si me va bien, me perdonarán. *Y creo que me irá bien.*

Su madre lo veía sin decir nada. El tono interrogativo de Federico se había convertido en exaltada afirmación. Asombrada, lo vio erguido, firme en la mirada, como si el peso de la ciencia no lo sintiera más sobre sus hombros.

Después de que Federico le entregó la lista a su suegro, Ezequiel Altatorre, le dijo a su esposa:
—Ha sido una gran sorpresa. Me imaginaba que cuando menos me habría pedido unas doscientas invitaciones. Se ve que el muchacho es ambicioso, quiere llegar ¿No te parece Reyna?
—Claro que quiere llegar, el hecho de que sea un científico. . .
—Lo sé, lo sé, por favor no me lo repitas. Ahora lo que debe preocuparnos es la colocación de los invitados. A la familia en los lugares traseros, y en la mesa de honor, ya sabes a los gallones: al señor Presidente, al secretario de gobernación. Creo que sobre esto no vamos a discutir.
—Tendrá que ser una gran mesa de honor, cuando menos de veinticuatro personas. Una gran herradura.
—No se me había ocurrido. Tú tienes una amiga que tiene amistad con Barrios Gómez, y yo ya veré cómo me las arreglo con los de Excélsior.
—¿Tienes el plano del salón?— preguntó Reyna Espinoza de Altatorre.
—Se me había olvidado. En este preciso instante iré a recogerlo. Ya sabes bien dónde queda el restaurante, en San Angel, el L'Aiglon. Gran jardín. Había olvidado la orquesta. . .

Durante tres días y partes de sus noches Ezequiel Altatorre y Reyna Espinoza de Altatorre discutieron la colocación de los invitados. Algunos alcanzaron lugares prominentes en vista de que se consideraban como "amarrados" en el próximo gabinete. En la fila antepenúltima quedaron fijados los

lugares de los "cuatro intelectuales", como decía Ezequiel Altatorre.

Las semanas que siguieron fueron de renovada actividad. Como Sara no podía entregar las invitaciones, Ezequiel y Reyna ayudaron en la tarea.

No terminaban aún de repartirlas cuando llegaron a oídos de Ezequiel y de Reyna las protestas de los parientes excluídos.

—Ezequiel —dijo Reyna— dicen los Huerta Cerrada que no irán a la boda.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Chelo de la Ruedagorda.

—Qué le vamos a hacer. Me imagino que los Remolinoscuro estarán furiosos conmigo. Después de que pase este matrimonio los iremos invitando uno por uno. Sé que será una tarea larga y fastidiosa. Y por favor no te preocupes. . .

* * *

La ceremonia religiosa fue en San Jacinto, San Angel. El templo resplandeciente, como dicen los cronistas de "Sociales". La novia bellísima; el novio apuesto; los padrinos y madrinas elegantes; la concurrencia selectísima, *ma non troppo.* En la sacristía aparecieron dos oficiales mayores para dar las felicitaciones y seis secretarios particulares en representación de los ministros. Los diputados estaban ansiosos de felicitar a los novios y al padre de la novia. Los invitados en general mostraban un apuro insólito, todos querían terminar con aquella formalidad.

Ezequiel Altatorre recordó la sobria ceremonia del matrimonio civil: cuatro testigos, todos de la familia; una copa de champaña y buenas noches. Ya había calculado que a la iglesia asistirían pocos políticos, no era bien visto exhibirse en los templos, así que irían a saludarlo en el banquete que tendría lugar dos horas después de la ceremonia, a las dos. Las felicitaciones terminaron después de la una.

Al dar las dos aparecieron en el jardín de L'Aiglon los cuatro intelectuales. Bromeaban. Estaban nerviosos. Sabían de antemano que salvo Federico y Sara las demás personas que asistirían les serían desconocidas. Se sentaron en una de las mesas del jardín. No terminaban de hacerlo, cuando aparecieron los novios y su comitiva.

—Pasemos al salón —invitó Ezequiel Altatorre—, ya debe de haber mucha gente.

El salón estaba vacío. Los intelectuales buscaron sus lugares. Los cuatro en su mesa. Vieron como se acomodaban los novios, los padres de Sara y la madre de Federico y dos muchachas muy elegantes.

En un costado del salón estaban alineados cincuenta meseros, y sobre las mesas se veían montañas de manjares, infinidad de botellas.

Pasó el primer cuarto de hora. Se oía el murmullo de las conversaciones a *sotto voce* de los meseros. Las risas alegres de la mesa de honor. A las dos y media, previa consulta con Ezequiel Altatorre, sirvieron un aperitivo. El ambiente estaba tenso. Los meseros callaban, las miradas se dirigían reiteradamente a la entrada. Se sirvió otro aperitivo. Dieron las tres. El jefe de meseros invitó a los cuatro intelectuales a que se sentaran cerca de la mesa principal.

Comenzó la comida. Fuentes y fuentes. Uno de los intelectuales, precisamente el jefe del laboratorio de investigaciones, alzó la copa de champaña para felicitar a los novios.

A las cuatro salieron apresuradamente.

En los periódicos del día siguiente apareció en la primera plana de la sección de sociales las fotos de la boda del hijo del amigo y protegido del presidente de la república, él mismo había estado. La lista de asistentes era semejante a la lista de invitados de Ezequiel Altatorre.

LOS AMIGOS

Por *Juan de GOYTISOLO*

DESDE hacía seis días, no había tenido un momento de reposo. El ritmo de la vida de la ciudad se había alterado bruscamente y en el rostro de los hombres y mujeres que cubrían sus aceras, se leía una resolución firme, llena de esperanza. Una solidaridad muda nos unía a todos. Habíamos descubierto que no estábamos solos y, después de tantos años de vergüenza, el descubrimiento nos asombraba. Nuestras miradas se cruzaban y eran miradas de complicidad. Los gestos más insignificantes de la vida diaria —el simple hecho de caminar— revestían un carácter insólito y milagroso. La gente cubría su trayecto habitual en silencio y este silencio, de centenares, de miles de personas, era más elocuente que todas las palabras.

Ni mis amigos ni yo habíamos visto nada parecido y nos sentíamos como borrachos. Al cabo de muchos días de trabajo y espera, disponíamos libremente de la jornada. El espectáculo de las calles invadidas nos atraía y nos mezclábamos a la gente como unos transeúntes más, en silencio, buscando con avidez en cada rostro, el apoyo y sostén de la mirada. Lo habíamos recorrido todo, el centro y las afueras, de la mañana a la noche, incansablemente. Hacía largo tiempo que esperábamos este día y nos costaba convencernos de que había llegado. Después de la cena, nos reuníamos a discutir en el piso de Julia y no nos íbamos a acostar hasta que amanecía.

Luego, la atmósfera se ensombreció y los periódicos se poblaron de amenazas. Había que vigilar y orar, el enemigo se insinuaba por todas partes. Una silueta familiar se recortaba sobre un fondo de aviones, tanques, cañones y navíos. El que tantas veces nos había llevado a la victoria, tenía conciencia de su deber y no desertaría jamás de su puesto de honor, de mando y de combate...

Todas las mañanas, al despertarme, leía los editoriales y telefoneaba a Julia, a Antonio o a Máximo para oir su voz y

asegurarme de que nada había ocurrido. En la Universidad decían que Fulanito no había ido a dormir a su casa; que desde el martes, no se tenían noticias de Menganito. Algunos se asombraban de verme allí y me aconsejaban cambiar de aires.

Un hombre que no tenía pinta de maricón seguía a Enrique como una sombra y, el mismo día, decidimos suprimir nuestras reuniones y esperar los acontecimientos en casa. Pero la soledad nos resultaba insoportable y, al cabo de unas horas, no resistíamos a la tentación de oirnos y, desde cualquier cabina pública, nos telefoneábamos con voz falsamente despreocupada, para preguntar si la madre de Zutano seguía bien o pedirnos prestado algún libro.

Desde mi cuarto percibía el ruido del ascensor y mi corazón latía más aprisa cada vez que el timbre sonaba. Era el lechero con sus botellas, o la chica de la tintorería, o el inspector del gas. Una tarde fui a ver a Amadeo y su madre, al abrir la puerta, me dijo, elevando la voz: "No. No queremos más. Las latas que nos vendió la última vez no eran buenas y tuvimos que echarlas". Dentro, se oía un rumor de pasos y un hombre con gafas ahumadas se asomó a mirar, desde el pasillo. Incliné la cabeza y salí.

Ninguno de mis amigos sabía nada. Encontré a Máximo en la Biblioteca y me conminó a partir. Puesto que tenía el pasaporte en regla, lo mejor que podía hacer era largarme y aguardar al otro lado de la frontera a que la tormenta amainase. Tras unos instantes de vacilación, acepté. Aunque me angustiaba dejar a los otros, me daba cuenta de que mi presencia era inútil. La gente seguía caminando por la calle y temía no soportar más el sonido del timbre.

—Preferiría que hubieran subido ya, ¿comprendes?... Lo peor es la espera.

El tren salía al día siguiente y tenía mucho quehacer. Mientras devolvíamos los libros al empleado quedamos en reunirnos con los demás, después de la cena.

—Diles que vayan al Ranchito. Como en los buenos tiempos...

—Se lo diré —prometió Máximo.

—Tengo ganas de distraerme y no pensar...

—Yo también.

—Adviérteselo a ellos.

—No te preocupes... Todos están tan hartos como tú.

—Beberemos...

—Sí —dijo él—. Beberemos.

Cuando llegué, Antonio me aguardaba ya. Leía el periódico, acodado en la barra y me mostró un editorial encuadrado en rojo.

—¿Has visto?

—No —repuse—. Pero me lo imagino.

—Nos llaman gamberros ideológicos.

—Por una vez, tienen razón... Es la pura verdad.

—Eso es lo que digo yo —rió—. Zascandiles, gamberros y resentidos.

El tocadiscos transmitía una musiquilla de acordeón. Una mujer bailaba sola en el centro del bar y las parejas sentadas en las mesas charlaban en la penumbra. Encarna apareció por la puerta de la trastienda y, al vernos, se acercó a estrecharnos la mano.

—Hola queridos. —Estaba espléndida, con un traje amarillo descotado, que dejaba al desnudo sus hombros de matrona y sus brazos robustos y carnosos—. Hacía tiempo que no os dejábais caer por aquí...

—Sí —dije yo—. Hacía tiempo.

—Me preguntaba si os había pasado algo...

—¿A nosotros? —exclamó Antonio—. ¿Por qué nos iba a ocurrir nada? ¿No ves que somos muy buenos?

—No sé —dijo Encarna—. En este país pasan cosas tan raras...

—¿Cosas? ¿qué cosas?

—Misterios... A la gente le da de pronto, por caminar... Mi criada, que vive en Horta, se tira cada día varios kilómetros...

—Los médicos dicen que es bueno para la salud.

—Sí —dije yo—. Es un ejercicio magnífico.

Encarna puso un *Player* en su boquilla de ámbar y arrimé el encendedor.

—Me parece que vosotros andáis algo lunáticos, esta noche.

—¿Lunáticos? ¿Por qué?

—No sé... Sicalípticos... Si fuese vuestra mamá, os hubiera mandado a la cama...

—No tenemos sueño —dijo Antonio.

—Valiente par de pájaros estáis hechos los dos...

—Todo es obra de un puñado de agitadores, a sueldo del enemigo —expliqué—. ¿No has leido la prensa?

—No.

—Pues haces muy mal —le reprendí—. Todo español que se respete, tiene el deber de leerla.

—Hala, callaos —dijo Encarna—. Estáis de mucha broma por lo que veo y me vais a poner de mala uva.

—¿De mala uva? ¿Tú?...

—Cosas que pasan... —Se acarició el pelo, gravemente—. ¿No os enterásteis de la jugada que me hicieron?

—No.

—Me han cerrado el bar durante un mes y, encima, me clavan una multa.

—No fastidies...

—Como os lo digo. —Encarna bajó la voz y miró atrás, asegurándose de que nadie la escuchaba—. Fue el día de la Concepción... Uno de esos inspectores sin sotana, entró a beber un vasito de leche y, al salir, va y me denuncia a los grises.

—¿Por qué?

—¡Yo qué sé!... Por lo visto, parece que, en el bar, vio muchas pros-ti-tu-tas...

—¿Llevaba gafas?

—Dijo que estaba lleno. —Volvió la cabeza y contempló a las mujeres sentadas en el fondo—. Yo, no se si debo ser idiota o qué, jamás he visto ninguna...

—Nosotros tampoco —afirmó Antonio.

—Si llevaran un número en la espalda o les colgaran un cartelito... Algo que las distinguiera, qué caray... Podría decirles: No, lo siento, en mi establecimiento no admito pros-ti-tu-tas (¿se dice así?). Pero, de otra forma ¿cómo puedo saberlo?

—No hay manera, claro.

—Es lo que le expliqué al Señor Comisario (que mal rayo le parta...) Las chicas que vienen a mi establecimiento tienen una cara y dos ojos como las otras y hablan el español tan bien como usted y como yo... Yo no puedo saber si, cuando salen, en lugar de irse a dormir con la mamá, se ponen a hacer porquerías...

Le llamaba un cliente, al otro lado de la barra y se alejó contorneándose. Su popa era increíblemente voluminosa, pero sabía moverla con gracia.

—¿Qué bebes?

—Lo que tú quieras. A mí, me da igual...

Antonio pidió una botella de Moriles. El bar tenía la puerta entreabierta y, acodado en la barra, espié el movimiento de la calle. Vi un grupo de americanos borrachos, y a uno de la vigilancia, acompañado de dos policías. Otros iban del brazo con mujeres y entraron en el mueble de al lado. Después de tantos días de agitación, me sentía hueco como una esponja y absorbía la manzanilla sin darme cuenta.

Antonio había desdoblado el periódico y leía de nuevo el recuadro. Varios americanos charlaban en una mesa del fondo y uno se levantó e introdujo varias monedas en la ranura del tocadiscos. La musiquilla de acordeón cesó, reemplazada por un solo de clarinete. Alguien me tiró de la manga y me volví. Era Julia.

—Hola, gamberros —saludó (llevaba el periódico en la mano).

—Hola, resentida.

Máximo se había parado junto a la puerta y se acercó, del brazo de Encarna.

—Les estaba contando a tus amigos la faena que me han hecho...

Julia quiso saber de qué se trataba, y repitió la historia. Habíamos acabado la botella y pedí una nueva y un par de vasos.

—...Total que no me valieron coplas, y tuve que pagar la multa.

—Cuánto, si se puede saber...

—Diez mil, hija, diez mil. Aparte de lo que perdí durante el cierre. —Señaló a los americanos con la boquilla—. Si no llega a ser porque tengo todo el día a esos benditos...

Como si hubieran adivinado que hablaban de ellos, los marinos reclamaron su presencia. Encarna gritó: "Ya voy, preciosos", e hizo una mueca de disculpa.

—El de los lentes se ha enamorado de mí —susurró mientras se iba.

Al quedarnos solos, nos sentamos en la única mesa libre. Teníamos tantas cosas que decirnos, que no sabíamos por donde empezar y permanecimos callados, cada uno absorto en su vaso de manzanilla. Esperábamos que el alcohol nos desatara la lengua y bebíamos rápidamente, con gran aplicación. Acabada la segunda botella, pedí otras dos. La música cubría el rumor de las conversaciones, varias parejas bailaban. Julia se

tiraba del flequillo con ademanes nerviosos y, cuando veía un vaso vacío se apresuraba a llenarlo. Bebimos la tercera botella (el espacio de tiempo de tres discos) y, al atacar la cuarta, los ojos de mis amigos brillaban y sus miradas estaban como empañadas de ternura. Antonio dijo: "¡Qué gamberros somos!" y respondimos a coro: "¡Y zascandiles, y resentidos!" Habíamos perdido, de golpe, el deseo de hablar y no deseábamos más que continuar así, unos al lado de otros, como si ya no hubiéramos de vernos nunca...

Luego, nuestra atención se fijó en un hombre enjuto, vestido con una guerrera de legionario, que había abierto la puerta de rondón y se había plantado en medio del bar, en una actitud agresiva. De mediana edad, llevaba el pelo cortado al rape y un bigote cuadrado, lacio y caído. Por espacio de unos segundos, su mirada recorrió al público, desafiante. Finalmente se dirigió a un hueco de la barra y pidió un vaso de manzanilla.

—Bebida nacional española —proclamó.

La muchacha del bar cambió una mirada con Encarna y llenó un vaso hasta el borde. El hombre se aupaba los pantalones y escupió en el suelo. Sus ojos escudriñaban el cuerpo de la chica. Con un ademán brusco, agarró al vaso y lo vació de un tirón.

—Ponme otro, nena, —dijo.

Visiblemente inquieta, Encarna vino a sentarse con nosotros. El americano de las gafas la había invitado a uisqui y se llevó el vaso a los labios, dando un suspiro.

—Los tipos esos tienen muy mala folla —susurró.

—¿Mala? ¿Por qué?

—¿No lo habéis visto?

—Es uno de nuestros gloriosos soldados —dije yo.

—De nuestros gloriosos salvadores —corrigió Julia.

—Hala, cerradla —dijo Encarna—. Como volváis a empezar, os hecho fuera.

—Estamos en un país libre —protestó Antonio.

—En una democracia orgánica —dijo Julia.

—Eso se lo contais a vuestra abuelita. —Encarna vigilaba al hombre con el rabillo del ojo—. ¿Sabéis lo que me dijo el Comisario, cuando me llamó?

—No —contestamos todos, a coro.

—Que si me cerraba el establecimiento, lo hacía por mi bien y, que encima, debía darle las gracias por la multa.

—Magnífico —exclamó Máximo—. El tipo tenía toda la razón. A Dios no le gustan las prostitutas.

Encarna amagó arrearle con la mano.

—¿Dios, dices?

—Sí.

—Valiente punto filipino está hecho tu Dios —se cruzó desdeñosamente de brazos e hizo una vedija de humo con el cigarrillo: —Volando por las nubes, sin enterarse de lo que pasa... "Ay, que bajo, que bajo". ¡Pues, que baje! Ya se las cantaré bien claras, si lo agarro algún día.

La boquilla en la boca, el pelo recogido detrás de las orejas, nos observaba a nosotros —y a los demás clientes del bar— con viva reprobación. En mi vida la había visto tan imponente. Todo el furor de la humanidad ofendida parecía concentrarse en el intenso azul de sus ojos y, al coger el vaso de uisqui y vaciarlo de un trago, comprendí que era alguien a quien los agravios de la existencia llenaban de ira y que, en lugar de resignarse y olvidar como el común de los mortales, acreedora implacable, los anotaba cuidadosamente en su lista.

Habíamos acabado la manzanilla y la muchacha vino, con otras dos botellas. Durante varios minutos escuchamos la música. La presencia indignada de Encarna nos dispensaba de hablar y, aunque sin confesarlo abiertamente, se lo agradecíamos. Era nuestra última reunión y, cada palabra, cada gesto contaban. Desesperadamente, luchábamos contra la solemnidad. Antonio tabaleaba sobre la mesa, Julia se acariciaba el pelo. Nos mirábamos en silencio y sonreíamos.

Empezaba a sentirme borracho y cerré los ojos. Las conversaciones se enmarañaban como serpientes en torno mío. Recuerdo vagamente que Antonio cambió unas palabras con Máximo. Después, Julia me tiró de la manga y me sacudió. El legionario discutía con la muchacha y Encarna se había interpuesto y señalaba la puerta con la mano. La música impedía oir lo que decían. El hombre se desabotonó la camisa para mostrar el pecho. Mientras ella hablaba, había mirado hacia las mesas, como aguardando una reacción favorable, pero nadie se movió. Le oí gritar algo ininteligible y se marchó dando un portazo.

Encarna volvió con nosotros. Había tentado el respaldo de la silla al sentarse y se acomodaba nerviosamente el pelo.

—¿Lo habéis oído?

Máximo dijo que no.

—Quería cantar el *Cara al Sol*. Muy chulo el... Lo he mandado a hacer puñetas.

—¿Qué te ha dicho?

—Que venía de Ifni. Ifni de Africa. Y ¿Sabéis lo que le he contestado?

—Encarna puso los brazos en jarra: —Pues figúrese usted, aquí donde me ve, yo vengo de Nueva York y, cuando tengo ganas de cantar me aguanto. De modo que, si quiere usted armar jaleo, lárguese a otro sitio.

—¿Y la camisa? ¿Para qué la abrió?

—Para enseñarme sus heridas. El pobrecito fue herido dos veces por los rojos... Quería impresionarme.

Como si hubiera adivinado que hablaban de él, el hombre empujó la puerta y se plantó en el umbral. Había comprado una botella de Moriles en el colmado de la esquina e hizo ademán de empinar el codo para beber, pero cambió de idea a la mitad y, con una voz áspera, cascada, empezó a cantar el Himno.

Fue algo extraordinario. Hacía más de doce años que no lo escuchaba (sentado en las rodillas de mi padre, cuando había desfile) y, tímidamente primero y, con decisión y de una manera festiva después, los clientes del bar lo coreamos. Parecía hecho de propósito, como una prolongación de nuestras bromas de zascandiles, gamberros y resentidos. Al oírlo, Julia había comenzado a reír y sus ojos se llenaron de lágrimas. Adiós camisas, boinas; adiós escudos, mártires, luceros y caídos. La angustia almacenada durante tantos días de espera se evaporaba a cada estrofa. Milagrosamente dejamos de pensar en Amadeo, olvidamos la proximidad de mi partida...

Absorto en la parodia de la canción no me dí cuenta de que unos matones agarraban al legionario por los hombros, ni de que lo echaban a la calle. Cuando me recobré (la borrachera me había pasado de pronto) los clientes habían vuelto a sus mesas y, más bella y majestuosa que nunca, Encarna estaba, de nuevo, entre nosotros.

—Los españoles son de órdago —decía—. Porque han hecho la guerra, se creen que lo han hecho todo.

TRES NUEVAS NOVELAS MEXICANAS

I

AGUSTIN YAÑEZ

José Rojas Garcidueñas, en trabajo reciente, hace ver que aparte del cultivo casi mínimo de otras variantes en el género, la novela "psicológica" y la "de protesta" constituyen los cauces por donde actualmente se desbordan las energías creadoras de los autores mexicanos.[1] En efecto, la observación es válida, porque iniciado el descenso de la novela de la Revolución Mexicana dentro de su trascendencia propiamente marcial, de carácter épico y ubicación histórica precisa, el movimiento armado ya no es lo que prepondera y sólo se utiliza como dato escénico para dar contorno a la estructura psíquica de los personajes o señalar defectos al acontecer político del momento. La observación de Garcidueñas es exacta en lo que se refiere a la mayoría de novelas aparecidas a lo largo del lapso señalado, debiendo por ello tomársele muy en cuenta para investigaciones futuras.

La más alta representación de la novela psicológica donde la Revolución Mexicana hace un papel de simple mención, es *Al filo del agua* del escritor jalisciense Agustín Yáñez, quien ahonda no en la actitud del los revolucionarios que prácticamente apenas dan importancia al pueblo donde está ambientada la novela, sino en las relaciones tradicionales que las mujeres enlutadas y los hombres de vestir almidonado guardan antes y después del paso de aquellos "herejes". Sobre esta línea se han desarrollado novelas posteriores de otros autores tales como Rosario Castellanos en *Balún Canán* y Juan Rulfo en *Pedro Páramo.*

La segunda parte de aquella novela de Agustín Yáñez ha sido publicada en estos días con el título de *La creación.*[2] Varios de los jóvenes personajes de *Al filo del agua* han vivido ya diez años más, cuentan con nuevas experiencias, atravesaron el tiempo del movi-

---

[1] JOHN S. BRUSHWOOD y JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS, *Breve historia de la novela mexicana,* Ediciones de Andrea, 157 págs., México, 1959, Colec. Manuales Studium, Núm. 9.

[2] AGUSTÍN YÁÑEZ, *La creación,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 309 págs., México, 1959, Colec. Letras Mexicanas.

miento armado de la Revolución, han viajado por Europa y ocupan lugares prominentes en el arte, la política y las finanzas del país.

En *La creación* el aspecto psíquico y el costumbrista han decrecido proporcionalmente a las exigencias mecanizadas de la capital de la República, así como al propósito de no estar de acuerdo con ciertos lineamientos seguidos por los revolucionarios en el Poder. Como se ve, esta segunda parte del tema que Yáñez empezó en la novela hace años publicada, viene a ser trascendente en la novelística mexicana porque en ella se presenta con intensidad la novela "psicológica" y la "de protesta".

Gabriel, el campanero de la iglesia de pueblo que poseía un excelente oído musical, regresa de Europa. La primera página de *La creación* empieza con el regreso del músico ya artísticamente formado, cuyo primer pensamiento consiste en tratar de no ser un protegido de nadie y abrirse paso con su propio esfuerzo; sin embargo ahí está Yáñez para recordarle que, a veces, ni el simple transcurrir de un poco de tiempo ni los propósitos personales son suficientes para cortar ciertos ligamentos originados en la bondad de quienes desean proteger al luchador sin marrullerías, al artista sensible, de la maldad, la mezquindad y la envidia.

Así aparecen el estudiante pobre del pueblo convertido en el ingeniero Jacobo Ibarra, uno de los políticos más queridos por el Presidente Obregón, y María, la sobrina del cura, la joven muchacha enlutada que aspiró desde entonces a viajar y a ser, y que ahora, además de sus propios méritos que la distinguieron durante la etapa revolucionaria de pólvora, es la esposa del ingeniero Ibarra. Ambos, esperan la llegada del músico a fin de allanarle el camino hacia el triunfo.

No obstante, surge el gran conflicto, el complejo del campanero que fue un hijo adoptivo en la casa del cura pueblerino, el complejo ante María, la prima con quien compartió las inquietudes de su infancia y en la que ve reflejada la protección del cura Dionisio, tío de la muchacha. Decididamente, el campanero adolescente no deja clara la visión al músico Gabriel; psicológicamente se enfrentan en él el pasado y el presente; Agustín Yáñez pone sobre los hombros de este personaje todo el conocimiento que posee de la vida infantil y que le hiciera escribir su bello libro *Flor de juegos antiguos.*

María ha tenido tiempo de analizar el carácter de Gabriel, y cuando éste en determinado momento deja entrever su descontento por tantas atenciones, ella y Jacobo salen al paso, indicándole que va a conservar su vida independiente: "Puedes hacer lo que te venga

en gana. Un día, una semana, un mes o siempre puedes dejar de vernos. Queda este criado a tu servicio, te traerá los alimentos cuando prefieras no venir al comedor. Queremos que estés a gusto. Encuentras allí cuadernos de papel pautado. Mañana traerán el órgano y el piano. Si quieres ruido, ruido; si silencio, silencio, ¿recuerdas el juego? Tu boca es medida. Estás en tu casa. Tiempo tienes para escoger un hotel, una casa de huéspedes, lo que prefieras; nuestro deseo es ayudarte a encontrar la vida que buscas."

Gabriel volverá a protestar, a decir su descontento "No quiero ser planta de invernadero. No quiero ser músico de importación. Estuve a punto de sucumbir por completo a los encantos de Europa, en medio de creciente vacío; me sentía sin raíz, ocioso; mis trabajos eran pasatiempos, carecían de sentido profundo. Prefiero una vida dura, que me afirme o me desengañe . . . si no fueras un personaje poderoso, aceptaría que lucháramos juntos para triunfar . . . el mejor modo de seguir beneficiándome será entregarme a mis propias fuerzas, para saber si he aprovechado la ayuda que ustedes me prodigaron en estos años."

Y Jacobo le dirá: "Es una ciudad cruel . . . Pronto lo sabrás en carne propia."

Gabriel se relaciona con el mundo intelectual y artístico de aquellos días: trabaja con Vasconcelos en la Secretaría de Educación; recorre las ciudades de la República como músico misionero de pueblos. Le vemos relacionándose con el joven filósofo Samuel Ramos, los geniales pintores Clemente Orozco y Diego Rivera, el destacado músico Silvestre Revueltas, etc., nombres y relaciones que mueven al lector sobre una serie de lucubraciones para identificar a Gabriel con algún artista conocido.

El contenido de *La creación* es psicológico en cuanto a la vida de personajes como Gabriel, Victoria, y, en mínimo grado, el pintor, el escultor y la estrella de cine; y es "de protesta" en cuanto las denuncias e intrigas que se ponen al descubierto, la voracidad de los señores prominentes que ocupan su puesto clave en la vida del gobierno revolucionario para proteger ineptos o incapaces, y cortar el camino a los hombres responsables cuyo talento se manifiesta con producciones constantes de su especialidad literaria o artística. La novela representa la lucha de la subjetividad contra el medio. La tesis podría ser que no sólo basta el talento pues se necesitan los "buenos padrinos"; las veces que Gabriel va hacia adelante coincide con la mano oculta que mueve la campaña periodística en su favor. Con

todo, al final, Gabriel cede un poco, transige sin traicionar su honradez subjetiva y vienen los contratos y el aplauso general.

Agustín Yáñez a través de diálogos tensos de sus personajes ensaya su crítica artística: al cinematógrafo, la pintura, la música, la literatura, y todo lo demás relacionado con el panorama cultural. La crítica política es presentada por los mismos hechos en que figuran los personajes; casi queda a la altura de la sugerencia.

La novela está dividida en cuatro partes: Primer Movimiento Andante, Segundo Movimiento Creciente, Tercer Movimiento Galopante y Cuarto Movimiento Vehemente. De ellas quizá la más interesante sea la tercera, porque ahí el lector entra al juego de imágenes que Yáñez proporciona mediante la combinación del sueño eslabonado con el subconsciente de Gabriel; el lector presencia la lucha interna del artista frente a la decisión de Victoria, María y el arte y frente al arte y el amor; toda la confusión planteada en las dos partes anteriores toma aquí un relieve culminante de onirismo y verdad; todo aquí es rápido, casi violento, en apariencia incoherente, entre acercarse y alejarse de cámaras fotográficas a cada uno de los rostros que interesan a Gabriel, auténticos *close up* como los califica Yáñez. En aquella meditada confusión Gabriel construye desde los días del campanero prodigioso hasta el momento o instantes últimos en que se reencuentra con Diego en la casa de Tamara, conocida la noche anterior. En lo más elevado de este *movimiento galopante* hacen su entrada los mastines venatorios "su crudelísima danza y asalto a las carnes bienamadas de Venus. Horrorizado, el espectador se lanza en defensa de la deidad inerme, grita su preferencia por ella . . . Ya se posan las impías patas de los lebreles en el divino cuerpo . . . gran acercamiento —al llegar al *close-up,* se desmaya el caballero, fulminado por la pesadilla, despeñado en confusión de tinieblas, alaridos, ladridos, hasta romper la pesadez del sueño . . . rompe la red pero persisten los ladridos."

Gabriel despierta. Los mastines son los perros que afuera, en el patio, juegan . . . Gabriel está en la casa de María. Alguien lo ha llevado allí.

Terminamos este comentario sobre *La creación* con amplias recomendaciones. Un desacuerdo nuestro con el autor es la falla técnica que encontramos al insistir en el uso del entrecomillado y no de la letra cursiva para sugerir el monólogo.

II

FERNANDO BENITEZ

Ahora tenemos, mediante la técnica del diario personal, una novela en la que nos seducen tres posibilidades de clasificación: el *psicológico* del escritor del diario, el *histórico* del hecho recogido y el *de protesta o denuncia* ante el hecho consumado y la conspiración vergonzosa de los directores intelectuales del crimen para que la justicia revolucionaria no se lleve a cabo.

Es la novela *El rey viejo*,[3] de Fernando Benítez cuyo relato empieza a las cuatro de la tarde del día cinco de mayo de 1920, cuando el Presidente Venustiano Carranza le manda llamar para charlar de los últimos acontecimientos políticos y la traición a su Gobierno. El autor "del diario personal", consejero del Presidente, decide acompañar al "rey viejo" y, sin saberlo, lo acompaña hasta el lugar y el día de su muerte en la cabaña de Tlaxcalaltongo. Fernando Benítez lleva su relato hasta los sucesos del 10 de octubre de 1920, meses después del asesinato de Venustiano Carranza. A través de la narración de Fernando Benítez se descubren entre otras preocupaciones la de mostrar en forma histórica la veracidad del hecho, así como la de dar una visión de la lealtad del pueblo mexicano ante el hombre que peleó por darle una Constitución Política. Transcribimos algunos párrafos para dar una idea de los propósitos del novelista. Este, por ejemplo, relativo al sentimiento popular presente en la velación del cadáver "Los hombres se detenían atraídos por la majestad de su rostro, las mujeres se arrodillaban sollozando, y los niños pedían ser alzados para contemplar a un mandatario cuyo sabio y tolerante gobierno deberán recordar por contraste con los gobienos que más tarde les serán impuestos muy a pesar suyo."

Y este otro respecto a la conspiración silenciosa de sus ejecutores y el acompañamiento del pueblo: "El ataúd —siempre ese viejo ataúd—flotaba ahora sobre un mar de cabezas. No había soldados, ni bandas de guerra, ni armones tirados por soberbios alazanes. Las nuevas autoridades se abstuvieron de ordenar que las banderas fueran colocadas a media asta en los edificios públicos, mas esta señal de mezquindad contrastó con la profusión de banderas que agitaba el pueblo en el entierro y con las banderas extranjeras que ondeaban en los palacios de las misiones diplomáticas acreditadas en nuestro país."

---

[3] FERNANDO BENÍTEZ, *El rey viejo*. Edit. Fondo de Cultura Económica, 203 págs., México, 1959, Colec. Letras Mexicanas, Núm. 52.

Fernando Benítez no ha tendido a valerse del hecho histórico para asegurar el éxito de su novela, ello se deduce fácilmente al observar que el relato, después de la muerte del Presidente, todavía continúa sesenta páginas o sea casi una tercera parte. Se podría decir que las dos primeras partes sirven al novelista para fundamentar sus cargos y enderezar, con mayor seguridad, su crítica hacia lo indigno y la confabulación. Benítez pone estas palabras en boca del autor del diario "¿Ante quién protestar? ¿A quién señalar como responsable? Los generales, los jueces, los ministros, los legisladores forman parte de la fachada y en su conjunto retienen el monopolio de las virtudes cívicas de modo tan ostensible que, fuera de ellos, no resulta fácil descubrirlas en ninguna otra parte. ¡Qué elogios entonan a su honradez y a su inteligencia! . . . Esta es la fachada. La fachada democrática con su hermoso palacio de justicia, sus dos cámaras donde brillan en letras de oro los nombres de los héroes y su ejército que los días de fiesta nacional desfilan marcialmente a la sombra de sus banderas, pero detrás de esta noble y clásica fachada sólo existe una realidad hecha de mentira y de traición, en la que todos, de algún modo, participamos."

El autor del diario personal, inmediatamente después del asesinato es acusado por la soldadesca y la oficialidad militar de ser el ejecutor del crimen en la persona del señor Presidente y para quitarlo del medio como testigo se le amenaza con el fusilamiento si no firma, junto al resto de la comitiva fiel a don Venustiano, aceptando que éste se suicidó. La debilidad de carácter le hace vacilar un momento. Recuerda lo que ha sido el Primer Mandatario y lo que ahora es; ve su cadáver entrando ya en descomposición, razona convenciéndose de que vale más la vida que la heroicidad; pregunta al capitán: "¿Nos dejará Ud. libres?", y aquel, seco, responde: "Les doy mi palabra de honor".

Enrique, nombre del que dialoga con el capitán piensa: "El honor. Nos embriagamos con las palabras. Nos hacemos matar por ellas. ¿Los asesinos del Presidente tienen honor? Y los generales sublevados ¿acaso lo tienen? ¿Cuenta la vida en nuestro país ensangrentado o cuenta morir con honor? El Presidente murió con honor y aquí está ahora su cadáver, mientras la *Sarcófaga carnaria* penetra en la nariz para depositar sus huevecillos en las blandas mucosas interiores y no hay nadie que le cubra la cara con un lienzo. ¿Debo morir por negarme a firmar un papel arrancado por la coacción y sin valor legal alguno? ¿Mi firma me va a salvar o me va a condenar para siempre? ¿No debo poner fin a esta pesadilla?" y aquí surge uno de los ins-

tantes más decisivos en el desplazamiento psicológico del personaje; este diálogo es clave junto con los sueños simbólicos que horas antes del crimen han asaltado al consejero del Primer Mandatario. Los sueños, transcritos como exige siempre esta clase de juegos mentales, merecen ser abordados inteligentemente por el lector a fin de valorarlos mediante la intensidad de sus pasiones y razonamientos. El diálogo, después del encarcelamiento de Enrique, se le convierte en constante monólogo que le conduce viciosamente al complejo de culpa. Se explican entonces las sesenta páginas a las que anteriormente nos referimos y la fecha de 10 de octubre, última apuntada en el diario de Enrique o en la novela de Benítez. ¿Qué explican las páginas y la fecha? Respondemos: la tercera parte final de la novela redondea la conclusión psicológica acerca de la posibilidad del género. El tiempo que transcurre desde la muerte del *rey viejo* son las sesenta páginas de terror moral, de sentirse traidor, de verse en tanto aislado de la esposa que comprende su caída, de juntar toda esta fragmentación interior y exteriorizarla con crítica escrita o ante los grupos de amigos íntimos para sentirse mejor al atacar a quienes, más por debilidad que por cobardía, le hicieron cómplice involuntario en el "suicidio" del Presidente.

De esta manera, el 10 de octubre es el día que desentraña el complejo de culpa y abofetea al traidor Herrero en público. Enrique lo aclara: "El traidor que había llevado encima, todos los días, como se lleva una enfermedad vergonzosa, estaba a pocos pasos de mí. Su recuerdo me asaltaba comiendo, a la mitad de una lectura, o en un juzgado, y su figura la asociaba, más que a la muerte del Viejo, a mi descrédito y a mi humillación. Deseaba, muchas noches de insomnio, tenerlo frente a frente y abofetearlo en público como la única posibilidad de liberarme de aquel sufrimiento."

Enrique se desahoga y abofetea a Herrero. El día se le transforma en el principio de una etapa nueva para su vida. Su esposa lo nota diferente a su estado anterior. Enrique le confiesa el motivo. Ella entonces le hace ver la vanidad y el orgullo que le esclavizaban cuando era el Consejero del Presidente. Enrique entiende y concluye: "Toda mi vida era la exaltación de mi yo. Yo y siempre yo. El héroe. El político sagaz. El amante admirable. El sabio. El elocuente. El hombre que nunca se equivoca. Ahora se me había caído la máscara, o mejor dicho, me la habían arrebatado. Representé bien mi papel, incluso a la perfección, cuando todas las cosas eran fáciles y hasta agradables. Si sólo hubiéramos llegado a Veracruz. . . Pero las cosas no marcharon como estaban previstas. No fuimos los vencedores.

sino los vencidos. El héroe se redujo hasta convertirse en un pigmeo desnudo que temblaba de miedo ante un capitán mediocre y resentido."

III

CARLOS FUENTES

Después del éxito obtenido con *La región más transparente,* los lectores de este novelista han estado a la expectativa de la fecha de aparición para su segunda novela. En estos últimos meses del año, el título (¡por fin!) ha sido puesto en circulación de diez mil ejemplares y constituye, para goce de los desesperados por la obra del autor, el primer volumen de una serie de cuatro novelas agrupadas bajo la denominación general de *Los nuevos.*[4]

Este primer volumen, titulado *Las buenas conciencias,* continúa —fundamentalmente— la vida de una de las siluetas humanas que Fuentes dejó trazada en las últimas páginas de *La región más transparente.* La continuación en la vida de Jaime Ceballos es cronológicamente regresiva; el novelista retrocede de la juventud en que lo presentó al lector, a su adolescencia, su niñez, su nacimiento, su padre Rodolfo Ceballos, su abuelo José Ceballos, remontándose hasta el origen de los Ceballos de Guanajuato, descendientes de los inmigrantes madrileños que en 1852 habían instalado una tienda de paños cerca del templo de San Diego.

Lo que en la anterior novela fue una silueta, sugerencia de personaje, en la presente sobrepasa el tratamiento del mismo individuo; lo llena de contornos, extralimita sus actitudes de personaje realista y lo subjetiviza hasta el punto de entregarlo como un personaje esencialmente psicológico.

Fuentes procura estabilizar la doble descripción que no pudo lograr en *La región más transparente,* donde la multiplicación de individuos, épocas y planos no permitió a su talento evadir un tanto la corriente caótica como para dedicar demasiadas páginas a la conformación psíquica de sus personajes; claro, son dos novelas distintas desde cualquier punto de vista que se les quiera examinar; aparte de diferencias menores, baste dejar apuntado que aquélla está sos-

4 CARLOS FUENTES, *Las buenas conciencias, Los nuevos,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 191 págs., México, 1959, Colec. Letras Mexicanas, Núm. 53, Colec. Popular Núm. 10.

tenida, en su estructura, por una complejidad que a más de uno no le permitió adelantar la página cien, y que *Las buenas conciencias,* en cambio, se sostiene sobre un esquema sencillo. La doble descripción permite ahora al lector compenetrarse del asunto que tiene en sus manos. Le va interesando conocer datos del personaje y del Estado donde éste se mueve. A la par de Jaime Ceballos y su universo de sentimientos, dolores e insatisfacciones, se revela la visión de Guanajuato y sus costumbres, sus construcciones.

Jaime, que es hijo de Rodolfo y Adelina, pasa a vivir con su tía Asunción quien exige tenerlo en la "gran casa de cantera" esgrimiendo el argumento de que el niño es un Ceballos y no puede vivir junto a la madre que carece de alcurnia. En parte, este orgullo aristocratizante y en parte la imposibilidad de la tía Asunción y su marido respecto procurarse descendientes. hacen que el niño sea llevado a un hogar donde la teoría educativa de las "buenas costumbres" y la verdad a la hora de hacer válida tal educación, le colocan en el camino interminable de los prejuicios y los complejos; Jaime transcurre su niñez y empieza su adolescencia rodeado de exigencias seudomorales y de la incomprensión familiar más espantosa: Rodolfo, el padre, es un abúlico no tomado en cuenta por el tío y la tía del joven; Adelina, la madre, alejada de aquella casa va por la vida tratando de salvar almas ajenas; Asunción, la tía, entre atenciones melindrosas para el muchacho y compromisos con el cura, las amigas y el marido intransigente, olvida un acercamiento real a las depresiones de Jaime; y Jorge Balcárcel, el tío político, torpe, ridículo, imitación provinciana del caballero inglés, representa la tortura más cruel en vez de la más breve esperanza de comprensión para el sobrino.

Creciendo entre contradicciones de lo que enseña la Iglesia, la Biblia, la prédica moral de su familia y los hechos objetivos que desmienten o no marchan de acuerdo con las supuestas verdades, Jaime tiene su primer contacto con la bondad el día que, Ezequiel Zuno, huyendo de las autoridades se esconde en la caballeriza de la "gran casa de cantera". En este encuentro Zuno le explica por qué huye, por qué se esconde, le habla con fe, sin individualismos, con amor a los compañeros que trabajan en las minas y que desean asociarse; Zuno es el líder, el hombre de importancia que trata con afecto a Jaime, que confía en él como en un hombrecito: "figúrate —le cuenta Ezequiel refiriéndose a la lucha de los mineros— cuando los organizas a todos y los sacas de noche, con el foco del casco prendido, frente al edificio de la administración. Eso nunca había pasado por

allá. Teníamos fama de mansitos. Pero yo les hablé, a cada uno y a todos juntos, para que nos uniéramos para exigir lo nuestro. Los gringos ni se asomaron. Nomás me echaron encima al cacique. Nomás me encerraron y me dieron de palos para que les dijera a los muchachos que regresaran al trabajo. Pero yo ya sabía como terminan esas cosas. Aunque hubiera dado órdenes contra la huelga, esos amigos me sacan de noche a correr por el camino y ¡tengan su ley fuga! Por eso me escapé ahorita, chamaco, para poder regresar después vivito y coleando. Para buscar a otras gentes como las nuestras, para que todos juntos . . ."

Después, cuando Jaime está en la escuela, el tío Jorge denuncia a Ezequiel y los soldados lo sacan de la caballeriza. Este es un nuevo golpe para los sentimientos del muchacho; nueva contradicción: se denuncia ante las autoridades a un hombre, cuya bondad conoció por sus propias palabras, como si fuese un criminal. Ezequiel Zuno y Adelina se le convierten en obsesiones cotidianas; pero no todo termina ahí, todavía sufrirá la prohibición, por parte de la familia, de su amistad con el joven ferrocarrilero y estudiante Juan Manuel Lorenzo.

Al final, muerto su padre, aconsejado y regañado por el cura confesor, Jaime sucumbe ante el medio, cesa su rebeldía, traiciona sus ideas de muchacho bueno incomprendido; "tengo que apoyarme en algo . . . mis tíos, la vida que me prepararon, la vida que heredé de todos mis antepasados . . . perdón Ezequiel; perdón Adelina; perdón, Juan Manuel". Y comenta Carlos Fuentes: supo entonces que sería un brillante alumno de Derecho . . . que sería el joven mimado del partido de la Revolución en el Estado . . . que las familias decentes lo pondrían de ejemplo, que se casaría con una muchacha rica . . . que viviría con la conciencia tranquila . . . La buena conciencia." Y en *La región más transparente*, en el capítulo "Betina Régulez", el novelista nos lo presentó así: "Jaime Ceballos siempre se había distinguido por su ambición y su capacidad . . . ya en la escuela de leyes lo llamaron a decir discursos en varias ocasiones: frente al Gobernador . . . y después para el Presidente . . . sus estudios fueron especialmente brillantes, y su porte distinguido, su estilo maduro de vestir y accionar, le atrajeron la simpatía de toda la gente decente de Guanajuato".

Mauricio DE LA SELVA

Í N D I C E S

DE

CUADERNOS AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1 9 5 9

Año XVIII Vols. CII al CVII Nos. 1 al 6

ÍNDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

Notas

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ensayos

PRESENCIA DEL PASADO

Ensayos

Notas

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Ensayos

Nota

LIBROS Y REVISTAS

LIBROS

ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

(Abrev.: N. T.: Nuestro Tiempo.—A. del P.: Aventura del Pensamiento.—P. del P.: Presencia del Pasado. — D. I.: Dimensión Imaginaria. — L. y R.: Libros y Revistas.—L.: Libros).

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA REVISTA EL DIA 7 DEL MES DE NOVIEMBRE DE 1959 EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA, T. G., S. A., AV. GUATEMALA NÚMERO 96, MÉXICO 1, D. F. SIENDO EL TIRO DE DOS MIL CIEN EJEMPLARES.

Printed in Mexico